

FUJIMOS ELEGIDOS

De la autora de la saga DIVERGENTE

VERONICA ROTH

RBA



FUIMOS ELEGIDOS

VERONICA
ROTH

TRADUCCIÓN DE PILAR RAMÍREZ TELLO

RBA



Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original inglés: *Chosen Ones*.
Autora: Veronica Roth.

© Veronica Roth, 2020.
Todos los derechos reservados.

Publicado por acuerdo con New Leaf Literary & Media, Inc., a través de International Editors' Co.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2020.
© de esta edición: RBA Libros, S. A., 2020.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

© del diseño de la cubierta: Jim Tierney, 2020.
Adaptación de la cubierta: Lookatcia.com.

Imagen del horizonte de Chicago (p. 3): beboy/Shutterstock.
Mapa de Chicago (p. 9): David Lindroth, Inc.
Mapa de Cordus (p. 157): Virginia Allyn.
Diseño del interior: Emily Snyder.

Primera edición: octubre de 2020.

REF.: ODBO768
ISBN: 978-84-9187-716-5

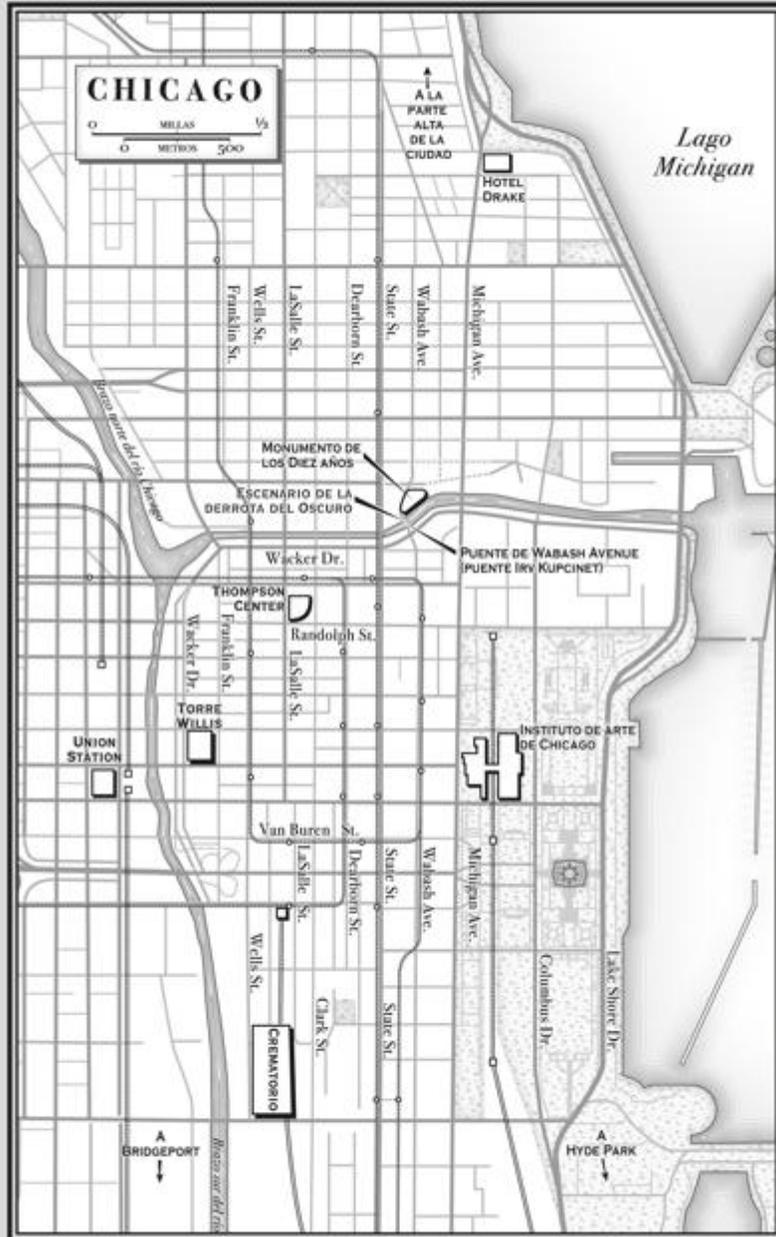
EL TALLER DEL LLIBRE, S. L. • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

*Para Chicago,
la ciudad que resiste.*

PRIMERA
PARTE



FRAGMENTO DE

Un monólogo de la humorista Jessica Krys

Laugh Factory (Chicago), 20 de marzo de 2011

Tengo una pregunta para vosotros: ¿se puede saber de dónde coño nos sacamos el nombre ese de «el Oscuro»? El tío surge de la puta nada envuelto en una nube de humo o lo que fuera, descuartiza literalmente a la peña (ojo, nada más que con el poder de su mente, se supone), recluta un ejército de secuaces, arrasa ciudades enteras, desata una oleada de destrucción sin precedentes en toda la historia de la humanidad... y ¿lo mejor que se nos ocurre es «el Oscuro»? Para eso le podríamos haber puesto el nombre del vecino raro que se te queda mirando un par de segundos de más cuando coincidís en el ascensor. El que siempre va con las manos muy suaves y resbaladizas, ya sabes, como si acabara de untárselas con vaselina. Tim, así se llama. Tim.

Yo habría elegido algo así como «Mal Presagio con Forma Humana» o «Acojonante Máquina de Matar que te Cagas», pero, por desgracia, nadie se molestó en consultármelo.

FRAGMENTO DE

El Ser Oscuro y el auge de la magia en la actualidad

Profesor Stanley Wiśniewski

Hay, por supuesto, quienes alegan que esa fuerza desconocida a la que con tanta desenvoltura nos referimos por «magia» siempre ha existido, de una forma u otra, sobre la faz de la tierra. Las primeras leyendas sobre incidentes sobrenaturales datan de los orígenes de la historia de la humanidad, desde los mágoi de Heródoto, que comandaban los vientos, a Dyedi, del antiguo Egipto, que decapitaba y recomponía gansos, pelícanos y otras aves, como describe el Papiro Westcar. Podría decirse que la magia forma parte integral de prácticamente todas las religiones más importantes, desde la transformación del agua en vino por parte de Jesucristo a las prácticas vudú de Haití, pasando por los budistas de la escuela Theravāda y sus levitaciones durante el Dīrgha-a-gama (aunque cabe mencionar que quienes profesan estas creencias jamás calificarían dichos actos de «magia»).

Se trata de historias que, más o menos elaboradas, aparecen en todas las culturas, en todos los rincones del mundo y en todas las épocas. Los estudiosos de antaño habrían dicho que está en la naturaleza humana imaginar explicaciones fantásticas para aquello que escapa a nuestra comprensión o para ensalzar algo que percibimos como más importante o superior a nosotros. Hasta que apareció el Ser Oscuro y, con él, las Sangrías: infames sucesos catastróficos que desafiaban toda explicación, pese a los valientes intentos de la comunidad científica por encontrarles alguna. Quizá las antiguas leyendas no contengan el menor ápice de verdad, pero cabe la posibilidad de que siempre haya existido una fuerza supranormal, una energía misteriosa, con la cualidad de inmiscuirse en nuestro planeta.

Con independencia de la teoría a la que nos atengamos, una cosa es segura: ninguna «magia» ha sido nunca tan llana ni tan contundente como las Sangrías con las que el Oscuro azotaba a la humanidad. El objetivo de este ensayo no es otro que explorar las distintas hipótesis sobre el posible porqué de que esto fuera así. En otras palabras, ¿por qué en ese momento y no en otro? ¿Cuáles fueron las circunstancias que condujeron a su

llegada? ¿Cuál era su objetivo antes de que nuestros cinco Elegidos desbarataran sus planes? ¿Cuál es el legado que nos ha dejado su muerte?

A SLOANE ANDREWS LE IMPORTA UN PIMIENTO (EN SERIO)

Rick Lane

Revista *Trilby*, 24 de enero de 2020

No me cae bien Sloane Andrews. Aunque tampoco me importaría acostarme con ella.

Me reuní con ella en la cafetería de su barrio, uno de los sitios que más le gusta frecuentar, según comenta. Sin embargo, no me dio la impresión de que al camarero le sonara como clienta ni como miembro del quinteto de adolescentes que derrotó al Oscuro hace casi una década. Lo cual no deja de resultarme curioso, la verdad, porque, aparte de que todo el mundo conoce su cara, Sloane Andrews posee una de esas bellezas tan saludables e impolutas que dan ganas de ensuciarla. Si se ha puesto maquillaje, no se nota; es toda piel perfecta y grandes ojos azules, un anuncio de cosméticos parlante y con patas. Llega con una gorra de los Cubs bajo la cual asoma su largo cabello castaño, una camiseta gris que se ajusta como un guante a sus curvas, vaqueros con rotos para exhibir las piernas, largas y bien torneadas, y deportivas. La clase de atuendo que proclama a los cuatro vientos lo poco que le importa la ropa, tan poco como el estilizado y moldeado cuerpo que se oculta en ella.

Y eso es lo que tiene Sloane: que me lo creo. Me creo que todo le importe una mierda, sobre todo reunirse conmigo. Ni siquiera quería hacer la entrevista. Solo accedió, según sus propias palabras, porque su novio, Matthew Weekes, otro Elegido, le había pedido que respaldara la publicación de su nuevo libro, *La elección que no cesa* (a la venta el 3 de febrero).

En los primeros mensajes que cruzamos para hablar de esta entrevista, no se le ocurrieron muchos lugares en los que citarme. A pesar de que todos los habitantes de Chicago saben dónde vive Sloane (en el barrio de Uptown, al norte de la ciudad, a escasas manzanas de Lake Shore Drive), se negó en redondo a permitirme ver su apartamento. “No salgo apenas —me escribió—. Me acosan en cuanto piso la calle. Así que, a menos que

quieras intentar seguirme el ritmo mientras hago *footing*, tendrá que ser en el Java Jam. Punto”.

Sospecho que correr y tomar apuntes al mismo tiempo debe de ser complicado, así que aquí estoy, en el Java Jam.

Una vez pedido el café, se quita la gorra de béisbol y la melena le cae sobre los hombros como si estuviera rodando en la cama. Hay algo en su expresión, sin embargo (sus ojos, tal vez, demasiado juntos, o el modo en que ladea la cabeza de golpe cuando no le gusta lo que acabas de decir), que le confiere el aspecto de un ave rapaz. Le ha bastado con una simple mirada para darle la vuelta a la tortilla, y ahora soy yo el que está a la defensiva, no ella. Tartamudeo mientras me esfuerzo por plantearle la primera pregunta; la mayoría de la gente sonreiría, se esforzaría por congraciarse conmigo, pero Sloane se limita a traspasarme con los ojos.

—Se aproxima el décimo aniversario de su victoria contra el Oscuro —le digo—. ¿Cómo se siente?

—Como una superviviente —responde.

Su voz es glacial y acerada. Me provoca un escalofrío, no sé si placentero o todo lo contrario.

—¿No como una triunfadora? —pregunto, y hace un gesto de impaciencia.

—Siguiente pregunta.

Prueba el café, intacto hasta ese momento.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no me cae bien. Esta mujer salvó miles (no, millones) de vidas. Joder, seguramente también salvó la mía de alguna manera. Tenía trece años cuando una profecía designó que ella, junto con otros cuatro jóvenes, estaba destinada a derrotar a un ser todopoderoso hecho de pura maldad. Sobrevivió a un puñado de batallas contra el Oscuro (incluido un breve secuestro cuyos detalles siempre se ha negado a divulgar) y superó el trance bella e incólume, más famosa que nadie en toda la historia de la celebridad. Y por si fuera poco, mantiene una relación estable con Matthew Weekes, el chico de oro, Elegido entre los Elegidos y, posiblemente, la persona más buena del planeta. Pero ella sigue sin caerme bien.

Y a ella no podría importarle menos.

Razón por la cual quiero acostarme con ella. Es como si, consiguiendo que se desnude y se meta en mi cama, pudiese obligarla a mostrar algún tipo de calidez o emoción. Me convierte en un macho alfa, en un cazador empeñado en abatir la presa más esquivada del mundo y después, a modo de trofeo, colgar su cabeza en la pared de mi sala de estar. Quizá eso explique por qué la acosan cada vez que va a alguna parte; no porque la gente la quiera, sino porque le gustaría quererla, transformarla en alguien merecedor de su afecto.

Cuando deja la taza, me fijo en la cicatriz que luce en el dorso de la mano derecha. Grande, aserrada y nudosa, se extiende a todo lo ancho. Nunca le ha contado a nadie cómo se la hizo y estoy seguro de que no me lo va a revelar a mí, pero de todas formas lo intento.

—Me corté con una hoja de papel —dice.

Estoy casi seguro de que se trata de un chiste, así que me río. Le pregunto si va a asistir a la inauguración del Monumento de los Diez Años, una obra artística erigida en el escenario de la derrota del Oscuro, y responde:

—Es lo que se espera de mí.

Como si tuviera un trabajo de oficinista en vez de estar cumpliendo, literalmente, con su destino.

—No parece que le haga mucha ilusión —digo.

—¿En qué lo has notado?

Esboza una mueca burlona.

Mientras preparaba la entrevista les pregunté a unos cuantos amigos qué opinaban de ella, a fin de hacerme una idea más clara de la imagen que tiene de Sloane Andrews la gente de a pie. Uno de ellos me comentó que nunca la había visto sonreír, y ahora que estoy sentado frente a ella me pregunto si lo hará alguna vez. Me lo pregunto en voz alta, incluso; siento curiosidad por ver cómo reacciona.

Resulta que mal.

—¿Me preguntarías lo mismo —dice— si yo fuera un tío?

Cambiamos de tema enseguida. En vez de una conversación parece una partida al Buscaminas: con cada casilla en la que pincho, mi tensión aumenta a la par que las probabilidades de que una de esas bombas me estalle en la cara. Me arriesgo a pinchar otra vez y le pregunto si esta época del año le trae algún recuerdo.

—Procuro no pensar en ello —responde—. De lo contrario, mi vida se convertiría en un puñetero calendario de Adviento. Hay un nuevo chocolate Oscuro para cada día, y todos saben a mierda.

Pincho de nuevo, preguntándole si no guarda algún recuerdo agradable.

—Todos éramos amigos, ¿sabes? Siempre lo seremos. Cuando estamos juntos hablamos casi exclusivamente con bromas privadas.

Fiú. Parece que es seguro preguntarle por los otros cuatro Elegidos: Esther Park, Albert Summers, Ines Mejia y, por supuesto, Matthew Weekes.

Ahora es cuando la cosa por fin empieza a adoptar algo de forma. Los denominados Elegidos estrecharon lazos rápidamente cuando se conocieron, y Matt se convirtió en el líder natural del equipo.

—Él es así —suspira, casi como si le molestara—. Siempre asumiendo el mando, la responsabilidad. Recordándonos que no debemos perder de vista lo que es ético y lo que no. Cosas por el estilo. —Por sorprendente que parezca, no fue Matt quien despertó en ella una afinidad inmediata, sino Albie—. Era muy reservado —dice, y es un cumplido—. Todos los miembros masculinos de nuestras familias habían muerto..., eso formaba parte de la profecía..., pero mi hermano era el que había muerto más recientemente. Necesitaba ese silencio. Además, el Medio Oeste y Alberta son sitios muy parecidos.

Albert e Ines viven juntos (de forma platónica, puesto que Ines se identifica como lesbiana) en Chicago, y hace tan solo un año que Esther volvió a su hogar en Glendale (California) para cuidar de su madre enferma. La distancia ha sido difícil para todos, según Sloane, aunque tienen la suerte de poder seguir lo que hace Esther gracias a su activa (¡y popular!) página de Insta!, donde documenta hasta el último pormenor de su rutina diaria.

—¿Qué opina del movimiento Todos los Elegidos que está surgiendo en los últimos años? —le pregunto.

La citada iniciativa parte de un pequeño pero elocuente grupo que aboga por enfatizar el papel que desempeñaron los otros cuatro Elegidos en la derrota del Oscuro, en vez de atribuir principalmente la victoria a Matthew Weekes.

Sloane no se anda con paños calientes.

—Me parece racista.

—Algunos sostienen que elevar a Matt por encima del resto es sexista —señalo.

—Lo que me parece sexista es ignorar mis palabras y tomarme por tonta —replica—. Creo que Matt es el verdadero Elegido. Lo he dicho en infinidad de ocasiones. Que nadie finja estar haciéndome un favor al arrastrar su nombre por el fango.

Intento llevar la conversación de los Elegidos al Oscuro, y ahí es cuando se tuercen las cosas. Le pregunto a Sloane por qué el Oscuro parecía sentir un interés especial por ella. Me sostiene la mirada mientras apura el café y, cuando suelta la taza, veo que le tiembla la mano. A continuación, se cala la gorra de los Cubs sobre esa esplendorosa melena de leona que acaba de echar un polvo y replica:

—La entrevista ha terminado.

Y supongo que no hay nada más que hablar, porque Sloane ya se ha ido. Dejo un billete de diez encima de la mesa y salgo corriendo detrás de ella; no estoy dispuesto a dejarla escapar con tanta facilidad. ¿Había mencionado ya que Sloane Andrews despierta mi instinto de cazador?

—Te dije que había un tema tabú —me espeta—. ¿Recuerdas cuál era?

Está ruborizada, furiosa y radiante, mitad dominatrix y mitad astuta gata callejera con el pelo erizado. ¿Por qué habré esperado tanto para cabrearla? Podría haber disfrutado de estas vistas desde el principio.

El tema tabú era, por supuesto, cualquier intento de profundizar en su relación con el Oscuro. No esperaría que fuese a respetar semejante imposición, le digo. Pero si es lo más interesante de su persona.

Me mira como si yo no fuese más que un trozo de papel empapado flotando en el charco de cualquier callejón, me manda a tomar por culo y se interna en el tráfico sin mirar para alejarse de mí. Esta vez la dejo escapar.



La sangría siempre era igual: todo el mundo gritando mientras se alejaba corriendo, aunque no lo bastante deprisa, de la gigantesca y siniestra nube de caos. La tormenta barría a los que intentaban escapar y les arrancaba la carne de los huesos mientras aún seguían con vida y se daban cuenta de todo. Los aplastaba como mosquitos, y la sangre salía disparada en todas direcciones... «Dios mío».

Sloane se levantó jadeando. «Tranquilízate», se dijo. Encogió los dedos de los pies; el suelo estaba muy frío allí, en el hogar del Oscuro, y él le había quitado las botas. Tenía que buscar algo contundente o afilado. Las dos cosas sería demasiado pedir, claro; nunca había sido tan afortunada.

Comenzó a abrir los cajones de golpe y encontró cucharas, tenedores, espátulas... Un puñado de gomas elásticas. Pinzas de plástico. ¿Por qué la habría descalzado? ¿Qué podía temer un asesino múltiple de las Doc Martens de una muchacha?

—Hola, Sloane —le susurró el Oscuro al oído.

Reprimió un sollozo mientras tiraba para abrir otro cajón en el que encontró una hilera de mangos de cuchillo; las hojas estaban enterradas en un bloque de plástico. Había empezado a extraer el hacha de carnicero cuando oyó un crujido a su espalda, la presión de un paso.

Sloane giró sobre los talones, notando el pegajoso linóleo bajo los pies, y trazó un arco con el cuchillo.

—¡Joder!

Matt le agarró la muñeca, y por un momento se quedaron mirándose sin parpadear por encima de sus respectivos brazos, por encima del arma.

Sloane jadeó mientras la realidad regresaba a ella con cuentagotas. No estaba en la casa del Oscuro, ni en el pasado, ni en ninguna otra parte que no fuese el apartamento que compartía con Matthew Weekes.

—Dios mío.

Sloane soltó el mango, y el cuchillo tintineó al chocar con el suelo y rebotó entre los pies de ambos. Matt le apoyó las manos en los hombros, y su contacto era cálido.

—¿Estás ahí?

Ya se lo había preguntado antes, decenas de veces. Su entrenador, Bert, la había calificado de loba solitaria y rara vez la obligaba a unirse a los demás, ni durante las clases ni en las misiones. «Deja que haga las cosas a su manera —le había aconsejado a Matt en cierta ocasión, cuando hubo quedado claro que este era el líder del equipo—. Obtendrás mejores resultados así». Y así lo había hecho Matt, que solo le preguntaba cuando las circunstancias lo requerían.

«¿Estás ahí?». Por teléfono, en susurros, a altas horas de la noche, o plantado frente a ella cuando perdía la noción del tiempo o algo por el estilo. La pregunta había irritado a Sloane, al principio. «Pues claro que estoy aquí, ¿dónde coño iba a estar si no?». Pero ahora significaba que él comprendía algo sobre ella, algo que nunca habían reconocido en voz alta: Sloane no siempre podía responder que sí.

—Sí —dijo.

—Vale. Pues quédate aquí, ¿de acuerdo? Voy a traerte la medicina.

Sloane se apoyó en la encimera de mármol. El cuchillo yacía a sus pies, pero no se atrevía a tocarlo de nuevo. Se limitó a esperar, respirando, con la mirada fija en aquel remolino gris que parecía un hombre mayor de perfil.

Matt volvió con una pastillita amarilla en una mano y el vaso de agua de su mesita de noche en la otra. Sloane lo cogió con manos temblorosas y se

tragó la píldora con avidez. Bienvenida fuese la aletargada serenidad de las benzodiacepinas. Ines y ella se habían emborrachado y habían compuesto una oda a las pastillas en cierta ocasión, ensalzando sus bonitos colores, la rapidez de su efecto y el modo en que conseguían lo que ninguna otra cosa podía.

Soltó el vaso de agua y se dejó resbalar hasta el suelo. El frío traspasaba el pantalón del pijama (el de estampado de gatitos que disparaban rayos láser por los ojos), pero esta vez resultaba reconfortante. Matt, en bóxers, se sentó junto a la nevera.

—Oye —empezó ella.

—No hace falta que lo digas.

—Vale, he estado a punto de apuñalarte, pero no hace falta que me disculpe.

En la mirada de él había ternura. Preocupación.

—Lo único que quiero es que tú estés bien.

¿Cómo lo habían llamado en ese artículo tan espantoso? «Posiblemente, la persona más buena del planeta». Por lo menos en eso no le iba a llevar la contraria a Rick Lane, *Míster Grima 2000*. Las cejas de Matt confluían en un gesto que parecía prometer empatía perpetua, y su corazón siempre estaba a la altura de esa promesa.

Se agachó para recoger el hacha de carnicero que se había quedado tirada en el suelo, junto al tobillo de Sloane. Era grande, y casi tan larga como su antebrazo.

Le escocían los ojos. Los cerró.

—Lo siento muchísimo.

—Ya sé que no te gusta hablar de eso conmigo —dijo Matt—, pero ¿por qué no lo intentas con otra persona?

—¿Como quién?

—La doctora Novak, por ejemplo. Colabora con el Departamento de Asuntos de los Veteranos, ¿te acuerdas? Dimos juntos la charla aquella en el reformatorio.

—No soy militar —replicó Sloane.

—Ya, pero esa mujer sabe de TEPT.

Nunca le había hecho falta un diagnóstico oficial: padecía TEPT — trastorno de estrés postraumático—, eso estaba clarísimo. Sin embargo, le resultaba extraño oír a Matt hablar de ello con tanta familiaridad, como si fuese una gripe.

—Vale. —Se encogió de hombros—. La llamaré por la mañana.

—Cualquiera necesitaría terapia, ¿sabes? Después de todo lo que hemos pasado. Fíjate en Ines, ella fue.

—Ines fue, sí, y todavía sigue colocando trampas por todo el apartamento como si estuviera en la peli de *Solo en casa*.

—De acuerdo, no es el mejor ejemplo.

El resplandor del foco de las escaleras de la parte trasera atravesaba las ventanas, amarillo y anaranjado, y contrastaba con la piel oscura de Matt.

—A ti no te hizo falta —observó Sloane.

Matt arqueó una ceja.

—¿Adónde te crees que iba cuando no dejaba de desaparecer durante todo aquel primer año, después de que muriese el Oscuro?

—Nos dijiste que eran citas con el médico.

—Y ¿qué clase de médico necesita verte todas las semanas durante meses?

—¡Yo qué sé! Me imaginé que tendrías algún problema con... —Sloane se señaló la entrepierna con un gesto impreciso—. Ya sabes. Con los cataplines o algo.

—A ver si lo entiendo. —La sonrisa de Matt se ensanchó—. Pensabas que padecía algún tipo de problema médico en mis partes nobles, cuya solución me llevó por lo menos seis meses de visitas constantes al médico... y ¿nunca me has preguntado nada al respecto?

Sloane se contuvo para no sonreír a su vez.

—Lo dices casi como si te sintieras decepcionado conmigo.

—Qué va, al contrario. Me dejas impresionado.

Matt tenía trece años cuando se habían conocido: era un amasijo larguirucho de cantos y aristas sin la menor conciencia sobre dónde tenía la cabeza y dónde los pies, pero siempre había poseído la misma sonrisa.

Se había enamorado de él media docena de veces seguidas antes de

darse cuenta siquiera: cuando les daba órdenes a gritos para imponer su voz al ensordecedor estruendo de una Sangría, manteniéndolos con vida; cuando se pasaba las noches en vela con ella en los largos trayectos por todo el país, después de que todos los demás hubieran caído rendidos de sueño; cuando llamaba a su abuela y se le suavizaba aún más la voz. Nunca había dejado atrás a nadie.

Encogió los dedos de los pies sobre las baldosas.

—Ya he ido antes, ¿sabes? A terapia. Durante unos meses, cuando tenía dieciséis años.

—¿Sí? —Matt arrugó el ceño un poquito—. No me lo habías contado.

Había muchas cosas que nunca le había contado, ni a él ni a nadie.

—No quería preocupar a nadie. Y sigo sin hacerlo, así que... No les menciono nada de esto a los otros, ¿vale? No me apetece verlo en la puta *Esquire* con el titular «Rick Lane os lo había avisado».

—Cuenta con ello. —Matt le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella—. Deberíamos volver a la cama. Nos tenemos que levantar dentro cuatro horas para asistir a la inauguración del monumento.

Sloane asintió con la cabeza, pero se quedaron sentados en el suelo de la cocina hasta que la medicación hizo efecto y ella dejó de temblar. Después Matt guardó el cuchillo, la ayudó a levantarse, y se acostaron de nuevo.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

4 de octubre de 2019

Srta. Sloane Andrews

██████████

██████████

Referencia: H-20XX-74545

Estimada Srta. Andrews:

El 13 de septiembre de 2019, el despacho de la Coordinadora de Información y Privacidad recibió su solicitud de información o documentación relacionada con el Proyecto Sosias, avalada por la Ley para la Libertad de Información (LLI), con fecha 12 de septiembre de 2019.

Muchos de los informes solicitados siguen siendo confidenciales. Sin embargo, debido a sus años de servicio al Gobierno de los Estados Unidos, le hemos concedido acceso a todos salvo aquellos que requieren el máximo nivel de permiso de seguridad. Hemos buscado los informes desclasificados anteriormente en nuestra base de datos y hemos

localizado los documentos adjuntos, 120 páginas en total, los cuales creemos que satisfacen su petición. Estos documentos están libres de costes.

Saludos cordiales,

Mara Sanchez

Coordinadora de Información y Privacidad

TOP SECRET



Al día siguiente, en cuanto sonó la alarma, Sloane se tomó otra benzodiacepina. La iba a necesitar para el día que le esperaba; esa mañana tenía que asistir a la inauguración del Monumento de los Diez Años, erigido en honor de las vidas que habían costado los ataques del Oscuro, y por la noche a la gala de los Diez Años de Paz para celebrar el tiempo transcurrido desde su derrota.

La ciudad de Chicago le había encargado el monumento a un artista que se llamaba Gerald Frye. A juzgar por su portafolio, debía de haberse inspirado en gran medida en la obra del minimalista Donald Judd, puesto que el monumento en sí consistía en una simple caja metálica rodeada por una franja de tierra vacía allí donde antes se alzaba aquella torre tan fea, en pleno centro del Loop, junto al río. Parecía pequeña en comparación con los rascacielos que la rodeaban, aunque brillaba al sol cuando el coche de Sloane se detuvo en las proximidades.

Matt había contratado un chófer para no tener que aparcar, lo que resultó ser una idea excelente porque la ciudad entera estaba atestada. La muchedumbre era tan numerosa que el conductor había tenido que tocar el claxon en varias ocasiones para poder pasar con su Lincoln negro. Incluso así, la mayoría de los transeúntes hacían oídos sordos hasta que notaban el

calor del radiador en las piernas.

Cuando ya estaban cerca, un agente de policía les permitió cruzar la barrera que custodiaba y circularon por un tramo de calzada despejada hasta llegar al monumento propiamente dicho. Sloane notaba una palpitación detrás de los ojos, como si tuviera jaqueca. En cuanto Matt abriese la puerta y saliera a la luz, todo el mundo los reconocería. La gente sacaría los móviles para grabarlos en vídeo. Estirarían los brazos por encima del cordón de seguridad para que les firmasen fotos, agendas e incluso la piel. Gritarían sus nombres, llorarían y pugarían por acercarse a ellos y contarles historias acerca de todas las cosas y todas las personas que habían perdido.

Sloane deseó poder irse a casa. En vez de eso, se secó las palmas de las manos en la falda del vestido, respiró hondo y apoyó una mano en el hombro de su acompañante. El vehículo aminoró la marcha hasta detenerse. Matt abrió la puerta.

La recibió una muralla de sonido cuando se apeó detrás de él. Matt se giró hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja y le susurró al oído:

—No te olvides de sonreír.

Muchos hombres le habían pedido a Sloane que sonriera, pero lo único que querían era ejercer algún tipo de poder sobre ella. Matt, sin embargo, tan solo intentaba protegerla. Su propia sonrisa era un escudo contra una forma de racismo más sutil e insidiosa, la clase de prejuicio que hacía que la gente lo siguiera por los pasillos de los comercios antes de darse cuenta de quién era, o que diese por sentado que se había criado en un barrio pobre y no en el Upper East Side, o que se concentrara en Sloane y Albie como salvadores del mundo, como si Matt, Esther e Ines no hubieran tenido nada que ver con eso. Un racismo que se manifestaba en forma de silencios y tartamudeos, de torpeza en los gestos y chistes sin gracia.

Había otras formas más directas también, más violentas, pero contra ellas las sonrisas no servían de escudo.

Matt se acercó a la multitud que se agolpaba contra la barrera y le tendía fotografías suyas, artículos de revistas, libros. Sacó un rotulador negro del bolsillo y empezó a garabatear su firma *MW*, donde cada letra era la otra

invertida. Sloane se quedó observándolo a cierta distancia, distraída por un momento del caos. Cuando una pelirroja de mediana edad que no sabía cómo funcionaba su propio teléfono le pidió una foto, Matt se acercó, lo cogió y le enseñó a activar la cámara frontal. Allí adonde iba la gente le daba un trozo de sí misma, a veces en forma de gratitud, a veces de historias sobre las personas que habían perdido por culpa del Oscuro. Él lo aceptaba todo.

Transcurridos unos minutos, Sloane se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Lo siento, Matt, pero tendríamos que irnos.

La gente también intentaba llegar hasta ella, por supuesto, agitando copias del artículo de la revista *Trilby* con su cara impresa a un lado y las gilipolleces machistas de Rick Lane al otro. Algunos gritaban su nombre y ella fingía no oírlos, como hacía siempre. Las armas de Matt eran la generosidad, la bondad y la delicadeza social. Las de Sloane eran el distanciamiento, su altura y una despiadada falta de afecto.

Matt recorrió la cola con la mirada y se fijó en un grupo de adolescentes negras que iban vestidas con el mismo uniforme escolar. Una de las muchachas llevaba el pelo recogido en trenzas diminutas, con cuentas en los extremos que tintineaban cada vez que la chica saltaba de emoción. Llevaba una carpeta con sujetapapeles en la mano. Parecía otra petición.

—Un momento —le dijo a su acompañante, y se acercó al grupo de chicas uniformadas. Sloane se molestó un poco por el plantón, pero se le pasó enseguida al fijarse en el sutil cambio que se había operado en el porte de Matt, cuyos hombros se veían ahora mucho más relajados—. Hola —saludó sonriente a la chica de las trencitas.

Sloane notó una ligera opresión en el pecho. Había partes de él a las que nunca sería capaz de acceder, un idioma que jamás le oiría pronunciar porque, cuando ella estaba presente, las palabras se desvanecían.

Decidió seguir adelante sin él. En realidad daba igual que llegase puntual o no a la ceremonia. Nadie empezaría sin él.

Recorrió el estrecho pasillo que la policía había abierto entre la multitud y subió los escalones que conducían al escenario, orientado hacia el

monumento. La caja metálica, plantada en mitad de la nada, tenía el tamaño aproximado de una habitación convencional.

—¡Slo!

Esther, con unos tacones de doce centímetros y pantalones negros de cuero, agitaba los brazos en su dirección. La blusa blanca que había elegido era lo suficientemente holgada como para resultar elegante y, de lejos, daba la impresión de que sus rasgos no habían cambiado nada desde que derrotaran al Oscuro. Al aproximarse, sin embargo, Sloane comprobó que el resplandor uniforme de sus facciones era obra de una mezcla de base de maquillaje, iluminador, polvos bronceadores, polvos fijadores y Dios sabía qué más.

Sintió alivio al verla. Las cosas no habían vuelto a ser lo mismo para los cinco desde que Esther había regresado a casa para cuidar de su madre. Sloane sacudió la cabeza, rechazando así el brazo que le ofrecía un guardia de seguridad, subió sin ayuda los escalones que la separaban del escenario y se abrazó a Esther.

—¡Qué vestido tan bonito! —exclamó Esther cuando se separaron—. ¿Lo ha elegido Matt?

—Soy bastante capaz de elegir mi ropa —replicó Sloane—. ¿Cómo...?

Lo que se disponía a preguntar era cómo estaba la madre de Esther, pero su amiga ya había sacado el móvil y lo sostenía ante ellas para hacer un selfi.

—No —dijo Sloane.

—Slo... ¡Venga ya, me apetece tener una foto de las dos juntas!

—No, lo que quieres es colgarla para tu millón de seguidores en Insta! Son dos cosas distintas.

—Pienso hacerla tanto si sonríes como si no, así que más te vale dejar de alimentar esos rumores sobre lo superamargada que te has vuelto —señaló Esther.

Sloane hizo un gesto de impaciencia, dobló ligeramente las rodillas y se agachó para posar. Incluso consiguió sonreír un poquito.

—Pero solo esa, ¿entendido? Tengo mis motivos para no estar en las redes sociales.

—Claro que sí, como eres tan «auténtica», «alternativa» y mil cosas más... —Esther la ahuyentó con la mano mientras inclinaba la cabeza sobre el teléfono—. Te pienso pintar un bigote.

—No se me ocurre nada más apropiado para el décimo aniversario de una batalla espantosa.

—Vaaale, pues la subo tal cual. Qué sosa eres.

Ya habían tenido antes esa discusión. Esther y ella se giraron hacia Ines y Albie, sentados junto al podio con sendos trajes de color negro, casi idénticos. Las solapas de Ines eran un poco más anchas y la corbata de Albie era azul, pero por lo que Sloane pudo ver, ahí terminaban las diferencias.

—¿Dónde se ha metido Matt? —quiso saber Ines.

—Codeándose con sus súbditos —replicó Esther.

Sloane miró atrás. Matt, que continuaba hablando con la adolescente, tenía el ceño fruncido y asentía con la cabeza a lo que fuera que ella le estaba diciendo.

—Enseguida viene —les aseguró a los demás.

Albie lucía unas ojeras llamativas, aunque eso podía deberse a que eran las ocho de la mañana y él no solía levantarse antes de las diez. Cuando la miró, al menos, no parecía preocupado, sino tan solo cansado. La llamó con la mano.

—Te he reservado un asiento, Slo —dijo, y dio unas palmaditas en la silla que había a su lado.

Sloane se sentó junto a él con los tobillos cruzados y las piernas ligeramente recogidas bajo la silla, tal y como le había enseñado su abuela. «¿Qué pasa, es que quieres que cualquier desconocido te vea las bragas? Bueno, pues entonces cruza las dichosas piernas, chiquilla».

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Nah —dijo él esbozando una sonrisita torcida—. Pero ¿qué novedad hay en eso?

Sloane le devolvió la sonrisa.

—Hola, niños.

Un hombre estaba cruzando el escenario. Vestía unos pantalones de

color gris oscuro y una americana a juego con su camisa azul celeste, y llevaba el pelo entrecano meticulosamente peinado hacia atrás. No se trataba de un hombre cualquiera, sino de John Clayton, alcalde de Chicago, elegido tras una campaña sustentada sobre el mismo lema de «probablemente menos corrupto que mi contrincante» que caracterizaba la vida política de la ciudad desde hacía años. También era, casi con toda seguridad, la persona más insulsa que hubiese caminado nunca sobre la faz de la tierra.

—Gracias por venir —dijo Clayton, que procedió a estrecharles la mano a Sloane, Albie, Ines y Esther, por ese orden. Matt subió al escenario justo a tiempo de darle también la mano al alcalde—. La idea es que yo pronuncie unas palabras antes de que vosotros os acerquéis juntos al monumento. Como si fuerais a bendecirlo o algo así, ¿eh? Después os sacaré de aquí. Quieren sacarnos una foto de grupo... ¿Ahora? Ahora, sí.

Le hizo una seña al fotógrafo, que los colocó de tal modo que el monumento resultara visible tras ellos: Matt estaba en el centro con la mano bien apoyada en la cintura de Sloane, que no estaba segura de si debía sonreír en el décimo aniversario de la derrota del Oscuro. El mundo entero quería festejar aquel día. Incluso la ciudad de Chicago, que tenía tantas pérdidas que lamentar: el río se teñiría de azul, la cerveza correría a raudales por el barrio de Wrigleyville y el metro se convertiría en un vagón de ganado. Las celebraciones estaban bien, Sloane lo sabía, incluso había llegado a participar en ellas durante los primeros años después del suceso, pero le resultaba cada vez más difícil. Le habían asegurado que las cosas se volverían más fáciles con el tiempo, pero esa profecía, de momento, no se estaba cumpliendo. El estallido de alegría triunfal que siguió a la caída del Oscuro se había desvanecido, y lo que quedaba era una molesta sensación de insatisfacción y el vacío dejado por todo cuanto se había quedado por el camino antes de alcanzar la victoria.

No salió sonriendo en la foto. Mientras Esther le explicaba lo que era un vídeo bumerán al alcalde, Sloane se volvió a sentar junto a Albie. Matt, mientras tanto, había entablado conversación con la mujer de Clayton, que quería saber si pensaba asistir a la inauguración de una biblioteca nueva en

el Uptown. Ines, por su parte, se dedicaba a menear la pierna sin parar, tan nerviosa como siempre. Albie apoyó una mano sobre la de ella y le dio un apretón.

—Feliz aniversario, supongo —suspiró Sloane.

—Eso —dijo él—. Feliz aniversario.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO DE ACCIÓN DE SEGURIDAD NACIONAL N.º 70

PARA: AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL (ARIS)

ASUNTO: CALAMIDADES SIN EXPLICACIÓN OCURRIDAS EN 2004

Previa aprobación del registro de los hechos que tuvieron lugar el 2 de febrero de 2005, y habiéndose reunido con el Consejo de Seguridad Nacional, el presidente ha decretado que se analicen los desastrosos incidentes de 2004 para determinar si existe algún patrón entre ellos. Puesto que dichos incidentes, por ahora, no han podido explicarse por medios convencionales, esta tarea recae en la Agencia para el Registro y la Investigación de lo Supranormal (ARIS).

Por la presente se solicita a ARIS, por tanto, que realice dicho estudio lo antes posible y presente una evaluación preliminar durante la próxima reunión del Consejo de Seguridad Nacional. Adjuntos a esta carta encontrarán los artículos relacionados con dichos sucesos que el Consejo de Seguridad Nacional ha reunido hasta la fecha.

Shonda Jordan

TOP SECRET

Chillicothe Gazette

LOS INFORMES OFICIALES SOBRE EL DESASTRE DE TOPEKA CONTINÚAN SIENDO UN MISTERIO

Jay Kaufman

TOPEKA, 6 DE MARZO: Según los últimos recuentos, la cifra de víctimas mortales en Topeka (Kansas) durante el desastre del 5 de marzo de 2004 asciende a 19 327, aunque las autoridades ignoran cuál ha podido ser la causa de tan significativa pérdida de vidas. O, si lo saben, prefieren guardar silencio al respecto.

La previsión meteorológica para el 5 de marzo por la mañana era de cielos cubiertos y un máximo de 5 °C, con apenas un 10 % de probabilidad de lluvia. Testigos de las localidades vecinas describen intervalos de sol y una brisa apacible. El caos se desató exactamente a la 1:04 p.m. Un empleado del Servicio Nacional de Meteorología calificó el ambiente en la sede de “desconcierto absoluto”, citando “gritos y monitores que chirriaban”.

“Durante unos minutos fue como si estuviéramos sufriendo un tornado, un terremoto y un huracán a la vez. Los cambios en la presión barométrica eran demenciales y los temblores se registraron incluso en Kentucky. No he visto nunca nada parecido”, comenta la fuente. El empleado solicitó que se respetara su anonimato por temor a perder el empleo. El Servicio Nacional de Meteorología ha emitido un comunicado según el cual lamenta no poder divulgar más detalles, puesto que la investigación aún está en curso.

El Gobierno federal sostiene la misma postura. El Departamento de Seguridad Nacional, incluida la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias, guarda silencio. El

FBI ha dicho que su investigación de momento no apunta a que haya ninguna organización terrorista, ni nacional ni extranjera, tras el incidente, aunque por ahora tampoco se puede descartar esa opción. Incluso a nivel regional, el alcalde de Topeka, Hal Foster (que en esos momentos se encontraba de vacaciones en Orlando, Florida), ha expresado sus condolencias y su pesar, pero no ha querido aventurar ninguna teoría sobre lo ocurrido.

Todo cuanto sabemos sobre el suceso hasta el momento proviene de ciudadanos particulares. Andy Ellis, de Lawrence (Kansas), se acercó en coche hasta los alrededores de Topeka con un dron que utilizaba para supervisar las obras de su nueva casa. Las imágenes de Topeka que Ellis proporcionó simultáneamente a todas las agencias de información del país, son desoladoras. En ellas se ven edificios reducidos a su armazón, cadáveres en las calles y, lo más singular de todo, ni una sola planta con vida. De todos los árboles de Topeka, según estas imágenes, solo quedan ramas encogidas y hojas marchitas.

A falta de explicaciones concretas, entre la población circulan teorías tan descabelladas como una invasión alienígena, un experimento gubernamental fallido, una nueva arma de destrucción masiva o un nuevo tipo de fenómeno atmosférico resultante del cambio climático. La histeria que campa a sus anchas ha empujado a algunas personas a empezar a construir refugios antiaéreos en sus hogares o a desarrollar nuevos planes de evacuación que abogan por el alejamiento del centro de las ciudades en vez de buscar protección allí.

“Necesitamos respuestas —dice Fran Halloway, vecina de Willard, una de las poblaciones supervivientes en las afueras de Topeka— Nos merecemos saber por qué han muerto nuestros seres queridos. Y no pararemos hasta encontrarlas”.

Portland Bugle

EL DESASTRE SE ABATE SOBRE PORTLAND. LA CIFRA DE FALLECIDOS ASCIENDE A DECENAS DE MILES

Arjun Patel

PORTLAND, 20 DE AGOSTO: El pasado 19 de agosto se desencadenó sobre Portland (Oregón) un fenómeno atmosférico, categorizado provisionalmente como huracán, que ha provocado graves desbordamientos y la devastación generalizada de hogares y otros edificios. Si se mantiene esta clasificación, se trataría del primer huracán tropical que azota la costa oeste en toda su historia.

Con una cifra estimada de 50 000 fallecidos, esta sería la catástrofe natural más mortífera de la historia de los Estados Unidos después de la Calamidad de Topeka, que este mismo año se saldó con un recuento final de 20 000 vidas perdidas. Todavía no se ha encontrado ninguna explicación definitiva para la Calamidad de Topeka.

El fenómeno atmosférico continúa desconcertando a los científicos, que citan las bajas temperaturas del océano Pacífico como posible causa para la ausencia de huracanes en la costa oeste hasta ahora. “Los huracanes se alimentan de aguas más cálidas —asegura la doctora Joan Gregory, profesora de ciencias del clima en la universidad de Wisconsin-Madison—. Una posible explicación sería el cambio climático, aunque recientemente no se había registrado ningún ascenso considerable de las temperaturas en el Pacífico. Parece más bien un fenómeno aislado”.

Lo más probable es que continúen aflorando detalles conforme se prolonguen las labores de rescate. El próximo jueves, a las 8:00 p.m., se celebrará una vigilia por las

víctimas en la plaza Pioneer Courthouse.

Rochester Observer

SE DISTINGUE UNA SILUETA EN EL CORAZÓN DEL DESASTRE. LOS TESTIMONIOS QUE HABLAN DE UNA FIGURA MISTERIOSA PROVOCAN QUE LAS TEORÍAS CONSPIRANOICAS CORRAN COMO LA PÓLVORA

Carl Adams

ROCHESTER, 7 DE DICIEMBRE: “Todo fue muy caótico”, dice Brendan Peterson, de Sutton (Minnesota), uno de los supervivientes de la catástrofe que este año se ha cobrado 85 000 vidas en Minneapolis. Estuvo presente en el centro de la destrucción y describe un infierno de fuertes vientos y escombros que volaban por los aires. “Vi una mujer desmembrada justo delante de mí —rememora con manos temblorosas—. No había visto jamás nada igual, nunca, ni en las películas”.

Brendan atribuye su supervivencia al azar, y no es el único. Varios de los testigos más elocuentes del ataque cuentan historias parecidas de muertes sangrientas, a cual más horrenda. No obstante, sus testimonios tienen algo en común: todos aseguran haber visto la figura de un hombre que se paseaba con confianza en medio de la devastación.

“Supongo que podría haber sido una mujer —dice George Williams, otro residente de Sutton y vecino de Brendan Peterson—. Parecía una persona, en cualquier caso. Es lo más espeluznante que he visto en mi vida”.

Aunque el Gobierno de los EE. UU. califica los desastres de “ataques”, todavía no se ha

identificado a los responsables. Internet se ha poblado de teorías que van de lo verosímil (terroristas, agentes de Gobiernos extranjeros hostiles) a lo directamente absurdo (alienígenas, un ser divino colérico).

“Costaba verlo con claridad —puntualiza Brendan refiriéndose al desconocido que divisó durante el ataque a Minneapolis—. Era oscuro de la cabeza a los pies. No estoy loco. Sé lo que vi”.



El discurso del alcalde consistió en una colección de frases manidas sobre la superación del dolor, el triunfo del bien sobre el mal y la necesidad de honrar a los muertos. Hacia la mitad de la arenga, Ines se acercó a Sloane para susurrarle al oído una cita de la serie *Friday Night Lights* («Miradas limpias y corazones llenos no pueden perder»), y Sloane tuvo que taparse la boca para que los asistentes no la vieran reírse. Albie fingió sufrir un ataque de tos y Esther le dio un codazo en las costillas a Ines. Matt se obligó a adoptar una expresión seria. Durante un momento, Sloane se sintió como si hubiera recuperado algo que creía perdido.

Al concluir el discurso se desató una tormenta de destellos provocados por los flashes de las cámaras, y la multitud aplaudió. Sloane se sumó a los demás, aplaudiendo hasta que empezaron a escocerle las palmas. A continuación todos intercambiaron firmes apretones de manos y, por último, llegó el momento de que los Elegidos bendijeran el Monumento de los Diez Años con sus huellas sagradas o como diablos fuera que el alcalde Clayton lo había llamado. Sloane se preguntó si podría aprovechar la excusa para quitarse los zapatos, porque le estaban machacando los dedos. No se podía bendecir nada con los pies embutidos en unos tacones tan incómodos.

La zona que rodeaba la caja metálica se había pavimentado con

hormigón. Sloane bajó los escalones del escenario y notó el calor que desprendía la superficie a través de la suela de los zapatos. Se sintió como si estuviera caminando sobre las aguas de un mar gris y el monumento fuese una isla de bronce que se alzaba a cien metros de ella. Era el único punto de cálida luminosidad en el seno de la desolación, etéreo, casi como un espejismo. Al observarlo con atención, le sorprendió notar lágrimas en los ojos. El bronce se desluciría con el tiempo, su brillo daría paso a una monótona pátina verde. También el recuerdo de lo que había ocurrido se desvanecería, se apagaría, y el monumento caería en el olvido, frecuentado únicamente por las excursiones escolares y los autobuses de visitas turísticas organizadas para fans de la historia.

Y el lustre de Sloane correría la misma suerte. Siempre famosa pero siempre languideciendo, como las antiguas estrellas de cine, con el espectro de su yo más joven cincelado en el rostro.

Qué sensación tan extraña, saber sin lugar a duda que una ya había tocado su techo.

Caminó tras los pasos de Albie en dirección a la caja, mientras los demás la seguían. No pudo evitar dirigir la mirada al otro lado del río, donde Matt había resistido durante su última batalla esgrimiendo la Rama Dorada, con el rostro envuelto en una luz sobrenatural. Tan solo uno de los muchos momentos en los que se había enamorado de él.

La pared presentaba una estrecha abertura para permitir el paso de la gente. Albie la cruzó sin pensarlo dos veces. Ines se disponía a seguirlo, pero Sloane la detuvo con una mano.

—Dale un momento —dijo.

Todos encajaban entre sí de distintas maneras, conocían mejor que nadie distintas facetas de los demás. Esther sabía hacer reír a Albie, Ines casi podía leerle el pensamiento, y Matt era capaz de soltarle la lengua. Pero Sloane era la experta en los días malos de Albie, y estaba claro que aquel era uno de ellos.

—Aquí va a venir todo el mundo a mear —comentó Ines.

—Tampoco es imprescindible que hables cada vez que se hace el silencio —la regañó Matt.

—Voy a ver si está bien —dijo Sloane—. Esperad un par de minutos.

—Claro —replicó Matt.

—Vale, así a Esther le dará tiempo a encontrar el mejor ángulo para la cámara o algo de eso —bromeó Ines.

Esther le pegó un manotazo en el brazo y sacó su teléfono. Sloane se apresuró a escapar de la escena antes de que Esther la convenciera para hacerse otro selfi, encontró la abertura en la pared y entró en el monumento.

Las paredes metálicas estaban cubiertas de letras diminutas: el nombre de cada una de las personas asesinadas por el Oscuro. Según el artista, encontrarlos y grabarlos todos le había llevado años, y la mayoría eran tan pequeños que resultaban casi ilegibles. Los nombres resplandecían gracias a unos paneles luminosos instalados detrás de las planchas metálicas. Era como contemplar el firmamento nocturno desde algún bosque virgen al que la contaminación no hubiese llegado y no pudiera interferir con el brillo de las estrellas.

Albie estaba en el centro del cubo, con la mirada fija en uno de los paneles.

—Hola —dijo Sloane.

—Hola. Qué bonito es esto, ¿verdad?

—El bronce me parece una decisión acertada. Así resulta casi acogedor. ¿Has encontrado el nombre de tu padre?

—No —respondió Albie—. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Podríamos preguntarle al artista.

Albie se encogió de hombros.

—Esa es la cuestión, creo, que uno no debería ser capaz de distinguir los nombres individuales, sino tan solo hacerse una idea general de los muchos que son.

Tantos que la cifra exacta se había vuelto irrelevante, pensó Sloane. Ella ya sabía cuántas vidas se había cobrado el Oscuro. Cualquier cantidad entre cien y un millón no era más que un número que su limitada mente no alcanzaba a comprender.

—A mí me gusta así —continuó Albie—. Me recuerda que no somos más que un puñado de personas que perdieron algo entre miles de otras personas que también lo perdieron. Mi sufrimiento no importa ni más ni menos que el de cualquiera de estas familias.

Indicó el panel que tenía ante él con un gesto. Aunque solo contaba treinta años, el pelo ya se le había vuelto tan fino como una pluma y le empezaba a escasear en las sienes. También lucía arrugas en la frente, tan pronunciadas que Sloane no había podido pasarlas por alto. Acusaba mucho el paso del tiempo.

—Estoy harto de ser especial —dijo Albie con una risita nerviosa—. Estoy harto de que se me honre por lo peor que me ha pasado en la vida.

Sloane se puso a su lado, tan cerca que sus brazos se tocaban. Pensó en la montaña de documentos del Gobierno que guardaba en el cajón inferior de su escritorio; pensó en Rick Lane, hablando de ella como si no fuese más que un montón de carne expuesto en la charcutería; pensó en las pesadillas que la acosaban tanto cuando estaba despierta como cuando dormía.

—Ya —suspiró—. Entiendo a qué te refieres.

O eso creía, al menos. Pero al ver los temblores de la mano de Albie cuando este la levantó para frotarse la cara, se preguntó si lo entendía realmente.

—¡Toc, toc! —dijo Esther, sujetando en alto el teléfono (en un ángulo favorecedor, por supuesto) mientras entraba en el monumento, con el pelo colocado de forma impecable sobre los hombros. Se giró para incluir a Albie y Sloane en el encuadre—. ¡Salud a mis seguidores de Insta, chicos!

—¿Estás emitiendo en directo? —preguntó Sloane.

—No.

Sloane miró a Albie de reojo y le hizo la peineta con ambas manos a la cámara mientras él hinchaba las mejillas, las presionaba con la palma de las manos y emitía una serie de sonoras ventosidades. Ines, que apareció tras los pasos de Esther, se puso nerviosa al ver a Sloane haciendo gestos obscenos con los dedos junto a la cara de Albie. Esther guardó el móvil con gesto enfurruñado.

—¡Quería capturar mi primer paseo por el Monumento de los Diez Años! —se lamentó—. Ahora tendré que entrar otra vez y fingir que es la primera.

Se cruzó con Matt al salir hecha una furia.

—¿Me he perdido algo?

—Espera —dijo Albie, llevándose un dedo a los labios.

Esther volvió a entrar con el teléfono en alto algo alejado del rostro y abrió los ojos desmesuradamente, como si se sintiese maravillada, mientras examinaba los nombres brillantes. Albie se situó frente a ella de un salto, inclinó la cabeza para colarla en el encuadre junto a la suya y dijo:

—¡Es la segunda vez que lo hace! No dejéis que os enga...

Esther lo apartó de un empujón y bajó el teléfono.

—Pero ¿a vosotros qué os pasa?

—¿A nosotros? ¡Eres tú la que tiene el móvil prácticamente cosido a la mano! —dijo Sloane—. Eres peor que Matt.

El aludido levantó las manos.

—A mí no me metáis en esto.

—¡No soy la primera persona en usar las redes sociales! —protestó Esther—. Es mi trabajo, no hace falta que os pongáis a juzgarme por eso.

—Se supone que esta es una ocasión solemne —señaló Matt—. Y podría haber sido una buena ocasión para volver a conectar...

—Grabar lo que pasa no le resta solemnidad al asunto —lo interrumpió Esther.

—A menos que para grabarlo tengas que buscar el ángulo ideal para un selfi —dijo Ines imitándola con el teléfono en alto y proyectando una cadera hacia fuera—. «Hola, aquí tenéis los nombres de todas estas víctimas y también una buena toma de mi culo redondo».

A Sloane se le escapó una risita. Sonó tan estridente que se tapó la boca con las manos, avergonzada.

—Sloanie Chiquita grita como una niña —canturreó Albie, levantando las cejas.

—No te atrevas a llamarme así.

—Y tú no hagas como si nadie te hubiera visto en esos vídeos caseros

que grabó Cameron —dijo Esther—. A lo mejor ahora vas de chica dura a la que todo le importa una mierda, pero en el fondo siempre serás esa cría que bailaba al son de *Diamonds Are A Girl's Best Friend* con un tutú de papel de aluminio.

Sloane maldijo para sus adentros la videocámara de su difunto hermano. Se disponía a replicar algo cuando la interrumpieron las palabras de Matt:

—He encontrado a Bert.

El verdadero nombre de Bert no era Robert Robertson, por supuesto. Se lo había confesado unos meses antes de morir, para que lo pudieran encontrar si perdían el contacto. Sin embargo, no pensaban en él como Evan Kowalczyk: para ellos siempre sería Bert.

Se agruparon detrás de Matt y siguieron la línea que este trazaba con el dedo hasta un nombre diminuto: Evan Kowalczyk, todo en mayúsculas. Sloane no sabía cómo había podido encontrarlo Matt entre tantos otros nombres, entre todos aquellos paneles. Era como encontrar un árbol en particular en medio de un bosque repleto de árboles idénticos. Matt retiró la mano y el nombre de Robert volvió a desaparecer en la pared, confundiéndose con el resto.

Tantas pérdidas..., hasta la última de ellas en vano. Un señor oscuro y su apetito insaciable.

—Me pregunto qué haría en estos momentos —murmuró Matt.

—Seguramente negarse a disfrutar de la jubilación —replicó Ines.

Sloane se giró hacia la entrada antes de que su expresión la delatara. No quería contarles lo que había visto en los documentos obtenidos tras su solicitud amparada por la Ley para la Libertad de Información, atisbos de un Bert desconocido para ella.

—Salgamos —dijo—. Estarán empezando a preguntarse dónde nos hemos metido.



La invitación a la gala estaba pegada en la puerta del frigorífico: CELEBRA DIEZ AÑOS DE PAZ. Como si la derrota del Oscuro hubiese traído paz y armonía al mundo entero. No era así, por supuesto, pero al menos a los Estados Unidos les había proporcionado una excusa para retirarse de todo. Una nueva era de aislamiento, lo llamaban los titulares. Las reacciones habían sido... dispares. Una parte de la población celebraba la retirada de sus tropas de otros países pero protestaba por la salida de los organismos de paz internacionales. Otra parte aplaudía el cierre de las fronteras pero lamentaba la reducción de la presencia militar en el extranjero. Con independencia del punto exacto del espectro en el que se encontraran, todos compartían la misma paranoia. Nadie sabía de dónde había salido el Oscuro, lo que significaba que podría haber salido de cualquier parte. Podría haber sido un amigo o un vecino, un refugiado o un inmigrante. Incluso la madre de Sloane se había comprado una pistola legal e iba una vez al mes a practicar al campo de tiro, como si eso le hubiera servido alguna vez a alguien contra el Oscuro, que hacía que las armas de fuego implosionaran como edificios demolidos, deformando y retorciendo el metal sin necesidad de tocarlo siquiera. Sloane no podía evitar preguntarse cuánto tardaría ARIS en controlar ese poder. Si no había ocurrido ya.

Sacó el vestido del armario y lo dejó colgado en la puerta. Era un modelo con cuentas de oro que parecía sacado de los años veinte. Notaría su peso en los hombros, por lo que no pensaba ponérselo hasta el último momento. Si fuese un día normal no se habría molestado en elegir algo tan elegante, pero a Sloane le encantaban las ocasiones formales (aunque no lo reconocería ante nadie ni loca). Antes incluso se había escondido en el baño para ver uno de los tutoriales de belleza que subía Esther a su Insta! y aprender a hacerse un delineado galáctico con el lápiz de ojos. Como Esther se enterase algún día, Sloane tendría que pasarse el resto de su vida aguantándola.

La desafortunada naturaleza ceñida del vestido con cuentas significaba que debía recurrir a la prenda que más temía del mundo: la faja reductora. El mayor estrangulador de torsos femeninos ligeramente imperfectos desde el corsé. Lo que menos le apetecía era despertarse a la mañana siguiente con todas las páginas de cotilleos repletas de fotografías ampliadas de su cinturón de grasa abdominal, especulando sobre el estado de su útero. Llevaba enfrentándose a los rumores sobre un hipotético embarazo desde que Matt y ella habían empezado a salir juntos.

La dichosa faja reductora no aparecía ni en el cajón donde guardaba la ropa interior ni en el de los calcetines, por lo que se dirigió al armario de Matt. A veces se perdía en el mar de calzoncillos largos de color negro que usaba siempre. Rebuscó entre las prendas de licra y rozó con los dedos algo duro y pequeño.

Una cajita, de dimensiones tan reducidas que le cabía en la palma de la mano. Negra.

«Mierda».

Sloane lanzó una mirada de soslayo a la puerta; todavía estaba cerrada y no se oían movimientos en el pasillo al otro lado. Bien. Abrió la caja. Dentro había un anillo, como cabía esperar, aunque no uno cualquiera: parecía antiguo, incrustado con piritita en vez de diamantes. Se había acordado de cuáles eran las joyas que más le gustaban, aunque nunca se pusiera ninguna.

Con un nudo en la garganta, cerró el estuche de golpe y lo guardó en el

cajón de nuevo. Sabía lo que significaba, por supuesto: iba a pedirle que se casara con él. Y pronto, porque no podía esperar que el cajón de los calzoncillos resistiera mucho tiempo como escondite. Dada su predilección por los gestos melodramáticos, lo más probable era que hubiese elegido la gala de esa misma noche.

Aterrada, Sloane abrió la puerta y se asomó al pasillo. Matt estaba hablando por teléfono con Eddie, su asistente. Tenía la agenda llena a reventar de causas benéficas. Tan solo esa semana estaba previsto que moderase una mesa redonda sobre la masificación en las cárceles, que asistiera a un acto de recaudación de fondos para un centro educativo de la zona oeste, y que se reuniera con un senador para intentar que el Estado subvencionara las sesiones de terapia a los supervivientes del Oscuro aquejados de estrés postraumático. Probablemente se tiraría un buen rato al teléfono.

Volvió a cerrar la puerta y se sentó en el borde de la cama con la mirada fija en la casa de dos pisos de la acera de enfrente, la que tenía los aleros adornados con guirnaldas de chillonas lucecitas azules durante todo el año.

Sacó el móvil y marcó un número que hacía años que no utilizaba. El de su madre.

—¿Diga? —contestó June Hopewell, cuya voz sonaba más vigorosa que nunca.

—¿Mamá?

—¿Sloane?

Sloane arrugó el entrecejo.

—Pues sí, la misma, a no ser que tengas alguna otra hija suelta por ahí y yo no me haya enterado.

—Te he visto en la tele esta mañana —dijo June—. ¿Seguro que no quieres replantearte esa política tuya de no firmar autógrafos? Parecía como si te persiguiera una manada de lobos.

—Sí, mamá. Seguro que no.

Sloane dudaba que a su madre le importase realmente si firmaba autógrafos o no, pero desde la derrota del Oscuro le había dado por meter baza en todo lo que hacía su hija, quizá en un intento por compensar su

inexistente influencia en la crianza de Sloane. Al fin y al cabo, se había perdido toda su adolescencia porque no le importó una mierda que apareciese el Gobierno para llevársela.

—Escucha, quería comentarte una cosa. Acabo de encontrar una sortija en el cajón de la ropa interior de Matt. Un anillo de compromiso.

Su madre guardó silencio al otro lado de la línea.

—Vale —dijo, transcurridos unos instantes—. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? —Sloane se pegó una palmada en la frente—. ¡Que estoy atacada de los nervios!

—Slo, lleváis juntos diez años.

Sloane notó las mejillas acaloradas.

—¡Nunca hemos hablado de esto! ¿No crees que si quisiera casarse conmigo habría sacado el tema, no sé, por lo menos de pasada, en alguna ocasión? A lo mejor odio esa institución social por principio y él sin saberlo.

—Aunque a nadie le sorprendería eso, dada la enorme cantidad de cosas que odias —replicó June con un atisbo de guasa en la voz—, cabe la posibilidad de que quisiera darte una sorpresa.

Sloane se concentró en un gato que estaba paseando por la acera.

—Sloane. —Su madre dejó escapar un suspiro—. Es lo mejor que vas a encontrar. Hazme caso.

Sloane no respondió.

—Tengo que irme —dijo su madre.

«¿A hacer qué?», pensó Sloane. Colgó sin despedirse. Eso no debería sorprender a June. Por lo general solo hablaban una vez al año, por Navidad, durante cinco minutos. No habían intercambiado un «te quiero» desde que Sloane era una niña. Desde antes de que su padre se largara para luego aparecer muerto en un tanatorio de Arkansas, víctima de una Sangría, y June tuviese que ir a identificar el cadáver.

«Es lo mejor que vas a encontrar». Llevaba razón, evidentemente, puesto que Matt irradiaba un aura de bondad tan intensa que a veces a una le entraban ganas de arrearle un puñetazo. No amarlo era como no amar la libertad. O a los perritos.

Por otro lado, el modo en que lo había dicho June le crispaba los nervios. «Es lo mejor que vas a encontrar...». En fin, era cierto; ¿qué quería que hiciera? ¿Instalarse una app de citas? ¿Fingir que tenía un trabajo normal? ¿En qué momento debía mencionar que era una de los cinco salvadores de la humanidad? ¿Conversando durante la tercera cita o más bien ya en la quinta?

Aunque habría sido agradable, pensó, que June dijera algo bonito y tranquilizador, para variar.

Se quedó sentada con el teléfono en la mano. El sol comenzaba a ponerse, y en la acera de enfrente se habían encendido ya las chillonas lucecitas azules. Se sentía mareada, como si la habitación diera vueltas a su alrededor. Pero también sabía que, cuandoquiera que Matt decidiese pedirle la mano, ella le diría que sí, porque esa era la única respuesta sensata. Se casarían, él la cuidaría, y ella se esforzaría todo lo posible por estar a su altura.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

ASUNTO: CALAMIDADES SIN EXPLICACIÓN OCURRIDAS EN 2005, TRANSCRIPCIÓN DE LA REUNIÓN INFORMATIVA CON ██████████, EL AGENTE ENCARGADO DE LA INVESTIGACIÓN, NOMBRE EN CLAVE BERT

AGENTE S: Tenga la bondad de decir su nombre, para que conste en acta.

AGENTE K: Me llamo ██████████, pero a efectos de esta misión se me ha asignado el nombre clave de Robert Robertson.

AGENTE S: Entendido. Nos hemos reunido hoy para revisar la información recabada por usted sobre el Sujeto 2 del Proyecto Sosias, Sloane Andrews.

AGENTE K: Correcto. El 17 de octubre se me informó de que el Sujeto 2 había sido identificado y había que extraerlo de forma inmediata.

AGENTE S: El informe muestra que se produjo un retraso de veinticuatro horas antes de emprender esa acción, a pesar de la orden. ¿Puede explicarlo?

AGENTE K: Sí, solicité un aplazamiento de una semana para que el Sujeto 2 pudiera asistir al funeral de su hermano. La petición fue denegada, pero se me concedió un aplazamiento de veinticuatro horas. Aunque me pareció insuficiente, cumplí con mis

órdenes y llegué a la residencia de Andrews el 18 de octubre a las 1500 horas.

AGENTE S: ¿Y qué encontró en la residencia de Andrews?

AGENTE K: Lo que cabía esperar. Nuestro trabajo de documentación indicaba que la situación económica de la familia Andrews era relativamente modesta, por lo que estaba preparado para la casa desvencijada y la mejorable calidad del vecindario que me encontré.

AGENTE S: Y, a su llegada, ¿estableció contacto directamente con el Sujeto 2?

AGENTE K: Estaba sentada en los escalones de la entrada. Su aspecto era desaseado. Confirmé su nombre y me presenté con mi nombre en clave.

AGENTE S: ¿Cuál fue su reacción?

AGENTE K: Dijo: «Suena a nombre falso».

AGENTE S: Perspicaz. ¿Su respuesta?

AGENTE K: Confirmé que se trataba, en efecto, de un nombre falso. Pensé que podría empezar a ganarme su confianza si era franco con ella.

AGENTE S: Entendido. Prosiga.

AGENTE K: Le pregunté si estaba su madre en casa y si podía hablar con ella. Parecía incómoda. Me preguntó quién era y qué quería, y le dije que solo podría hablar con ella con su madre presente. Su respuesta fue que, si quería que su madre estuviera «presente», me tiraría esperando un buen rato.

AGENTE S: Ah.

AGENTE K: Llegado ese punto consideré pertinente cambiar el enfoque de mi estrategia. Con los sujetos del Proyecto Sosias, lo habitual es que hable al mismo tiempo con ellos y al menos uno de sus progenitores, pero esta era una situación especial. Un padre y un hermano muertos y lo que parecía ser una madre incapacitada. El sujeto no tenía prácticamente a nadie. De modo que decidí hablar a solas con ella. Le pregunté si podíamos entrar, pero se negó. Dijo que no pensaba abrirle la puerta de su casa a un desconocido. Así que me quedé donde estaba.

AGENTE S: ¿Cómo empezó?

AGENTE K: Volvió a preguntarme quién era. Respondí que pertenecía a una rama clandestina del Gobierno cuya naturaleza exacta no podía divulgar, y que había ido hasta allí por una profecía.

AGENTE S: Que conste en acta que el agente se refiere a la Visión Precognitiva n.º 545,

relativa al Ser Oscuro, conocido coloquialmente como el Oscuro y su igual, al que suele llamarse el Elegido. ¿Cómo reaccionó el sujeto al concepto de profecía?

AGENTE K: Dijo: «Yo no creo en esas cosas. Me quedo con lo que puedo ver y tocar». Le pregunté cómo explicaba todo lo que era capaz de hacer el Oscuro. Quizá fuese un comentario inoportuno, habida cuenta de que el Oscuro acababa de asesinar a su hermano esa misma semana...

AGENTE S: ¿Se molestó?

AGENTE K: Todo lo contrario, de hecho. Adoptó una pose neutra. Inexpresiva. Y respondió: «No lo sé». Decidí que sería recomendable apelar a su faceta más lógica y sugerí que debía de ser el término «profecía» lo que no le gustaba. Después cité la tercera ley de Newton.

AGENTE S: Que conste en acta que la tercera ley de Newton estipula que toda acción provoca una reacción opuesta equivalente.

AGENTE K: ... Gracias por el apunte.

AGENTE S: No todo el mundo recuerda las clases de física, agente.

AGENTE K: Le expliqué que la profecía se limitaba a predecir que, si existía el Ser Oscuro, también debía existir un individuo equivalente y opuesto. En otras palabras, habíamos recibido una lista de criterios que apuntaban a la identidad de esa persona. Habíamos colaborado con Canadá y México para cribar las opciones, puesto que, hasta la fecha, todos los ataques se habían ceñido exclusivamente al territorio norteamericano. Al morir su hermano a manos del Oscuro, Sloane se había convertido en una de esas opciones.

AGENTE S: No se anda usted con rodeos.

AGENTE K: Mi teoría era que una joven obligada a ser tan independiente debido a la negligencia parental interpretaría mi honestidad como respeto por su autonomía. Al parecer, estaba en lo cierto. Encajó esta información sin ninguna reacción aparente. Después añadí que mi trabajo consistía en preparar para esta eventualidad a los cinco candidatos en potencia, y aumentar así las probabilidades de supervivencia de toda la humanidad.

Me preguntó: «¿Insinúas que yo soy... “la Elegida”?». Marcando las comillas con los dedos al decir «la Elegida».

Respondí: «Sí y no. Lo que digo es que podrías serlo». Cité algunos de los requisitos que cumplía: la muerte de su padre y su hermano, su nacimiento durante la luna de la cosecha, una madre con la que no compartía apellido, el raro tipo sanguíneo AB negativo...

AGENTE S: Los también llamados criterios de identificación preliminar, o CIP.

AGENTE K: Correcto. Calificaría su reacción de incredulidad. Me preguntó quién había hecho esa profecía y por qué tendría que prestarle atención el Gobierno a, cito textualmente, «cualquier chiflado que recite poesía».

Se me había concedido permiso para divulgar algunos detalles sobre la clarividente. Le dije que se llamaba ██████████, que había demostrado en repetidas ocasiones poseer conocimientos que escapaban a nuestra comprensión, y que había realizado 746 predicciones que habían superado nuestro escrutinio.

AGENTE S: ¿Y la reacción del sujeto ante esto?

AGENTE K: Es curioso... Los demás sujetos se habían mostrado escépticos, asustados o incluso, en el caso del Sujeto 1, ferozmente en contra. Pero el Sujeto 2 fue el primero que me preguntó qué ocurriría si se negaba.

AGENTE S: ¿Negarse?

AGENTE K: Negarse, sí. A enfrentarse al Oscuro.

AGENTE S: [Risas] ¿La informó de que no tenía elección?

AGENTE K: Creo que habría sido contraproducente. Me recordaba un poco a un chucho callejero..., de los que muerden cuando alguien intenta tocarlos. Con tacto, sin embargo, no es difícil persuadirlo para que se acercara.

AGENTE S: Si le gusta lo que se le ofrece para comer.

AGENTE K: Exacto. Y creo que, en este caso, el cebo más indicado era el respeto, por así decirlo. De modo que repliqué: «Sospecho que, si te niegas, las probabilidades de que el mundo se acabara aumentarían drásticamente». Citando repercusiones en vez de restricciones, una elección sin un resultado aceptable.

AGENTE S: ¿Funcionó?

AGENTE K: En efecto. Se quedó quieta como una estatua durante unos instantes. Pocas veces me he encontrado con alguien de su edad capaz de estar tan inmóvil. Al final dijo: «Menuda mierda», y empezó a discutir los pormenores conmigo.

AGENTE S: Qué profundo.

AGENTE K: En contra de lo que haya podido ver en las películas, nuestros Elegidos rara vez hacen declaraciones poéticas. En este caso, creo que ella fue el único sujeto que comprendía realmente lo que se avecinaba.

AGENTE S: ¿De qué pormenores hablaron?

AGENTE K: El adiestramiento que la esperaba en [REDACTED], [REDACTED], los preparativos de los que debería ocuparse antes de irse y cuándo volvería a por ella para emprender el viaje. Le pregunté cuánto tiempo iba a necesitar y me dijo que un día. Cuando le pregunté si no quería tomárselo con más calma para despedirse de su familia y amigos, para explicarle la situación a su madre, su respuesta fue que eso no le iba a llevar mucho tiempo. «Por si no te has dado cuenta, estoy sola», creo que fueron sus palabras exactas.

AGENTE S: ¿No temía que su madre se opusiera a que un organismo gubernamental del que no había oído hablar nunca se llevara a su hija para enfrentarse al Oscuro?

AGENTE K: No, en absoluto. Y tenía razón. Cuando regresé, al día siguiente, estaba sentada en el mismo sitio con una mochila y una caja de cartón.

AGENTE S: Seré sincero con usted, no es mi Elegida favorita. Yo apuesto por el Sujeto 4.

AGENTE K: Espero que hayamos acertado por lo menos con uno de ellos.

TOP SECRET



Sloane se metió otro trozo de *spanakopita* en la boca. Estaba con Esther en una de las mesas altas que había junto al bufé del salón donde se celebraba la gala de los Diez Años de Paz. Tenían la cabeza inclinada y muy cerca la una de la otra, como si estuvieran enfrascadas en la conversación más seria del mundo. Era la única manera de que las dejaran tranquilas para poder probar la comida. Ser una de los Elegidos en la gala de la Paz era como ser la novia en una boda.

Se encontraban en la majestuosa sala de celebraciones del hotel Drake. Todo era blanco y dorado: sobre el suelo de mármol blanco, jalonado de columnas decoradas con filigranas doradas, colgaban grandes arañas de luces que proyectaban su luz blanca y dorada por toda la estancia. En una de las paredes, las ventanas que se extendían desde el suelo hasta el techo enmarcaban las curvas de Lake Shore Drive, las luces de los edificios que se alzaban junto a la carretera y la franja de oscuridad en la que se convertía el lago Michigan por la noche.

Las rodeaban varios corrillos formados por hombres de esmoquin y mujeres con elegantes vestidos, todos ellos con estilizadas copas de champán en la mano. Sloane cruzó sin querer la mirada con uno de los invitados y se apresuró a girar la cabeza; no le apetecía entablar ninguna

conversación.

—No dejas de poner caras raras —comentó Esther.

—Me he cortado en la axila al pasarme la cuchilla esta mañana y, con lo que estoy sudando, es como si me estuvieran restregando sal por la herida —replicó Sloane. Una gotita acababa de deslizarse por la zona irritada y le escocía la herida.

Esther hizo una mueca.

—Es lo peor.

Había elegido algo que solo podía quedarle bien a ella: un vestido drapeado, con multitud de capas, de un color menta apagado. Llevaba el pelo recogido en un moño sencillo. Se había puesto una gruesa capa de maquillaje, como de costumbre, aunque esa noche encajaba con la ocasión: con la sombra gris que le enmarcaba los ojos parecía que se le hubiera posado en los párpados una nubecita de humo.

—Echo esto de menos —dijo mientras picoteaba con el tenedor las aceitunas de una ensalada de pasta, intentando ensartarlas todas a la vez. Su hiperconcentración en el plato completaba su disfraz: cuando la gente veía a alguien mirando hacia abajo, pensaba que tal vez estaba llorando y lo evitaba. Eso, sumado a la natural mirada fulminante de Sloane, las mantendría a salvo al menos durante unos minutos.

—¿Cómo está tu madre?

—No muy bien. —Esther se encogió de hombros—. Su oncólogo dice que ya no pueden hacer gran cosa llegado este punto, salvo... retrasar lo inevitable.

—Cuánto lo siento, Essy —dijo Sloane—. Ojalá se me ocurriera algo más profundo, pero es que es... una mierda.

Se le antojaba injusto que hubieran podido salvar al mundo eliminando a un ente de malevolencia suprema mediante la magia, y a la vez siguieran sin poder mantener a sus familias a salvo de las amenazas más mundanas. Para la humanidad eran los Elegidos, salvadores, héroes; pero el cáncer ponía a todo el mundo al mismo nivel.

—Mejor sincera que profunda —replicó Esther, distraída.

Por encima del hombro de su amiga Sloane divisó a un joven espigado,

vestido con esmoquin y pajarita azul, que observaba a Esther con interés. Sloane entornó los párpados en su dirección y sacudió la cabeza cuando él la miró de soslayo. Se alejó.

—Te echamos de menos —dijo Sloane—. Aunque estemos un poco gruñones.

—Conque «gruñones», ¿eh? —Esther arqueó una ceja—. Slo, se puede ver desde California que estás perdiendo los nervios. ¿Qué pasa contigo últimamente?

Sloane la observó de reojo. Pensó en llamar al tipo de la pajarita azul para que se acercase, distrajera a Esther y pudieran cambiar el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Ni se te ocurra intentar silenciarme echándome miraditas asesinas —dijo Esther—. Te he hecho una pregunta.

Sus conversaciones con Esther siempre eran así. Las dos se comunicaban como dos arietes, para bien o para mal, lo que significaba que a menudo colisionaban con catastróficos resultados. Pero al menos no se hacían perder el tiempo la una a la otra. Si a Esther se le pasaba algo por la cabeza, lo expresaba en voz alta, y al diablo con las sutilezas.

—Le he pedido al Gobierno que me envíe unos documentos. Leerlos ha sido muy... esclarecedor.

—¿Sabes? —dijo Esther—, a veces es mejor tener los ojos cerrados. —Probó un traguito de champán—. Vale, quítate ese trocito de espinaca de los dientes, porque estoy segura de que Matt está a punto de convertirte en el centro de atención.

En efecto, los músicos de la esquina habían dejado de tocar sus chelos, sus violines y... ¿eso era un contrabajo? Todas las miradas estaban puestas en el lado opuesto del salón, donde Matt se hallaba de pie con su esmoquin immaculado y su pajarita dorada, sonriendo de oreja a oreja. Dio unos golpecitos en su copa de champán con un cuchillo para untar, en un intento por conseguir que todo el mundo guardara silencio.

—¡Si me prestan atención, por favor!

Su voz atronó por toda la estancia. Cuando hablaba así durante su lucha contra el Oscuro, lo llamaban comandante Matt. Estaba claro que nadie más

podría haberlos liderado, solo él; ninguno de los otros cuatro poseía una voz capaz de imponerse al estruendo de las Sangrías.

Sloane se apresuró a deslizar una uña entre los incisivos para eliminar cualquier posible resto de espinacas.

Por fin se hizo el silencio en la sala. Todos los presentes posaron la mirada en Matt, como si fueran obedientes alumnos en clase.

—Gracias, perdón por la interrupción —dijo Matt, rebajando su timbre de Matt el comandante al de Matt el político—. Esperaba que pudieran prestarme atención un momento. ¿Dónde está Sloane?

Sloane se sacó el dedo de la boca y enderezó la espalda. Matt la llamó por señas, y ella se reunió con él en el centro de la sala de baile, bajo una de las arañas de luces. Notaba un nudo tan tirante en el pecho que le dolía. Matt la tomó de la mano. Sloane se quedó mirándolo, expectante, consciente de que se le habían quedado dormidos los dedos. Debería haberse tomado esa tercera copa de champán, lo sabía.

—Supe que estaba enamorado de Sloane hace aproximadamente once años —comenzó Matt—. Había un niño cerca del escenario de una Sangría, hasta donde nos habíamos acercado para investigar al Oscuro. Se había perdido y no encontraba a sus padres. Sloane lo cogió en brazos y preguntó a todas las personas que había a la vista.

Sloane se acordaba del chico. Lo había levantado en volandas porque él se negaba a dar ni un paso y ella no tenía ganas de discutir. Le sorprendió la facilidad con la que se amoldaba a sus brazos, habida cuenta de que nunca en su vida había cogido así a un niño.

—Empezó a interrumpir todas las conversaciones para preguntar si alguien lo conocía, de esa forma tan suya... Si la conocéis, sabéis a qué me refiero.

Entre los asistentes se elevó un coro de risitas disimuladas. Hasta los que no la conocían en persona podían imaginárselo si habían leído cualquiera de las docenas de perfiles sobre ella que se habían publicado en los últimos diez años, donde la tildaban de inestable, taciturna, huraña, gruñona, intratable. La antiheroína perfecta. Le ardían las mejillas. ¿Por qué había tenido que elegir ese momento para bromear a su costa?

Matt continuó.

—Sloane es como uno de esos bombones de Pascua: dura por fuera, pero cuando rompes esa capa, por dentro es dulce y blandita.

Sonrió y le brillaron los ojos. Se suponía que era un halago. Sloane, sin embargo, se sentía como una niña pequeña disfrazada de adulta.

Matt sacó el estuche de un bolsillo, lo abrió e hincó una rodilla en el suelo. Unas cuantas personas contuvieron el aliento a su alrededor.

—Sloane, te quiero —dijo mirándola a los ojos—. Te quiero desde hace mucho.

Todos los invitados habían sacado sus móviles y los apuntaban en dirección a Sloane y Matt. Esas imágenes, como casi todos los vídeos de ella grabados por desconocidos, aparecerían en programas de televisión, en los periódicos y en blogs de cotilleos, y se analizarían hasta la extenuación. El gesto de Sloane, su porte, su atuendo, su puñetero lápiz de labios.

—Y me gustaría pasar el resto de mi vida partiendo el exterior duro de ese bombón —continuó Matt—. ¿Quieres casarte conmigo?

La multitud suspiró al unísono, como una bestia gigante.

«Que no te vean», se dijo Sloane, el mismo consejo que se repetía una y otra vez cuando los esbirros del Oscuro (ya desaparecidos, pues todos habían muerto con él) acechaban entre las sombras de la noche a su alrededor. Pero, en este caso, no significaba que huyera: significaba que debía ocultarse a la vista de todos.

Conjuró todos los conocimientos sobre subterfugio adquiridos durante las entrevistas que le habían hecho después de cada batalla que había librado y ensanchó su sonrisa, confiando en que también a ella le brillaran los ojos.

—Sí.

La palabra sonó casi como un jadeo entrecortado. Perfecto, porque acto seguido Matt se incorporó de un salto, la abrazó y empezó a dar vueltas con ella. Así nadie podría seguir analizando su expresión.

La gente prorrumpió en gritos de celebración, los móviles entonaron un coro de clics digitales y las cámaras de los periodistas giraron a su alrededor, capturándolos desde todos los ángulos: Matt con su esmoquin,

Sloane con su vestido de cuentas. El Elegido y su radiante futura esposa.

La cual, al parecer, era como una puta chocolatina de Pascua.

Allí estaba Sloane, deseando que existiese alguna manera socialmente aceptable de secarse el sudor de las axilas para que dejaran de escocerle como condenadas, y al mismo tiempo no era allí donde estaba.

Estaba en la orilla del río: el aire helado le abrasaba los pulmones y ella tenía la mirada clavada en el extremo opuesto del puente, en el Oscuro, momentos antes de su última batalla. Una parte de ella jamás saldría de allí.



Sloane aún no había terminado de ponerse el anillo en el dedo cuando la multitud la engulló para cubrirla de enhorabuenas. Alguien le plantó una copa de champán en la mano mientras ella buscaba a Matt con la mirada, dispuesta a implorarlo que la ayudase a escapar, pero Matt estaba hablando con un señor mayor trajeado y bebiendo de otra copa como la de ella. Notaba las mejillas acaloradas. Sonrió a una mujer que le dijo, con lágrimas en los ojos, que formaban una «pareja perfecta» mientras rememoraba uno de los últimos artículos sobre ella, el cual calificaba su relación con Matt como «desconcertante». Estaba colgado en la puerta del frigorífico porque a Matt le había parecido gracioso.

Una gota de sudor se le deslizó por el estómago hasta llegar al ombligo. Escudriñó el gentío en busca de Albie y lo encontró junto a una de las grandes columnas, hablando con una mujer que llevaba puesto un ceñido vestido negro y el cabello recogido con horquillas a un lado. Sloane se disculpó con su interlocutora (que, con los ojos empañados en lágrimas, estaba contándole la historia de su propia petición de mano, ocurrida hacía ya veinte años) y dejó la copa de champán en una de las mesas vacías mientras se dirigía hacia Albie.

Una vez a su lado, lo atrajo hacia sí para susurrarle al oído:

—Necesito largarme de aquí. ¿Me acompañas?

—Pues... —Albie volvió la vista atrás, hacia la gala—. Bueno. Está bien. ¿Qué pasa con Matt?

Sloane lo buscó en medio de la multitud. No costaba encontrarlo. Su sonrisa por sí sola era como una baliza, por no hablar de la purpurina dorada de su pajarita. Una oleada de afecto aplacó el remolino de ansiedad que le rugía en el pecho. Se le daban bien estas cosas. Siempre había sido así.

—Se las apañará —dijo—. Voy a buscar el abrigo. ¿Te sobra un billete de cinco?

Albie empezó a escarbar en uno de sus bolsillos buscando la cartera mientras salían juntos de la sala de baile. El guardarropa era un agujero en la pared comandado por un posadolescente con el pelo engominado que mataba el rato jugando a algo en el móvil. Cuando Albie fue a recoger sus abrigos, Sloane se levantó la falda para desabrocharse la delicada hebilla de los zapatos. Iría más deprisa descalza.

—Nos han pillado —la avisó Albie en voz baja.

Una pareja con sendos trajes de esmoquin blancos a juego salía de la sala de baile con la mirada fija en Sloane, que se llevó impulsivamente las manos al estómago y se encorvó, como si tuviese la tripa revuelta. Albie cogió los abrigos que le tendía el desgarbado encargado del guardarropa, le dio los cinco dólares de propina y apoyó una mano en la espalda de Sloane, como si intentase tranquilizarla.

—Vamos a buscar el aseo —dijo en voz alta mientras se cruzaban con los dos hombres a la altura de las puertas del salón. Los observó de reojo—. No prueben la *spanakopita*.

Los hombres palidecieron mientras intercambiaban una mirada. Albie y ella cruzaron el restaurante del hotel renqueando, encorvados y apoyándose el uno en los hombros del otro. En cuanto hubieron dejado atrás las miradas indiscretas de la sala de baile, Sloane se rio y tiró de él en dirección a la cocina.

Los dos tenían sus respectivos puntos fuertes: el de Sloane era escapar de cualquier apuro. Siempre estaba buscando alguna salida, incluso cuando

no existía ninguna. En las contadas ocasiones en que Matt se había plantado y había decidido que era el momento de librar su heroica última batalla, ella los había salvado del aprieto. Solo así se había sentido como una verdadera Elegida.

Y ahora ese don le servía para evitar conversaciones. No era exactamente el partido que se había imaginado que podría sacarle.

—¡Hola, hola! ¡Como si no estuviéramos, asuntos oficiales del hotel! — exclamó, risueña, cuando llegaron a la cocina.

Se coló por detrás de uno de los chefs, esquivó el calor del fuego de una sartén y pasó bajo el brazo de otro cocinero que estaba abriendo la cámara frigorífica en esos momentos. Albie caminaba tras su estela disculpándose a diestro y siniestro. Sloane empujó la puerta que daba al callejón y aspiró el aire frío; llevaba las tiras de los zapatos colgadas de la punta de los dedos.

—Tía, no me digas que vas a caminar descalza por aquí —dijo Albie mientras le ofrecía el abrigo.

—Bueno, procuraré evitar los cristales rotos —replicó ella mientras se lo ponía.

Llevaba el móvil en el bolsillo. Lo sacó para alumbrar el suelo con la linterna y encontró un caminito por el que avanzar saltando sobre los desperdicios, los charcos y los primeros indicios de escarcha. Dejaron atrás una hilera de contenedores de basura y llegaron a la esquina donde el callejón desembocaba en la calle. Albie la detuvo agarrándola por el codo.

—Vale, hay un antro de mala muerte por aquí cerca —dijo señalando la marca de su mapa en el móvil—. Aunque tendríamos que ir corriendo para que no nos vea nadie.

La sonrisa de Sloane se ensanchó.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad?

—Más o menos, solo falta la amenaza de una muerte inminente —resopló Albie—. Vamos.

Recorrieron juntos la acera y doblaron la esquina en dirección a la ventana que enmarcaba el cartel de neón verde de Fred's. El local estaba vacío y olía igual que un gimnasio. El manto de cáscaras de cacahuete que cubría el suelo crujió bajo los pies descalzos de Sloane mientras Albie y ella

se acercaban a la barra. Su taburete estaba desgarrado por el centro y remendado con cinta aislante para evitar que se escapara el relleno.

—Perfecto —dijo Sloane.

—Whiskey —le pidió Albie al camarero, un tipo mayor cuya expresión denotaba un profundo desinterés. Albie miró a Sloane de reojo—. Dobles, los dos. Old Overholt, si tienes.

El camarero arqueó las cejas y les dio la espalda para servir las bebidas. Sloane se quitó las horquillas del pelo y formó una pulcra hilera con ellas encima de la barra.

—Algo me dice que la petición de mano no ha salido como tú te esperabas —aventuró Albie.

—Si esta noche hubiera salido como yo me esperaba —replicó Sloane—, no habría habido ninguna petición de mano.

—¿Entonces por qué diablos le has dicho que sí?

—Había quinientas cámaras documentando hasta el último segundo de ese momento —dijo Sloane—. ¿Qué querías que hiciera, humillar al puto Elegido entre los Elegidos y partirle el corazón delante de todo el país?

Albie se quedó pensativo.

—Tienes razón.

—En cualquier caso, no es que no quiera casarme con él. —Sloane hizo una pausa y arrugó el entrecejo—. Vale, supongo que no quiero casarme con él, pero no sé por qué.

Dejó escapar un gemido y apoyó la cabeza en la barra.

—Puaj, a ver, o tus pies o tu cabeza tienen que dejar de tocar todas las superficies de este tugurio. —Albie cogió unas servilletas de papel del extremo de la barra y se las lanzó—. Sospecho que podría conocer el motivo por el que no quieres casarte con él.

—¿Ah, sí? —Sloane abrió una de las servilletas y la colocó en el posapié del taburete antes de apoyar la planta de nuevo. El trozo de papel se quedó adherido al instante—. Ilumíname.

—Bueno —dijo Albie mientras arrugaba la nariz—, creo que no te conoce de veras, Slo. Tú no eres «blandita por dentro»...

—Técnicamente, todos lo somos.

—... y me parece perfecto. Pero también ha habido un montón de grandes generales y padres responsables pero emocionalmente distantes que no se pueden calificar de blandos. A algunos, incluso los consideramos héroes.

—Siempre he querido ser un padre emocionalmente distante. —Sloane deslizó una servilleta sobre la barra y dejó caer la frente encima de ella—. Joder, Albie, ¿qué voy a hacer?

—Pues... En realidad ya lo sabes, ¿no?

Sloane suspiró mientras contemplaba el anillo de compromiso que llevaba en la mano izquierda y resplandecía a la luz amarillenta del bar.

El camarero dejó los dos whiskeys delante de ellos. Los cogieron a la vez, los empujaron al unísono y se tragaron la bebida como si estuvieran sincronizados.

—Lo único que quiere es que lo supere ya de una vez, lo sé —dijo Sloane—. Todos pasamos por lo mismo, en su opinión. Así que si él está bien, yo también debería estarlo.

Albie apretó los labios y apuró el whiskey. Le hizo una seña al camarero para pedirle otra ronda.

—¿Crees que tiene razón, que debería... superarlo, sin más?

—Bueno, si averiguas la manera —replicó Albie—, me avisas.

Sloane se tomó el resto del whiskey y clavó la mirada en la colección de botellas de todos los colores que había detrás de la barra.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo con voz cavernosa.

Se refería al día que Albie y ella habían pasado cautivos del Oscuro. El único, de todos los días tan aciagos que habían tenido que soportar, que ninguno de ellos mencionaba jamás.

—¿Qué podrías contarle?

—Ya... También me ha sugerido que vaya a terapia.

Albie resopló.

—«Terapia». ¿A nadie se le ocurre otro consejo que darnos?

—¿A ti no te había ayudado?

—Sí... y no. No lo sé. Ojalá la gente dejara de hablar de eso como si fuera la solución universal para todo. —Le temblaban las manos cuando

levantó el nuevo vaso de whiskey. La miró—. ¿Por qué solicitaste esos documentos, Sloane? No se me ocurre otra forma mejor de complicar aún más las cosas.

Sloane tardó unos instantes en contestar.

—Siempre me había corroído una duda —habló al fin—. Me preguntaba si habrían encontrado a más Elegidos en potencia, aparte de nosotros. Ya sé que los criterios eran muy específicos, pero solo en este país viven trescientos millones de personas, así que... A lo mejor había alguien más.

—Y eso te preocupa.

Sloane asintió con la cabeza.

—¿Y si —murmuró mientras inclinaba el vaso con la punta de un dedo— lo que nos distinguiera de ellos, lo que nos convirtió en Elegidos, fuera sencillamente que nuestros padres dijeron que sí y los suyos que no?

Recordaba aquella conversación con su madre. El dormitorio en penumbra, las recias cortinas cerradas. La ropa que había pisado al cruzar la habitación, camino de la cama. Y la forma del cuerpo de su madre bajo la manta, acurrucada como los insectos muertos en la lámpara que colgaba sobre la mesa de la cocina. El modo en que todo olía a falta de higiene y licor.

El modo en que le había dicho a Sloane que hiciera lo que le diese la gana.

Albie la miró con expresión apenada.

—Significaría que tuvimos unos padres de mierda —replicó—. Aunque, a decir verdad, eso ya me lo imaginaba.

—No, no fue así para nada. —Sloane no podía parar de reírse—. Bert me llevó aparte y se puso en plan: «Sospecho que no funcionas bien cuando hay gente mirando».

—¡Y después te pidió que fueses la asesina rebelde! —exclamó Albie—. Hazme caso, fue así.

—Qué sabrás tú... ¡Si ni siquiera estabas allí! Además, yo nunca he asesinado a nadie.

—Te aseguro que como Elegida dabas mucho más miedo que yo. Yo era más bien... carne de cañón. ¿Cuáles fueron las palabras de Bert...? «Eres el compañero perfecto con el que superar una tormenta, Albie. Matt tiene suerte de que estés a su lado». Para morir en su lugar y que él pudiera seguir salvando al mundo, quería decir.

Sloane sacudió la cabeza.

—Sabes perfectamente que no era eso lo que quería decir.

Albie se encogió de hombros.

—Cabrones. —Esther se acercó a ellos hecha una furia. Sloane no la había visto llegar. Llevaba puesto un abrigo de pieles de imitación que se esponjaba alrededor de su cara como las gorgueras antiguas. La seguían Ines y Matt, que se sacudió la nieve de los hombros al pasar por la puerta—. La próxima vez que queráis escaquearos, avisadnos antes. Me he tirado como veinte minutos hablando con no sé quién de su viaje a Florencia.

Soltó el bolso encima de la barra, llamó por señas al camarero y pidió un cargamento de *gin-tonics*.

—Hola —dijo Matt, que apoyó una mano en el hombro de Sloane. Tenía los dedos helados—. Qué forma tan original de celebrar nuestro compromiso.

—Ay, no. Se acabó la diversión —dijo Sloane dirigiéndose a Albie.

—Chis —dijo Albie—. Te va a oír.

—Por favor..., dime cómo te sientes, Sloane. De verdad —le pidió Matt con voz seca.

—Me siento como si hubiera sido mejor no ponerme estas bragas de licra. Siéntate, bebe algo.

—¿Qué haces con los pies envueltos en servilletas? —preguntó Esther.

—Si fuese por Albie —dijo Sloane—, estaría envuelta en servilletas de pies a cabeza. Como una momia. La momia de las servilletas.

No le gustaba el modo en que estaba mirándola Matt. Como si fuese un coche estropeado en el arcén de la carretera y él estuviera mirando bajo el capó para ver dónde estaba el problema. Como si hubiera algo roto dentro de ella y él pudiese arreglarlo. Quizá ese fuera el problema entre ellos, que él no la veía; veía a la persona en la que podría convertirse con un par de

retoques, mientras que ella lo único que deseaba era quedarse escacharrada y que la dejaran en paz.

—¿Sabes? —dijo, con una mano en la mejilla—. Me gusta estar como estoy, la verdad.

—¿Cómo, borracha? Sí, a mucha gente le pasa, Slo —replicó Matt.

Aún tenía la mano en el hombro de ella, pero el contacto con su piel ya la había caldeado.

—Borracha no. Como estoy siempre. Soy así entera. Nada de dulce y blandita por dentro. Le puedes preguntar a cualquiera.

Albie asentía con la cabeza.

—Por dentro es más bien como..., como si estuviese rellena de zumo de limón. O de regaliz.

—A lo mejor es que nadie te conoce como yo —dijo Matt con delicadeza.

—Pero es que esta soy yo, te lo estoy explicando yo —dijo Sloane, con una voz de repente más firme—. El Oscuro me sorbió todo el relleno. Lo sé. Todo el mundo lo sabe. Menos tú.

—Sloane...

—Me voy a casa —lo interrumpió ella.

Se quitó las servilletas de los pies y las dejó encima de la barra. Salió tambaleándose, sujetando los zapatos por las tiras. Matt la siguió y paró un taxi. No intentó hablar con ella, ni siquiera protestó cuando Sloane bajó la ventanilla y sacó la cabeza mientras circulaban por Lake Shore Drive. Cuando llegaron a casa, tenía la nariz y las mejillas dormidas.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO PARA: AUDITORES

A LA ATENCIÓN DE: DIVISIÓN DE FINANZAS

ASUNTO: PROYECTO SOSIAS, SUBPROYECTO 5

Por la autoridad recogida en el memorando del director de Inteligencia Central, con fecha 4 de marzo de 2008, sobre el asunto AR/CO-2 Proyecto Sosias, se aprueba el subproyecto 5, nombre en clave Inmersión Profunda. A fin de cubrir los gastos del subproyecto, se destina una partida de 763 000,00 \$ procedentes de los fondos generales del Proyecto Sosias.

Charlotte Krauss

Directora de Investigación de Artefactos

ARIS

TOP SECRET



Los gases del viejo BMW diésel de Matt, combinados con la resaca, estaban revolviéndole el estómago a Sloane, por lo que apoyó la sien en la ventanilla con la esperanza de que el frescor del cristal la ayudase a aliviar el mareo. Esther se había ido esa mañana temprano. El aeropuerto los pillaba de camino y la habían dejado allí, con la promesa de volar pronto a California para visitarla. Albie estaba en el asiento del copiloto, haciendo las veces de pinchadiscos y guía a la vez, con un teléfono en cada mano. Ines estaba sentada atrás, junto a Sloane, moviendo la rodilla arriba y abajo mientras se daba golpecitos con los dedos en ella.

—Por todos los santos, Ines —dijo Matt—. Eres como uno de esos juguetes que no para quieto cuando les das cuerda.

—Hombre, si no condujeras como si no tuvieses miedo a morir, seguro que estaría más tranquila.

—Bajad la voz, por favor —gruñó Sloane—. Voy a vomitar.

—¿Y qué? ¿Nos lo perderemos si hablamos más alto? —replicó Ines arqueando una ceja.

—Eso. Necesito público.

Ines se rio y le ofreció una bolsa de patatas fritas vacía. Sloane intentó cruzar la mirada con Matt en el espejo retrovisor, pero en ese momento

sonó su teléfono.

—¿Eddie? —dijo Matt.

De todas formas, Matt no habría querido mirarla a los ojos: apenas le había dirigido la palabra desde la noche anterior.

Sloane le lanzó una miradita asesina a Ines, pero aceptó la bolsa y se encogió más todavía contra la ventana para no tener que ver la pierna hiperactiva de su compañera de asiento. Se concentró en los árboles que desfilaban tras el cristal. Se encontraban a una hora de Chicago, hacia el norte, donde la ciudad se transformaba en un pacífico crisol de barrios con céspedes perfectos y buzones con forma de graneros, perros o barcos de vela. Se preguntó cómo sería ir al instituto con dinero para el menú en vez de un sándwich de falso queso envuelto en papel, ir en el coche que te habían comprado tus padres para que aprendieras a conducir con él, salir de excursión a la ciudad y contemplar el perfil de los rascacielos recortados contra el firmamento. Todas esas vidas seguían adelante ininterrumpidas, a salvo.

—Te dejo Ed, que estamos llegando a una zona sin cobertura —dijo Matt.

Un segundo después colgó y volvió a dejar el móvil en el portavasos.

Bert la había enseñado a conducir cuando tenía catorce años, en los descampados que había detrás de la casa en la que se había enterado de la existencia del Ser Oscuro. Había estado a punto de volcar el viejo Accord una vez, al derrapar con demasiada brusquedad en el barro. No le había hecho falta presentarse al examen de conducir, como todo el mundo: Bert la había puesto contra una pared blanca, le había hecho una foto y, un buen día, le había entregado su carné como por arte de magia, junto con un pasaporte y una tarjeta promocional de Smoothie Fiend (¡COMPRA 10 Y TE LLEVARÁS UNO GRATIS!) en la que ya había dos sellos.

El recuerdo le arrancó una sonrisa. Aún llevaba ese vale en la cartera.

—Será mejor que te descargues el mapa, Albie —dijo Ines.

—Ya lo he hecho —replicó Albie—. Después de tantos años, ¿te crees que no sé que los GPS no funcionan cerca de los escenarios de las Sangrías?

—En su momento lo sabías —dijo Ines—. Pero has pasado un par de años muy duros...

—«Muy duros» como eufemismo de «muy colocado».

—Y por eso no me fío de tu memoria.

—Me parece bien.

Un escalofrío le recorrió la columna a Sloane cuando Matt tomó un desvío que se alejaba de la carretera principal. Comprobó el móvil: sin cobertura, y eso que todavía no estaban a mil quinientos metros del escenario de la Sangría. Ni siquiera sabían para qué los habían llamado, pero si los agentes Henderson y Cho los convocaban, ellos acudían. Era más fácil controlar las actividades de ARIS cuando la organización los invitaba.

Se hizo el silencio en el interior del vehículo cuando los primeros indicios de la Sangría comenzaron a manifestarse a su alrededor. La gente se había reubicado en lugares como aquel después de la devastación, pero allí los hogares carecían de jardines cuidados y buzones pintorescos. Aquello era un mar de estructuras provisionales destartaladas que nunca se habían reparado de forma adecuada después de que el Oscuro arrasara la zona. La gente subsistía sin agua ni electricidad, en ocasiones incluso con cráteres en los suelos de madera. Matt la había arrastrado hasta allí en cierta ocasión, en una de sus jornadas de voluntariado, y Sloane había tenido que abrirse paso a través de un porche derruido para llegar a la puerta de la casa que era su objetivo.

Los árboles crecían sin ton ni son, con las raíces ocultas bajo matas de hierba tan altas como ella; largos tallos de maleza que se combaban por su propio peso y cubrían también las aceras destrozadas. La carretera misma estaba sembrada de baches, gracias a los duros inviernos del Medio Oeste, por lo que la trayectoria de Matt se volvió aún más errática. Sloane volvió a contemplar la posibilidad de usar la bolsa de patatas.

—Allá vamos —dijo Albie—. La diversión nos espera.

Sloane estiró el cuello para mirar por el parabrisas y a punto estuvo de pegarse un cabezazo contra Ines, que había tenido la misma idea. Frente a ellos, la carretera terminaba de golpe y daba paso a un mar de tiendas de

campana de brillantes colores, como los trajes de una estación de esquí frecuentada por ricachones. Tras ellas, sobre una pequeña colina, se alzaba la estructura gubernamental temporal que rodeaba el centro de la Sangría, una cúpula geodésica blanca del tamaño aproximado de un estadio de fútbol. El teléfono de Sloane recuperó la cobertura y se iluminó.

Aunque siempre había gente acampada en las inmediaciones de los escenarios de las Sangrías, Sloane seguía sin acostumbrarse. Eran todos unos fanáticos, pero se dividían en grupos bien diferenciados: a los practicantes de magia de pacotilla (la mayoría) se sumaban quienes, desesperados por el dolor, buscaban cualquier tipo de restauración espiritual y, los peores de todos, acólitos del Oscuro que aspiraban a traerlo de vuelta.

Matt estaba al teléfono, llamando al agente Henderson para que enviase ayuda, dedujo Sloane, porque conducir a través de la muralla de tiendas que se alzaba ante ellos sería tarea imposible. Detuvo el coche y se quedó esperando a una distancia prudencial de la multitud.

—Agente... Sí, hola, Matt Weekes al habla. Bien, gracias, ¿y usted? Estupendo. Ya hemos llegado, pero hay un pequeño problema... Ah. De acuerdo, gracias. —Colgó—. Nos mandan un carrito de golf.

—Ni loca me zambullo en esa marea de chiflados montada en un carro de golf —dijo Sloane—. ¿No pueden despejar un poco el camino o algo?

—Se ve que ya lo han intentado antes —replicó Matt—, sin éxito. —Eran las primeras palabras que le dirigía aparte del «con permiso» de esa mañana en la cocina—. Así que o vamos a pie, o vamos en carrito.

—Se te olvida la opción secreta número tres —dijo Sloane—, que consiste en dar media vuelta y volver a casa porque HenderCho nunca quiere nada que nosotros estemos dispuestos a darle.

—Slo, no será para tanto —dijo Ines—. Prometido. Hasta te dejaremos sentarte delante, si quieres.

—Muero de júbilo.

—Pero tráete la bolsa de patatas, por si acaso —le sugirió Ines.

Cinco minutos después apareció el carro de golf: uno de los largos, con varias filas de asientos. El conductor era un veinteañero con la sonrisa fácil, el pelo muy rubio y firmeza en sus apretones de manos. Se presentó como

Scott, le indicó a Matt dónde dejar el coche aparcado y los invitó a todos a subir al carrito. Sloane tomó el asiento delantero que le habían prometido y se deslizó por el chirriante vinilo beis para que Scott pudiera caber a su lado. Una vez todos estuvieron a bordo, el carro arrancó con un brinco y Scott puso rumbo a las tiendas.

—¿A que está animada la cosa? —dijo Scott, sonriente—. Parece un festival de música, solo que...

—¿La vestimenta deja mucho que desear? —aventuró Sloane, que se agarró a la manija de su derecha para no caerse mientras Scott doblaba de golpe una esquina.

Frente a ellos se materializó un círculo de personas sentadas con las piernas cruzadas, todas ellas cubiertas con atuendos holgados. Rodeaban a una joven tumbada bocarriba, con las manos sobre el corazón. Mientras el carrito conducido por Scott pasaba de largo, Sloane divisó un cristal púrpura en las manos de la mujer, que se lo apoyaba en el esternón. Sloane hizo un gesto de impaciencia. Una sesión de espiritismo, seguramente. Mucha gente creía que la barrera entre el mundo de los vivos y el más allá se debilitaba en sitios como ese, lugares en los que se habían producido tantas muertes, por lo que acudían allí con la esperanza de hablar con los seres queridos que habían perdido.

Justo detrás del corrillo había una tienda de campaña frente a un altar sobre el que se consumía una varilla de incienso en un plato. En otra tienda había un *besom*, una especie de escoba que se utilizaba en los rituales wiccanos, apoyado en el gigantesco pentagrama pintado en uno de sus laterales. Por todas partes se veían piedras de distintos colores envueltas en cordeles u ordenadas encima de mesitas. El olor a pachulí era mareante.

—Aquí la atmósfera siempre es extraña —comentó Matt—. Como si se avecinase una tormenta que nunca termina de llegar.

—Estarás colocándote por proximidad —dijo Albie—. Dudo que todo eso sea incienso.

—No, me refiero a otra cosa.

—Yo también lo noto —dijo Ines desde la última fila del carrito de golf—. Hace que me dé vueltas la cabeza.

Pasaron junto a un hombre sin camisa que estaba tocando una zampoña. Al verlos, se sobresaltó y dejó caer el instrumento sobre su regazo. Sloane vio que Matt se llevaba un dedo a los labios, pidiéndole que guardara silencio. Siempre hacía lo mismo, para evitar que la gente se volviera loca al descubrir su presencia. Funcionaba la mitad de las veces.

Por mucho que la irritara esa gente (ingenuos que creían que la proximidad a tanto horror y devastación les concedería poderes o convertiría sus deseos en realidad), lo cierto era que Sloane no tenía ningún problema con ella. Y eso se debía a que el tercer tipo de personas que se congregaban en torno a los escenarios de las Sangrías eran mucho peores en comparación: los acólitos del Oscuro.

Entre ellos no había wiccanos bienintencionados, ni druidas modernos con túnicas, ni lectores del tarot, ni astrólogos intentando dilucidar la posición de Mercurio (en movimiento retrógrado en esos momentos). Eran la clase de personas con las que una podía cruzarse en la calle sin prestarles la menor atención, hombres en su mayoría, casi todos blancos, que vestían vaqueros y administraban páginas webs secretas desde las que se defendía que los medios de información habían sido injustos con el Oscuro, que su única intención había sido la de equilibrar la población mundial para que esta no siguiese devorando los recursos de la tierra o la de purificar Norteamérica: consignas racistas disfrazadas de veneración por un muerto. Y lo peor de todo era que querían traerlo de vuelta, como si no fuese a asesinarlos también a ellos si regresaba.

Sloane apretó los dientes al divisar a un grupo que estaba asando salchichas con una barbacoa portátil. La tienda que se alzaba a su espalda lucía un lema que provocó que Sloane se atragantara con su propia bilis: ARREGLEMOS LAS COSAS — QUE VUELVA.

«Arreglemos las cosas» era lo peor de todo. Según ellos, Matt (y también los demás, pero sobre todo Matt) era el mal que había que rectificar, el auténtico problema que el regreso del Oscuro erradicaría, arrojándolos así a una perversa utopía supremacista.

Estaban dejándolos atrás cuando uno de los adoradores del Oscuro los reconoció, apuntó en su dirección con el perrito caliente que tenía en la

mano y gritó:

—¡Asesinos!

—Genial —exclamó Matt por encima del hombro izquierdo de Sloane—. Scott, ¿esto no puede ir más deprisa?

—Me temo que no —contestó el muchacho—. Esta es su velocidad punta. Pero ya casi hemos llegado, no os preocupéis.

Sloane notaba el latido de su corazón detrás de los ojos. Uno de los hombres estaba acercándose a ellos, salchicha en ristre, con los dedos pringados de ketchup, y debía de estar gritándoles algo, aunque no podría jurarlo porque le pitaban los oídos.

«Hola, Sloane. ¿Has dormido algo?».

—¿Qué me acabas de decir? —le gritó al tipo del perrito caliente.

—¡Ya me has oído! —rugió el hombre—. Perra asquero...

—Slo. —Ines le había puesto las manos en los hombros—. No saltes del carrito, por favor.

—Esos... putos...

—Sí, ya lo sé —dijo Ines—. Pero todo el mundo tiene un *smartphone* y te puede grabar en vídeo machacando a un cretino gordinflón con complejo de inferioridad, así que...

—¡Ya hemos llegado! —anunció jovialmente Scott, como si no hubiera pasado nada—. Dejad que os cacheen los de seguridad y os llevo con el agente Cho.

A veces Sloane se preguntaba si merecía la pena salvar el mundo.



Había algo allí.

Sloane lo presintió en cuanto cruzó las puertas.

Estar dentro de la cúpula geodésica que albergaba Restauración e Investigación de Calamidades (RIC), la corporación que le servía a ARIS como fachada de cara al público, era como estar dentro de una gigantesca pelota de golf. El tejado de la estructura, blanca y gigantesca, se componía de pequeños paneles triangulares que formaban una curva. Las luces fluorescentes que brillaban entre ellos conseguían que el lugar refulgiera como un adorno de Halloween, confiriéndole un tono verdoso a la piel de sus ocupantes. El atuendo de las personas que deambulaban apresuradamente por su interior se dividía entre el uniforme estándar del Gobierno (trajes negros o grises con corbatas insulsas y el pelo engominado) y trajes anticontaminación blancos con la capucha bajada.

El agente Henderson estaba esperándolos junto a la entrada, consultando su voluminoso reloj. Sujetaba contra el pecho una carpeta de cuero. Cuando Sloane lo había conocido, justo después de la muerte de Bert, era un adonis de manual (alto, musculoso y rebosante de energía), pero desde la caída del Oscuro había empezado a echar barriguita. Ahora su barba, entre castaña y rojiza, estaba entreverada de gris. Estaba casado y

tenía dos hijos, una hipoteca y un plan de jubilación.

—Hola, chicos —los saludó con una sonrisa desprovista de humor.

Sloane entornó los párpados para observarlo con más detenimiento. Algo iba... mal. O quizá fueran imaginaciones suyas, fruto de la desazón que sentía en el pecho.

Había algo allí, sin embargo. En la Cúpula. Todavía podía notarlo.

—¿Qué tal el carrito de golf?

—El trasto ese tiene un motor impresionante —contestó Albie.

—Y tanto, ¿a cuánto llega, a los 500 newtons por metro? —espetó Ines—. ¡Y menudas revoluciones!

—Se me había olvidado que hacéis muy buena pareja cómica —dijo Henderson agitando un dedo en dirección a Albie e Ines—. ¿No habéis visto nada raro por el camino?

—Nos hemos cruzado con una sesión de espiritismo —replicó Matt—, aunque me imagino que eso es algo habitual por estos lares. ¿Ha conseguido alguien hablar con los muertos?

—En teoría —dijo Henderson, y se encogió de hombros—. Estoy casi seguro de que se trata de un bulo, pero yo ya no descarto nada de antemano. ¿Te encuentras bien, Sloane? Tienes mala cara.

Magia, eso era. Tenía que serlo. Notaba ese cosquilleo tan característico en el pecho, justo debajo del esternón. Sin embargo, nunca había detectado la presencia de magia en el escenario de una Sangría. Más bien solía ocurrir lo contrario, era una especie de languidez lo que flotaba en el aire, como si hubiese algo marchito en los alrededores.

—Gracias —se oyó decirle a Henderson—. Justo lo que todo el mundo quería escuchar.

Se despidieron de Scott, que agitó jovialmente la mano antes de volver a su carro de golf, y Henderson los guio por el mullido suelo provisional (de color gris) hasta un pasillo igualmente gris cuyas paredes, también provisionales, se elevaban opresivas a los costados. No había despachos, tan solo unas cuantas mesas alargadas cubiertas de monitores y cables enredados.

Si el escenario de la Sangría fuese la rueda de una bicicleta, ellos

habrían empezado a recorrer su circunferencia y, tras desviarse por uno de los radios, ahora estarían acercándose al eje.

Al aproximarse, Sloane vio que el corazón del escenario estaba rodeado por paneles de vidrio que se extendían desde el suelo hasta el techo. Varios conjuntos de focos apuntaban sus haces de luz blanca hacia el interior. Era evidente que ARIS sentía un interés especial por examinar muy de cerca lo que quedaba de la Sangría.

Pero ese no era el origen de la magia que percibía Sloane. El cosquilleo había empezado a propagarse desde el pecho al abdomen. Intentó concentrarse en la sala de reuniones a la que los había conducido Henderson, donde los esperaba su socia, Eileen Cho, dándole vueltas a un portátil cerrado sobre la mesa. La pared de la derecha estaba compuesta de ventanas, con vistas al escenario de la Sangría, donde decenas de operarios con los típicos trajes anticontaminación de color blanco caminaban por el borde gesticulando y tomando muestras con instrumentos metálicos.

La Sangría había practicado un cráter en el suelo, tan profundo que algunos de los empleados parecían niños desde su atalaya. La primera vez que había visto el escenario de una Sangría, Sloane esperaba encontrar una sustancia uniforme, como la superficie de la luna. Pero todavía quedaban restos de lo que alguna vez hubo allí: tablas rotas, ladrillos destrozados, restos de asfalto, jirones de tela... El recordatorio de que ese lugar había sido una calle residencial. Allí había vivido gente. Y había muerto.

—... celebraciones de los Diez Años de Paz —estaba diciendo Cho—. Ojalá Bert pudiera estar aquí para verlo.

Ines y Matt asentían con la cabeza, pero Sloane solo podía pensar en el montón de documentos que guardaba en el cajón inferior de su escritorio, los que había empezado a leer todas las mañanas antes de que se levantase Matt. El Bert que aparecía en esos documentos no era el mismo que ella recordaba. El Bert que ella recordaba jamás la habría llamado «chucho».

—¿Va todo bien, Sloane? —preguntó Cho.

Se había recogido el pelo en un moño descuidado sobre la nuca y llevaba los botones torcidos. Siempre daba la impresión de haberse vestido a oscuras. En parte por eso era tan buena en su trabajo: se mostraba torpe y

afable, y a uno le daba la impresión de que se podía confiar en ella. Bert había hecho gala de las mismas cualidades cuando apareció frente al césped de Sloane en su Honda decrepito.

Sloane había empezado a presionar las puntas entumecidas de los dedos contra el pulgar, por turnos, en un intento de que la presión consiguiera devolverles la sensibilidad.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió por toda respuesta.

—Veo que tus dotes para la conversación están mejorando —dijo Henderson—. Sentaos.

Cuando todos hubieron ocupado sus sillas, Henderson apuntó con un control remoto a la pared de ventanas. Todas se encendieron y se convirtieron en un fondo de escritorio sobre el que parpadeaba un cursor blanco. Cho abrió el portátil e hizo clic en un archivo de vídeo etiquetado como *IICI45G*. Todos se quedaron mirando la ruedecita mientras se cargaba el archivo; Sloane siempre se asombraba de lo cutre que era la tecnología del Gobierno, y habría hecho algún comentario al respecto si no hubiese estado tan concentrada en el cosquilleo que sentía en los dedos. Transcurridos unos instantes, las imágenes comenzaron a reproducirse en las cinco ventanas a la vez.

—Este vídeo se grabó desde un barco de pesca al oeste de Guam, en el Pacífico —les informó Henderson—. Hace cinco días.

Las exageradas dimensiones de las pantallas impedían que las imágenes fueran lo bastante nítidas, pero sí lo suficiente para que Sloane distinguiese las olas que se extendían en todas direcciones, los grandes nubarrones que amenazaban con descargar lluvia de un momento a otro y el vaivén de la embarcación con cada embestida del agua. Era casi como la última vez que había estado en el océano..., pero no le apetecía pensar ahora en eso.

De súbito, el mar se volvió tan liso como un estanque y el barco se quedó inmóvil. Sloane vio una sombra que se movía justo bajo la superficie del agua, perturbaba la tranquilidad y se elevaba por los aires. La siguió otra, y otra más, demasiado rápidas como para que pudiera identificar los objetos, tan grandes como una persona. No, más grandes. El ángulo de la cámara achataba la perspectiva. Fueran lo que fuesen aquellas cosas, se

quedaron flotando sobre las aguas, que empezaron a moverse otra vez. La embarcación oscilaba como un patito de goma en una bañera.

La cámara enfocó más de cerca los objetos, y Sloane vio que eran árboles. No unos árboles cualquiera, sino pinos con las oscuras agujas cargadas de agua. Debía de haber treinta aproximadamente, todos ellos en suspensión a distintas alturas, como los tubos de un carillón.

—Qué —dijo Ines— cojones...

—Eso mismo dije yo —replicó Henderson—. ¿Te importaría abrir el segundo, Cho?

Cho cerró el primer archivo e hizo clic en el segundo, etiquetado *2ICI45G*.

—Australia —dijo Cho para presentar el nuevo vídeo.

La grabación mostraba una playa pedregosa en el momento en que el sol empezaba a ponerse sobre las aguas. Un resplandor anaranjado envolvía todo el terreno de los alrededores, incluso la hierba seca que crecía en las pendientes.

—¿Estás segura? —sonó una voz masculina detrás de la cámara.

—¡Sí! —fue la respuesta, atiplada.

La cámara giró hacia un lado y se concentró en un peñasco enorme, tan alto como una casa. A su alrededor se agolpaban otros más pequeños, como si parte de la pendiente se hubiera desmoronado en algún punto de la historia y los restos de la avalancha aún perdurasen allí. Se distinguían siluetas estilizadas sobre las rocas, así como botellas de cerveza en precario equilibrio a sus pies. Sloane distinguió los nudos de los biquinis, los dobladillos deshilachados de los pantalones cortos vaqueros, la visera de una gorra de béisbol.

La cámara enfocó de cerca a una muchacha no mayor de dieciséis años, con la parte superior del biquini a rayas rojas y blancas y el estómago bronceado. El pelo, jaspeado por el sol, le caía suelto sobre los hombros. Se había girado hacia la cámara y estaba saludando con la mano.

—Si no funciona esta vez, tampoco pasa nada. Me caeré al agua —dijo, y se encogió de hombros—. ¿Estás grabando?

—¡Sí! —respondió el hombre de la cámara—. ¡Adelante!

—¡Vale, atento!

El sol llameaba detrás de la chica mientras esta levantaba un pie, extendía los brazos flacuchos a los costados y daba un paso en el aire junto al peñasco, sobre las aguas. Después levantó el otro pie y se quedó apoyada en el vacío. Sloane podía ver la claridad del cielo bajo sus talones. No estaba sosteniéndose en nada y, sin embargo, no se caía.

Un coro de voces entonó gritos de asombro, se alzaron puños en el aire, tintinearón las botellas. La cámara tembló cuando el hombre que la manejaba gritó algo ininteligible.

—¡Voy a dar otro paso! —replicó la muchacha, y antes de que nadie pudiese oponer alguna objeción, lo hizo, inclinándose hacia el vacío, aparentemente hacia el firmamento...

Su cuerpo se inclinó, no hacia delante, sino de costado, al perder repentinamente el punto de apoyo en los pies. La chica gritó mientras el pelo se precipitaba hacia el agua como una cortina descolorida por el sol. Caía, pero no hacia el océano, sino hacia arriba, hacia las nubes, agitando los brazos mientras sus alaridos resonaban entre las rocas. La cámara la siguió a medida que se iba volviendo cada vez más pequeña, una diminuta silueta negra recortada contra las nubes. Instantes después se perdió de vista. El hombre de la cámara gritaba:

—¡Barbara! ¡Barbara!

La grabación terminó y la pantalla volvió a quedarse en azul. Esta vez, todos estaban callados.

—El tercero, Cho, por favor —dijo Henderson.

El archivo se llamaba *3ICI45G* y las imágenes se habían grabado bajo el agua: azuladas, nebulosas y oníricas, con la superficie ondulante a causa de la luz. Sloane pensó de nuevo en la Inmersión, su último viaje al océano, y recordó el olor a algas y salitre que flotaba en el aire. Experimentó ese cosquilleo otra vez, aunque ya no solo en la punta de los dedos, sino hasta los codos, como si se le hubiesen quedado dormidos los brazos. Los sacudió mientras un buzo entraba en el ángulo de visión de la cámara, con los ojos ocultos tras su visor reflectante. La figura apuntó hacia abajo con un dedo, y la cámara enfocó en esa dirección.

Sloane vio lo que daba la impresión de ser un macizo de algas que se extendía por el lecho marino. La persona que sujetaba la cámara se acercó nadando, con movimientos fluidos. Las olas refractaban los rayos de luz que traspasaban la superficie e iluminaban las frondosas hileras, cuyas largas hojas ahusadas se mecían al compás de las aguas. El buzo siguió aproximándose, y Sloane distinguió una estructura metálica de gran tamaño sostenida por ruedas, con una barra que se alejaba arqueándose levemente.

Sabía lo que era. Se trataba de un pivote de irrigación, como los que se utilizaban en los cultivos de las afueras de su ciudad natal.

Sloane se inclinó hacia delante, hacia las ventanas que servían de pantalla de proyección, al comprender que las ordenadas filas de plantas que había en el lecho marino no eran algas, sino tallos de maíz. La sombra de un tractor se insinuaba a lo lejos. El buzo nadó por encima de las mazorcas, enfocando los tallos intactos entre las hojas, y después bajo el arco metálico del sistema de irrigación, donde el tractor podía verse con total claridad. Al igual que el hombre que todavía estaba sentado en él, con las piernas atrapadas bajo el volante y los brazos flotando en dirección a la superficie.

Cho paró el vídeo, dejando la imagen congelada en la pantalla durante unos segundos antes de cerrar el archivo.

—Eso era en Hawái, hace tres semanas —dijo—. No hemos conseguido identificar al hombre, pero la chica del segundo vídeo, Barbara Devore... Hace un mes que desapareció.

—Tiene que tratarse de magia —dijo Matt—. ¿Verdad? No puede ser otra cosa.

—Sin duda entra dentro de la categoría de lo supranormal —dijo Henderson—. Hemos investigado exhaustivamente cada uno de estos incidentes, así como cientos más que se han producido en la última década. Al menos en estos tres casos, se ha podido confirmar su autenticidad.

—Siempre hay ocurrencias supranormales aquí y allá —dijo Cho—, pero cada vez están menos espaciadas entre sí. Y están volviéndose cada vez más numerosas.

—¿Creéis...? —Albie tragó saliva con tanta fuerza que Sloane pudo ver

cómo pugnaba su nuez por empujarla hacia abajo—. ¿Creéis que el Oscuro ha vuelto o algo por el estilo? ¿Por eso nos habéis convocado?

Sloane notó un ardor en el pecho, aunque no habría sabido decir si se trataba de lo mismo que le provocaba el hormigueo en los brazos o si era, simple y llanamente, terror. No podía quedarse sentada. Se levantó y se colocó detrás de la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cho.

—¿Es que ya no puede una ni pasearse de un lado a otro sin que la interroguen? —replicó Sloane.

Henderson soltó una risita y dijo:

—No, no creemos que sea el Oscuro. No se han encontrado indicios de su regreso. No hay actores presentes en ninguno de estos incidentes, ¿lo veis? Nadie está haciendo magia..., pero la magia se produce de todas formas. Nuestra teoría... Bueno, la teoría más extendida dentro de ARIS, al menos, es que esto se parece más bien a una radio estropeada. Asusta cuando empieza a sonar música sin que nadie la haya tocado, pero eso no significa que haya algo siniestro detrás.

—¿Insinúas que nuestro planeta es una radio estropeada —preguntó Matt— y eso no debería ser motivo de alarma?

—Motivo de alarma para nosotros, sí, evidentemente —dijo Cho—. Pero la opción de que la magia de la tierra se haya vuelto loca..., o como queráis explicar esto..., me parece mil veces preferible al Oscuro.

Sloane había empezado a acercarse, sin proponérselo, a la puerta de doble hoja del otro lado de la habitación. Tenía el cuerpo ardiendo, y al aproximarse percibió un olor sulfuroso, químico y familiar. Así le olían las manos después de hacer magia.

Con el artefacto.

La Aguja de Koschei.

Cuando había acudido al centro del océano Pacífico, acompañada por un equipo de agentes de ARIS, ignoraba cuánto iba a costarle la Aguja. Al final estaba tan desesperada por deshacerse de ella que se la había arrancado de la mano a mordiscos.

Los demás se habían quedado callados. O quizá el pulso que le

martilleaba en los oídos había amortiguado sus voces. Sin molestarse en probar las manijas de las puertas, apoyó una palma en cada hoja y se llenó los pulmones de aire, despacio.

Percibió la presencia de Matt a su espalda. No le hacía falta mirar para saber que se trataba de él; conocía su forma, su calor. Lo cerca de ella que se atrevía a ponerse, hasta tocarse casi sus brazos. Y no porque estuvieran saliendo (no, prometidos, se recordó), sino porque Matt era así: no le daba miedo acercarse a nadie.

—¿Qué pasa?

—¿No lo notas?

—El ambiente es raro, pero no más de lo habitual para tratarse del escenario de una Sangría —dijo Matt—. ¿Por qué? ¿Qué percibes?

Sloane contempló fijamente la cicatriz que tenía en el dorso de la mano derecha. Una telaraña de tejido rugoso, más pálido que el resto de su piel.

—Lleva inquietándome desde que llegamos. Han hecho algo nuevo. Y está detrás de estas puertas. En alguna parte.

—Vale —dijo Matt, y le tocó el hombro—. Vale, ¿qué te parece si nos sentamos y se lo preguntamos?

Sloane asintió con la cabeza. En el fondo, sabía que se sentiría avergonzada más tarde. Pero, por ahora, dejó que Matt la cogiera de la mano y la condujese de regreso a la mesa. Henderson, Cho, Albie e Ines seguían allí, desconcertados en sus asientos.

—Bueno, supongo que esto nos da pie para pasar al siguiente punto —dijo Henderson, rascándose la barba—. Veamos... Puesto que la frecuencia de estos incidentes se ha incrementado, nosotros hemos acelerado el desarrollo de algunos programas en los que ya estábamos trabajando. Nos parece importante entender qué es exactamente la magia y cómo emplearla, así que hemos fabricado una máquina que creemos que puede canalizarla. Es alentador que hayas reaccionado de esa manera, Sloane.

—¿No la habéis probado? —preguntó Ines.

—Todavía no —dijo Cho—. Esperábamos que quisierais ayudarnos. Al fin y al cabo sois los únicos, que nosotros sepamos, que habéis hecho magia alguna vez. Eso debería reducir las probabilidades de provocar una

catástrofe.

Sloane notó en la boca un sabor a cobre. Deseó haberse traído la bolsa de patatas vacía.

—¿Y qué habéis diseñado, una varita? —dijo Ines—. ¿O es más bien como un orbe? ¿Un martillo gigante, tal vez? Por favor, que sea un martillo gigante.

—No —dijo Sloane.

—Ya, tienes razón. Tratándose del Gobierno, seguro que se trata de una caja aburrida.

—No —repitió Sloane—. No vamos a ayudaros a probar vuestra puta arma.

—Slo —dijo Matt—. Que utilice la magia no significa que se trate de un arma.

Cho se sentó en la silla que había enfrente de Sloane y juntó las manos sobre la mesa. Tenía los dedos encallecidos y abultados a la altura de los nudillos. Sloane la había oído decir en cierta ocasión que le gustaba la escalada.

—Para averiguar cómo arreglar lo que sea que está estropeado —dijo Cho—, necesitamos comprender cómo funciona y cómo se usa la magia. Así que hemos fabricado una herramienta, eso es todo.

—¿Esperas que me crea que habéis creado esa cosa para evitar que las chicas adolescentes se caigan hacia las nubes? —Sloane frunció el ceño—. Ya habíais empezado a desarrollarla antes de descubrir que algo iba mal, tú misma lo has dicho.

—Somos una rama del Gobierno que se ocupa de los avances científicos...

—He estudiado historia —la interrumpió Sloane, que tragó saliva en un intento por diluir el sabor a sangre que notaba en la boca—. Y sé qué es lo que motiva al Gobierno para invertir en investigación. Si tenemos cohetes capaces de llegar a la luna es porque estabais intentando borrar del mapa a los soviéticos. Esto no es más que otra carrera espacial.

—Aunque se tratase de un arma —dijo Henderson—, ¿preferirías que la desarrollasen primero los rusos o los chinos, Sloane? ¿Te crees que ellos no

están esforzándose también por ser los primeros en controlar la magia?

—Lo que preferiría es que todos los Gobiernos dejaran de jugar a ver quién puede destruir antes a los demás —le espetó Sloane.

El pitido que notaba en los oídos le indicaba que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Ya, en fin, y a mí me gustaría abrir una heladería —replicó Henderson—. Pero todos debemos amoldarnos a la realidad.

—La magia se ha cobrado innumerables vidas—dijo Matt—. Aquí mismo, de hecho, en este lugar. Ha ocurrido justo delante de nuestras narices. Y ¿queréis que seamos cómplices de algo que podría provocar aún más muertes? —Sonaba como si se le hubiese formado un nudo en la garganta. Hacía mucho que Sloane no lo oía hablar así—. ¿Después de todo lo que hemos visto, después de todo lo que hemos hecho?

Y eso que él no tenía ni idea, pensó Sloane. No sabía absolutamente nada de lo que ella había hecho, y así seguirían las cosas.

A su lado, Albie tenía la mirada fija en las manos, aferradas al canto de la mesa. Aquellos dedos habían sido tan ágiles que podían doblar las piezas de origami más intrincadas que Sloane había visto en su vida. Una vez había intentado enseñarle a hacer una grulla, sesión que se había saldado con un montón de bolas de papel arrugado. Pero el daño sufrido durante el tiempo que el Oscuro los mantuvo cautivos le había arrebatado la sensibilidad de las yemas, por lo que había tenido que renunciar a su afición. Ahora esas manos estaban temblando.

—Albie.

No la miró.

—¿No es...? —Albie carraspeó. Era más bajo que la media, con el pelo rubio, ralo y encrespado, y una postura encorvada a causa de los daños permanentes sufridos en la columna. No era el Elegido de nadie, ni lo había sido, ni lo sería jamás—. ¿No es importante saber controlarla? Para que no pueda volver a usarse contra nosotros.

—Albie —dijo Matt—. No hablarás en serio.

—No pongas esa voz de héroe conmigo —replicó Albie, en cuya propia voz se detectaba un temblor—. Nadie ha usado nunca la magia contra ti...,

¡contra ninguno de vosotros...!, como el Oscuro la usó contra mí. Me da igual que sea un instrumento, un arma o un puñetero muñeco de peluche, no pienso quedarme de brazos cruzados y dejar que el resto del mundo aprenda a utilizarla sin que nosotros sepamos usarla también. Destrucción mutua garantizada.

Sloane buscó algo que decir, pero no encontró las palabras. Albie tenía razón. El Oscuro también la había secuestrado a ella, pero no le había hecho lo mismo que a él, no se había cebado con su cuerpo ni la había dejado sin sensibilidad en las manos y sin posibilidad de volver a sumarse al combate.

Era otra cosa lo que había hecho con ella. La había dañado sin tocarla siquiera.

—Si los ayudas y muere alguien —dijo por fin, con la garganta dolorida—, tendrás que cargar siempre con ese peso sobre tu conciencia.

—¿Y si no los ayudo y muere alguien de todas maneras? —replicó Albie, mirándola a los ojos—. Cargaremos con ese peso ocurra lo que ocurra. Siempre lo hemos hecho.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO PARA: ROBERT ROBERTSON AGENTE, AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL (ARIS)

ASUNTO: PROYECTO SOSIAS, SUJETO 2, RESULTADOS DE LA INMERSIÓN PROFUNDA

Estimado agente Robertson:

Encontrará adjunto el documento del que habíamos hablado. Sloane y yo hemos redactado las líneas siguientes en el transcurso de una de nuestras sesiones, integrada dentro del ciclo de terapia cognitiva-conductual a la que se está sometiendo para superar su trastorno de estrés postraumático. En este ejercicio práctico de terapia de exposición necesitábamos provocar un ataque de pánico en Sloane, con el objetivo de que se habitúe a las emociones asociadas con ellos. La consiguiente exposición es todo lo detallada que Sloane ha conseguido recrear, a fin de obtener el estímulo más eficaz para simular una reproducción del suceso, al que nos referiremos como «la Inmersión».

Debo recordarle que esto es confidencial y que proporcionárselo representa una violación de la Ley de Portabilidad y Responsabilidad de Seguros Médicos. Dada la gravedad de la situación, sin embargo, estoy de acuerdo en que se debe hacer una excepción.

Muchas gracias, y que pase una buena semana.

Saludos cordiales,

Dra. Maurene Thomas

Estoy en el barco de ARIS. Es temprano y hace frío. Veo el reflejo del sol en el agua. Al tirar del cordón de la cremallera del traje de buzo, la tela se contrae a los costados, oprimiéndome la columna. La boquilla sabe a productos químicos. Noto la nariz tapada mientras intento respirar solo por la boca.

Estoy rodeada por agentes de ARIS, todos ellos idénticos, al principio, con sus trajes de neopreno. Al fijarme mejor, sin embargo, veo las amplias caderas de Maggie, o las piernas largas y musculosas de Marie, o los pelos del bigote de Dan. Las gafas les ocultan los ojos, por suerte, puesto que no han dejado de observarme con escepticismo desde que nos presentaron.

Y con razón. Solo tengo quince años. Me saqué la licencia de buceo de prisa y corriendo después de que Bert me informase sobre la misión. Solo he practicado un puñado de veces.

Pero soy una Elegida, lo que significa que tienen que seguir mis instrucciones. Así que, aunque esté tiritando de frío, cegada por el sol y tan asustada que me dan ganas de vomitar directamente en el mar, me siento en la borda de la embarcación y me dejo caer en el agua.

Me asalta una oleada de frío. Procuero quedarme quieta. Respirar profundamente con el regulador. Exhalar por completo antes de cada inhalación para no hiperventilar. Noto por todo el cuerpo una sensación cosquilleante y ardiente. No se trata del escozor del agua salada en torno a los ojos; es más bien como empezar a recuperar la sensibilidad en una pierna que se había quedado dormida. Mientras nos dirigíamos aquí les pregunté a los agentes de ARIS si ellos también lo notaban. Me dijeron que no. Es cosa mía. «¿Se lo estará inventando?», presiento que se preguntan, como empiezo a preguntármelo yo.

Los demás ya están en el agua. Alguien me lanza el cabo que me mantendrá unida al barco y lo engancha a mi cinturón. Le doy un tirón para comprobar que esté bien sujeto. Todos los agentes de ARIS esperan que empiece a moverme. Parecen extraterrestres con sus máscaras de espejo, polarizadas para ver mejor bajo el agua. La Inmersión es demasiado profunda para una principiante como yo, pero nadie puede hacer nada al respecto. Tengo que ir.

Pienso en aquel poema de Millay mientras pataleo con las aletas. «Abajo, abajo, abajo, a la oscuridad de la tumba». Llevo una linterna en la mano, apoyada contra el costado. Me alejo nadando del barco, mirando de vez en cuando hacia atrás para cerciorarme de que los demás me siguen.

Frente a mí solo hay un azul neblinoso. Burbujas y partículas de arena. Ocasiones trozos de algas que flotan a la deriva. Una forma más oscura se materializa gradualmente delante de mí, y la reconozco.

No me esperaba que el barco se hubiera mimetizado tan bien con el fondo del océano. Lo recubre una fina capa de arena, del mismo color azul apagado que el resto del lecho marino. Podría confundirse con una franja de coral muerto, de no ser por los pronunciados ángulos de las antenas de radar y el palo mayor, con su escalerilla acoplada; los peldaños todavía se ven blancos cuando apunto la linterna en su dirección.

Conozco este barco, el *Sakhalin*. Me documenté sobre él justo después de la sesión informativa, hace meses. Un barco espía soviético, clase Primor'ye, construido en algún momento entre 1969 y 1971. Los barcos pertenecientes a la clase Primor'ye eran grandes navíos pesqueros reconvertidos, equipados para reunir inteligencia electrónica y transmitirla a la orilla. No estaban diseñados para el combate, por lo general, pero el *Sakhalin* era un caso especial. Al aproximarme apunto con el haz de la linterna hacia atrás, a las inconfundibles siluetas de los sistemas de armas, uno de ellos envuelto en algas ahora.

El cosquilleo lo noto ahora en el pecho, justo debajo del esternón. Como un ardor de estómago. Continúo acercándome y la sensación se traslada al vientre, al centro exacto de mi cuerpo. Sigo nadando, buscando el origen de la energía. No tengo elección. No me refiero a que ARIS me obligue, sino a que esta sensación casi dolorosa —sea lo que sea— no me permitirá dar marcha atrás.

Alguien tira del cabo al que estoy unida, señal de que debería parar. No lo hago. Nado por encima del cañón de cubierta y sorteo la mole de la superestructura de popa. Experimento una punzada de terror al pasar sobre la boca de la chimenea, como si estuviera a punto de ser absorbida por la oscuridad y terminar descuartizada. Pero no puedo dejar de nadar.

Llego al mástil de popa y sé que estoy en el lugar indicado. El ardor del pecho se transforma en un martilleo. Al pie del mástil de popa hay una puerta con la cerradura atascada. Sin pensar, estrello la base de la linterna contra ella una, dos, hasta tres veces. Deteriorada por el paso del tiempo y la exposición al agua, se rompe.

La puerta se abre y dirijo el rayo de luz hacia ella. Dentro del mástil hay un baúl diminuto, del tamaño de una tostadora, con una recargada decoración mezcla de laqueado y pan de oro cuyas flores y hojas me hacen pensar en *babushkas* y muñecas *matryoshka*. Sé que debería regresar a la superficie con él, dejar que los agentes de ARIS lo inspeccionen con sus instrumentos para comprobar que sea seguro. Pero, si lo hago, formarían un perímetro a su alrededor... y yo necesito mirarlo, tenerlo en mis manos, notar en mi interior los latidos de su corazón.

Así que lo abro.

En su interior, sobre un lecho de terciopelo negro, encuentro una aguja plateada aproximadamente tan larga como la palma de mi mano.

La Aguja de Koschei.

Me leí un montón de leyendas populares mientras me preparaba para la misión. Según ellas, Koschei era un hombre que no podía morir. Tras extraer el alma de su cuerpo, la ocultó dentro de una aguja y esta dentro de un huevo, el huevo dentro de un pato, el pato dentro de una liebre y la liebre dentro de un baúl. Solo rompiendo la aguja podría alguien quitarle la vida.

Tiemblo al tocarla. Creo que ella tiembla también.

Y entonces... un dolor espantoso, un foganazo blanco. El cosquilleo de la sensibilidad recuperada se ha desvanecido; en su lugar, me envuelven las llamas. La piel abrasada se me desprende de los músculos; los músculos derretidos, del hueso; y los huesos, calcinados, quedan reducidos a cenizas. Esa es la sensación que me asalta. La boquilla del regulador ahoga mis gritos antes de alejarse flotando de mi cara y franquear el paso a las aguas. Me atraganto y pataleo, pugnando por asirme al cabo que me une a la embarcación, pero las manos se niegan a obedecerme.

Y a continuación, un alfilerazo tan intenso que me reverbera por todo el cuerpo, como el repicar de las campanadas de un reloj a medianoche. Es como querer tanto algo que estarías dispuesta a morir por ello, más que cualquier posible ansia, anhelo o deseo. Estoy vacía..., más que eso, soy un agujero negro, tan absolutamente compuesta de nada que atraigo todo cuanto es algo hacia mí.

A mi alrededor el agua se revuelve y se arremolina, formando unas burbujas tan grandes que me impiden ver nada. Del barco se desprenden fragmentos que confluyen en el ciclón acuático. Unas formas negras pasan rodando frente a mis ojos: los agentes de ARIS, con sus trajes de buzo. Me atraganto con el agua al gritar y siento como si estuviera absorbiendo algo dentro de mí, como si estuviese tomando aire.

Cuando abro los ojos de nuevo, el cielo se extiende ante mí, surcado de nubes. Al inclinarme hacia delante, un torrente helado se me cuela por la espalda y entra en el traje de neopreno. Las aguas que me rodean no son azules, sino rojas. De un rojo oscuro. Siento un dolor insoportable en la mano. La levanto para inspeccionarla. Tengo algo rígido y recto enterrado bajo la piel, como una astilla, justo al lado de uno de los tendones. Lo palpo. Es la Aguja de Koschei.

Algo aflora a la superficie, junto a mí. Al principio lo tomo por un trozo de plástico, pero al cogerlo noto que es blando y resbaladizo. Lo suelto con un chillido al ver que se trata de piel. Estoy rodeada de jirones de piel, músculo, huesos y vísceras.

No hay supervivientes. Me he quedado sola.

TOP SECRET



Dejaron a Albie con Cho para que probase el artefacto. La agente le había prometido llevarlo personalmente a casa cuando terminaran.

Sloane no tenía dudas de que funcionaba; de lo contrario, no habría sentido su presencia con tanta fuerza. Cada uno de ellos se relacionaba con la magia de una forma distinta, y la suya se componía de deseo, búsqueda y comprensión. «Conocía» el artefacto, igual que este a ella.

Albie siempre había sido más directo en su utilización de la magia. Albie con las *Freikugeln*, las legendarias balas alemanas que siempre daban en el blanco, solo había sido un hombre con una herramienta, como un martillo o un serrucho. Su artefacto no estaba enterrado bajo la piel, no se había convertido en parte de su ser, como le había ocurrido a ella con la Aguja de Koschei. Se limitaba a sostener las balas en la palma de la mano, y aunque nunca hacían lo que se suponía que iban a hacer (ninguno de los artefactos que habían encontrado estaba a la altura de las leyendas), le habían permitido practicar una magia rudimentaria: encender fuego, hacer que los objetos flotaran, cosas así.

Ines, Matt y Sloane volvieron sobre sus pasos por el radio de la bicicleta y recorrieron de nuevo su circunferencia hasta llegar al carrito de golf de Scott. Ya no le daba miedo el artefacto: lo que sentía ahora era más bien una

especie de entumecimiento, una disociación entre el cuerpo y la mente. Sabía que el tiempo volvería a cohesionarlos; tan solo debía esperar.

Scott los transportó por el mismo camino que habían seguido al entrar, tejiendo una ruta serpentina entre las tiendas de campaña. Llevaban un minuto escaso de trayecto cuando Sloane divisó el cartel de ARREGLEMONOS LAS COSAS — QUE VUELVA, y el pitido que sentía en los oídos se intensificó. La brecha que separaba su mente y su cuerpo desde que había percibido la proximidad del artefacto mágico se cerró de golpe, como dos manos que dan una palmada. Se agarró a la barandilla que la retenía en su asiento, tomó impulso y saltó del carro de golf mientras Ines y Matt gritaban «¡Sloane!» al unísono.

Pasó frente a un pequeño altar consistente en un tocón sobre el que había lo que parecía un esqueleto de ardilla envuelto en cuerdas y cuentas, y frente a una tienda de cuya puerta de lona cerrada con cremallera colgaba un atrapasueños, probablemente fabricado al por mayor en China para su posterior distribución en la sección de Hogar de cualquier tienda hípster de ropa. Estas personas querían magia, pero no tenían ni idea de lo que era realmente la magia; no habían visto nunca el portentoso desmadejamiento de las Sangrías, el modo en que dividían a todos los seres vivos en componentes aislados, huesos, sangre, tendones y nervios separados hasta que uno podía ver los íntimos detalles que componían el cuerpo, mientras dicho cuerpo conservaba aún la vitalidad necesaria para ser consciente de todo el proceso.

Cuando llegó a la pequeña fogata rodeada por niños que fingían ser hombres, estos habían terminado de preparar sus perritos calientes y ahora estaban escuchando música, aunque Sloane solo podía oír el sonido grave del bajo. El pitido que notaba en los oídos era ya tan intenso que amortiguaba casi cualquier otro ruido, incluidas las voces de Ines a su espalda.

Reparó en el cuchillo de caza que había encima de un palé de botellas de agua cercano mientras plantaba los pies frente a la barbacoa portátil y clavaba la mirada en el hombre que antes la había llamado poco menos que «zorra», aunque con otras palabras. No sería la primera vez que le atribuían

ese calificativo, ni sería la última, pero siempre le había parecido que contenía cierta carga de violencia; el modo en que convertía su ira en algo pequeño y mezquino, el modo en que reducía todo su ser a algo insignificante y pueril.

—Hola —dijo. De repente, su voz sonaba curiosamente empalagosa—. ¿Me reconoces?

La forma en que el hombre abrió los ojos le indicó que así era. Mientras volvía a entornarlos, mientras la palabra «perra» probablemente volvía a formarse en sus labios, Sloane se agachó y cogió el cuchillo de caza.

—Qué... —empezó a decir el hombre, pero ella ya había desenvainado la hoja para apuñalar la pared de la tienda, justo en la G de ARREGLEAMOS LAS COSAS—. Pero ¿qué coño? —exclamó el hombre.

Todos se habían puesto de pie. Sloane solo oía un pitido.

—Idiota —dijo ella—. ¿Te crees que agradecería tu lealtad si volviera, que te recompensaría por ella? Si regresa a la vida, te arrancará las entrañas igual que a todos los demás.

—Solo elegía a los débiles —replicó el hombre—. Tu chico, ese de ahí, tuvo suerte la primera vez...

El hombre dirigió la mirada por encima del hombro de Sloane hacia el carro de golf, hacia Matt e Ines. Pero ella no oyó lo que dijo a continuación. Se limitó a pegarle un puñetazo en la cara.

El pitido de los oídos cesó. Notó un estallido de dolor en cada uno de los nudillos. Sacudió la mano y apretó los dientes frente al dolor que se propagaba ya por todo el brazo. El hombre sangraba por la nariz y sus amigos se habían levantado a su alrededor, lanzándole obscenidades pero sin atreverse a devolverle el golpe. Al fin y al cabo, seguía siendo una chica.

No era la primera vez que le daba un puñetazo a alguien, pero siempre se le olvidaba cuánto dolía. Ines la agarró del brazo y se la llevó a rastras. Gritó «¡Que os den!» por encima del hombro antes de montar de nuevo en el carrito de golf.

Scott estaba mirándola fijamente cuando se sentó.

—¿Qué? —dijo Sloane.

El muchacho sacudió la cabeza y siguió conduciendo, acelerando todo

lo que daba de sí el pequeño motor.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: DIRECTOR, AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL (ARIS)

DE: AGENTE [REDACTED], NOMBRE EN CLAVE BERT

ASUNTO: RESULTADOS DE LA INMERSIÓN PROFUNDA

Estimado director:

Le agradezco su misiva relacionada con el incidente Inmersión Profunda. Nos apena profundamente la pérdida de algunos de nuestros mejores agentes, sin los que ha sido difícil seguir adelante con el Proyecto Sosias. Sin embargo, como comentaba usted en su mensaje, debemos perseverar por el bien de la causa. El Ser Oscuro representa una amenaza demasiado real.

Comprendo su preocupación por la capacidad de Sloane Andrews para continuar después de este trauma. Únicamente le escribo para hacerle partícipe de mis impresiones; la decisión final, por supuesto, depende de usted. Lo he meditado detenidamente y debo

recomendar que no se aparte del Proyecto Sosias a Sloane Andrews, por los siguientes motivos:

1. A pesar de habernos costado la vida de varios agentes, cuyo valor es incalculable, y más de un millón de dólares (dinero que, como es evidente, no podremos recuperar), el Proyecto Inmersión Profunda técnicamente fue un éxito. Logramos recuperar la Aguja de Koschei, enterrada en estos momentos en la mano de Sloane Andrews. Lo que me lleva al siguiente punto.
2. Aunque se ha contemplado la posibilidad de extraer la Aguja por medios quirúrgicos, todo el personal involucrado en el Proyecto Sosias se resiste a interferir con una fuerza que aún no entendemos del todo. Ignoramos cómo reaccionará la Aguja si intentamos manipularla. Por consiguiente, deberíamos considerar a Sloane y la Aguja como inextricablemente unidas. Despedirnos de Sloane Andrews ahora supondría una tremenda dilapidación de recursos, por no hablar del sacrificio en vano de todas esas vidas que se perdieron recuperando la Aguja.
3. Aunque Sloane haya solicitado el relevo, creo que no será difícil obtener su cooperación. Llevo años observándola. Se fía de mí. Con el paso del tiempo ha llegado a verme como una especie de figura paterna. Si le pido que se quede, lo hará.
4. El comportamiento de la Aguja de Koschei sugiere que Sloane posee una fuerte afinidad por la magia. Aunque los hechos acaecidos durante la Inmersión Profunda fueron una tragedia, nos indican que lo que poseemos ahora es un objeto de increíble poder. Un poder que podríamos necesitar para derrotar al Oscuro.

Por todo esto sugiero que animemos a Sloane a valerse de las mismas técnicas que emplean los soldados (a menudo de forma inconsciente) activos en combate, compartimentando el trauma para poder permanecer en el frente y reprimiendo aquellas partes de su personalidad que no les sirvan en situaciones intensas de estrés. Poseedora de un alto nivel de autonomía y responsabilidad personal, Sloane Andrews sabe valerse sin ayuda de nadie. Alimentaré su faceta independiente asignándole misiones en solitario mientras continúo formando a los demás para que operen en equipo a las órdenes de Matthew Weekes. Podemos darle instrucciones a la doctora Maurene Thomas, la psicoterapeuta de Sloane, para que combine el tratamiento farmacológico con aquellas técnicas de compartimentación que mejor puedan permitirle a Sloane mantener un rango razonable de estabilidad a corto plazo.

No dude en ponerse en contacto conmigo si considera necesario revisar este plan o hacer cualquier sugerencia. Gracias de nuevo, tanto por las flores como por su interés. Solo podemos aspirar a seguir adelante.

Cordialmente,



TOP SECRET

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: DIRECTOR, AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL (ARIS)

DE: AGENTE [REDACTED], NOMBRE EN CLAVE BERT

ASUNTO: RE: RESULTADOS DE LA INMERSIÓN PROFUNDA

Estimado director:

En mi anterior mensaje le ofrecía mis apreciaciones sobre Sloane Andrews tras lo ocurrido durante el incidente Inmersión Profunda y le presentaba una posible línea de actuación. Usted, en respuesta, tras manifestar su frustración ante tanta «palabrería sobre psicochorradas», me insta a expresarme en un «idioma más comprensible». Si bien habría sido de agradecer un tono menos hostil, comprendo la importancia de la precisión del lenguaje, por lo que intentaré reformularlo de forma más accesible:

Ya he observado antes que Sloane Andrews podía ser algo así como un chucho. Dele de comer a un chucho abandonado y obtendrá su lealtad, aunque después no vaya a tratarlo

especialmente bien. Para Sloane, su necesidad de aprobación por mi parte será la correa con la que seguiré sujetándola incluso cuando ella crea estar corriendo con absoluta libertad.

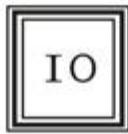
No podemos perder a los sujetos del Proyecto Sosias. Ya es demasiado tarde para eso. O derrotan al Ser Oscuro por nosotros o moriremos todos.

Espero que este idioma le resulte lo suficientemente comprensible, señor.

Cordialmente,

██████████

TOP SECRET



Sloane había llegado a la entrada de la sección de arte contemporáneo del Instituto de Arte de Chicago a las 9:30 a.m. A tiempo para que su amiga Rebecca la dejase entrar, aunque el museo aún tardaría otra hora en abrir las puertas al público.

Vio a Rebecca al otro lado de las puertas de cristal, anudándose el extremo de la trenza. Rebecca bostezó, giró la llave en la cerradura y le hizo una seña a Sloane para que pasara.

—Qué puntualidad —dijo Rebecca—. ¿Por qué no estás de resaca, como la gente normal de nuestra edad?

—Para empezar —dijo Sloane—, «nuestra edad» no es la misma porque tú tienes veintidós años. En segundo lugar, es martes.

—¿Y qué? Los lunes por la noche el alcohol sabe igual de bien que los sábados.

La presencia a horas intempestivas de Sloane en el museo de arte ya se había convertido en algo habitual. Los empleados la conocían y nadie había opuesto nunca ninguna objeción a permitir que entrase un poco antes que el resto. Debía de tratarse de la única ventaja de ser una Elegida que disfrutaba realmente.

Esto formaba parte de su rutina entre semana. No tenía trabajo. El

Gobierno le había pagado por sus años de servicio y ella había metido el dinero en un plan de inversiones. Los intereses la mantendrían a flote durante bastante tiempo, siempre y cuando gastase con moderación.

Los demás habían encontrado una mayor estabilidad financiera, aunque también habían tenido que pagar un precio por ello. Matt había vendido los derechos de su autobiografía y se había asociado con un escritor profesional, por lo que tenía dinero de sobra para llevar una vida normal..., cosa que distaba de hacer. Siempre estaba viajando, dando conferencias y charlas en universidades, participando en galas benéficas y actividades filantrópicas, reuniéndose con políticos y representantes de distintas comunidades. También Esther había transformado su fama en dinero, cultivando su base de seguidores en Insta! como si de un jardín se tratara. Ines había ilustrado su propia novela gráfica sobre su historia, y en ella representaba la muerte del Oscuro con remolinos de color. Albie, por su parte, había protagonizado unos cuantos anuncios publicitarios en el extranjero, prestando su cara para recuperar el dinero que le había costado la rehabilitación.

Algún día, Sloane tendría que buscar un empleo para el que su identidad no supusiera ningún problema y que, a ser posible, no exigiera titulación ni experiencia previa, o se vería obligada a vender trocitos de sí misma uno por uno, como habían hecho los demás. Aunque no los culpaba por ello (no mucho, al menos), en el fondo pensaba que preferiría vivir en el garaje de su madre antes de sacrificar el pequeño santuario de intimidad que se había labrado con su fama.

La sección de arte contemporáneo, espaciosa y bien iluminada, consistía en un amplio pasillo blanco flanqueado por galerías. Subió la escalera que conducía al tercer piso, donde se encontraba la zona dedicada a la arquitectura y el diseño; siempre empezaba allí sus visitas. El lugar estaba desierto, como cabía esperar; solía estarlo, con independencia de lo atestado que estuviese el resto del museo. Dejó atrás las sillas de alambres retorcidos y el jarrón que parecía un charco de leche derramada, camino de los bocetos de planos de edificios. Se sentó en un banco cercano y contempló el dibujo del Plan Burham, la propuesta de plan urbanístico para Chicago que nunca

había llegado a materializarse.

Su hermano, Cameron, estaba estudiando arquitectura cuando respondió a la llamada para combatir al Oscuro. Había fallecido en la Sangría de Minneapolis. Se habían peleado cuando él había decidido dejar los estudios, aunque por aquel entonces Sloane solo contaba doce años de edad. «No eres ningún soldado —le había dicho—. Solo eres un flacucho empollón, y vas a conseguir que te maten». Un raro ejemplo de clarividencia, tal vez.

Se había llevado los efectos personales de Cameron de la residencia de su madre y había repasado sus blocs de dibujo tantas veces que se sabía de memoria hasta el último trazo. Todo, desde su versión infantil de la caseta de un perro hasta el detallado y meticulosamente calculado plano de la casa de sus sueños. Le gustaba inventar espacios interesantes y cálidos. Lugares que no se parecían en nada a un hogar, había bromeado ella en una ocasión. Al suyo no, por lo menos.

A Cameron siempre le había gustado el museo. Por eso Sloane venía aquí, no al escenario de la Sangría que le había costado la vida, ni a los lugares que habían frecuentado juntos en Illinois, sino aquí, para recordarlo.

No se solía quedar mucho tiempo. Media hora, a lo sumo, tiempo tras el cual se dedicaba a recorrer el resto de las exposiciones. En la planta baja habían abierto una muestra nueva que consistía en una serie de fotografías de camiones articulados. Tras recorrerla durante unos minutos se despidió de Rebecca, que ya parecía estar muerta de aburrimiento, y se fue. Giró a la derecha, se dirigió al paseo del lago e hizo unos cuantos estiramientos antes de empezar a hacer *footing* en dirección norte, hacia la casa de Ines y Albie.

El lago reflejaba el azul acerado del cielo. El día estaba nublado y la bruma que se formaba sobre las aguas enturbiaba la línea del horizonte. Tardaría una hora en recorrer los ocho kilómetros si lo hacía a su ritmo habitual. Se cruzó con un pequeño pelotón de ciclistas con trajes de licra y con una mujer vestida con mallas rosa fosforito que paseaba a su perro con manchas. Un hombre en pantalones cortos la adelantó como una exhalación.

Contempló las olas que rompían contra los pilones, los perros que perseguían pelotas de tenis en la playa reservada para ellos, las mujeres con

visera que hacían caminata rápida con los puños bombeando como pistones a los costados. Nadie le prestaba atención a ella, no allí, donde solo era otra corredora más. Salió del paseo del lago y se dirigió al Java Jam.

Sin aliento, pidió los cafés y recorrió la calle con ellos hasta el apartamento de Albie e Ines, ubicado en la esquina del segundo piso de una elegante vivienda doble. El enmoquetado de la escalera era verde oscuro y se veía desgastado en el centro, debido al roce de demasiados zapatos; el papel de las paredes estaba estampado con florecitas moradas, rojas y azules.

Ines ya estaba en la puerta cuando Sloane llegó al rellano, con las gafas puestas y el cabello recogido en lo alto de la cabeza.

—Un poquito temprano, ¿no? —dijo mientras cogía el café de la bandeja y se apartaba de la puerta.

Sloane entró detrás de ella, bebiendo un trago de café sobre la marcha. Sabía a canela.

—Me he equivocado.

Se cambiaron las tazas.

—No sé cómo puedes tragarte eso. Es leche pura.

Las deportivas de Sloane rechinaron sobre el suelo amarillento de madera de roble, también típico de Chicago; siempre crujía, daba igual dónde pisaras. La puerta de Albie estaba cerrada, al igual que la de Ines, aunque de forma distinta. La de Albie estaba cerrada como si quisiera aislarse del ruido del pasillo. La de Ines tenía la llave echada y el cerrojo exterior corrido, tan segura como la cámara acorazada de un banco. Hasta hacía tan solo unos años la protegía con trampas, aunque fuese ilegal; Sloane no se atrevió a preguntarle si todavía lo hacía. Aunque fingía estar bien, Sloane había visto los botes de medicamentos que se alineaban en su tocador y la forma en que crispaba el cuerpo ante determinados sonidos y gestos.

El apartamento era cálido y acogedor, con un puf gigantesco que siempre estaba perdiendo bolitas; las cortinas de las dos ventanas que daban al callejón eran las banderas de México y Canadá, respectivamente.

Ines regresó a la cocina, donde siguió removiendo los huevos que estaba

preparando con una cuchara de madera. Toda la casa olía a cebolla.

—¿Sabes?, cuando cumplas los treinta, esto de vivir como si estuvieras en el primer año de carrera perderá su encanto y empezará a dar repelús.

—Como si estuviera en el primer año de carrera... ¿Lo dices por Frodo?

—¿Te refieres a ese puf gigante que decidiste bautizar como Frodo Bolsón? Sí, lo decía precisamente por eso.

—Que tú te niegues a disfrutar de la vida no significa que los demás no podamos hacerlo. A ti te van las toallas blancas en el cuarto de baño y te recarga las pilas salir a correr de madrugada cuando todavía no se ha secado el rocío. Eres como el padre de *Calvin y Hobbes*.

—Siempre me ha caído bien el padre de Calvin.

—Menuda sorpresa. —Ines resopló—. ¿Ya has hablado con Matt?

Sloane sacudió la cabeza.

—Anoche estuvo en eso de la masificación de las cárceles y esta mañana tenía una reunión. ¿Por qué?

Ines bebió un trago de café.

—Me he metido en un lío, ¿verdad?

Ines se encogió de hombros.

—Si cree que voy a disculparme por partirle la cara a ese capullo...

—A mí no me uses para practicar tu pelea con Matt antes de que se produzca —la interrumpió Ines—. Solo te pido que no estés tan segura de que vaya a darte las gracias por convertirte en su caballero de blanca armadura.

Sloane frunció el ceño.

—Ea, ya lo he dicho —dijo Ines—. ¿Has visto la actualización de Essy Says?

—No. ¿Debería preocuparme?

Ines sacó el móvil del bolsillo de su sudadera y se lo pasó a Sloane. La cuenta de Insta! de Esther estaba ya en la pantalla.

Sloane reconoció el escenario familiar de uno de los vídeos de Esther: su despacho, decorado como una fantasía de Pinterest, envuelto en elegantes telas de colores discretos, con una cadeneta de lucecitas rosa pastel y una cámara de las caras que capturaba todo el lustre de su cabello y

hasta el último cachivache de sus estanterías. Y en medio de todo, Esther, vestida con un jersey gris que se abombaba en los puños y bebiendo de una taza con un pajarito grabado. El vídeo se titulaba «¡Essy Says sube a lo más alto!».

Ante la atenta mirada de Sloane, Esther presentó un videoclip de la jornada anterior, consistente en una toma a cámara rápida de cómo se hidrataba la piel y se maquillaba. Sloane siempre había sentido una perversa fascinación por la cantidad de pasos que componían la rutina de Esther para el cuidado de la piel. Ella jamás habría podido acordarse de tantas cosas por la mañana. No antes de tomarse el café. Y quizá un puñado de anfetaminas.

—No pienso quedarme mirando cómo se arregla. Me produce urticaria —dijo Sloane.

Ines, sin embargo, ya estaba estirando el brazo sobre la encimera. Pasó el vídeo hacia delante, saltándose el impresionante proceso de empolvado, perfilado y sombreado; Esther reapareció de nuevo con su jersey gris, bebiendo de su taza de té.

«Tengo una noticia que compartir con vosotros —anunció, mientras subía y bajaba las cejas. Hablaba con la voz que ponía siempre en los vídeos, jovial y meliflua; parecida a su voz habitual, pero “más”—. No, no me refiero al mamporro de mi amiga Sloane..., encontraréis ese enlace en la descripción».

Sloane exhaló un suspiro.

—Estupendo.

«¡El trece de febrero será el lanzamiento de Essy, mi propia marca! — Los ojos de Esther, perfilados a la perfección, brillaban de alegría—. ¡Eso es, ahora dispondréis de una sola tienda para todos los productos reseñados y recomendados que os podáis imaginar! Sabéis que queréis ser chicas Essy».

—Bueno —dijo Sloane cuando Ines paró el vídeo—. Era inevitable, supongo.

Ines apagó la cocina y sirvió los huevos en el plato que había en la encimera.

—La he invitado a bajar conmigo dentro de un par de semanas.

Deberías venir tú también. Así te alejas del frío.

—Adoro el frío —replicó Sloane—. Será mi sangre nórdica.

—No, es tu empeño en adorar todo lo que los demás detestan y detestar todo lo que adoran los demás. —Ines pinchó los huevos esponjosos con el tenedor—. Aun así, deberías venir. Pienso secuestrar a Albie.

La palabra «secuestrar» provocó que Sloane hiciese una mueca.

—¿Lo has visto desde...? ¿Te ha contado si el prototipo funciona o algo?

Ines arrugó el entrecejo.

—No... Volvió a casa anoche y se escondió de inmediato en su cuarto. Pero funciona. Seguro.

De repente, Sloane sintió el irrefrenable impulso de echarse a dormir.

—A lo mejor no es para tanto —dijo Ines encogiéndose de hombros—. Si el mundo está empezando a romperse..., esa chica flotando hacia el cielo, por todos los santos..., quizá necesitemos la magia para arreglarlo.

—Si el mundo está empezando a romperse —repuso Sloane con voz lúgubre—, será porque lo ha roto la magia.

—La odias con todas tus fuerzas. —Ines inclinó la cabeza hacia el cúmulo de cicatrices que tenía Sloane en la mano—. Pero nunca nos has explicado por qué.

Sloane escondió la mano bajo el borde de la encimera.

—No es que la odie, exactamente. Tan solo he visto de lo que es capaz.

—Igual que nosotros.

—Ya.

Pero Sloane no se refería a las Sangrías, ni a la destrucción de la torre, ni siquiera a la muerte del Oscuro. Se refería al sabor a cobre y salitre en la lengua cuando había regresado a la superficie después de la Inmersión.

Se le había acabado el café; ya solo quedaba un poco de espuma.



Esa noche, Sloane recibió un mensaje de texto de Esther: «Buen golpe. Bert estaría orgulloso». Incluía un enlace a un vídeo borroso, grabado con algún móvil, en el que salía Sloane agrediendo al acólito del Oscuro. Ilustraba el artículo una imagen congelada de Sloane enseñando los dientes, con el puño levantado a la altura del rostro. Sloane se estudió con detenimiento: la pátina de sudor que le recubría las pálidas facciones, el extraño vacío en los ojos. Había visto esa misma expresión a menudo, en el espejo, desde que murió el Oscuro.

—Mierda —dijo en voz alta. Matt acababa de volver a casa después de haber quedado con Eddie para tomar un café. Estaba colgando el abrigo en el armario—. Hay un vídeo del golpe en la red.

—Menuda sorpresa —replicó Matt mientras cerraba la puerta del armario. Llevaba las mangas de la camisa azul celeste enrolladas a la altura de los codos.

—No me arrepiento de nada, ¿sabes? Ese tío era un desgraciado. Se lo merecía.

—Esa no es la cuestión.

—Estaba defendiéndote a ti.

—Ahí, esa sí que es la cuestión. No necesito que me defiendas, Sloane.

Sé cuidarme solito.

—Pero no lo ibas a hacer. Siempre eres tan... pasivo con estas cosas...

—¿Pasivo? —Matt se rio con voz ronca—. ¿¡Pasivo!?! ¿Qué crees que he estado haciendo todos los días desde que cayó el Oscuro, exactamente? ¿Rascarme el ombligo?

—No, claro que no. —Sloane frunció el ceño—. Pero esas personas...

—Me traen sin cuidado. Son fáciles de distinguir y más fáciles aún de evitar. Lo que me preocupa son las personas complacientes que van por la vida repartiendo sonrisas, pero sin levantar un dedo para ayudar a nadie que no sea ellas mismas. Eso es lo que intento combatir a diario, esforzándome para que hagan algo, lo que sea. Y estaría genial que mi prometida pudiera entenderlo en vez de dedicarse a complicarme las cosas.

—¿Se puede saber qué narices te he complicado yo ahora? —le espetó Sloane—. Es mi foto la que sale en las noticias, no la tuya.

—Es tu foto, sí, pero ahora esos payasos y su «mensaje» también vuelven a ser noticia, solo que esta vez son ellos las víctimas. Te abalanzaste sobre ellos sin que mediara provocación, los amenazaste con un cuchillo...

—¡Yo no amenacé a nadie con ningún cuchillo!

—No es eso lo que parece al ver esa foto tuya empuñando un cuchillo. ¿Te crees que a los demás no nos afecta esa mierda? ¿Que si recurres a la violencia para protegernos a Ines o a mí, eso no nos hace quedar como unos violentos a nosotros también? ¡Y nosotros no podemos quitarle importancia como haces tú! Nosotros nos quedamos preocupados, temiendo que a un hatajo de extremistas les dé por incendiar nuestra casa.

—Eso no va a suceder.

—Mira, ojalá estuviese yo igual de convencido —dijo Matt—. Pero no lo estoy. Yo no puedo permitirme el lujo de perder los estribos y partirle la cara a nadie, no puedo permitirme el lujo de cagarla. Siempre estoy fallándole a alguien, todo el tiempo.

Fue como si toda la rabia que sentía lo abandonase de golpe. Se sentó en el sofá y dejó caer la cabeza entre las rodillas. La bolsa de hielo que Sloane había estado usando para rebajar la inflamación de los nudillos lastimados

seguía encajada entre los cojines, ya derretida.

Le habría gustado consolarlo, pero no sabía cómo. Nunca lo había visto tan cansado, tan... decepcionado. Con el mundo, consigo mismo, incluso con ella. Se sentó a su lado, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. El televisor estaba apagado, por lo que la pantalla negra solo mostraba el reflejo de los dos: Matt, cabizbajo; Sloane, rígida y envarada.

—Te había insultado —murmuró Sloane con un hilo de voz.

—Ya. —Matt giró la cabeza para mirarla a los ojos—. Cuéntame algo que no sepa.

—¿Qué querías que hiciera, dejar que se metiese contigo?

—Bueno, para empezar, podrías haberte quedado en el carrito de golf. —Matt enarcó una ceja—. ¿Qué pasa contigo últimamente? Lo embestiste como un toro antes de que abriese la boca siquiera. Es como si quisieras arrasarlo todo a tu paso.

Esther le había preguntado lo mismo. «¿Qué pasa contigo últimamente?». La respuesta, por supuesto, yacía oculta en el cajón inferior de su escritorio. En el montón de documentos de la Coordinadora de Información y Privacidad que había escondido allí.

Como si estuviera leyéndole el pensamiento, Matt dijo:

—Esther me ha contado lo de tu solicitud a la Coordinadora de Información y Privacidad.

—Dios, Esther... —Sloane se tapó la cara con las manos por unos instantes—. No pienso volver a decirle nada.

Matt se quedó esperando. Había algo en su postura que la irritaba. El encorvamiento derrotista de los hombros. Habría preferido que le gritase.

—Solicité esos documentos sobre el Proyecto Sosias porque quería averiguar todo lo que pudiera. Es mi vida, y ellos tienen todos esos... archivos sobre ella.

—Entiendo que lo quieras saber. Pero me resulta extraño que no me contases nada. Y que prefirieras decírselo a Esther antes que a mí.

—Pensaba hablar contigo en cuanto los recibí, pero me puse a leer y... Acabé preocupada.

—¿Y qué? ¿No querías preocuparme también a mí?

Sloane sacudió la cabeza.

—No es eso.

—Entonces dime qué es.

Sonaba sincero, pero Sloane lo conocía demasiado bien como para dejarse engañar. Era el mismo tono de voz que empleaba cuando estaban luchando con el Oscuro. Se acordó de una noche en particular: habían estado intentando seguir el rastro del Oscuro cuando solo era un hombre, no una sombra en el centro de una Sangría. «Cuéntame qué ha pasado», le dijo Matt. Pero solo fue un instante efímero de calma antes de que estallara. El enfrentamiento los había dejado a todos tan tensos como las cuerdas de un arpa. Sloane no se había percatado hasta ahora de que convivir con ella, o quizá las celebraciones de los Diez Años de Paz, estuviera afectando tanto a Matt.

—A veces —empezó a hablar, tomándose su tiempo—, cuando me preocupa algo, lo único que haces es decirme que no debería preocuparme.

—¿Y eso es malo?

—¡Es desquiciante! Como si no me pudiera fiar de mis propias reacciones.

—Todos necesitamos a alguien que nos ayude a ver las cosas desde otra perspectiva.

Sloane puso cara de fastidio.

—¿Te crees que no me obligo a ver las cosas desde otras perspectivas?

—Llevaba toda una vida reaccionando y poniendo en tela de juicio esas reacciones; toda una vida dudando de sí misma, cuestionándose todo lo que hacía, obligándose a pensar de la forma adecuada—. ¿Te crees que no soy capaz? —Estaba levantando cada vez más la voz—. ¿Nunca te has parado a pensar que, si me preocupa algo, es posible que merezca la pena preocuparse por ello?

—Esto explica por qué llevas ya un tiempo comportándote de forma tan rara —dijo Matt—. Ojalá me hubiese dado cuenta antes, lo...

—El problema es que pienses que esta forma mía de comportarme es «rara» —lo interrumpió Sloane—. Igual que piensas que el día que pasé prisionera del Oscuro fue un viaje de placer y ya debería haberlo superado,

y... ¡Y que debería andar como loca mirando vestidos de novia o algo!

—Vale, ¿sabes qué? Creo que deberías haber pasado los últimos diez años esforzándote por dejarlo todo atrás en vez de obsesionándote sin parar y enclaustrándote como una ermitaña. —Matt había saltado, rota la cuerda del arpa—. Ni una sola vez he insinuado que debería ser fácil. Lo único que he hecho es pedirte que lo intentes y que dejes de comportarte como si fueses la única persona que sufre en el mundo.

Los dos se quedaron callados. A Sloane le ardían las mejillas. Reprimió el impulso de marcharse dando un portazo, sabiendo que así solo conseguiría parecer la niña que él la acusaba de ser, pero también estaba desesperada por huir de su reprimenda. Cada vez que creía entender lo que no sabía sobre él, lo que nunca podría saber, ocurría algo que le recordaba que eso era imposible.

El móvil de Matt emitió un zumbido y se iluminó a través de la tela de sus vaqueros. Apagó el sonido. Sloane respiró hondo y se acordó de la instantánea del puñetazo, el vacío en sus ojos, los dientes apretados. El chucho que habitaba dentro de ella.

—Dios, lo que piensas de mí... —Soltó una risita entrecortada—. ¿Cómo es posible que quieras casarte con alguien que te parece una cría egoísta?

—Sloane...

El teléfono de Sloane, bocabajo encima de la mesita auxiliar, emitió los primeros acordes de *Good Times, Bad Times*, de Led Zeppelin; el tono que le había asignado a Ines. Estiró el brazo y desactivó el sonido.

Un segundo después, el móvil de Matt empezó a zumbar de nuevo. Esta vez contestó.

—Ines, ¿qué pasa?

Se quedó escuchando un momento y fue como si se marchitara, como si plegara todo el cuerpo sobre la silla del escritorio.

—Santo cielo —murmuró. Tapó el micrófono del teléfono—. Albie está en el hospital —le dijo a Sloane antes de retomar la llamada—. No, disculpa, ya estamos en camino.

—¿Lo has visto desde el día del escenario de la Sangría? —preguntó Matt.

Estaban en su BMW, camino del hospital, atascados en el semáforo en rojo más largo del mundo. Al menos esa era la impresión que le daba a Sloane.

—No —respondió ella mientras seguía mirando por la ventanilla.

Había llovido, por lo que el letrero multicolor de neón de la cooperativa de crédito de la esquina se reflejaba en los charcos de la carretera. El susurro de los neumáticos sobre el asfalto mojado y el rugido del motor diésel del vehículo se reanudaron cuando el semáforo se puso en verde. Ninguno de los dos había puesto la radio para llenar el silencio.

—Lo siento si... —empezó a decir Matt.

—No, por favor —lo interrumpió Sloane, y se tapó la cara con una mano—. Déjalo, concentrémonos en Albie.

La semana pasada había encontrado un pingüino de origami dentro de un paquete de harina. Todos los pliegues se veían impecables, lo que significaba que era una de sus antiguas creaciones. Pese a todo, lo había dejado allí a sabiendas de que le arrancaría una sonrisa. A veces le daba la impresión de que Albie era la única persona del mundo que la conocía. Porque no esperaba nada de ella, ni sexo, ni amor, ni secretos. Entre ellos

no había ninguna moneda de cambio.

Aunque Ines no les había contado por qué estaba Albie en el hospital, Sloane podía imaginárselo. Algún accidente, quizá; siempre cabía esa posibilidad. También podía deberse a un inesperado efecto secundario del artefacto mágico con el que había estado experimentando en el escenario de la Sangría: sabían tan poco sobre la magia que a Sloane no la habría sorprendido descubrir que en realidad era nociva, como la radiación, y que una exposición prolongada no hacía sino agravar sus efectos. La teoría más probable, sin embargo, era tan predecible como dolorosamente humana: Albie había sufrido una recaída y lo habían ingresado por sobredosis.

Matt dejó el coche en el aparcamiento del hospital, y Sloane y él adoptaron su vieja rutina de forma automática. A ella se le daba mejor orientarse en los sitios desconocidos, identificar e interpretar los letreros, y poseía un instinto natural para descifrar la organización de cualquier edificio o espacio público. Matt la siguió pisándole los talones hasta la pasarela que conducía a la planta de urgencias, primero, y después a la sala de espera, donde encontraron a Ines sentada en una silla, con los ojos enrojecidos.

—Lo he encontrado hace una hora —dijo tras consultar el móvil para comprobarlo—. Debía de tener algún alijo antiguo escondido. O salió a comprar sin que yo me diera cuenta, no sé. El doctor ha dicho que seguramente no haya sido más de lo que estaba acostumbrado a meterse, pero llevaba limpio tanto tiempo que su cuerpo no lo ha aguantado.

—Entonces, ¿ha sido un accidente? ¿No estaría intentando hacer... nada raro?

—No hay forma de saberlo con seguridad. Albie no es tonto. Debía de imaginarse que iba a ser demasiado.

Sloane la estaba escuchando, pero sin perder de vista al resto de ocupantes de la sala de espera. Todos los observaban de reojo. Cuchicheando. Rebulléndose en sus asientos para sacar los teléfonos.

—¿Cómo lo viste cuando volvió del escenario de la Sangría? —preguntó Matt.

—Mal —respondió Ines—. Pero esforzándose por disimularlo. Me dijo

que estaba molido, era muy tarde... No se me ocurrió asegurarme de que...

—No te eches la culpa —le advirtió Matt—. No eres adivina. Nadie espera que puedas leerles la mente a los demás.

—Eh —dijo Sloane, apuntando con la barbilla a un veinteañero con el pelo engominado y el teléfono en alto, como si estuviera grabándolos en vídeo—. ¿Qué coño te crees que haces?

—Slo... —dijo Matt.

Sloane cruzó la sala de espera y le arrebató el móvil al chico, que intentó zafarse sin éxito, con los ojos abiertos de par en par por el desconcierto. Pasó el dedo por la pantalla hasta encontrar el archivo, lo borró y le tiró el teléfono apuntando al regazo. Le golpeó en el estómago, con la fuerza suficiente para que se oyera el impacto.

—Métete en tus asuntos —lo amenazó con voz grave.

Matt se fue a preguntarle a la recepcionista si no había otra sala libre en la que pudiesen esperar, y Sloane se sentó con Ines, en silencio.

Se pasaron las horas siguientes en una habitación de hospital vacía. Ines estaba sentada en la mesita de cabecera, y Matt y Sloane en las sillas. Todo era de color marrón topo y verde cian apagado, las mismas tonalidades de la cocina de Sloane cuando era pequeña. Ines había puesto la televisión en cuanto entraron y se dedicó a cambiar los canales hasta que encontró uno en el que reponían una comedia que le gustaba de niña. El cuerpo de Sloane todavía recordaba cómo dormir a pesar de la ansiedad, por lo que se despatarró en la silla, apoyó la cabeza en la pared y se quedó aletargada en cuestión de minutos, arrullada por el sonido de las risas enlatadas.

Era casi medianoche cuando por fin se abrió la puerta, por la que entró una mujer de mediana edad con pantalones holgados y blusa bajo su bata blanca, el cabello recogido en una coleta y una expresión grave pintada en la cara.

—Hola —dijo—. Soy la doctora Hart. Ustedes deben de ser los amigos de Albert.

Ines había empezado a incorporarse, arreglándose el pelo con los dedos.

Matt ya se encontraba de pie; estaba cambiando el canal del televisor. Sloane se limitó a mirar fijamente a la médica porque, a juzgar por el tono de su voz y la curvatura titubeante de sus hombros, se imaginaba lo que iba a decirles.

—Les traigo malas noticias.

Después de aquellas palabras todo fue estática en una pantalla, como si se tratara del zumbido de una señal mal sintonizada. Sloane se quedó con lo básico: fallo en los órganos, Albie, quién debería avisar a la familia. Muerto. La doctora les concedería unos instantes a solas, regresaría más tarde para contestar a cualquier pregunta que quisieran hacerle. Lo lamentaba de veras.

Sloane solo podía parpadear con la mirada fija en las dos papeleras que tenía delante, una roja, para los residuos peligrosos, y otra blanca, para los demás desechos. En la pared había una ilustración del sistema circulatorio, un hombre compuesto de venas y arterias.

Nada como las Sangrías para recordarle a uno de qué estábamos hechos. Era lo que había pensado Sloane la primera vez que fue testigo de una de ellas. El modo en que la gente se disolvía ante tus propios ojos, exponiendo los huesos, los músculos y los órganos internos comprimidos unos contra otros momentos antes de separarse. Sloane siempre había sentido afinidad por los objetos mecánicos; le gustaba ver cómo funcionaban las cosas. Era fascinante asistir a ese despliegue tan truculento del cuerpo humano en toda su complejidad, momentos antes de que la inexorabilidad de la muerte la devolviese a la realidad.

Sin embargo, las Sangrías también ponían de manifiesto la fragilidad, evidenciaban que los seres humanos eran muy blandos y fáciles de destruir. No le costaba creer que Albie ya no estuviera con ellos, en lo pragmático. Su cuerpo era como cualquier otro: susceptible de ceder, de romperse.

El vacío que dejaba su ausencia, en cambio... Eso no lograba abarcarlo.

La doctora Hart los había dejado en silencio. Nadie estaba llorando. Nadie se movía. El tictac del reloj desgranaba los segundos y el televisor escupía el zumbido monótono de las noticias de madrugada.

Pero ahora Sloane tenía que moverse, debía hacer algo, lo que fuera, o

empezaría a gritar hasta quedarse ronca. Sacó el móvil del bolsillo y abrió su lista de contactos.

—Voy a llamar a Esther —le dijo al teléfono, más que directamente a Ines o Matt—. ¿Alguno de vosotros puede contactar con la madre de Albie? Yo nunca le he caído bien.

Matt la miraba como si no entendiera ni una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—Ya lo hago yo —musitó Ines con un hilo de voz.

—Gracias. Voy a salir al pasillo. Vosotros quedaos aquí.

Se levantó con la espalda dolorida después de todo el tiempo que llevaba recostada en aquella silla de hospital. Pensó en el dolor, en los chirridos del suelo bajo sus deportivas, en el olor a disolvente químico que flotaba en el aire. Una enfermera le dedicó una sonrisa con los labios apretados y ella le devolvió el gesto en un acto reflejo.

Por lo menos había un protocolo al que atenerse. Llamar a la familia, a los amigos. Hacer las preguntas que podrían resultar pertinentes en las próximas semanas, en los próximos meses, aunque en esos precisos instantes los detalles les pareciesen irrelevantes. Y después irse a casa, dormir.

A Sloane no le hacía falta preocuparse por los preparativos del entierro. Todos sabían cuáles eran las preferencias de cada uno: era la clase de contingencia sobre la que hablaban en tiempos del Oscuro, los planes de emergencia «por si no salgo de esta». Albie había elegido que lo incinerasen y dispersaran sus cenizas por el escenario de una Sangría, no le importaba cuál. Nada de funerales a lo grande; no le gustaban las multitudes.

Esther estaba en un club cuando la llamó y costaba oírla con el estruendo del bajo. Sloane tuvo que pedirle a gritos que saliese a la calle. Le dio la noticia igual que había hecho la médica: de forma directa, clara y concisa.

Después de colgar se dejó caer hasta quedar acuclillada, con la espalda apoyada en la pared de bloques de hormigón pintados que se alzaba tras ella. Observó durante un rato a las enfermeras que iban de un lado a otro,

ajetreadas, con sus Crocs y su ropa quirúrgica. Pensó en el temblor de las manos de Albie, en las servilletas que le había lanzado aquel día en el bar para que no tuviera que ensuciarse los pies.

Permaneció así hasta que se le durmieron las piernas.

Chicago Tribune

FALLECE A LOS 30 AÑOS EL ELEGIDO ALBERT SUMMERS

Lindsay Reynolds

CHICAGO, 18 DE MARZO: Albert Tyler Summers, conocido como “Albie” por sus allegados, murió ayer en el Northwestern Memorial Hospital a causa de una sobredosis de drogas. Tenía treinta años.

Albert deja a su madre, Kathy, y a su hermana Kaitlin. Su padre y su hermano fueron asesinados por el Ser Oscuro en el ataque de Edmonton (Alberta) en 2005.

Albert era uno de los célebres cinco Elegidos que derrotaron al Oscuro el 15 de marzo de 2010. A los dieciséis años había sido reclutado por la CIA, en una iniciativa conjunta con el Servicio Canadiense de Inteligencia de Seguridad, después de que los elementos de una profecía clasificada lo señalaran como candidato para vencer al Oscuro. Recibió formación y adiestramiento en un complejo de seguridad junto con los otros cuatro Elegidos: Matthew Weekes, Sloane Andrews, Ines Mejia y Esther Park.

Los años siguientes los pasó inmerso en la lucha contra el Oscuro y su ejército, y salió ileso de decenas de altercados, entre ellos la famosa batalla de Boise y la Fortaleza de Springfield. Como prisionero del Oscuro en 2010 había sufrido lesiones permanentes en la columna, pero eso no le impidió combatir junto a los demás en el conflicto final.

Tras la derrota del Oscuro, Albert luchó durante años con su adicción a las drogas antes de ingresar en el Centro de Rehabilitación Garantías, en las afueras de San Diego (California). En una entrevista concedida en 2013, dijo sobre su adicción: “No sabía qué hacer conmigo después de que acabase la guerra, ¿sabes? Era como si mi cerebro se hubiera acostumbrado a la adrenalina y siguiese buscándola. No es fácil aprender a ser de otra forma, pero creo que lo he conseguido. Día a día. Ahora procuro centrarme

exclusivamente en lo que tengo delante de mí”.

Sus familiares y amigos describen a Albert como una persona amable y generosa que hacía gala de una lealtad inquebrantable con sus seres queridos. Será recordado por los inestimables sacrificios que realizó en vida.

El funeral se celebrará en la más estricta intimidad. Pueden realizarse donativos en memoria de Albert a la Fundación Día a Día, encargada de organizar programas de rehabilitación dirigidos a personas con bajos ingresos.

Sloane se lavó las manos en el lavabo del crematorio. El jabón olía a vendaje adhesivo.

Los preparativos habían consumido toda la jornada anterior. Ines se había encargado de la familia de Albie y Esther había organizado la recepción del funeral a distancia. Matt ayudaba en todo lo que podía, pero la pena lo había golpeado con más fuerza que a nadie y se pasaba la mayor parte del tiempo en blanco, despierto pero con la mirada vacía. Eddie había cancelado sus reuniones y apariciones en público. Sloane creía entenderlo: Albie no era solo uno de los amigos de Matt, sino alguien que había estado a sus órdenes y, para bien o para mal, Matt siempre asumía la responsabilidad por sus soldados.

El cometido de Sloane era el cuerpo de Albie. No les había hecho falta hablar para decidir quién se encargaría de esa parte. Era la única con el estómago necesario para ello.

Había firmado todos los formularios y organizado todas las diligencias. En el hospital le habían dado una bolsa con la ropa que llevaba puesta Albie cuando ingresó: dentro encontró también el anillo de promoción de su difunto hermano, un clip y un avión de papel diminuto, toscamente doblado.

Al principio la había desconcertado el avión. Tras su lesión Albie había renunciado a las figuras de papel en todas sus variantes, frustrado por la falta de habilidad en las manos. El instinto le pedía conservar el avión, del mismo modo que pensaba guardar su ropa sin lavar y no utilizar nunca aquel clip. Pero había algo en él que no encajaba.

Sloane se secó las manos con una toalla de papel y se miró en el espejo. Tenía mala cara. Pálida y exhausta, con el pelo grasiento y la ropa arrugada. Se hizo una coleta con la esperanza de ofrecer un aspecto medianamente presentable y salió para reunirse con el encargado del crematorio, que había accedido a concederle unos minutos de descanso en el cuarto de baño antes de empezar.

Nadie tenía por qué asistir a la incineración, pero Sloane quería estar presente. Era ella quien había identificado el cadáver, obligándose a mirar aquel rostro que era el de Albie y, al mismo tiempo, no lo era. El mechón de pelo moreno que sobresalía enhiesto entre los demás era innegablemente suyo, pero sin vitalidad en el rostro y en los ojos, aquel cuerpo podría haber sido una figura de cera. Había confirmado que se trataba de él, pese a todo, y ahora el féretro ya estaba sellado y depositado encima de la mesa camilla junto a la bandeja que habría de dejarlo en la cámara de incineración.

El encargado del crematorio se llamaba Walter y debía de tener más o menos su edad, con unos kilos de más y las facciones enjutas y pálidas.

—¿Preparada?

Sloane asintió con la cabeza. Walter le enseñó el botón que debería pulsar para que comenzase el proceso.

—No se alarme si empiezan a saltar llamas del fondo del ataúd cuando entre. Ahí dentro hace mucho calor, por lo que es posible que la pintura sea lo primero que arda.

—No se preocupe. He visto cosas peores.

Walter asintió y apartó la mirada mientras Sloane se acercaba al botón. Pero no estaba tan lista como pensaba. Estiró un brazo y apoyó la mano en el féretro. Llevaba el avión de papel en el bolsillo trasero de los pantalones.

—En realidad, Walter, ¿le importaría concederme un momento a solas?

Era evidente que el hombre estaba esforzándose por disimular su

irritación. Sloane se había percatado de que la gente se dividía en dos categorías cuando interactuaban con ella desde la desaparición del Oscuro: algunas personas se desvivían por congraciarse con ella, mientras que otras parecían dar por sentado que era una indeseable. Walter llevaba resoplando desde su llegada, por lo que supuso que entraba en la segunda categoría. Aun así, asintió con la cabeza y salió discretamente del cuarto. Sloane esperó hasta que la puerta se hubo cerrado y sacó el avión del bolsillo.

Lo desdobló y lo alisó encima del féretro. En el centro de la hoja ponía: «Lo siento. Ya no podía seguir soportándolo».

Se le empañó la vista mientras estrujaba el trozo de papel en el puño y apretó hasta que le empezaron a doler los nudillos. En todo el tiempo transcurrido desde que la doctora Hart les había dado la noticia, Sloane no había llorado; ni siquiera había estado a punto. Ni cuando escuchaba el llanto de Esther por teléfono, ni cuando se acercó la camisa de Albie a la nariz para ver si aún conservaba su olor.

«Cargaremos con ese peso ocurra lo que ocurra. Siempre lo hemos hecho».

Sloane se dejó caer sobre el féretro y lloró, abrazada a la madera con todas sus fuerzas. Era como volver a perder a su hermano, solo que peor esta vez, porque recordaría algo más que el incómodo vestido de lana que llevaba puesto cuando depositaron su ataúd en el suelo y la costumbre que tenía Cameron de despertarla cuando el invierno traía las primeras heladas y salían corriendo para estampar sus huellas en la hierba cubierta de escarcha.

En el caso de Albie, recordaría la «cerveza de los supervivientes» que se tomaban después de cada nuevo altercado con el Oscuro, las miraditas de reojo que se cruzaban cada vez que a Matt le daba por ponerse en modo heroico, la forma en que se sostenían el uno al otro tras escapar juntos de su cautiverio. Los recuerdos con Albie llenaban la mitad de su vida. Habían sabido entender mejor que nadie el dolor que sentía cada uno de ellos.

Ahora se había quedado sin nadie que lo entendiera.

Las lágrimas remitieron al cabo de un par de minutos. Siempre era así. Como si algo en su interior careciese de la paciencia necesaria para tolerar ese tipo de emociones absurdas. Pese a todo, dejó la mejilla apoyada en el

féretro un rato más, cálida ahora la madera al contacto con su piel. Después se irguió y volvió a alisar la hoja de papel lo mejor que pudo, la dobló y se la guardó de nuevo en el bolsillo. Se secó los ojos e informó a Walter de que ya podía regresar del pasillo.

El hombre reocupó su lugar y ella hizo lo propio.

«Adiós, amigo», pensó mientras pulsaba el botón, un disco metálico del tamaño de su puño. La puerta de la cámara de incineración se abrió, proyectando una oleada de calor que bañó el cuerpo de Sloane. El féretro entró deslizándose y, tal y como Walter le había advertido, se produjo un fogonazo al engullirlo de inmediato las llamas. A continuación, la puerta volvió a cerrarse, y eso fue todo.

Tras salir del crematorio, Sloane se puso su disfraz de costumbre para coger el tren de regreso: gorra de béisbol calada hasta los ojos, gafas y bufanda subida hasta las orejas. La primera vez que había visitado Chicago, de niña, los trenes le habían parecido un prodigio maravilloso, con sus superficies que resplandecían bajo el sol mientras circulaban a gran altura sobre la calzada. Seguía viajando en ellos siempre que podía, ya que prefería el anonimato potencial que le ofrecían a la certeza de que cualquier taxista o conductor de vehículo compartido la reconocería. Eligió un asiento con ventanilla y se concentró en el sol que comenzaba a ponerse tras la majestuosa maraña de vidrio y metal del Loop.

El paseo desde la estación hasta su apartamento era corto, pero decidió dar una vuelta a la manzana para prolongarlo. Esa mañana se había encontrado un enjambre de fotógrafos y reporteros frente al edificio y había tenido que abrirse paso a empujones para llegar al coche que le había pedido Matt; no le apetecía repetir la experiencia. Se adentró en un callejón salpicado de muebles abandonados y contenedores de basura llenos a rebosar, y dejó atrás una hilera de estrechos garajes hasta que llegó al edificio.

Sin embargo, antes de abrir la cancela divisó movimiento en el patio al otro lado de la reja, seguido del flash de una cámara. Mascullando una

palabrota, Sloane volvió a guardarse las llaves en el bolsillo y se dirigió al edificio adyacente. No era difícil encaramarse al contenedor y saltar por encima de la valla de madera para caer en el trozo de césped sin podar. Subió los tres tramos de escalones que comunicaban con el piso superior de la casa de tres plantas y utilizó el palo de una escoba que encontró por allí para abrir la trampilla de la azotea.

Aunque no había ninguna escalerilla a mano, Sloane podía elevarse a pulso sin dificultad. Tuvo que ponerse de pie en una silla (que tomó prestada de un patio trasero) para alcanzar el borde, pero logró llegar al tejado. Estaba a la misma altura que el de su edificio, con una distancia de tan solo un metro entre ambos. No sería la primera vez que Sloane la salvaba de un salto cuando los periodistas se volvían demasiado pesados. Cogió carrerilla, se impulsó y aterrizó en su azotea sin perder apenas el equilibrio.

Encontrar salidas y distintas formas de abordar los problemas ya se había convertido en una segunda naturaleza para ella. Sloane forzaba cerraduras y resolvía rompecabezas. Siempre había preferido emplear los métodos más prácticos para hacer las cosas, incluso después del resurgir de la magia; le parecía más seguro, sobre todo en vista de lo que había pasado la primera vez que la usó.

Oyó una voz al abrir la puerta trasera, un timbre de soprano más agudo que el de Ines o incluso Esther, quien de todas formas no estaba previsto que aterrizase hasta esa noche en O'Hare.

Era la agente Cho la que estaba sentada en su diván, con una taza de té en las manos. Parecía otra fuera de la cúpula geodésica, vestida con vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto, con el pelo suelto sobre los hombros. Después de lo que había ocurrido, su aparición probablemente no debería sorprender a Sloane, pero así fue. Ni Henderson ni Cho se habían pasado antes por su apartamento.

Por otra parte, hasta entonces tampoco había muerto ninguno de los Elegidos.

—Hola, Sloane —dijo Cho con expresión seria.

Matt, sentado frente a ella en la vieja mecedora que había pertenecido a

su abuela, la miró como si acabara de percatarse de su presencia.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Matt.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla. Sloane aspiró aquella fragancia familiar, a cedro y loción para después del afeitado, y de repente deseó acurrucarse con él en la cama, encontrar algún consuelo en el susurro de su ropa cuando se desnudaran..., sentir algo, lo que fuera, antes que el vacío insondable que la ausencia de Albie le había dejado en el pecho. Sin embargo, la rigurosidad de la banda metálica que le ceñía el dedo le recordó que, cuando este funeral terminara, tendría que anular su compromiso. Sería injusto utilizar ahora a Matt para consolarse, tan solo para partirle el corazón a continuación.

—Bueno. ¿Qué ocurre?

—Eileen quería... presentar sus respetos —dijo Matt mientras volvía a sentarse en la mecedora.

—Vaya. —Sloane la miró. Cho frunció los labios en una mueca que no parecía de pesar, sino de culpabilidad—. Qué bien.

Cho jugueteó con el hilo de la bolsita de té, enrollada en el asa de la taza. Era la que le habían dado a Matt en la NASA cuando era pequeño, decorada con estrellas y cohetes espaciales, y el nombre de MATTHEW rodeando el borde como si fuera un estandarte.

—Hay algo más —reconoció Cho—. Aunque es clasificado, y... —Desvió la mirada hacia la ventana. Las dolorosas lucecitas azules del vecino parpadeaban tan deprisa como si quisieran provocarle un ataque de epilepsia a alguien. Sloane vio que los cuatro miembros de la familia que vivía en el apartamento de enfrente se sentaban a cenar—. Se supone que no debería contaros nada, pero creo que existe cierto código de honor entre nosotros que considero necesario respetar. Así que...

—Está relacionado con el artefacto, ¿verdad? —dijo Sloane.

Cho asintió con la cabeza.

—Algo salió mal. Bueno..., técnicamente el artefacto funciona, por lo que ARIS lo considera un éxito, pero...

Sloane reparó en la rapidez de la respiración de Cho y la forma en que se le marcaban los tendones en el cuello.

—A Albie siempre se le había dado bien el fuego —continuó la agente—. Por eso acordamos que intentase utilizar el artefacto para encender una bola de papel en un entorno controlado. Había técnicos cerca, equipados con extintores, y Albie llevaba puesto un traje ignífugo. Tomamos todas las precauciones que consideramos precisas. Apuntamos con el artefacto a la bola de papel y... —Cho sacudió la cabeza—. Perdimos el control del incendio de inmediato. El fuego engulló a tres de los técnicos. Dos consiguieron escapar con quemaduras leves, pero Darrick, que estaba directamente en la trayectoria de las llamas...

—Muerto —terminó Sloane la frase por ella.

—Sí.

Sloane había visto lo que Albie era capaz de hacer con el fuego. Se ponía las *Freikugeln* en la mano izquierda, con el puño apretado, levantaba la derecha... y luz y calor, lenguas llameantes danzando alrededor de sus dedos. Ninguno de ellos había averiguado realmente cómo controlar sus respectivos artefactos, por lo que Albie en ocasiones solo conseguía producir pequeños chispazos; otras, podía arrasar edificios enteros. Su manejo de la magia siempre había sido impredecible, razón por la cual era conveniente que los cinco estuviesen presentes en todo momento, para aumentar las probabilidades de éxito.

«Si los ayudas y muere alguien —era lo que Sloane le había dicho—, tendrás que cargar siempre con ese peso sobre tu conciencia».

Proféticas palabras.

Sloane soltó una carcajada.

—Slo —murmuró Matt, con los ojos abiertos de par en par.

—Vale, gracias por esa bonita revelación, Cho —dijo Sloane—. Ya puedes largarte.

—Lo siento, Eileen —se disculpó Matt—. No... —Se le olvidó lo que quería decir y se quedó callado.

—Lo entiendo. —Cho se levantó del sofá—. Avisadme si tenéis alguna pregunta. No podré responder a ellas por teléfono, como es lógico, pero podéis usar la palabra «té» y sabré a qué os referís.

Le dio la taza medio vacía a Matt, evitando mirar a Sloane a los ojos, y

recogió su bolso y su abrigo de la mesita auxiliar que había junto a la entrada. Matt la siguió hasta la puerta y, mientras acompañaba a la agente fuera del apartamento, sacudió la cabeza en dirección a Sloane.

Una vez cerrada la puerta, Sloane cogió las llaves, su gorra y una sudadera, y se dirigió corriendo a la puerta de atrás.

Diez minutos antes, evitar a los periodistas le había parecido algo crucial, pero ya no tenía importancia. Ignoró los flashes y el chasquido de las cámaras mientras bajaba apresuradamente por los tres tramos de escalones y doblaba la esquina que daba a la escalera del sótano. Cada apartamento disponía allí de un pequeño trastero. El de Matt y ella contenía fundamentalmente adornos para las fiestas, incluso para el día de san Valentín. Por regla general, Sloane se preciaba de aborrecer ese tipo de cosas, pero los elementos decorativos cutres eran su talón de Aquiles.

El cosquilleo y la quemazón se le empezaron a propagar por todo el cuerpo nada más acercarse a la puerta del trastero. La abrió con la llave y tiró de la cadenita para que se encendiese la luz. Se encontró con un montón de cajas de plástico idénticas, marcadas con rotulador. Las apartó de un empujón y se arrodilló en la esquina, donde había un trozo de hormigón suelto. Un segundo corazón, cuyo compás era una réplica exacta del primero, le latía en el pecho.

Debajo del hormigón había un estuche de costura, tan pequeño que le cabía en la palma de la mano, y dentro, una caja con agujas de máquina de coser de distinto grosor y tamaño. Unas cuantas estaban partidas por la mitad, aserrados los bordes de la fractura. Sacó de la cajita dos pedazos de tamaño mediano y, con manos temblorosas, los acercó a la luz.

La Aguja de Koschei.

TRANSCRIPCIÓN DEL COMITÉ SELECTO DEL SENADO DE LOS EE. UU. SOBRE INTELIGENCIA Y DEL SUBCOMITÉ SOBRE ATROCIDADES DEL OSCURO

REUNIÓN SOBRE EL PROYECTO SOSIAS, EL PROGRAMA DE ARIS (AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL) DIRIGIDO A CONCENTRAR LAS ACCIONES CONTRA EL TERRORISTA NACIONAL CONOCIDO COMO «EL OSCURO»

Washington D. C.

Jueves, 28 de octubre de 2010

Testimonio de Matthew Weekes, Sujeto 4 del Proyecto Sosias; Sloane Andrews, Sujeto 2 del Proyecto Sosias; Esther Park, Sujeto 1 del Proyecto Sosias; e Ines Mejia, Sujeto 3 del Proyecto Sosias.

MATTHEW WEEKES: Gracias, señor presidente. Me gustaría agradecerle a usted y a los comités aquí presentes que nos hayan invitado a hablar en persona, algo poco común desde que empezó todo esto. Y me gustaría también agradecerles su compromiso con la tarea de documentar de forma pública y precisa los hechos, para que no se olviden fácilmente. Es algo que nos importa mucho a todos nosotros.

Los cuatro hemos venido aquí hoy para contar lo que sucedió el 15 de marzo de 2010, el día de la derrota del Oscuro. Hemos preparado entre todos esta declaración que voy a hacer y, cuando termine, estaremos encantados de responder a sus preguntas.

Bien, empecemos.

En las semanas anteriores al 15 de marzo, el Oscuro y sus seguidores estuvieron

muy tranquilos. El Oscuro había secuestrado a dos de los nuestros durante un periodo de veinticuatro horas, durante el cual Albie, quiero decir, Albert Summers, sufrió heridas graves. Albie seguía en el hospital y, como no estábamos seguros de si recuperaría la movilidad completa, tuvimos que cambiar radicalmente nuestro plan de ataque.

Habíamos dedicado un año a la misión de reconocimiento, con la ayuda de ARIS, para intentar descubrir el origen del Oscuro, pero no encontramos nada sobre él. Era como si hubiera... aparecido sin más. Pero uno de nosotros...

ESTHER PARK: Yo. Fui yo.

MATTHEW WEEKES: Vale, Esther comentó que eso ya nos decía algo...

ESTHER PARK: Nos decía que, como mínimo, no quería que rebuscaran en su pasado. Lo que significaba que, probablemente, le había pedido a uno de sus seguidores que lo hiciera todo por él. Al fin y al cabo, necesitaba comida y alojamiento, como todo el mundo. Así que abandonamos la idea de averiguar algo sobre su origen y nos concentramos en investigar a sus seguidores más leales. Fue un proceso muy lento. Habían borrado sus huellas muy bien.

MATTHEW WEEKES: Pero unas dos semanas después del regreso de Sloane y Albie...

SLOANE ANDREWS: [inaudible]

MATTHEW WEEKES: Por fin encontramos una pista. Esther logró identificar a uno de los seguidores del Oscuro, Charles Wright, que trabajaba de ██████████ en ██████████ y vivía en uno de los complejos de apartamentos de lo que entonces era la Torre Trump de Chicago.

INES MEJIA: Así que fui a echar un vistazo haciéndome pasar por una de las conserjes. Un par de personas entraron y salieron del apartamento mientras yo limpiaba las ventanas, ni siquiera me miraron. En una ocasión, cuando se abrió la puerta del piso, lo vi entre varios de ellos: el Oscuro en persona estaba allí. Aquello era importantísimo porque, hasta entonces, no sabíamos dónde se metía entre un ataque y otro.

ESTHER PARK: El resto estábamos visitando a Albie en el hospital. Y fue una suerte que estuviéramos allí porque, de lo contrario, no habríamos contado con la idea de Sloane... ¿Sloane?

SLOANE ANDREWS: ¿Sí?

ESTHER PARK: ¿Quieres contarlo tú?

SLOANE ANDREWS: Vale. Pues... sugerí que le preparásemos una trampa. Yo haría un trabajo mágico importante en la base de la Torre Trump, en el puente de Wabash

Avenue... Técnicamente se llama el puente Irv Kupcinet. Supuse que, si era lo bastante visible, el Oscuro o sus seguidores me verían desde el complejo de apartamentos.

SENADOR GOO: Perdone la interrupción. Le agradecemos mucho su testimonio sobre este asunto, pero, antes de seguir, me gustaría plantearle una pregunta a la señorita Andrews.

MATTHEW WEEKES: Um. No creo que...

SLOANE ANDREWS: Adelante, senador.

SENADOR GOO: Gracias, señorita Andrews. Me preguntaba... De hecho, siempre me lo he preguntado... ¿Cómo sabía que el Oscuro caería en esa trampa?

SLOANE ANDREWS: Bueno, en primer lugar, supuse que si veía a una de las personas destinadas a destruirlo (o a lo que diga la profecía) retarlo abiertamente, no podría resistirse a la tentación de intentar matarla.

SENADOR GOO: Sí, la he oído expresar ese razonamiento en varias entrevistas después de la derrota del Oscuro. Sin embargo, me da la sensación de que era igual de probable que supiera que se trataba de una trampa.

[silencio]

SENADOR GOO: ¿Señorita Andrews?

SLOANE ANDREWS: Lo siento, es difícil de explicar. Había tenido..., se podría decir que había tenido una experiencia muy específica con el Oscuro, una experiencia única, durante mi cautiverio. Solo fueron veinticuatro horas, pero... era lo más cerca que nadie había estado de él sin morir ni caer bajo su embrujo. Ni siquiera sus seguidores, al menos los que habíamos interrogado, parecían saber mucho de él.

SENADOR GOO: Entiendo que le cueste hablar de esto, señorita Andrews. Esperaba que pudiera intentarlo para que en las crónicas oficiales quedase reflejado con toda la precisión posible.

SLOANE ANDREWS: Sí. Bueno... La verdadera explicación es un poco más complicada que la que he dado hasta ahora.

SENADOR GOO: Creo que aquí todos comprendemos que, hasta ahora, ha contado lo que ha podido, señorita Andrews.

SLOANE ANDREWS: Supongo. Bueno, no era exactamente que pensara que cualquiera de nosotros sería capaz de atraerlo hacia el puente. Porque se trataba de eso: de atraerlo. Había que averiguar a qué cebo sería incapaz de resistirse. Y, bueno..., era yo. El cebo era yo.

SENADOR GOO: Porque...

ESTHER PARK: Porque el tío estaba obsesionado con ella, ¿vale?

SLOANE ANDREWS: Creo que... me dijo que nos parecíamos. ¿Podemos seguir con esto? Yo tampoco lo entiendo, prometido. El tío era...

ESTHER PARK: El tío estaba como unas maracas.

INES MEJIA: O como una orquesta entera.

SLOANE ANDREWS: De todos modos, da igual por qué funcionó; sabíamos que lo haría. Así que nos preparamos.

MATTHEW WEEKES: Lo que significa que cogimos nuestros artefactos, que habíamos adquirido como parte de nuestro trabajo previo con ARIS...

SENADOR GOO: Y ¿a qué uso estaban destinados esos artefactos?

MATTHEW WEEKES: Eran armas. Armas mágicas, para ser más exactos. ARIS nos había suministrado objetos legendarios, la mayoría ofrecidos generosamente por otros Gobiernos del planeta. La Rama Dorada y el Anillo de Giges eran un préstamo de Grecia; el Gjallarhorn, el cuerno de Heimdal, procedía de Suecia; las *Freikugeln* (balas mágicas), las había sacado de Alemania [REDACTED] durante la Segunda Guerra Mundial, así que fue bastante sencillo...

ESTHER PARK: [REDACTED] prefiere que digas «presuntamente».

MATTHEW WEEKES: Las había sacado presuntamente, claro. Y Sloane tenía la Aguja de Koschei. Al final resultó que el Anillo de Giges no nos servía de nada, pero los demás objetos canalizaban la magia con bastante fiabilidad, así que pensamos que si los usábamos todos a la vez tendríamos más posibilidades de hacer algo de verdad. Nuestra habilidad había mejorado, pero nunca viene mal tener un plan de emergencia...

INES MEJIA: Yo me quedé donde estaba para asegurarme de que nadie saliera del apartamento. Creo que limpié esa ventana unas veinte veces, casi me quedo sin limpiador...

ESTHER PARK: Matt y yo nos escondimos a ambos extremos del puente. Yo estaba en la torre al norte del río, y Matt al sur, en el paseo. Albie quería ir, pero, como todavía estaba bastante machacado, lo dejamos en el hospital. O lo intentamos, por lo menos.

SENADOR GOO: Y ¿dónde está hoy el señor Summers?

MATTHEW WEEKES: Está... No se encontraba bien. Siente mucho perderse esto, pero me ha dado permiso para contar su parte de la historia. En cualquier caso, Esther y yo

habíamos ocupado nuestras posiciones, y Sloane...

SLOANE ANDREWS: Yo fui sola, a pie. Me detuve en medio del puente. Con la Aguja. Quería... Pretendía atraerlo haciendo algo que no pudiera pasar desapercibido. No estaba segura de qué, pero a veces la magia toma forma por voluntad propia, como si diera igual lo que quisiéramos de ella. Una luz brillante salió de la Aguja, casi como... un hilo, supongo. Dorado. Hasta el cielo. Hay grabaciones de esto en los informes oficiales...

SENADOR GOO: Varios testigos nos han enviado grabaciones del incidente antes de esta sesión, son las pruebas etiquetadas de la 23 A a la 23 E.

SLOANE ANDREWS: En fin, que funcionó. Bajó hasta allí. Y no fue nada sutil: abrió un agujero en el lateral de la Torre Trump y bajó flotando como si apareciera colgado de hilos invisibles en un escenario o algo así. Aterrizó justo delante de mí. Me habló. No sé... No estoy segura de qué dijo. Algo sobre haberlo invocado, que sabía que era una trampa pero que necesitaba algo de mí. No me enteré de qué era porque...

ESTHER PARK: No íbamos a darle tiempo para que le hiciera algo a Sloane, así que actuamos de inmediato. Yo tenía el Cuerno, Matt tenía la Rama, e Ines...

ines mejia: Bajaba corriendo como una puta bala un millón de escalones porque el puñetero ascensor dejó de funcionar en cuanto él destrozó las ventanas...

MATTHEW WEEKES: El Cuerno emitía una frecuencia que era demasiado baja para que pudiéramos oírla, pero que vibraba en la calle... Abrió una grieta enorme en el pavimento, justo debajo de Sloane y el Oscuro, y yo me uní con la Rama, pero los dos sabíamos que no era suficiente. El Oscuro había levantado una especie de barrera protectora alrededor de Sloane y él, y ella gritaba...

SLOANE ANDREWS: No sé bien qué me estaba haciendo. Era como si intentara despedazarme. Apenas lograba sostener la Aguja. Me resultaba imposible pararme a pensar lo suficiente como para usarla.

MATTHEW WEEKES: Pero entonces, en el puente al oeste del nuestro, ese por el que pasa State Street...

SLOANE ANDREWS: El Bataan-Corregidor Memorial.

MATTHEW WEEKES: Sí, ese. Bueno, pues allí estaba Albie. Tenía las *Freikugeln* en el puño y apuntaba con ellas desde la ventanilla abierta de un taxi. Creo que ustedes le concedieron al taxista la Medalla de Honor. Fue uno de los ciudadanos que la consiguieron. En fin, que todo se... rompió.

SENADOR GOO: Me gustaría llamar la atención de los presentes a las pruebas de la 24

A a la R, donde se encuentran las grabaciones de este suceso desde... una amplia variedad de ángulos, entregadas por los testigos civiles antes de esta sesión. Básicamente, toda la Torre Trump se soltó de sus cimientos y se llevó consigo el puente de Wabash Avenue, con el Oscuro y la señorita Andrews encima. Durante aproximadamente 1,23 segundos, todo permaneció suspendido en el aire, y después salió disparado hacia el exterior desde un punto central dentro del... edificio flotante. Los proyectiles de acero y cristal acabaron con la vida de cuarenta y cinco personas, y dejaron más de doscientos heridos, además de una cantidad considerable de daños materiales.

ESTHER PARK: Lo... ¿sentimos?

SENADOR GOO: Esperamos el pago de los desperfectos un día de estos, señorita Park.

[silencio]

SENADOR GOO: Era una broma.

MATTHEW WEEKES: Todos perdimos el conocimiento, así que ninguno de nosotros recuerda...

SLOANE ANDREWS: Yo recuerdo algo. Recuerdo... caer. Al agua. Al río. Me hundí hasta el fondo con el hormigón del puente. Fue entonces cuando perdí el conocimiento. Me desperté en la orilla del lago. Sigo sin saber cómo llegué hasta allí, por qué no me ahogué. Y el Oscuro... desapareció.

Sloane recorrió el serpenteante camino entre las tiendas de campaña que rodeaban el escenario de la Sangría. Había llovido antes, así que el suelo estaba blando bajo sus botas. Había menos gente por allí que cuando había ido durante el día, y los que quedaban fuera se reunían alrededor de barbacoas portátiles y pequeñas fogatas, bajo los faroles colgados sobre sus cabezas o los focos enganchados a las entradas de sus tiendas. Oyó unos cuantos compases de *The Times They Are A-Changing*, y las palabras la persiguieron, llevadas por el frío viento, hasta que llegó a la Cúpula.

Se detuvo junto a la barrera de seguridad que separaba a la multitud de buscadores (daba igual por qué estuvieran allí, todos buscaban algo) del escenario de la Sangría. No se encontraba lejos del grupo de tiendas al que se había acercado unos días antes para propinarle un puñetazo en la cara a aquel tío.

En aquel momento, lo recordaba como si fuera un sueño. Albie ya no estaba, lo que significaba que daba igual el insulto que hubiera proferido un acólito del Oscuro, daba igual lo que aquel hombre hubiera querido. Albie ya no estaba, así que solo quedaba lo que era necesario hacer y la persona que estaba dispuesta a hacerlo.

Nadie la había reconocido y nadie la reconocería. Se había cambiado de

ropa en el coche. Llevaba prendas amplias y negras para disimular cualquier rasgo femenino de su figura. Era lo bastante alta como para que la confundieran con un hombre. Se tapaba el pelo con la capucha y se había colocado una máscara de neopreno sobre la nariz y la boca, la misma que llevaba cuando salía a correr en pleno invierno. Se alegraba de no haberse maquillado aquel día, así no había tenido que limpiarse nada. ARIS sospecharía de ella, seguro, en cuanto se enterasen de lo que había hecho. Sin embargo, el disfraz le serviría para ganar tiempo.

Sloane sacó los fragmentos de la Aguja de Koschei del contenedor del bolsillo trasero. La había roto ella misma. Después de que Bert fuera a por ella y a por Albie y muriera sin necesidad alguna, y después de haber sido cautiva del Oscuro, llevar la Aguja dentro de su carne la asqueaba. Había discutido con la gente de ARIS cuando se negaron a extraérsela; le dijeron que no había forma de saber cómo reaccionaría el artefacto si lo sacaban. Así que, una noche, entre las pesadillas y la realidad, Sloane se había arrancado a mordiscos la Aguja de la mano. Después, todavía con el sabor metálico de la sangre en la boca, la había partido por la mitad, aunque no había sido tan fácil como cuando una aguja se rompe en una máquina de coser porque se ha enhebrado mal el hilo. Tuvo que emplear todas sus fuerzas y la propia magia de la Aguja. Después se desmayó, agotada por completo su energía, y despertó en un hospital una semana después, con la mano vendada.

Desde entonces no había tocado la aguja con las manos descubiertas, ya que temía que lograra volver a metérsele en la piel. Sin embargo, daba la impresión de que rota no conservaba el mismo poder que cuando la había encontrado en el fondo del océano. Percibía su magia como el movimiento del agua justo antes de hervir. Le cosquilleaba y le ardía por dentro, pero su atracción no resultaba irresistible.

La magia no era un arma, ni siquiera una fuente amoral de energía, sino una infección. Allá donde iba, la gente moría, los lugares se pudrían y el orden de las cosas se alteraba, a veces para siempre. Pero, para combatir la magia que ARIS había desarrollado, no había más arma que la magia en sí.

Sostuvo los dos fragmentos de la Aguja a la luz de la estación de

seguridad. Dos puntitos blancos brillaban en su superficie. Eran como dos imanes de polaridad inversa: Sloane sentía el vínculo que se formaba entre los dos extremos y la irrefrenable necesidad de unirse. Pero no se lo permitiría. Entonces, una especie de fuego le recorrió los dedos y el dorso de la mano derecha, el brazo y el hombro; le hirvió la sangre y le abrasó la columna, y notó el tirón de la Aguja, supo que quería unirse a ella también, tanto como unir sus partes y repararse.

Apretó los dientes y la empujó. Los fragmentos de la Aguja se resistieron, lucharon contra ella, y ella les dio la vuelta y los sujetó como cuchillos en el centro del puño.

Fue como si le hubieran bañado la palma en ácido, pero se aferró a ellos y caminó hacia la estación de seguridad. El guardia (que no era el mismo que estaba allí la última vez que había ido, aunque llevaba el mismo uniforme insulso) le ordenó que parara. Ella siguió directa hacia la puerta.

Lo que sucedió a continuación fue un reflejo, el mismo cosquilleo doloroso que se produce cuando el médico te da con el martillo en la rodilla. Levantó las dos mitades de la Aguja, y la puerta se alzó, con su estructura y todo, por encima de su cabeza. Se quedó allí, firme, mientras el guardia y ella la miraban. El viento soplaba a través de la valla metálica, pero, por lo demás, el silencio era absoluto.

Sloane arqueó una ceja mirando al guardia, que no volvió a ordenarle que parara.

La puerta permaneció suspendida en el aire hasta después de que pasara por debajo. Cuando volvió la vista atrás, allí seguía, flotando quince metros por encima de su cabeza, como si colgara de las nubes.

La entrada principal de la Cúpula siguió el mismo camino. Las puertas se desprendieron fácilmente de sus bisagras y salieron por el tejado, reventándolo a su paso. El agujero que dejaron atrás era fino y rectangular, como el corte de un cuchillo.

El techo de la Cúpula estaba a oscuras, pero las luces de emergencia iluminaban algunos trechos para mostrar los radios del interior, que tenía forma de rueda de bicicleta, y conducían a las salidas de emergencia. Un vigilante con un taser apareció delante de Sloane.

—Señor, baje... el... arma —dijo el guardia.

La Aguja parecía saber que hablaba de ella. Sloane hizo una mueca cuando la quemazón de la mano se tornó más intensa. Su voz la habría delatado, así que no habló, sino que se limitó a negar con la cabeza.

Él empuñó la pistola.

Ella empuñó la Aguja.

El táser estalló en finas partículas de polvo negro. Un hilo de luz envolvió la mano del guardia de seguridad, que gritó.

Sloane lo rodeó. No había tiempo para la compasión ni el asombro. Corrió hacia la habitación en la que había percibido el prototipo. Lo sintió de nuevo, palpitante, como el corazón bajo las tablas del suelo en el relato de Edgar Allan Poe. Apelaba a algo en su interior y a algo en el interior de la Aguja. La magia llamaba a la magia, como siempre.

Como el Oscuro la había llamado a ella.

«Hola, Sloane. ¿Has dormido bien? Eso espero, porque hoy tienes que tomar una decisión importante».

Apartó las palabras del Oscuro de su mente y reprimió aquella sensación. Solo entonces se permitió articular lo que siempre había sabido: que lo que sentía cuando le hablaba la magia era lo mismo que cuando algo vuelve a la vida. Un nuevo impulso, la circulación que regresaba a una extremidad sin uso.

La convertía en algo nuevo.

Las puertas del laboratorio en las que se guardaba el prototipo salieron disparadas hacia arriba y se detuvieron, estables, justo debajo de la curvatura de la Cúpula. Sloane cruzó el umbral con más cautela. El laboratorio era blanco: paredes blancas, suelos blancos, mesas blancas. Había una hilera de microscopios sobre una mesa y monitores de ordenador en otra. Una estación lavaojos, una ducha de emergencia. Varias tuberías robustas serpenteaban por el techo, también pintado de blanco, y acababan en unas enormes rejillas de ventilación.

Sloane lo examinó todo, aunque estaba concentrada en el prototipo, que se encontraba sobre su propia mesa, en una plataforma metálica. Alguien lo había rodeado de cinta roja. Era, tal y como había predicho Ines, una caja.

Lo bastante estrecha para caber en la palma de la mano, aunque de treinta centímetros de largo y fabricada en metal mate. Le tembló el cuerpo al acercarse, con la Aguja rota delante de ella.

Y, entonces, notó algo que le resultaba tan familiar como el aire en los pulmones. Solo lo había sentido en una ocasión anterior, aquel anhelo, aquel vacío que exigía llenarse: justo antes de que la Aguja matara a todos los que habían ido a la Inmersión con ella. Entonces se había tratado de algo amorfo, de un deseo tan potente que se había visto obligada a rendirse a él.

Ahora lo único que quería era destruir aquel pedazo de mierda antes de que destrozara algo... o a alguien más.

Su anhelo se enganchó a la Aguja como un hilo que la ensartara y...

Luz...

Olía a polvo y humo.

Cuando recuperó el conocimiento, todavía estaba oscuro. En un círculo perfecto a su alrededor, el suelo del laboratorio estaba intacto y tan limpio como cuando había entrado. Sin embargo, más allá del círculo solo quedaban escombros. La Cúpula seguía prácticamente entera, pero había una enorme muesca en el lateral, como si fuera una manzana mordida. El laboratorio (y el prototipo) no era más que grava y fragmentos de metal demasiado pequeños para volver a unirlos.

Se quedó sentada en el círculo de suelo limpio durante un buen rato. No obstante, el sol salía. Así que se obligó a levantarse y a alejarse de allí dando tumbos. De camino a la salida vio a un guardia de seguridad tirado en el suelo, cerca de una puerta exterior. Por suerte, ella se había despertado primero.

Suponiendo que el hombre estuviera inconsciente y no muerto.

No vio a nadie más. Quizá hubieran huido a la primera señal de actividad mágica. No los culpaba; al fin y al cabo, la mayoría no conocían a más magos que el Oscuro, así que las Sangrías les habían enseñado que, ante la primera sospecha de magia, lo mejor era huir.

La luz y el sonido habían despertado a los buscadores de las tiendas de

campaña, que se habían acercado todo lo posible a la barrera de seguridad. Sloane pasó junto a una sesión espiritista y un grupo de hombres que hablaban de «su regreso», muy emocionados. Nadie le prestó atención.

Se metió en el coche y condujo hasta una reserva natural cercana. Todavía quedaban unas horas para el funeral. Se internó en el bosque y fue recogiendo ramas por el camino para encender una fogata. Las apiló encima de uno de los cubos de basura metálicos colocados a lo largo de los senderos, las encendió con una cerilla, esperó a que las llamas crecieran y alcanzaran los troncos más grandes que había añadido después, y se quedó en ropa interior.

Quemó la ropa que había llevado en el escenario de la Sangría y se puso la del día anterior. Mientras la tela ardía hasta quedar reducida a cenizas, salió del bosque; las ramas le arañaron el cuello, las orejas y los hombros, y la maleza le rozó los tobillos. Se sacudió el polvo del pelo y se lo recogió en una trenza apretada. Cuando se miró en la oscura pantalla de su móvil (apagado desde la noche anterior), le dio la impresión de que todos sus esfuerzos por parecer normal habían sido una pérdida de tiempo. Parecía enloquecida, con los ojos demasiado abiertos y la mandíbula tensa. Matt sabría que había sucedido algo. Daba igual.

Sloane programó su GPS para que la llevara al monumento del Loop y condujo en silencio.

TOP SECRET



AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL

MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

A LA ATENCIÓN DE: DIRECTOR, AGENCIA PARA EL REGISTRO Y LA INVESTIGACIÓN DE LO SUPRANORMAL (ARIS)

DE: AGENTE [REDACTED], NOMBRE EN CLAVE EDWINA

ASUNTO: INFORME SOBRE EL ARTEFACTO 200 DEL PROYECTO SOSIAS

1. A lo largo de este informe me referiré al Artefacto 200 del Proyecto Sosias por su nombre común, la Aguja de Koschei.
2. La Aguja es un objeto significativo dentro del folclore eslavo, en el que Koschei (también conocido como «Koschei el Inmortal» y «Koschei el Nunca Muerto») suele adoptar la forma de un antagonista que teme a la muerte. Por lo tanto, mete su alma dentro de un objeto que se introduce en otros objetos: por ejemplo, la mete en una aguja que después introduce en un huevo y esconde el huevo dentro de varias criaturas o, en algunas historias, dentro de un baúl. No puede morir si la aguja que contiene su alma permanece intacta.

3. Desde su origen, ARIS se ha centrado en la investigación de supuestos objetos míticos, sobre todo aquellos a los que otros Gobiernos conceden valor. Se ha estado hablando sobre la Aguja durante unas cuantas décadas, pero pasó a primer plano con la Guerra Fría, según nuestros agentes de campo en Rusia. Conseguimos seguir su rastro hasta un barco espía soviético, el *Sakhalin*, que se hundió en 1972 en algún punto del océano Pacífico. En el año 2007, la tecnología de vigilancia nos permitió localizar la ubicación exacta del barco, así que en 2008 enviamos a un cuerpo especial del Proyecto Sosias, incluido el Sujeto 2, Sloane Andrews, para recuperar la Aguja. Lo sucedido en dicha misión se detalla en los documentos incluidos con este informe.
4. Evidentemente, ARIS no comparte la creencia de que la Aguja contenga el alma de una persona, ni de que alguna vez haya existido alguien inmortal o un hombre llamado Koschei. No obstante, en estos momentos no podemos explicar el origen de la Aguja. De hecho, no logramos identificar el material del que está hecha, aunque parece metal. Solo tiene cinco centímetros de largo, y los bordes, algo irregulares, indican que quizá se trate de un fragmento de algo mayor, aunque no hemos encontrado nada más que se le parezca. Sí hemos logrado relacionar ciertas partículas microscópicas con material del fondo oceánico, sobre todo con el sedimento pelágico de la fosa de las Marianas. Se adjunta más información sobre el sedimento pelágico en relación con la Aguja. Será necesario investigar más a fondo la fosa si queremos comprender los orígenes de la Aguja.
5. Siguen realizándose exámenes de las propiedades del objeto, aunque queda claro que podemos categorizarlo como un canal activo de energía supranormal. Esperamos que en el futuro seamos capaces de dedicar más tiempo a esta tarea; por ahora, la Aguja es una de nuestras armas más poderosas en la lucha contra el Oscuro.

TOP SECRET



Sloane llevaba gafas de sol, aunque el cielo estaba cubierto de nubes, mientras se abría paso entre la multitud.

Lake Shore Drive se había convertido en un aparcamiento. Ella se rindió cerca de la salida de Michigan Avenue y dejó su coche en el arcén. El sudor le perlaba el nacimiento del pelo, y estaba sin aliento tras haber recorrido a paso ligero todo el camino por el centro.

Sin embargo, había llegado al monumento... o, al menos, a la barrera de seguridad que la policía había montado al lado.

Se acercó a la agente más cercana y se quitó las gafas de sol. La mujer le echó una mirada extraña, pero asintió y le hizo un gesto para que pasara.

—Gracias —masculló Sloane.

Tras ponerse de nuevo las gafas, rodeó la barrera y se alejó a toda prisa antes de que el resto de la gente comprendiera por qué la habían dejado pasar.

Vio a Esther más adelante, vestida con un largo abrigo negro que le rozaba las botas de charol acabadas en punta. Esther arqueó una ceja perfectamente perfilada.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó antes de abrazarla—. Matt me dijo que habías perdido los nervios.

—Supongo que se puede decir así. ¿Cómo se ha corrido la voz de esto?

—No me mires así, que yo no me he metido en las redes sociales desde ayer —dijo Esther.

Sloane resopló.

—Fue Matt —siguió Esther—. Se puso en contacto con la policía para decirles que hoy haríamos esto, por si pasaba algo raro. Es probable que uno de ellos se fuera de la lengua.

Debería haber sabido que era culpa de Matt. Nunca había comprendido por qué Sloane prefería siempre la intimidad. A él no le importaba dejar caer su nombre cuando reservaba mesa en un restaurante para conseguir el mejor sitio, ni guiñarles un ojo a las personas que se lo quedaban mirando por la calle. «Tenemos que pagar el precio de esta vida continuamente —le había dicho una vez—. Mejor aprovechemos de lo que podamos mientras dure».

Lo vio de pie junto al monumento. Cuando él la vio a ella, fue como si se deshiciera un gran nudo. Empezó a palparla, como si deseara comprobar que era real, y después la abrazó durante unos cuantos segundos en los que Sloane sintió su tembloroso aliento en la oreja. Con las gafas de sol aplastadas contra su hombro, se dio cuenta de que Matt la daba por muerta. No se le había ocurrido llamar para tranquilizarlo.

—Lo siento —dijo.

Sin embargo, no sabía bien por qué: por marcharse, por la pelea que habían tenido antes de la muerte de Albie, por destruir la Cúpula o por lo que iba a tener que hacer a continuación, huir de ARIS, puede que abandonar el país...

—Sí —contestó él evitando mirarla a los ojos.

Significaba que no la perdonaba, que era justo lo que se esperaba ella. Hasta la piedad de Matt tenía sus límites. Por el color enrojecido de sus ojos, Sloane supo que había estado llorando. Era muy posible que se hubiera pasado toda la noche despierto.

Ines se acercó a ellos y le dio un puñetazo en el brazo a Sloane, tan fuerte como para arrancarle una queja.

—¡Joder, Sloane! Eres gilipollas.

—Sí —respondió ella, sin aliento—. ¿Puedes... darme un segundo? Cuando vuelva me gritas todo lo que quieras.

Dejó atrás a Ines y se acercó al borde del monumento, donde el hormigón descendía hasta el río. Apretó el vientre contra la barandilla. El olor a moho y barro del río era más potente que el aroma a humo que se le había pegado al pelo.

Se metió la mano en el bolsillo y palpó en busca de los fragmentos de la Aguja. Al tocarlos, se le entumecían los dedos. Apoyó los codos en la barandilla y se inclinó como si pretendiera ver mejor el puente en el que había servido de cebo para matar al Oscuro. Giró la mano, y los pedazos de la Aguja cayeron al agua.

Bajó la vista justo a tiempo de ver el metal brillar al llegar al fondo del río. No necesitaba ver su lugar de descanso para saber que estaban allí. Incluso rota, la Aguja vibraba en la misma frecuencia que ella. Siempre sería capaz de volver a encontrarla.

Regresó con los demás y vio que Ines seguía con el ceño fruncido.

—Solo quería volver a mirar —le dijo Sloane.

No habían encontrado el cadáver del Oscuro. Diez años antes, todos habían aceptado que estaría enterrado bajo el hormigón, el acero y el cristal de la vieja torre, todo lo cual había quedado incrustado en el lecho del río formando un amasijo tan denso que resultaba imposible recuperarlo. Sin embargo, al principio todos temían que no hubiera desaparecido de verdad. Sloane había llegado a unirse a los buceadores que buscaban algún rastro suyo entre los escombros, y no se había quedado satisfecha hasta encontrar unas cuantas cosas: un botón de oro que parecía proceder de su abrigo y un trozo de tela podrida similar a la del puño de su camisa.

Aun así, había regresado allí durante unas cuantas semanas más para recordarse que el río era su tumba y que de verdad estaba muerto. Ines había ido con ella.

Sloane reconoció una silueta familiar en el umbral del monumento, una chica con rasgos torcidos y un cabello castaño claro tan fino y encrespado

que le flotaba alrededor de la cara como si fuera algodón de azúcar. La hermana pequeña de Albie, Kaitlin. Dolía mirarla.

Se quitó las gafas de sol. Kaitlin le sonrió un poco. La madre de Albie (a la que Sloane solo conocía como la señora Summers), apareció detrás de ella; llevaba un pañuelo floreado apretujado contra el pecho. Saludó con la cabeza a Sloane, pasó junto a su hija y salió del monumento.

A la señora Summers nunca le había caído bien Sloane, probablemente por la misma razón por la que Sloane no caía bien a los demás. La madre de Albie era de esas personas que estaban pendientes de los cotilleos de los famosos y creían todo lo que leían en las cadenas de correo electrónico que advertían de nuevos virus y maldiciones por internet. Cada vez que la Sloane de la prensa rosa le ponía los cuernos a Matt, la señora Summers llamaba por teléfono a Albie para preguntarle si era cierto.

Sin embargo, en ese momento lo único que le dijo fue:

—Gracias. Por encargarte del...

La señora Summers no pudo terminar la frase porque los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba pensando en la incineración, no había duda.

—Ejem..., claro. Quiero decir, por supuesto. Era... —Sloane negó con la cabeza. No sabía qué decir.

Por suerte, Esther acudió al rescate.

—Hola, señora Summers —le dijo—. Mi madre me pidió que le diera esto.

Le ofreció a la madre de Albie un sobre escrito con una letra muy elegante. La señora Summers le dio la espalda a Sloane, aliviada.

Cerca de allí, Matt miraba su teléfono, con el ceño fruncido.

—Acabo de recibir una alerta de noticias. Algo le ha pasado a la Cúpula.

Y miró a Sloane.

Ella le devolvió la mirada sin vacilar. Había decidido que no mentiría si le preguntaba. Se acabó. Quizá fuera culpa suya que Matt la considerara mejor de lo que en realidad era; se había pasado mucho tiempo fingiendo, por él. Puede que hubiera llegado el momento de que supiera de verdad a qué se enfrentaba. Notaba el calor en la cara y estaba lista, lista para que le

preguntara, lista para decirle...

—Bueno —dijo Ines—. ¿Entramos?

Ines llevaba la latita que el crematorio le había entregado a Sloane. Todos guardaron silencio.

—Ejem... Antes de la última batalla por así decirlo, hablamos de lo que queríamos si moríamos —siguió Ines, y se sorbió los mocos—. Albie dijo que no quería nada grande, solo que esparcieran sus cenizas por uno de los lugares atacados por el Oscuro en las Sangrías. Decía que... No sé, sentía una conexión con la gente que había fallecido en la misma guerra. Para él era un consuelo, en cierto modo, saber que si moría no estaría solo.

Sloane se movió para que todos formaran un círculo: Kaitlin y la señora Summers, Matt y Esther, Ines y ella. Ines abrió la tapa de la lata. Dentro estaban las cenizas grises y, sobre ellas, algo amarillo y reluciente: una grulla de papel.

La señora Summers fue la primera en verla. Y se echó a reír.

Todos la imitaron, no porque fuera gracioso, sino porque no lo era, porque la risa era un hipido de cuerpo entero, salvaje y extraño, y la muerte era salvaje y extraña también.

—No puedo creerme que ya no esté —dijo Sloane cuando guardaron silencio de nuevo.

Kaitlin cogió la lata que sostenía Ines y se volvió hacia el oeste, en dirección contraria al lago Michigan. Lanzó las cenizas trazando un amplio arco, hacia el monumento. La grulla amarilla cayó al suelo.

Una mano envuelta en una manopla de pata de gallo envolvió la de Sloane. Esther. Y, por el otro lado, un resistente guante de cuero. Matt. Los cuatro formaron una cadena mientras las cenizas bailaban alrededor de sus pies. A Sloane se le nublaron los ojos por culpa de las lágrimas.

Entonces oyó una voz amable. Parecía hablarle directamente al oído, demasiado bajo al principio para distinguir las palabras. Notó el cosquilleo y la quemazón que asociaba con la Aguja y con la magia, y miró a su alrededor. Los demás tenían la cabeza gacha y no se movían. Esther y Matt seguían estrechándole las manos, sin variar la presión.

—Sloane —dijo la voz, y era la de Albie.

Lo buscó con la mirada, recorrió con ella el monumento, el río y la muchedumbre al otro lado de la barrera, pero no lo veía. Notaba algo que le tiraba del dorso de la mano, donde estaba la cicatriz de la Aguja.

—Vamos —le dijo la voz de Albie, ahora frente a ella, como un susurro en su mejilla.

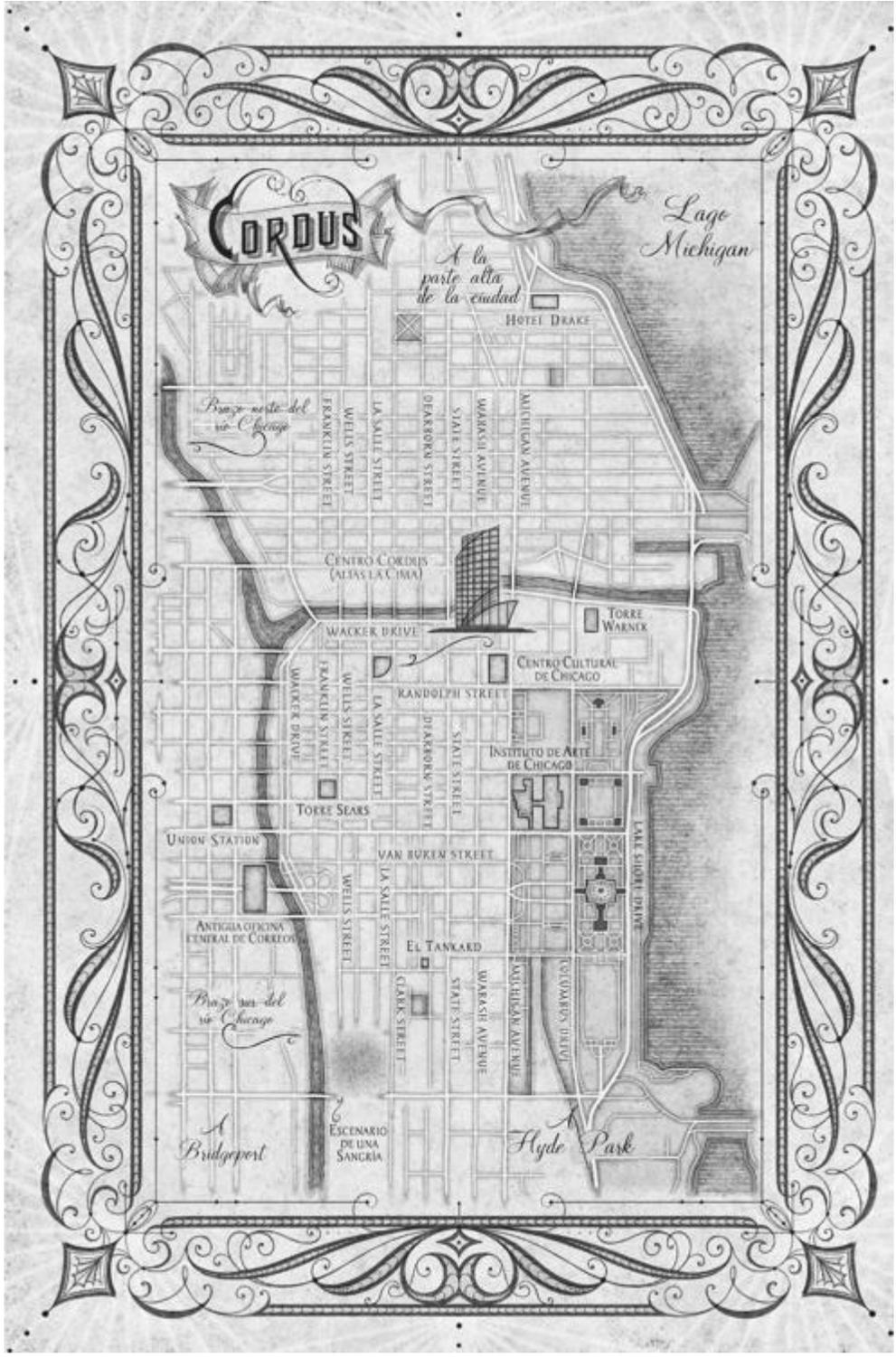
Era una estupidez pensar que estaba allí, aunque fuera como una tenue presencia, solo por haber esparcido sus cenizas, solo porque en aquel lugar hubieran obrado una magia poderosa. Sin embargo, no era la primera vez que veía y hacía cosas increíbles, que arrancaba puertas de sus bisagras y las enviaba hacia las nubes, que veía árboles flotar por encima del mar o un edificio reventar como una uva. Se había permitido desear lo que nunca sería suyo, y lo había conseguido. ¿Qué diferencia había?

El Oscuro había muerto allí. Quizá Albie pudiera estar vivo en alguna otra parte.

Dio un paso hacia la voz...

... y se arrepintió e intentó retroceder, volver, pero era demasiado tarde. La oscuridad la rodeaba.

SEGUNDA PARTE



CORDUS

Lago Michigan

A la parte alta de la ciudad

Bras norte del río Chicago

Bras sur del río Chicago

A Bridgeport

ESCENARIO DE UNA SANGRIA

Hyde Park

HOTEL DRAKE

CENTRO CORDUS (ALIAS LA CIMA)

TORRE WARNER

CENTRO CULTURAL DE CHICAGO

INSTITUTO DE ARTE DE CHICAGO

TORRE SEAKS

UNION STATION

ANTIGUA OFICINA FEDERAL DE CORREOS

EL TANKARD

EDIFICIO SARGENT

FRANKLIN STREET
WELLS STREET
LA SALLE STREET
DEARBORN STREET
STATE STREET
MADISON AVENUE
MICHIGAN AVENUE
WACKER DRIVE
RANDOLPH STREET
VAN BUREN STREET
LA SALLE STREET
WELLS STREET
FRANKLIN STREET
WACKER DRIVE
WELLS STREET
LA SALLE STREET
DEARBORN STREET
STATE STREET
MADISON AVENUE
MICHIGAN AVENUE
FRANKLIN STREET
WELLS STREET
LA SALLE STREET
DEARBORN STREET
STATE STREET
MADISON AVENUE
MICHIGAN AVENUE
FRANKLIN STREET
WELLS STREET
LA SALLE STREET
DEARBORN STREET
STATE STREET
MADISON AVENUE
MICHIGAN AVENUE

FRAGMENTO DE

¡Ahí fuera hay un mundo mágico!

Guía mágica para Primaria, 7.a edición

Agnes Dewey y Sebastian Bartlett

¿Sabías que antes el mundo era mucho menos mágico? Bueno, ¡pues es verdad! Hasta 1969, la mayoría de la gente creía que la magia no existía. Que no eran más que cuentos de hadas. Pero en 1969 sucedió algo llamado el Incidente Tenebris (¡puedes leer más sobre ese tema en el capítulo 3!), y la magia se extendió por todo Genetrix. Los habitantes de nuestro planeta vieron cosas asombrosas... ¡pero escalofriantes! Por ejemplo, algunas zonas del mar hirvieron sin motivo [fig. 2], unas bolas de luz volaron alrededor de algunos barrios [fig. 3] y edificios enteros se pusieron bocabajo [fig. 4]. ¡Incluso fotografiaron a una ballena flotando entre las nubes [fig. 5]!

Después de que la magia se propagara, mucha gente se puso muy enferma. Su cuerpo no estaba acostumbrado a la energía mágica del aire. Como no había cura para la plaga mágica, esas personas murieron, por desgracia. ¡Pero vosotros estáis aquí, lo que significa que sois inmunes a la plaga mágica! Así que no tenéis por qué preocuparos. Lo único que debéis saber es que la magia ahora forma parte de nuestro mundo, y ¡ha llegado el momento de que aprendáis a usarla! Aunque no seréis capaces de hacer gran cosa hasta que seáis mayores, lo poco que hagáis os parecerá muy chulo. Sin embargo, en primer lugar, tenéis que aprender cómo funciona la magia.

¡Lo cierto es que ni siquiera sabemos muy bien cómo funciona! Estamos empezando a comprenderla. ¿A que es emocionante? Puede que, algún día, uno de vosotros sea la persona que descubra todos los secretos de la magia.

FRAGMENTO DE

*La manifestación de deseos imposibles:
Una nueva teoría de la magia*

Arthur Solowell

En el incipiente campo de la teoría de la magia, a menudo hablamos de que la intención es un componente fundamental de las artes mágicas. Por ejemplo, un sifón no funciona sin una persona que lo use y dirija su poder; es fundamentalmente inerte, nada más que un burdo instrumento sin una forma viva que lo llene. Y no cabe duda de que la intención es importante: ¿cómo si no podría alguien controlar los resultados de la obra de un sifón? ¿Cómo iba alguien a, por ejemplo, congelar adecuadamente un objeto en vez de quemarlo? De hecho, ciertos tipos de sifones son más sensibles a tareas concretas (un sifón de ojo suele usarse para trabajos visuales, un sifón de oreja, para trabajos auditivos, etcétera), pero todos ellos ofrecen una amplia flexibilidad, incluso dentro de esas categorías. La intención asegura que esa flexibilidad no se transforme en poca fiabilidad.

No obstante, me gustaría plantear que, aunque la intención es un componente del acto mágico e, indudablemente, un componente muy significativo, no es la esencia que distingue un acto mágico de uno mundano. Cualquiera persona con un martillo puede tener intención de clavar un clavo; eso en sí no es magia, y un sifón no es un martillo. Lo que pretendo argumentar en este texto es que la esencia del acto mágico es lo que una persona desea. O, para ser más concreto, lo que una persona desea no se logra fácilmente en el ámbito de lo mundano. Querer que un clavo se hunda en una tabla es un deseo, pero no es mágico. Querer que las tablas se sostengan sin un clavo... Eso es magia.

En otras palabras, para que algo sea mágico se necesita un deseo imposible.

FRAGMENTO DEL

*Discurso del senador Amos Redding en apoyo a la
Ley Refugio*

17 de septiembre de 1985

Hoy me dirijo al senado para compartir mis reflexiones sobre un asunto polémico, la propuesta de la Ley Refugio, que, de aprobarse, permitiría a los ciudadanos de una ciudad votar para prohibir tanto el uso de la magia como el establecimiento de negocios que vendan dispositivos que hagan uso de la magia o faciliten su uso de cualquier modo. Hoy pretendo votar a favor de la Ley Refugio, y les contaré por qué:

Damas y caballeros, la magia es un atajo. Es el camino fácil. Y no sabemos adónde lleva ni lo que puede resultar de él. No es lo mismo emocionarse con sus posibilidades que permitir que se propague sin control por nuestro país, de modo que nuestros jóvenes sean incapaces de realizar las tareas prácticas más sencillas, sin que quede ningún espacio libre de su influencia. Debemos conservar las habilidades que hemos luchado tanto por conseguir a lo largo de muchos años de historia humana. Debemos honrar el pasado con la vista puesta en el futuro.

Colegas y amigos, les pido que piensen en el futuro que les gustaría tanto para ustedes como para nuestra nación. Siempre hemos desconfiado de la magia, desde los primeros mitos y leyendas. Esa desconfianza, o incluso odio, que sentimos por la práctica de la magia no se debe tan solo a la ignorancia; apela a nuestra misma esencia, a algo que nos dice que deberíamos trabajar la tierra en la que vivimos, que los grandes logros tenemos que ganárnoslos con nuestro propio esfuerzo...

Justo después de que el edificio volara en pedazos, justo después de que la Aguja enviara su luz al cielo, justo después de que el Oscuro desapareciera, recordaba el sabor del agua del río y el pálido resplandor de la mejilla de su enemigo a la luz de la luna.

Sloane intentó gritar, pero tosió agua. La presión de la mano de Esther se aflojó hasta desaparecer; lo mismo sucedió con la de Matt. Sloane agitó los brazos, desesperada, para intentar recuperarlas, pero sus movimientos eran lentos y la oscuridad que la rodeaba, absoluta.

Tosió burbujas silenciosas. Agua, estaba rodeada de agua. Le ardían los pulmones. Pataleó. Se movía, pero no sabía adónde iba; era perfectamente posible que se hundiera a más profundidad.

Se llevó un dedo a los labios y sopló una burbuja. Le hizo cosquillas en la yema del dedo, lo que significaba que estaba en vertical; las burbujas siempre subían hacia la superficie. Pataleó con más fuerza. Su abrigo, empapado, tiraba de ella, así que se deshizo de él y se metió por la cabeza la correa del bolso para dejarla cruzada sobre el pecho.

Abrió los ojos sin prestar atención al picor del agua, en busca de luz.

Nada; no había nada.

Con ambas manos vacías, era más sencillo nadar. Cameron le había

enseñado a hacerlo cuando eran niños, en la piscina del barrio. Un verano, habían ido a nadar todos los días. Competían entre ellos por ver quién salpicaba más al lanzarse en bomba hasta el fondo de la parte profunda.

Siguió subiendo, subiendo y subiendo.

Más arriba vio un destello de luz. Al principio, solo un atisbo; después un círculo de verde azulado brillante, borroso. Nadó hacia él. Se le cayó uno de los zapatos. Movi6 las piernas con más fuerza, le ardía todo, hasta el pecho.

Salió a la superficie con un jadeo. Se echó hacia atrás para flotar mientras el corazón le latía en los oídos.

Sobre ella había una luna menguante, fina como una uña cortada, rodeada de un cielo morado con una ligera capa de contaminación. Habría jurado que la luna estaba en fase creciente cuando caminaba hacia la Cúpula con la Aguja en la mano. Era como si hubiera pasado casi un mes en un suspiro. Se llevó una mano a los ojos y se los restregó para aclararse la vista.

Por no mencionar que el funeral de Albie se celebraba por la mañana.

Sabía dónde estaba. El olor a agua de río podrida le resultaba familiar, igual que la irregular silueta del edificio redondeado a lo lejos, en parte oculto por las estrictas líneas rectas del 330 de North Wabash. Sin embargo, en vez del monumento a la derrota del Oscuro, había una torre. No la Torre Trump lanzando destellos azules y arañando el cielo con su aguja, sino un edificio que no se parecía a ninguno que hubiera visto antes: la mitad era un cilindro de cristal recto, mientras que la otra mitad la componían unos paneles de acero ondulados, como una voluta de humo que se derramaba por el lado occidental.

Como ya había recuperado el aliento, Sloane se enderezó y se percató, por primera vez, de que había una hilera de gente en la orilla. A la luz proyectada por las anticuadas farolas en forma de globo del paseo, vio ropas en colores oscuros e intensos, de telas gruesas que caían en elegantes pliegues. Movi6 las piernas para mantenerse a flote y se apartó el pelo de la cara. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero no estaba segura de querer acercarse a tierra, a ellos.

—¿Quiénes...? —empezó a decir con voz ronca y gutural. La voz se transmitía por el agua y retumbaba en los muros de hormigón de ambos lados del río, los que impedían que el agua llegara a las calles—. ¿Quiénes sois?

Una mujer de melena oscura y piel de color castaño claro, vestida de verde, dio un paso adelante y pareció estar a punto de hablar, hasta que Esther emergió a la superficie, con el rostro manchado de rímel. Matt la siguió, y su cabeza apareció justo al borde del río. Se agarró a la barrera para recuperarse mientras vomitaba agua a los pies de la mujer, que se apartó de un salto. Llevaba zapatos relucientes y acabados en punta.

—¿Qué...? —dijo la desconocida, que se volvió hacia otra persona, un hombre rubio que se encontraba algo más apartado de la orilla y apretaba un grueso libro contra el pecho—. ¿Por qué hay más de uno?

—No lo... —El hombre miró primero a Sloane, después a Esther y, por último, a Matt—. No lo sé.

—¿Dónde está Ines? —le preguntó Sloane a Esther y Matt.

Esther negó con la cabeza.

—No la he visto.

Sloane dejó de mover las piernas, cansada, y nadó hacia la orilla, donde se apoyó en los temblorosos brazos para salir del agua. Se cayó y estuvo a punto de romperse la cabeza contra la acera, pero consiguió recuperarse y levantarse. Era más alta que la mujer, aunque no demasiado.

La desconocida dio un paso atrás.

—Os he hecho una pregunta —dijo Sloane.

Por desgracia, la amenaza perdió efecto cuando dobló el cuerpo para toser más agua. Sabía a melocotón mohoso.

—Tranquilízate, por favor —respondió la mujer—. Hemos...

—¡Y una mierda se va a tranquilizar! —gritó Esther desde el agua.

Intentaba librarse de su abrigo. Sloane vio las nubecillas de vaho blanco que formaba su aliento a la luz de la luna.

Matt había logrado pasar por encima de la baranda y estaba sentado, con los pantalones chorreando. Esther logró llegar al borde y se apartó el pelo de la cara.

Sloane examinó la hilera de personas que ahora estaban a unos metros de ella. El estilo de su ropa variaba, aunque tenía algo en común: un broche dorado del tamaño de una mandarina prendido en el pecho. Varios lucían también unas joyas muy recargadas, de estilo algo mecánico, tanto al cuello como en las manos. Una mujer llevaba una pieza que le cubría la oreja izquierda y estaba chapada en rojo, como si estuviera hecha de rubíes.

—¿Dónde estamos? —les preguntó Matt con la voz grave que usaba cuando se ponía serio. Creía que era intimidatoria cuando, en realidad, a ellos les sonaba a imitación de Batman. Habían decidido no tomarle el pelo al respecto porque a Matt parecía gustarle.

—¿Cuál de vosotros es el Elegido? —preguntó la mujer mientras los examinaba por turnos.

La verdad es que formaban un equipo muy digno, pensó Sloane. Esther ya estaba en la orilla y se restregaba la cara para limpiarse las manchas de rímel. Matt se quitaba con los dientes uno de los guantes de cuero empapados. Y los pantalones de Sloane pesaban tanto por culpa del agua que estaba convencida de que se le veía el culo.

—No tenéis derecho a preguntar nada hasta que nos aclaréis algunas dudas —dijo Sloane mientras se tiraba de las trabillas del pantalón para subírselo.

—Yo —intervino Matt levantando la mano—. Yo soy el Elegido.

Esther resopló.

—¿Qué? —dijo Matt—. Su pregunta era muy sencilla.

—Pues que todos somos el Elegido, por así decirlo —lo corrigió Esther.

Había conseguido restregarse el rímel hacia las orejas. Sloane se dio cuenta de que no la había visto sin una gruesa capa de maquillaje desde la última batalla. Parecía... cansada. Tan cansada como Sloane se sentía.

—Falta una de nosotras —dijo Sloane—. ¿Dónde está Ines?

La mujer la miró, con el ceño fruncido.

—Solo esperábamos a una persona, no a tres. Y menos todavía a cuatro. Y, en respuesta a tu anterior pregunta, estáis en el mismo lugar que hace un momento, con la notable diferencia de que ahora estáis... una dimensión a la izquierda. Por así decirlo.

—¿Como un universo alternativo? —preguntó Esther—. ¿Qué te has fumado?

Tiempo atrás, Sloane había estudiado las dimensiones paralelas, la teoría de cuerdas y las infinitas posibilidades que partían unas de otras hasta un infinito que la mente humana no podía comprender. Desde entonces, había procurado no pensar en ello, ya que no quería considerar que, por cada decisión que tomaba, había una Sloane idéntica en otra Tierra tomando otra decisión, y que los universos se ramificaban eternamente. ¿Quién era ella en realidad si su identidad no era estable, si había tantas Sloanes como caminos posibles, modificadas de un modo u otro por cambios menores en sus circunstancias?

—¿Quiénes sois? —preguntó de nuevo.

En cualquier universo, en cualquier dimensión, su primera preocupación era siempre la gente.

—Me llamo Aelia —respondió la mujer—. Soy la pretor de Cordus y tribuno del Ejército Titilante.

—¿Eso eran palabras? —le preguntó Esther a Sloane—. ¿Eso eran palabras, señora?

Eran palabras antiguas y extrañas, con las luces de una ciudad moderna de fondo. Pero Sloane las entendió.

—Es Aelia y está al mando —tradujo.

—Otra dimensión —dijo Matt—. ¿Cómo es posible?

—¿Vuestra gente no sabe que existen otras dimensiones? —preguntó Aelia, y frunció el ceño.

Llevaba una tela rígida sobre los hombros, pantalones estrechos que se ajustaban a los tobillos y una camisa con el cuello alzado y corto. Eran estilos que Sloane reconocía, aunque no del todo. El broche dorado del pecho destacaba sobre el gris y el verde de su ropa, y el aparato que llevaba en la mano parecía una especie de guante mecánico enjoyado.

—Solo en términos abstractos —respondió Matt.

Aelia miró de nuevo al hombre rubio; había arrugado la nariz para demostrar su desdén.

—Entonces, esto debe de resultaros bastante sorprendente —dijo.

Sloane resopló.

—Sé que tenéis preguntas, y prometo responderlas —añadió Aelia, que miraba con ojos entornados a Sloane—. Pero, para poder hacerlo, tenéis que confiar en nosotros lo suficiente como para acompañarnos.

Matt retorció el borde de su abrigo con ambas manos para escurrir parte del agua. Tenía el aire despreocupado de quien sacude un paraguas después de salir de la lluvia.

—Vale —dijo.

—¡No! —exclamó Sloane mientras le lanzaba una mirada asesina. Notó que otra vez se le bajaban los pantalones—. No vamos a... acompañarlos a ninguna parte. Primero tenemos que saber qué coño pasa.

Matt subió un poco una de las comisuras de los labios. Durante unos cuantos años, mientras perseguían al Oscuro, esa había sido su única sonrisa. Después de derrotarlo, sin embargo, Sloane la había visto cada vez menos a medida que Matt se relajaba y ablandaba, cuando ya no era responsable de ninguna vida más que la suya.

El regreso de aquella sonrisa significaba que estaba trabajándose a Aelia y que Sloane se interponía en su camino.

«Debes dejar que den buen uso a sus puntos fuertes mientras ellos te permiten hacer lo propio con los tuyos», le dijo la voz de Bert, procedente de sus recuerdos. Cada uno tenía un papel en su pequeño pelotón y, aunque desde que estaban prometidos le fastidiaba, Matt era el líder. Él tomaba las decisiones. Tenían que confiar en él para que el sistema funcionara.

—Os lo contaré —les aseguró Aelia—. Pero será más sencillo explicarlo si lo veis por vosotros mismos.

Esther, que se había acercado a Sloane, parecía tan suspicaz como su amiga. Pero captó su mirada y asintió, con los labios fruncidos.

—De acuerdo. Enséñanoslo —dijo Sloane.

Permaneció pegada a Aelia mientras subían por los empinados escalones de lo que era, en la Tierra de Sloane, el River Theater: unos amplios escalones minimalistas de piedra pulida. Allí, sin embargo, el espacio estaba dispuesto

en terrazas, como escalones, pero con árboles en cada zona llana, así que daba la impresión de haber un bosque en medio de la ciudad. Aelia se metió entre los árboles, y Sloane, Matt y Esther la siguieron hasta llegar a la calle.

Los demás observadores iban detrás de ellos. Su silencio inquietaba a Sloane y su presencia le producía un cosquilleo en la nuca. Le daba la sensación de que los conducían como a un rebaño.

Casi temía levantar la cabeza y enfrentarse a la extrañeza del lugar. Sin embargo, por lo menos Wacker Drive era la misma calle que recordaba, con coches tomando la curva a toda velocidad delante de ellos, y allí estaba la Decimoséptima Iglesia de Cristo, Científico, que parecía una nave espacial aparcada justo en la bifurcación de los dos tramos de la calle Wacker. No había peatones en las aceras y no entendió la razón hasta que el grupo de gente que tenía detrás se abrió en abanico. Uno de ellos levantó la mano y dejó escapar un gorjeo inhumano, momento en el que apareció ante él una pared iridiscente a modo de barrera que cruzaba la acera a cien metros de donde se encontraban.

Aelia se aclaró la garganta y se colocó al lado de una limusina cuadrada de color vino con ruedas cromadas. Abrió la amplia puerta de atrás y después abrió el portón central de la izquierda para meterse dentro. El hombre rubio esperaba al lado del coche. Levantó una mano y, al bajarse la manga, Sloane pudo ver mejor el aparato que llevaba en la muñeca. Era más sencillo que el de Aelia, pero no menos bello; parecía un guante, aunque estaba hecho de cobre, con juntas articuladas. En cada plancha metálica habían grabado unos tupidos patrones orgánicos (vides con hojas diminutas) y, a diferencia del voluminoso guantelete de las viejas armaduras, su diseño era aerodinámico y personalizado.

—Puedo secaros, si queréis —dijo el hombre.

Sloane miró a Esther.

—No tendría sentido traeros hasta aquí para haceros daño un segundo después —añadió el hombre—. Me llamo Nero. ¿Quién quiere ser el primero?

Matt tardó unos segundos en presentarse voluntario, aunque era el que había insistido en que les siguieran el rollo. Se colocó delante de Nero, algo

vacilante.

—¿Qué hago? —le preguntó.

—Quédate quieto, por favor.

Nero levantó una mano con la palma hacia Matt, extendió los dedos y canturreó una nota grave; la camisa de Matt se movió de manera casi imperceptible, como si la brisa la hubiera agitado.

Nero canturreó de nuevo, y las gotas de agua se desprendieron de la cabeza de Matt y flotaron en el aire. El joven las contempló, aturdido. Sloane miró a su alrededor para asegurarse de que no habían congelado el tiempo para evitar que el agua cayera. No habría sido lo más extraño del día.

Nero siguió con la misma nota mientras movía la mano por encima de los hombros, el vientre y la pelvis de Matt, sin tocarlo. El agua se liberó de la tela de su abrigo y de su camisa, y flotó en el aire.

Cuando terminó, canturreó una nota distinta y movió la mano en círculo. Todas las gotitas que habían estado flotando en el aire alrededor del cuerpo de Matt volaron hacia él y se fusionaron en una esfera de agua. Nero la movió hacia delante hasta que quedó flotando sobre la calle y la dejó caer a la alcantarilla con un gesto de la mano. Cuando chocó contra el suelo, se deshizo y volvió a ser un líquido informe.

Sloane ya conocía la magia: era una fuerza como un huracán que hacía pedazos a la gente; unas llamas inestables en las manos de Albie; incluso la extraña luz que había emanado de la Rama Dorada de Matt. Sin embargo, era la primera vez que veía a alguien manipularla con tanta delicadeza, con una precisión tan gloriosa.

Matt ya estaba seco, con la camisa como nueva. Nero se volvió hacia Esther y Sloane.

—¿Siguiente?

Matt, Esther y Sloane se encajaron en el asiento trasero de la limusina. Sloane pellizcó el tapizado de velvetón color burdeos y miró por la ventana. Estaban tomando la curva de Upper Wacker en dirección a Lake Shore

Drive. La luz de la luna se reflejaba en las ondas del lago. Aunque la silueta serrada le resultaba poco familiar, había algunos puntos que reconocía: las líneas blancas verticales del Aon Center; la pendiente de cristal del edificio de Crain Communications, como una zanahoria cortada al bias; las icónicas columnas del Field Museum.

—¿Qué es eso? —preguntó Matt mientras señalaba el aparato que llevaban Nero y Aelia en las manos.

La mujer apoyaba la mano en la rodilla, así que Sloane veía mejor que antes el grueso brazalete y sus delicadas cadenas, que seguían las líneas de sus dedos hasta acabar en algo parecido a dedales. Las cadenas estaban salpicadas de cuentas rojas, y había una gema roja engarzada en el centro del brazalete.

Aelia levantó la mano.

—Se llaman sifones. Canalizan la energía mágica.

—Magia —repitió Matt—. Pero parece tecnología.

—En realidad, más bien parecen joyas —intervino Esther.

—Son las tres cosas —respondió Aelia, sorprendida—. Magia, tecnología, y adorno. ¿No van las tres cosas unidas en vuestro lugar de origen?

—Nuestra tecnología no usa la magia —respondió Matt—. Somos de los pocos que hemos usado la magia, en realidad, y todavía estamos intentando comprender cómo se manipula.

Y había matado a Albie, pensó Sloane con tristeza.

Aelia se volvió hacia Nero y arqueó una ceja. Nero agachó la cabeza.

—Fascinante —dijo la mujer—. Nuestra integración de ambos elementos no es perfecta. Algunos insisten en que la tecnología debería avanzar en solitario, por si la magia resulta ser un recurso finito. Y hay otros que ven el uso de la magia como cosa del demonio. Pero esto es un sifón, un triunfo de la unión de tecnología y magia.

Giró la mano, la cerró en un puño y extendió los dedos. Silbó, y unas chispas le bailaron en la palma de la mano.

—Lo inventó Liu Huiyin en Xiamen, China, en 1980 —dijo Nero—. El uso de la magia no se extendió por Genetrix hasta 1969.

Sloane examinó la mano de Aelia. Las chispas habían desaparecido, pero le habían dejado una imagen persistente en la retina.

—¿Qué sucedió en 1969? —preguntó Matt.

—El Incidente Tenebris —contestó Nero.

—Estoy segura de que habrá tiempo para las lecciones de historia —repuso Aelia.

—¿Llamáis Genetrix a vuestro planeta? —preguntó Esther.

Se aferraba las rodillas con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Sloane miró de nuevo por la ventanilla. Sabía lo suficiente sobre arquitectura para entender que algunos de aquellos edificios no encajaban en las categorías habituales. Las estructuras modernas a las que estaba acostumbrada, por ser ubicuas en Chicago, brillaban por su ausencia. En su lugar veía formas extrañas iluminadas por una amplia gama de colores. Antes de poder entenderlas, la limusina las dejaba atrás. Salieron de Lake Shore Drive y se metieron en el South Loop.

—Cuando la magia se convirtió en algo normal, empezamos a usar dos nombres para cada sitio, uno para lo mundano y otro para referirnos a los aspectos mágicos de esos lugares —explicó Aelia—. Usamos los nombres de Tierra y Genetrix, igual que esta ciudad es tanto Chicago como Cordus, que significa «segunda».

—Claro, la segunda ciudad —dijo Matt—. Reconstruida después del fuego.

—Me siento como si estuviera en un sueño —le comentó Esther a Sloane en voz baja—. Como la primera vez que vimos los vídeos de la Sangría.

—¿No tenías cogida de la mano a Ines cuando... vinimos?

—Acababa de soltarla. No recuerdo que estuviera en el agua con nosotros.

—Entonces, es probable que siga en la Tierra. Puede que exista un modo de comunicarnos con ella.

Se detuvieron en un semáforo, y Sloane echó un vistazo al coche que tenían al lado. Había una mujer al volante; llevaba un sifón en la mano

izquierda y, con la derecha, giraba la rueda de la radio. El salpicadero, analógico en vez de digital, emitía una luz naranja. Había un reloj entre las rejillas de ventilación, y las manecillas apuntaban a las diez y las doce. Eran las diez de la noche.

—¿Qué puedes hacer con esa cosa? —preguntó Esther a Nero. Todavía llevaba una mancha de rímel en la sien.

—Los sifones se pueden llevar en casi todas las partes del cuerpo y, según dónde se coloquen, sirven para cosas distintas. Los sifones de muñeca, como este, suelen usarse para lo práctico: manipular la electricidad, el agua, el aire...

—¿El fuego? —preguntó Sloane.

Nero asintió.

—Entonces, es un arma.

—Cualquier cosa puede ser un arma —contestó Nero—. Si te empeñas en ello.

—Solo intento averiguar hasta qué punto estamos secuestrados —repuso Sloane.

Se sorprendió al ver que Matt no saltaba a regañarla por ponerse tan dura, sino que guardaba silencio. Quizá él quisiera saber lo mismo.

Nero esbozó una sonrisa apacible. «Apacible» era una buena palabra para describirlo, pensó Sloane. Su voz tenía una cualidad sedosa, no persuasiva, sino delicada. Sus movimientos, desde la forma de caminar hasta los gestos más pequeños, eran minuciosos, como si seleccionara a conciencia cada uno de ellos. Giró la mano y desabrochó el cierre de la zona inferior de su sifón con forma de guante. Se lo quitó y lo dejó en el suelo de la limusina, entre ellos; después le enseñó las palmas de las manos.

—No pretendemos amenazaros —dijo.

—Y ¿a quiénes te refieres? —preguntó Matt—. ¿A ella y a ti?

—El grupo que os ha invocado es el consejo especial de Cordus —intervino Aelia—. Estábamos reunidos para evaluar... un problema concreto que os describiré con todo lujo de detalles. Yo soy la líder de ese consejo, además de un cargo electo del Gobierno de la ciudad. Pretor, como dije.

Sloane frunció el ceño al contemplar el dispositivo que estaba en el

suelo. No notaba el calor, el hormigueo de la atracción de la magia, como le pasaba en casa. Suponía que sentiría algo al tocarlo, lo que fuera, así que alargó la mano; pero no. Quizá allí el mundo estuviera tan impregnado de magia que no pudiera sentirla, igual que una persona deja de oír el ruido blanco al cabo de unos minutos. Acarició el sifón y notó la calidez del contacto previo con la piel, pero nada más.

—Necesita intención —le dijo Nero.

Eso era lo que ella temía.

El coche se detuvo. Aelia abrió la puerta y les hizo un gesto para que la siguieran.

En su lado de la calle había unas anticuadas farolas de gas con elegantes bases negras y el cristal manchado de marrón por culpa de las llamas. Al otro lado de la calle, escombros. Fragmentos de hormigón apilados contra travesaños de madera rotos por la mitad y astillados en el punto de corte. Vigas que apuntaban al cielo. Cristal roto que reflejaba la luz de la luna.

Sloane oyó los pasos de Esther tras ella y después sintió su mano, fría y seca. La aceptó, la apretó con fuerza, y ambas mujeres observaron los restos, hombro con hombro. Un edificio se había derrumbado sobre otro, y así sucesivamente hasta donde alcanzaba la vista. Lo que antes era una calle se había convertido en una carnicería: un tirabuzón blanco amarillento, el espinazo de una ardilla; una blusa floreada atrapada bajo una roca; el relleno de un peluche en la boca de una rata que salía corriendo entre los escombros.

—La Sangría —dijo Esther.

Fue como si hubieran retrocedido en el tiempo y Sloane se encontrara al borde del lugar en el que después se alzaría la Cúpula, rodeada por todas partes de adoradores del Oscuro y buscadores de magia. La Sangría era como una huella, se diferenciaba de cualquier otro tipo de magia de la que hubiera sido testigo. Y solo existía una persona con aquella huella en concreto.

Si aquel era el escenario de una Sangría, el Oscuro tenía que haber estado allí.

Nero se apartó de ellos y levantó las mismas barreras que Sloane había

visto en Wacker Drive para mantener alejados a los peatones. Aelia se quedó con ellos.

—Vuestro mundo —les dijo mientras extendía tanto los dedos cubiertos por el sifón que su mano parecía una zarpa metálica— se vio azotado por una fuerza maligna, y vosotros la derrotasteis, ¿no?

—El Oscuro —contestó Matt en voz baja—. Sí. Lo maté... Bueno, en realidad, lo matamos entre todos.

—Perfecto —repuso Aelia, sonriente, y su sonrisa tenía un aspecto casi siniestro a la tenue luz de las lámparas de gas: las sombras se le acumulaban bajo los prominentes pómulos—. Nosotros también tenemos una especie de Oscuro. Lo llamamos el Resurreccionista.

—¿Lo llamáis? ¿En presente? —preguntó Esther.

—Sí. Nuestro Resurreccionista sigue vivo. Sigue aterrorizándonos. Sigue haciendo esto.

Señaló la oscura extensión de terreno ante ellos. Sloane veía formas oscuras que entraban y salían a toda velocidad de los edificios rotos. La zona tenía las características típicas del escenario de una Sangría, los fragmentos de hormigón, madera y acero que disminuían de tamaño cuanto más lejos miraba uno. En el centro, todo sería fino como arena.

—Esto sucedió el año pasado —dijo Aelia—. Es lo más cerca que ha estado del centro de nuestra ciudad. Cada año que pasa son más poderosos y se acercan más.

—¿En plural? ¿Son más de uno? —preguntó Esther.

—¿Vuestro Oscuro trabajaba solo? —Aelia esbozó una sonrisa burlona—. Hay seguidores; siempre hay seguidores. Pero los del Resurreccionista son los que le dan nombre: los muertos vivientes.

Frente a ellos se veía la estructura de una casa, sin revestimiento ni yeso. El aislamiento, rosa y mullido como algodón de azúcar, se dejaba llevar por el viento.

—Como vosotros, nosotros teníamos a un Elegido. Era un obrador de magia valiente y con mucho talento. Y muy joven. Demasiado, quizá.

—¿Era? —preguntó Esther.

—Está muerto —respondió Aelia, con voz quebrada—. Lo derrotaron.

Debería haber resultado evidente. Incluso de esperar. Si existía un universo en el que Sloane y sus amigos habían ganado, tenía que haber otros en los que habían perdido. En los que habían muerto. En los que ni siquiera habían existido.

—Pero es el Elegido —insistió Esther—. No puede estar muerto. ¿Seguro que era el correcto?

—Seguro —respondió bruscamente Aelia—. Teníamos una profecía. Era bastante específica. Y usamos su firma mágica para invocarlos.

—¿Firma mágica? —preguntó Matt.

—¿Por qué nos habéis invocado? —dijo Esther al mismo tiempo.

Matt dio un paso atrás. Sloane supuso que le interesaba más la respuesta a la pregunta de Esther.

—¿Acaso no resulta evidente? —preguntó Sloane con voz temblorosa y amarga—. Quiere que derrotemos a su Oscuro por ella.

—No es mi Oscuro —le soltó Aelia—. Y os aseguro que no habría recurrido a medidas tan extremas si la situación no fuera desesperada. No puedo permitir que mueran más personas. No puedo permitir la destrucción de nuestro mundo.

—Ah, bueno, si la situación es desesperada no pasa nada por secuestrar a gente de otras dimensiones —dijo Sloane.

Notaba un nudo en la garganta y estaba a punto de dejarse llevar por la histeria.

—Sí, y yo pensando que el coeficiente de desesperación no era lo bastante alto —añadió Esther.

—¡Os aseguro que lo es! —exclamó Aelia, casi chillando.

—Creo que no se le da demasiado bien el sarcasmo —le dijo Esther a Sloane.

—Pues entonces le vamos a caer genial —repuso Sloane.

—Tenéis que entender que ya hemos pasado por esto y no nos emociona la idea de volver a repetirlo —intervino Matt, que alzó un poco la voz para hacerse oír por encima de ellas—. Sobre todo por un lugar que ni siquiera nos pertenece.

—Me temo que no es tan sencillo —dijo Nero, a unos metros de

distancia, en medio de la calle. Entrelazó los dedos frente a él, con el sifón alrededor de la mano—. Los destinos de nuestros mundos ya no están tan separados como cabría esperar.

—¿Cómo dices? —preguntó Matt.

—Nuestros mundos están conectados —respondió Nero—. Podemos ver la conexión. El uso de la magia ha desestabilizado ambos mundos. El Resurreccionista aprovecha la inestabilidad para sembrar la destrucción.

—¿Cómo? —preguntó Sloane entornando los ojos.

—No lo sabemos —respondió Aelia—. No sabemos nada con certeza. Lo único que sabemos es que no debería ser capaz de hacer esto —añadió mientras señalaba los escombros—. Nadie podía hacer nada semejante hasta que apareció él.

Sloane pensó en el momento en que había tocado la Aguja por primera vez, en cómo la Aguja la había convertido en un estómago vacío, en un agujero negro de deseo. En que lo había absorbido todo, todo, sin discriminar, frenética, convirtiendo el agua en espuma y los huesos en partículas de arena. En que había salido a la superficie del mar empapada de sangre y vibrando de poder.

—No —dijo, y la palabra le salió entrecortada—. No, no puede ser. Esto no puede estar pasando.

—Sloane —dijo Matt en voz baja.

—Lo matamos. Lo vi bajo el agua; lo vi morir.

—En un mundo. Al parecer, no en todos.

—Bueno, ¡pues ese era mi mundo! Cumplí con mi deber, luché contra el Oscuro. ¡Hice mi trabajo! —Estaba llorando. Odiaba llorar—. Tú puedes quedarte a ayudar, si quieres, pero yo no pienso volver a hacerlo. Bastante me costó la primera vez.

Matt apoyó una mano en el hombro izquierdo de Sloane, después en el derecho, para que lo mirara. Necesitaba una benzo. Necesitaba una madre que no fuera una mierda. Necesitaba estar en casa.

—No puedo —repitió, esta vez solo a Matt.

—Lo sé —respondió él mientras asentía con la cabeza—. Yo tampoco, Sloane. Pero me temo que quizá no nos quede más remedio.

Sloane miró a Aelia por encima del hombro de Matt. Le preguntaba algo sin preguntárselo.

—Es una hazaña enviar o invocar a alguien entre universos —dijo Aelia—. Solo podremos repetirlo una vez más, para enviaros de vuelta a casa. Y nuestra necesidad es tan urgente que solo podremos hacerlo después de recibir vuestra ayuda.

—Así que nos habéis secuestrado —dijo Esther— y ahora nos mantendréis prisioneros hasta que os ayudemos.

Aelia bajó la vista y no respondió.

—Solo quería asegurarme de dejarlo todo claro —añadió Esther, que sonaba cabreada, aunque le temblaba la voz.

Sloane miró por encima del hombro de Matt, hacia la franja de oscuridad flanqueada por edificios intactos iluminados con alegres colores. Toda una manzana, aniquilada. Aelia los había llevado allí para ganarse su compasión, estaba claro. Les enseñaba una muestra tangible de la destrucción a la que se enfrentaban. «Esto no es más que el principio de los horrores que os mostraré», decía aquel lugar.

«Es una elección muy sencilla, querida», le había susurrado el Oscuro.

Sloane notó el sabor de la bilis en la boca.

—Seguro que necesitáis tiempo para procesar todo esto —dijo Aelia—. Os hemos preparado habitaciones para que os alojéis durante vuestra estancia. Podemos seguir hablando mañana, cuando estéis más descansados.

Esther cogió la mano de Sloane y se la apretó con cariño. Era un contacto cálido, familiar y firme. Habían luchado hombro con hombro antes, en situaciones de las que creían no ser capaces de escapar. Sloane recordaba sus guardias conjuntas, espalda contra espalda, cada una vigilando un horizonte distinto.

Dejó que el calor de su amiga le devolviera la calma. Sabía hacerlo. Sabía examinar paisajes oscuros en busca de enemigos, quedarse dormida solo a medias, poner trampas en una casa usando un tarro de canicas, marchar inexorablemente con un único objetivo hacia una muerte casi segura.

Era como un baile, y jamás olvidaría los pasos.

FRAGMENTO DE

*Vida y muerte: Los expertos hablan sobre el
Resurreccionista y su ejército*

Garret Rogers

De «La posibilidad de lo imposible: Entrevista con Marwa Daud, profesora de Teoría Mágica (Universidad de Chicago)»

DAUD: La magia nos ha obligado a enfrentarnos a muchos casos en los que lo imposible se torna posible. No obstante, por el momento, obedece a ciertas reglas. Por ejemplo, una persona no puede volar por el aire como un pájaro ni conjurar comida de la nada. Hasta la llegada del Resurreccionista, creíamos que devolverles la vida a los muertos era otro de esos límites. Sin embargo, el ejército del Resurreccionista se compone, como seguro que todos saben, de individuos que parecen ser cadáveres. A pesar de lo cual caminan, hablan e incluso producen magia, de vez en cuando. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede este terrorista alzar a un ejército entero cuando los practicantes con más talento del mundo no son capaces de reanimar algo más grande que un gato? ¿Acaso el Resurreccionista (suponiendo, por cierto, que sea un hombre) es mucho más poderoso que el resto de nosotros?

ROGERS: Cuando habla del gato, ¿se refiere al experimento que realizó el alemán Franz Becker hace unos cinco años?

DAUD: Sí, Becker. Era un científico extraordinario. Fue una tragedia que lograra devolverle la vida a su mascota para morir justo después. Es un ejemplo perfecto de lo que estoy diciendo: que la gente ha intentado reanimar a los muertos. La magia todavía es relativamente nueva, así que no estoy diciendo que nadie vaya a poder seguir nunca los pasos del Resurreccionista, sino que parece todavía una posibilidad muy lejana. Lo que no significa que no podamos aprender algo de su ejército mientras tanto. Todo lo contrario: a

nivel teórico, su ejército es significativo. Los casos atípicos y las anomalías son esenciales en mi línea de pensamiento porque nos ayudan a expandir nuestra comprensión de la teoría: lo práctico conforma lo posible. Que sea posible insuflarles algún tipo de vida a los muertos nos dice algo importante sobre la naturaleza de la magia en sí. Sobre su origen o puede que sobre la forma en que la usamos. El Resurreccionista es el único con su habilidad, por ahora, pero ¿por qué? ¿Tiene acceso a una fuente o canal de magia concreto? ¿Su mayor habilidad es innata, instintiva o aprendida? Cuando encontremos las respuestas a todas estas preguntas, aprenderemos algo profundo sobre la magia.

ROGERS: ¿Por ejemplo?

DAUD: Bueno, si la habilidad mágica es innata, existimos en un mundo en el que el poder realmente se hereda. Por tanto, podemos empezar a preguntarnos si el uso de este poder es genético y, de ser así, ¿se da más en unos linajes que en otros? Este tipo de pensamiento (que existen linajes superiores) ha conducido a la humanidad por caminos oscuros en el pasado. Sin embargo, si el Resurreccionista ha aprendido su habilidad, podemos suponer que la magia es un recurso accesible a todos, en cuyo caso debemos saber si se trata de un recurso limitado o si se renueva. Si es finito, podríamos empezar a asignar el uso mágico a personas concretas en puestos importantes o influyentes. Eso reforzaría las estructuras de poder existentes en nuestra sociedad. Los ricos y famosos serían los más mágicos, lo que aumentaría su riqueza y su fama.

Por el contrario, si la magia es infinita, no habría un límite inherente a su uso. La raza humana cambiaría a nivel fundamental, ya que dejaríamos de realizar tareas «a la antigua usanza», por así decirlo...

ROGERS: Entonces, ¿ve un resultado positivo, sean cuales sean las respuestas?

DAUD: Supongo. En realidad no me he parado a pensarlo de ese modo. Pero no, independientemente del poder al que tenga acceso la humanidad, supongo que no veo un resultado positivo. Al fin y al cabo, somos animales. Y que tu gato no te engañe: los animales no son criaturas mulliditas con bigotes que no nos desean el mal. La naturaleza es sangrienta y, en general, premia la fuerza por encima de la compasión.

—Acabamos de pasar junto al ayuntamiento —le dijo Sloane a Esther cuando el coche se detuvo de nuevo en la acera—. Esto debe de ser el Thompson Center.

—¿Ese edificio de cristal redondeado? —preguntó Esther señalando la fachada de piedra que tenían enfrente—. No lo parece.

—Me refiero a que, aunque la arquitectura sea distinta, estamos en esa ubicación. Por así decirlo —añadió frunciendo el ceño.

Cruzaron un vestíbulo oscuro y espacioso hasta llegar a unos ascensores. No había luz suficiente para ver lo alto que era el techo. Nero corrió una rejilla de bronce deslustrado ante las puertas del ascensor antes de pulsar el botón.

—Este edificio pertenece a la escuela obsoletista —les dijo mientras subía el ascensor—. Lo que significa que está construido sin apenas intervención mágica y representa estilos de varios periodos combinados sin preocuparse por la precisión histórica.

—Sin intervención mágica —repitió Matt—. ¿Eso es... poco común? ¿Construir algo sin magia?

Nero se encogió de hombros.

—En Chicago, sí. La arquitectura es una industria muy influida por la

magia, y a la gente de aquí le encanta la arquitectura.

A Cameron le habría encantado, pensó Sloane.

El ascensor se detuvo en la séptima planta. Nero los condujo a un balcón que daba a una cúpula de piedra y les explicó que era el Salón de Invocaciones, como si eso les dijera algo. Después caminaron hasta el fondo del edificio y subieron dos plantas más por una escalera de caracol de hierro forjado hasta llegar a una pared que, en principio, parecía de madera sólida.

Nero apoyó la mano del sifón en la madera, la retiró y dejó detrás una huella de color blanco reluciente. La huella desapareció en cuestión de segundos, momento en el cual la madera pulida se abrió por el centro y los dejó pasar a un largo pasillo con puertas a ambos lados.

—Estas habitaciones suelen usarse de vez en cuando como apartamentos para los invitados importantes del Centro Cordus —dijo Aelia mientras señalaba una de las puertas. Silbó. La puerta se abrió y se estrelló contra la pared—. Están pensados para exponer la obra de diseñadores emergentes, así que son un poco... raros.

Nero se dedicó a abrir las otras puertas con unos toques de sifón algo más delicados.

—El Centro Cordus —repitió Matt—. ¿Así se llama este sitio?

Sloane recorrió el perímetro del pasillo pasando por delante de las habitaciones de distintos estilos. Solo se quedó con una impresión rápida de cada una: la primera mostraba una sencillez espartana; la segunda era una catedral gótica en miniatura con vidrieras de colores; y la tercera tenía unos delicados muebles de madera tallada.

—Sí —respondió Aelia—. Este edificio es, principalmente, una institución académica, el Centro Cordus para la Innovación y la Enseñanza Mágicas Avanzadas.

—CIMA —dijo Nero.

—¿Cima? —repitió Sloane frunciendo el ceño.

—C-I-E-M-A —respondió Nero—. Aunque nuestros alumnos la han apodado como la Cima.

Aelia lo miró y Nero se encogió un poco.

—Nos volveremos a reunir mañana para seguir hablando del asunto — dijo ella—. Intentad descansar, por favor. Nero —añadió, y sacudió la cabeza hacia un lado—. ¿Tienes un momento?

Nero se despidió con una inclinación de cabeza y siguió a Aelia de vuelta por el pasillo hasta el ascensor. El instinto le pidió a Sloane que los siguiera para intentar escuchar a escondidas su conversación, pero el pasillo era recto, sin curvas ni huecos en los que esconderse, así que se quedó donde estaba.

—Me pido la habitación de la iglesia —dijo Esther de inmediato.

—A por ella —respondió Matt, que le lanzó una mirada a Sloane.

Estaba bastante segura de que no iba a querer compartir habitación con ella.

Matt se volvió y se metió en la habitación llena de madera tallada.

La de Sloane, la única todavía disponible, era blanca: paredes blancas, sábanas blancas, suelo de madera pintado de blanco. Pero cuando metió los dedos en las amplias aberturas entre los paneles de la pared descubrió cajones, un armario y una estantería oculta. El último ocupante había dejado unos cuantos libros: *La manifestación de deseos imposibles: Una nueva teoría de la magia*, *Una sociedad dividida: La Guerra Fría entre la magia y la ciencia*, y *La misteriosa historia mágica del sifón de cuello*. Sloane empezaba a sopesar el último en la mano cuando alguien llamó a la puerta.

—Reunión de equipo —dijo Esther—. En mi cuarto.

Sloane soltó el libro y dejó abierto el panel de la pared. Cuando llegó a la habitación de al lado, Esther ya estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en el recargado cabecero de madera. Matt daba golpecitos en una de las vidrieras, como si comprobara su estabilidad. Las luces multicolores en forma de Virgen María le iluminaban el rostro.

Sloane se apoyó en la base de uno de los arcos arbotantes.

—Bueno, ¿alguna idea? —preguntó Matt, que parecía cansado.

La petición sirvió para devolverla a la persona que había sido cuando luchaban contra el Oscuro. Empezó a hablar casi sin darse cuenta.

—El solapamiento entre nuestro universo y este parece sustancial. He

visto muchos edificios conocidos en el camino hasta el escenario de la Sangría. Diría que el punto de separación entre su mundo y el nuestro es relativamente reciente.

Esther se había perdido, así que Matt se lo explicó.

—Una teoría de la física cuántica dice que existe un número infinito de posibles resultados para un acontecimiento dado y que cada una de esas posibilidades crea un universo diferente. Es como... una bifurcación en la carretera. Podrías seguir cualquiera de los dos caminos, así que hay un universo en el que elegiste el de la izquierda y otro universo en el que elegiste el de la derecha. Slo está diciendo que la bifurcación en la carretera entre Genetrix y la Tierra sucedió hace bastante poco.

—¿Eso es bueno? —preguntó Esther.

—Eso creo —dijo Sloane—. Significa que muchas cosas nos van a resultar familiares.

—Pero existe un tema que me parece esencial y al que ahora mismo estás restando importancia: no sabemos cómo volver a casa —dijo Esther—. Y ellos sí. Así que estamos atrapados.

—No le resto importancia. Solo digo que, si teníamos que acabar en un universo paralelo, mejor uno en el que los habitantes hablan nuestro idioma y no tienen tres fosas nasales ni duermen en tanques de baba o algo parecido.

Esther resopló, y los tres guardaron silencio un momento.

—Les sorprendió ver que salíamos varios del río —argumentó Sloane—. Esperaban a uno solo. Un Elegido paralelo.

—Sí, y anda que no te diste prisa en reclamar el título, Matt, por cierto —añadió Esther.

Sloane cruzó el cuarto y abrió una de las ventanas. Una racha de aire fresco le dio en la cara y se estremeció. Al otro lado de la calle había un edificio de piedra marrón con una fila de columnas. El ayuntamiento. Oyó el ruido de los coches al otro lado de la acera y el rugido de un tren lejano. Sonaba como el Chicago que ella conocía.

Cuando se volvió, Matt se encogía de hombros.

—El cabreo de Sloane no estaba ayudando, así que decidí ser más

colaborador.

—Siento haberme sorprendido un poco después de aparecer en otra dimensión —le espetó Sloane.

—Sorprendido —repitió él, y arqueó las cejas—. Es una forma de expresarlo. Hostil es otra.

—Eh —dijo Esther, cansada—. Necesitamos mantener un frente unido si queremos superar esto. —Se mordió el labio—. ¿De verdad vamos a hacerlo? —No expresaba ninguna emoción; tenía la vista clavada en la pared de enfrente... o más allá—. ¿Vamos a luchar de nuevo contra el Oscuro?

—Ya lo hemos hecho antes —dijo Matt. La vidriera le enmarcaba la cabeza, así que era como si la Virgen María lo mirara con los ojos entornados, convertida en la viva imagen de la serenidad—. Y aprendimos mucho. Podemos hacerlo de nuevo... e incluso mejor, esta vez.

—No —repuso Sloane—. No, eso es una puta estupidez.

—Slo... —empezó a decir Matt.

—¡No! No pienso quedarme aquí y dejar que nos des una charla motivadora cuando estamos viviendo una puñetera pesadilla. ¡Albie está muerto, Ines se ha quedado a un universo de distancia, el Oscuro sigue vivo y el mundo está hasta arriba de una magia que no sabemos manejar!

—Diría que tú sabes algo sobre cómo manejarla —le soltó Matt, frío—. Si no, ¿cómo volaste en pedazos la Cúpula? ¿Una bomba casera?

Sloane no respondió. No sabía cómo hacerlo.

—¿Crees que Slo fue la que atacó la Cúpula? —preguntó Esther—. Matt...

—Tiene razón —la interrumpió ella, sin apartar la mirada de Matt mientras hablaba—. Fui yo. Desenterré la Aguja de Koschei y destruí el prototipo mágico.

—Joder, Slo —dijo Esther—. Creía que la Aguja se había destruido hacía años.

—No, pero no quería que ARIS la tuviera.

—Pero te pareció bien quedártela tú, ¿no? —intervino Matt—. Porque eres mucho más fiable que ARIS, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabes que es probable que mataras a alguien? Conserjes, personal de seguridad...

Sloane se miró la cicatriz del dorso de la mano, las líneas serradas que había dejado con sus dientes torcidos.

—No sería la primera vez —respondió, y levantó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Matt.

—¿Por qué crees que me arranqué la Aguja a mordiscos? —dijo ella, apuntándolo con el dorso de la mano marcada como si fuera un arma—. Porque todas las personas que me acompañaron a la Inmersión Profunda están muertas. Las maté a todas. —Estaba tensa, con los hombros a la altura de las orejas. Se preparaba para el impacto—. ARIS no quería extraerme la Aguja por mucho que se lo supliqué. Así que lo hice yo misma.

Recordaba la radiografía de su mano tomada después del incidente. Los huesos, blanco puro contra el fondo negro, grises en las zonas en las que no eran tan densos. Y, justo en el centro, la gruesa Aguja, acabada en punta.

«Está bien metida —dijo el doctor—. Como si creyera que ese es su sitio, o algo así».

Sloane se había pasado toda la vida sin conseguir lo que quería. Nadie se lo había preguntado. No preparaba listas para los regalos de Navidad ni pedía nada por su cumpleaños, eso estaba claro, pero a eso se sumaban las autorizaciones de excursiones sin firmar, la ausencia de clubs, deportes e instrumentos musicales, la falta de dinero para la comida de mediodía... Joder, ni siquiera había comida en la cocina la mitad de las veces, sobre todo después de que Cameron se uniera a la lucha contra el Oscuro. Su madre creía que Sloane no tenía ningún anhelo más allá de las necesidades físicas básicas. Y, a veces, ni siquiera se le permitía eso.

Así que, en cuanto a sacarse la Aguja, había decidido que, por una vez, haría lo que deseara ella, aunque tuviera que hacerlo con los dientes.

—Fue por tu seguridad —dijo Matt—. ARIS no sabía cómo reaccionaría la Aguja...

Sloane se rio.

—A ARIS le importaba una mierda nuestra seguridad, siempre que al

menos uno de nosotros sobreviviera para cumplir la puta profecía. Me obligaron a conservar la Aguja porque servía a sus propósitos. Eso es todo.

Matt juntó las cejas, como hacía siempre que sentía lástima por alguien. Ella lo odiaba.

—Y aquí estamos de nuevo —siguió diciendo Sloane—, convertidos en otro muro de carne entre los que están al mando y el Oscuro. ¿Cómo vamos a sobrevivir esta vez?

Ninguno de los dos respondió. Esther parecía poco dispuesta a mirarla, incluso. Sloane pensó en las olas teñidas de sangre que rompían contra el barco de ARIS, ya vacío. En cómo se había subido a la cubierta y había caminado con las aletas puestas hasta los controles para activar la señal de auxilio, siempre con el sabor a cobre en la lengua.

Recordó el pinchazo del agua en las pantorrillas cuando se tiraba en bomba por el trampolín. A Cameron esperándola al borde de la piscina.

Y el sabor del agua del río, el brillo pálido de la mejilla del Oscuro a la luz de la luna antes de desaparecer.

Sloane abrió la puerta y estaba a punto de marcharse cuando Matt habló de nuevo.

—Encontraremos el modo.

—Ya —respondió ella antes de salir.

Sloane no se sorprendió cuando vio que Matt la seguía al pasillo.

Su primer beso había sucedido de una forma similar. Después de la caída del Oscuro, él le había pedido salir unas cuantas veces. Cada una de ellas, Sloane se había negado. Le decía que eran amigos y que no pensaba en él de ese modo.

Pero no era más que una excusa, porque ya no sabía cómo pensaba en él. La imagen de Matt la primera vez que lo había visto (todo codos y rodillas) había desaparecido y había sido sustituida por otra de él derrotando al Oscuro, con la luz de la Rama Dorada bañándole el rostro, los brazos tensos y musculosos sosteniendo su objeto para asestar el golpe definitivo, el pecho agitado, las mandíbulas apretadas...

Su héroe. El héroe de todos, en realidad, pero sobre todo el suyo.

Él no había aceptado sus negativas, lo que la preocupaba. Repetía que la insistencia de Matt era insultante, como si pensara que ella no sabía lo que quería. Sin embargo, en aquel caso en concreto, el chico había estado en lo cierto. Porque en una de las fiestas de Ines y Albie, Matt y ella habían hablado hasta las tres de la madrugada con los brazos sobre el respaldo de su desvencijado sofá y botellas de cerveza entre los dedos hasta mucho después de que ya no quedara cerveza dentro. Matt se lo había pedido otra vez, y ella había esquivado la pregunta y se había levantado para ir al servicio. Matt la había seguido hasta el pasillo y la había besado.

«Piensa en mí de otro modo», le había dicho mientras se apartaba.

Sloane no recordaba aquel fuego que le ardía en el vientre y que la había impulsado a empujarlo contra la pared para meterle la lengua en la boca. Ya no lo sentía.

—Sé que no es un buen momento, pero tenemos que... —dijo Matt.

—Hablar, ya lo sé.

Él todavía llevaba su ropa pija de funeral: camisa blanca, corbata y suéter negro. Pantalones de lana que, antes del agua, estaban bien planchados para lucir una raya perfecta. Sin embargo, en aquel momento parecía arrugado y exhausto, como si aquella conversación no fuera más que otra tarea de una larga lista.

—La verdad es que no sé bien ni por dónde empezar —dijo.

Sloane se rio, aunque parecía una tos. No necesitaba que él empezara. Como si emborracharse y burlarse con Albie de la petición de matrimonio no hubiera sido suficiente, también estaba lo de haber volado en pedazos la Cúpula, haber mentido sobre la Inmersión, haber ocultado la petición a la Coordinadora de Información y Privacidad, haber enterrado la Aguja en su trastero alquilado... y la interminable lista de engaños en la que consistían sus días juntos, cada vez que ella sentía una cosa pero decía otra y le permitía creer en una Sloane de fantasía que no se parecía en nada a la real. Ya no quedaba casi nada de ellos que fuera real, y era culpa de Sloane.

Sin embargo, se le formó un nudo en la garganta al pensar en lo que se avecinaba porque Matt se convertiría en otra persona que no la quería,

como si no tuviera bastante con sus padres, Bert y todos y cada uno de los periodistas y las *fangirls* de los Elegidos.

—Tú y yo no encajamos —dijo ella—. No tienes que convencerme de eso.

—¿Ni siquiera me lo vas a discutir?

—¿Para qué?

—Así que no tienes ninguna intención en absoluto de luchar por lo nuestro —repuso él subiendo el tono de voz—. Has estado... ¿Qué? ¿Esperando a que rompiera yo contigo porque tú no te atrevías a hacerlo?

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Sé... Sé que, cuando encuentras algo bueno, tienes que aferrarte a ello. Nada más.

—Eso es muy... —Matt parpadeó muy deprisa—. Joder, Sloane, eso es muy egoísta.

—¿Qué?

—Diez años. Diez putos años que podría haber pasado con una persona a la que de verdad le importara algo, en vez de con alguien que me miente y que ni siquiera es capaz de fingir que le importa nuestra ruptura.

—Me importa. ¡Que no sea una llorica no significa que no me importe!

—Si te importara, no habrías salido corriendo en cuanto te propuse matrimonio para burlarte de mí con Albie. Si te importara, habrías llamado a un puñetero terapeuta cuando estuviste a punto de asesinarme mientras dormías.

—No me estaba burlando de ti. Albie dijo que le daba la impresión de que no me conocías, y yo le dije que estaba de acuerdo. Eso es todo.

—¿Cómo que no te conocía?

—¡Sí! —Sloane alzó las manos—. ¡Actúas como si toda esta mierda te pillara por sorpresa! Bueno, pues soy la misma que siempre he afirmado ser. Y tú has ido por ahí tapándote las orejas durante diez años.

—Entonces, en otras palabras, es culpa mía porque creía en ti.

—No, ¡es culpa tuya por actuar como si me conocieras mejor de lo que me conozco a mí misma!

Después se dio cuenta de que Matt había dicho «creía». En pasado. No

había comprendido lo mucho que le importaba su fe en ella (por ingenua que fuera) hasta que la perdió. Se sentía como una manzana deshuesada, como si le hubieran sacado todo lo que pudiera servir para crear vida o un futuro. No quedaba nada más que la piel reluciente y la carne jugosa.

Se quitó el anillo del dedo y lo sostuvo ante él. No le temblaban las manos, pero tampoco era capaz de mirarlo a los ojos. Si lo hacía, recordaría que antes siempre se le ablandaban al mirarla. Que le brillaban un poco cuando sonreía con una de sus bromas. Que eran feroces cuando algo amenazaba a sus seres queridos. A partir de ese momento no sería gran cosa para él. Una antigua amiga, una exnovia. Se perdería en sus recuerdos. Siempre era así: cuando servía a su propósito, la dejaban caer en el olvido.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja—. Por no ser más.

—Sí —respondió Matt mientras se guardaba la sortija en el bolsillo—. Yo también.

Cerró la puerta al salir. Sloane se sentó en el borde de la cama, desde donde oía a Esther dar vueltas por la habitación de al lado y los coches en la calle, un sonido amortiguado pero audible desde tan alto. Cuando pudo moverse de nuevo, se arrastró hacia el cabecero con los zapatos puestos y se acurrucó en posición fetal. Los veía venir, los sollozos desgarradores que se apoderaban de ella cuando el vacío de su interior se le hacía insoportable. Agarró la almohada y enterró la cara en ella; se quedó dormida cuando estuvo demasiado cansada para sentir nada más.

TOP SECRET



MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

ASUNTO: Proyecto Delfos, subproyecto 3

- 1.El subproyecto 3 se establece como un modo de continuar nuestro trabajo en el campo de la Verificación y la Validación de Adivinaciones en [REDACTED] hasta el 4 de abril de 1999.
- 2.Este proyecto incluirá una continuación del estudio de las predicciones de [REDACTED], nombre en clave Sibila, con el objetivo de verificar la precisión de la Profecía del Fin del Mundo realizada el 16 de febrero de 1999, además de las predicciones asociadas de «sensibilidades» alternativas (definidas como las que poseen una percepción innata de épocas distintas al presente). Se incluye una propuesta detallada. Los investigadores principales seguirán siendo [REDACTED], [REDACTED] y [REDACTED].

3. El presupuesto estimado para el proyecto es de 156 200,00 \$. [REDACTED] servirá de tapadera para este proyecto y aportará los fondos mencionados a [REDACTED] a modo de subvención benéfica.
4. [REDACTED] tienen autorización de alto secreto y son conscientes del propósito de este proyecto.

APROBADO:

[REDACTED]

TOP SECRET

TOP SECRET



MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: Director, Agencia Central de Inteligencia (CIA)

DE: James Wong, pretor del Consejo de Cordus

ASUNTO: Proyecto Delfos, subproyecto 3

Estimado director:

Me veo en el triste deber de escribir este informe, sabiendo lo que implican nuestros descubrimientos. Permítame desglosárselo.

1. Siguiendo sus instrucciones, investigamos las ochenta y siete profecías supuestamente ofrecidas por [REDACTED], nombre en clave Sibila, antes de la Profecía del Fin del Mundo, realizada el 16 de febrero de 1999.
2. Hemos verificado que ochenta de las ochenta y siete profecías se realizaron antes del 16 de febrero de 1999, según las declaraciones de los testigos, los registros

telefónicos, las entradas de diarios y otras pruebas físicas. Después investigamos los resultados de dichas profecías y confirmamos que, de hecho, todas se habían cumplido en un intervalo de entre siete días y trece años.

3.El Consejo de Cordus opina que el cumplimiento de cincuenta de estas profecías fue inequívoco y específico, es decir, que no son las típicas predicciones de pitonisa (tan vagas que pueden aplicarse a distintos sucesos). Por específico nos referimos a detalles que solo se aplican a menos del treinta por ciento de la población. En la profecía inicial debían incluirse y cumplirse al menos cinco de estos detalles específicos.

4.Por lo tanto, nos vemos obligados a concluir que la Profecía del Fin del Mundo, la más específica de las profecías de Sibila, tiene una probabilidad abrumadora de ser válida e inminente. El Consejo de Cordus recomienda iniciar a la mayor brevedad la búsqueda del Elegido de la profecía.

Siento ser el portador de tan malas noticias. Si tiene cualquier duda o necesita más detalles, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Saludos cordiales,

James Wong

Pretor, Consejo de Cordus

TOP SECRET

Sloane soñó que el oscuro estaba junto a su cama y le recorría la mejilla con un dedo helado. Se despertó sobresaltada, cogió el vaso de agua de la mesita de noche y se lo bebió de un trago.

Pocas personas habían visto el rostro del Oscuro sin morir justo después. Sus seguidores solo veían algo sacado de las novelas de fantasía y las epopeyas espaciales: un hombre con capa y capucha, máscara y misterio. Así que lo más sorprendente de él, en los recuerdos de Sloane, era su cara: joven y pálida, con un flequillo de pelo castaño pardusco sobre la frente y los ojos blanquecinos. Parecía el cadáver bien conservado de un hombre guapo: los ojos vacíos, la piel suave como la cera...

Sloane había visto su rostro y seguía con vida.

Fue en busca del bolso que la había acompañado desde su Tierra y lo volcó sobre el suelo blanco. Apenas había amanecido, así que la luz que entraba por las ventanas esmeriladas era azul. Entonó los ojos para observar la pila que había formado. Había recibos y envoltorios de chicle empapados, cerillas mojadas, una navaja, su cartera. Metió los dedos por las esquinas de la billetera: allí, metida entre un billete de dólar y el cuero, estaba su última benzo.

La sostuvo en alto para examinarla. Solo una. Podía tomársela en aquel

mismo instante, confiando en que aquella mañana, la mañana después de descubrir que estaba atrapada en un universo alternativo, iba a ser la peor de su vida. O podía guardársela para cuando el terror la dejara insensible. Seguro que le quedaban momentos peores por delante.

Suspiró, dejó la pastilla de benzodiacepina en la mesita de noche y metió la cabeza entre las rodillas para respirar.

Cuando logró recuperarse lo suficiente como para ponerse en pie, la habitación estaba un poco más iluminada. Dejó la caja de cerillas mojada y lo demás en el suelo, se puso las botas y salió al pasillo. Los demás seguían dormidos. Se metió en el baño para trenzarse el enredado cabello y lavarse el sueño de los ojos. No le habían dado cepillo de dientes, así que o no los usaban porque se limpiaban los dientes con sifones o simplemente se les había olvidado darle uno. En cualquier caso, notaba los dientes ásperos.

Después de ponerse más o menos presentable, se acercó al ascensor, pero no sabía cómo llamarlo. La noche anterior, Nero lo había hecho con su sifón. Sin embargo, incluso los ascensores mágicos se rompían de vez en cuando, así que fue a buscar la escalera.

La encontró al doblar la esquina, al otro lado de una puerta con un cartel que decía SOLO EMERGENCIAS, lo que parecía más una amenaza hueca que algo preocupante. Y, efectivamente, cuando giró el pomo no sonó ninguna alarma ni se encendieron luces para avisar a los guardias de seguridad.

Le dio la impresión de que la escalera no se usaba mucho. Los escalones estaban decorados con baldosas negras y blancas en forma de cuñas y triángulos, y las barandillas eran de hierro forjado con esmeradas florituras. Bajó hasta el vestíbulo recorriendo el hierro con la punta de los dedos. Recordaba sus carreras matutinas por las orillas del lago, en su Chicago, el aire frío y la espuma que las olas dejaban en la arena. Al menos, eso sería igual en Genetrix.

Pero, cuando llegó al vestíbulo, que era todo de mármol, molduras doradas y rombos *art déco* combinados con las líneas de Frank Lloyd Wright, vio un cartel que indicaba la biblioteca. La idea de un suministro interminable de información era irresistible, así que siguió la flecha por un pasillo con vidrieras. Los paneles multicolores estaban dispuestos siguiendo

un diseño de semicírculos en abanico que se solapaban, cada segmento de un tono de verde distinto. El sol naciente proyectaba puntos verdes en sus zapatos.

El pasillo se abría a un espacio enorme que olía a papel viejo. Sloane se detuvo y cerró los ojos un instante para fingir que estaba en casa, en la biblioteca que había en la misma calle de su edificio.

Los libros olían siempre igual, se estuviera en la dimensión que se estuviera.

La biblioteca tenía forma de ce, como si el cuarto se enroscara en torno a algo para conservar el calor. Dos plantas de estanterías se alzaban a ambos lados del espacio, un poco estrecho, con pasarelas en el segundo nivel. En el centro de la habitación había mesas y escritorios, y todo se iluminaba desde arriba mediante tragaluces y lámparas anticuadas con pantallas de cristal multicolor en el centro de cada mesa. No se parecía mucho a la biblioteca de su calle. En primer lugar, no había hileras de ordenadores entre las estanterías.

Frunció el ceño. Todavía no había visto ni un ordenador en Genetrix, y la gente de los coches junto a los que habían pasado la noche anterior no consultaba sus *smartphones*.

¿Tendrían internet, al menos?

Sloane recorrió la curva interior de la biblioteca en busca de un ordenador. El lugar estaba vacío y en silencio; nada le impedía salir corriendo con una pila de libros. Al menos, nada que pudiera ver. Por otro lado, no sabía de lo que era capaz la magia de Genetrix.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Reconoció la voz de Nero, aunque dio un respingo de todos modos. El hombre salió de detrás de las pilas de libros que tenía a su izquierda y alzó las manos para tranquilizarla.

—Lo siento —dijo, sonriente. Llevaba unas gafas de montura redonda, y la capa, que la noche anterior estaba sujeta sobre los hombros, ahora caía suelta, como la de un superhéroe—. No sabía cómo acercarme sin asustarte.

Sloane se alegraba de no haberse quitado el sujetador para dormir.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—No del todo —respondió él—. En el edificio hay unos cuantos lugares peligrosos si te topas con ellos sin compañía. Yo mismo siempre tengo entre manos media docena de experimentos volátiles en mi taller. Aunque el verdadero horror sería que te encontraras con Aelia antes de su tercera taza de café de la mañana.

—Bueno, entonces es una suerte que te hayas tropezado conmigo —respondió Sloane, inexpresiva.

—No ha sido coincidencia. Me aseguré de recibir un aviso si uno de vosotros salía solo.

—Si pretendías no hacernos sentir como secuestrados, quizá no haya sido buena idea contarme eso.

—Creo que te habría resultado más sospechoso que fingiera haber dado contigo por casualidad.

—Cierto —respondió Sloane, que sonrió un poco—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Ha sido la puerta de la escalera?

—No te lo pienso contar.

El sol ya estaba más alto y atravesaba los tragaluces del techo. Si prestaba atención, oía las bocinas del exterior. Empezaba el tráfico de la mañana.

—¿Estabas buscando algo en concreto? —le preguntó Nero—. Cuando era estudiante, trabajaba aquí, así que me sé manejar.

—Puede —respondió ella, y suspiró—. ¿Tenéis... ordenadores?

—Ordenadores —repitió Nero—. Sí, pero no sé de qué te iban a servir.

—Ah, pues no sé, ¿para acceder a la información? Me gustaría saber en qué momento divergieron nuestros universos. Nos resultará más sencillo aclimatarnos si lo sabemos.

—Esto es una biblioteca. Los ordenadores son para los ingenieros y los científicos; si lo que buscas es historia, la encontrarás aquí.

—Entonces, ¿existe internet? —preguntó, mientras pensaba lo mucho que se iba a cabrear Esther si no era así.

—Existe, pero no conozco a nadie que la use. ¿Por qué lo preguntas?

—En casa, la gente lleva internet consigo en el bolsillo —respondió Sloane—. Todo lo que necesites saber, en cualquier lenguaje, está ahí

mismo. Estoy acostumbrada a obtener la información de ese modo.

—¿No decías que no teníais magia?

—No es magia.

—Lo sé —respondió Nero, que esbozaba una sonrisita—. Supongo que no nos serviría de mucho. Ya cuesta bastante comunicar la teoría mágica por escrito, así que ni me imagino cómo sería intentar compartir técnicas a vuestra manera. Es mucho más sencillo reunirse en persona.

Sloane no se imaginaba nada que no pudiera enseñarse a través de internet. El año anterior había aprendido a sustituir el desagüe del fregadero gracias a un vídeo de YouTube. Había sobrevivido al supermercado en Alemania usando un traductor *online*. Incluso en aquel momento, con el teléfono empapado en su dormitorio, sentía su vibración fantasma en el bolsillo trasero para avisarla de que tenía un correo o recordarle la cita del médico. Nunca había tenido que explicarle a nadie por qué era tan útil. Era como explicar por qué es útil beber agua.

—Aquí todo nos resulta muy atrasado —dijo—. Como viajar al pasado.

—A nosotros nos pasa lo mismo con vosotros —respondió Nero—. Deja que te lo enseñe. Dime algo que quieras buscar. Lo que sea.

—Vale.

Al principio no sabía qué decir porque necesitaba saber muchas cosas sobre Genetrix para encontrar el camino de vuelta a casa, incluso si lo hacían derrotando a su Resurreccionista, de lo que Sloane todavía no estaba segura. Pero no quería pedirle a Nero que buscara algo sobre magia. Como todavía no sabía si confiaba en él, no quería que él fuese el responsable de proporcionarle la información. Así que quizá fuera mejor indagar acerca de algo que él hubiera comentado anteriormente, solo por asegurarse de que había sido sincero con ellos.

—Nos contaste que existía una conexión entre este universo y el vuestro. Me gustaría ver alguna prueba.

—No sé si podrás hacerlo aquí. Nuestros conocimientos sobre la conexión se basan en análisis de los campos de energía mágica y...

Sloane no le prestaba atención. Pensaba en las grabaciones que les había enseñado ARIS en la Cúpula, las que supuestamente demostraban que el

mundo se rompía. Los árboles de origen desconocido que flotaban sobre el agua; el maizal que había aparecido en el lecho marino, sin un informe de personas desaparecidas que coincidiera con el granjero atrapado en su tractor. Si partía de la premisa de que Nero estaba en lo cierto sobre la conexión entre universos, quizá el granjero no fuera de la Tierra, sino de Genetrix.

—¿Qué día es hoy? Día, mes y año.

—Veintinueve de abril de dos mil veinte.

—Mierda. En casa estábamos en marzo.

—Las discrepancias temporales parecen habituales cuando se viaja entre universos —dijo Nero—. Hemos encontrado algunos sistemas para estabilizarlo, pero solo de manera aproximada.

Sloane se permitió un instante de terror al percatarse de que, aunque lograran que Nero y Aelia los enviaran de vuelta a casa, cabía la posibilidad de llegar varios milenios después o, peor, de acabar en el pasado. Procuró no pensar en ello, no podía preocuparse por eso ahora.

—Estoy buscando un informe de personas perdidas de hace... unos cuantos meses, supongo, en nuestra Tierra —dijo—. Un caso raro, de un granjero del Medio Oeste. Con maizales. Desapareció... sin más, dentro de su tractor. Un John Deere, así que seguramente estadounidense.

Nero arqueó las cejas, pero no le preguntó nada. Se limitó a meterse el silbato entre los labios y volverse hacia los estantes. Alzó una mano, la agitó y dejó escapar una nota dulce y aguda, como el trino de un pájaro.

—Algunas frecuencias son como caminos para obras particulares —dijo tras sacarse el silbato de la boca—. Y existe una amplia variedad de categorías de obras. Pero, cuando encuentras el camino correcto, la intención es lo que guía a la magia, no el acertar con la nota correcta. Así que debo conocer lo que deseo y ser capaz de darle forma. Sin embargo, necesito una intención más específica. Creo que el tractor perdido es más específico que tu rango de fechas.

Nero se metió el silbato entre los labios y sopló de nuevo, esta vez una nota larga y lenta. Cerró los ojos, y Sloane esperó a que sucediera algo, pero cuando Nero los abrió de nuevo y soltó el silbato, nada parecía haber

cambiado. Sonrió y le hizo un gesto a Sloane para que lo siguiera.

La condujo lejos de las torres de libros, hasta una habitación del fondo en la que había periódicos organizados en ordenadas pilas sobre todas las superficies. La mayoría llevaban el nombre de *Chicago Post*, que a Sloane no le sonaba de nada, aunque también vio el *New York Times*. No obstante, lo que en un principio había confundido con luz solar era un brillo que procedía de unas cuantas de las pilas: algunos periódicos concretos estaban iluminados dentro de ellas. Se acercó a una de las pilas, con los ojos como platos y las manos extendidas, y buscó el ejemplar correcto de entre las capas de papel que embotaban su resplandor. Leyó los titulares mientras los hojeaba: «Testigos ven al Resurreccionista cerca de una tienda del South Side»; «La nueva normativa sobre sifones de la UE podría suponer un problema para los refugiados»; «Birmingham: ¿la próxima ciudad refugio?»; «Orca flotante avistada cerca de la costa de Alaska».

El periódico que brillaba era el *Peoria Chronicle*, cuyo titular de portada decía: «Granjero de Iowa desaparecido... junto con la mitad de su cosecha». En el texto de abajo se leía:

Trevor Sherman, propietario de una granja de maíz en el centro de Iowa, desapareció mientras conducía su tractor de vuelta a casa hace una semana. Con él desaparecieron también un sistema de irrigación y sesenta y cinco hectáreas de maíz. El corresponsal en el Medio Oeste del *Chronicle* ha confirmado en persona la veracidad de los hechos.

Bajo el artículo había una foto que ocupaba media página. En ella se veía un círculo de tierra desnuda y medio pivote de irrigación en el centro de un maizal. Algo había cortado limpiamente en diagonal algunas de las mazorcas que quedaban. Lo mismo ocurría con el pivote.

—Antes de llegar a Genetrix, vimos un informe sobre un hombre y su tractor que habían aparecido en el lecho marino salidos de la nada. Me preguntaba si ese hombre sería de aquí. Parece que sí.

—No es nuestra primera desaparición —dijo Nero, que le dio unos golpecitos al periódico que Sloane tenía en la mano—. Sigue leyendo.

Se saltó las descripciones de los hijos del hombre (tres, todos adolescentes) y las palabras de su mujer hasta llegar a uno de los últimos

párrafos:

Desapariciones y apariciones de esta clase han estado sucediendo por todo el mundo en los últimos meses, incluido el incidente en la Sunshine Coast, de Australia, el año pasado, en el que un enorme iceberg apareció en la playa. Algunos teóricos mágicos han planteado que la teoría del multiverso podría explicar estos sucesos, aunque los científicos lo niegan, ya que no existen pruebas concretas de que en estos momentos sea posible el contacto entre multiversos, y mucho menos de que la materia pueda extraerse de uno para introducirse en otro.

Sloane miró a Nero, que había estado leyendo por encima de su hombro.

—Aquí la gente todavía no sabe que habéis averiguado cómo acceder a otro universo —dijo.

—Nos pareció más prudente ser discretos hasta comprender las repercusiones —respondió Nero—. No podemos permitir que cualquiera intente meterse en otro universo.

En el *Peonia Chronicle* había un apartado llamado «Curiosidades mágicas». La mayor parte del contenido parecía sacado del *National Enquirer*: personas a las que les brotaban alas y colas, historias de abducciones alienígenas, desapariciones de vehículos (que después resultaban ser cosa de la grúa o de un robo)... Pero algunos eran más creíbles: un buzón que salía disparado como un cohete hacia el cielo; un gato que salía a zarpazos de una tumba; otra aparición del Resurreccionista... en Iowa.

—Entonces eres un tío de los que dosifican la información —comentó Sloane mientras dejaba el periódico. Tenía los dedos manchados de tinta. La luz de las letras del titular empezaba a difuminarse, aunque ella seguía viendo puntitos—. ¿Cómo sé que me estás contando lo suficiente?

Nero suspiró.

—Sé que te debo, que os debo a todos, una disculpa. No basta con eso, pero... todo lo que diga para enfatizar lo desesperados que estamos desde la muerte del Elegido se queda corto. Fue como... si el mundo acabara.

Sloane recordaba todas las noches que ellos cinco habían pensado que el mundo se acababa. Había vivido unas cuantas. La noche después de que

Albie y ella regresaran de su encierro fue la peor, con los dos en el hospital, y Matt dando vueltas por el pasillo entre sus habitaciones, incapaz de dormir. Dos días antes le habían diagnosticado el cáncer a la madre de Esther. Así que habían llevado a Sloane en silla de ruedas a la habitación de Albie y todos se habían emborrachado.

La sensación era lo que mejor recordaba. El agotamiento y la necesidad acuciante de escapar, como si luchara por librarse de una camisa de fuerza. Tenía que existir un modo de salir de allí, una opción que todavía no se les hubiese ocurrido...

Jamás habían considerado la posibilidad de una dimensión paralela. Sin embargo, de haberlo hecho, seguro que en aquel estado febril Sloane habría sido capaz de secuestrar a alguien para salvar el mundo.

—Este Resurreccionista, ¿es poderoso?

Nero asintió y dijo:

—Cualquiera puede usar un sifón y hacer algo, pero hay una amplia variedad de niveles de habilidad. Digo habilidad, aunque en realidad tiene poco que ver con ella. Quizá sea más adecuado hablar de talento. Los sifones de muñeca son los más sencillos. Los de cuello son caros y requieren una afinidad natural. Los demás indican un alto nivel de aptitud mágica innata. Oreja, ojo, boca. Pecho. —Se encogió de hombros—. Te los puedes poner prácticamente en cualquier parte, aunque algunos son ilegales por el tipo de magia que producen.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, pues... Se dice que si le colocas uno en la columna a alguien puedes someterlo a tu control. Y en la entrepierna provocan deformidades horribles.

Sloane esbozó una mueca.

—La gente es capaz de ponerse cualquier cosa ahí abajo, ¿verdad?

Nero asintió con aire sabio, aunque sonreía.

—En cualquier caso —siguió explicando—, los sifones son difíciles de dominar, y la mayor parte de la gente es incapaz de llevar más de dos a la vez sin entrar en coma. El Resurreccionista lleva cinco.

Sloane dejó escapar un silbido por lo bajo.

—Su capacidad innata unida a su naturaleza es una combinación... catastrófica —añadió Nero en tono lúgubre.

—¿Qué sabéis sobre su naturaleza? —preguntó Sloane, que percibía un cambio en el humor de Nero.

El hombre guardó silencio. El sol ya estaba bastante por encima del borde de los tragaluces, se derramaba sobre las pilas y brillaba entre los libros. Llegaba incluso a la habitación trasera en la que se encontraban, rodeados de periódicos.

—Mi hermana ayudaba al Elegido —dijo Nero—. Una noche se la... llevaron. La torturaron. Y dejaron su cuerpo flotando sobre este edificio. Tardamos días en averiguar cómo bajarla para poder darle sepultura.

Sloane recordaba el día que les habían llevado el cadáver de su hermano. En un ataúd estándar del Gobierno. No cabía en ninguna habitación de la casa, así que lo habían metido en el garaje para que pasara allí la noche anterior al funeral. Sloane había entrado en el garaje cuando su madre se quedó dormida para sentarse al lado de su hermano. Aunque pareciera una tontería, no quería dejarlo solo. Sabía que su hermano ya no estaba allí, que, fuera lo que fuera lo que hubiera dentro del ataúd, no era más que carne podrida y huesos. Sin embargo, se quedó con él de todos modos. Nadie debería estar solo en la muerte.

—Lo siento —le dijo a Nero.

—Se llamaba Claudia. Como ya habrás visto, los nombres de la antigua Roma ganaron popularidad hace unos cuarenta años.

—Me lo estaba preguntando. Poca gente asocia cosas positivas con el nombre de Nero.

—A mi madre le gustaba cómo sonaba. —Esbozó una leve sonrisa que le marcó un profundo surco en la mejilla—. No me gusta hablar sobre mi hermana, pero pensé que debías saber por qué os hemos abducido. O, en concreto, por qué colaboré yo en vuestra abducción.

—Bueno, gracias.

Aelia pedirá mi cabeza.

—Parece un poco molesta contigo.

—Me culpa por haber invocado a tres salvadores en vez de a uno.

Aunque no ha sido solo cosa mía.

—¿Qué tipo de sifón sirve para abrir un portal a otra dimensión? — preguntó Sloane.

—Adivina.

—Sifón de culo.

Nero resopló.

—No, en realidad no es una parte del cuerpo. Se necesita a varias personas reunidas alrededor de un enorme sifón construido en el suelo llamado sifón fortis. Hay algunos de tamaño considerable en las ciudades refugio, pero los únicos que pueden presumir de ser lo bastante grandes son tres: el que está aquí, en el Salón de Invocaciones, uno en Los Ángeles y otro en Maine.

—¿En... Maine?

Nero sonrió.

—Una de las universidades mágicas de mayor prestigio se encuentra en Maine, justo en la costa. Es un lugar muy bonito. Aunque caro. —Se miró la muñeca, la que no estaba cubierta por el sifón, para consultar la hora—. Vamos. Seguro que te apetece ducharte y cambiarte de ropa. Y puede que desayunar.

Caminaron juntos hasta el ascensor y regresaron al pasillo de los Elegidos justo cuando Matt y Esther despertaban.

Chicago Post

EMPIEZA LA BÚSQUEDA DEL “ELEGIDO” POR TODO EL PAÍS

Lucia Arras (del archivo, 11 de agosto de 2009)

CHICAGO, 11 DE AGOSTO: Cuando el mes pasado se filtró a la prensa la existencia de una profecía apocalíptica verificada, el miedo y el caos camparon a sus anchas. Sin embargo, había un rayo de esperanza: se rumoreaba la existencia de un “Elegido” que quizá fuera capaz de detener en seco la destrucción anunciada en la profecía. Una fuente anónima dentro del Consejo de Cordus ha revelado que la rama “mágica” del Gobierno iniciará en los próximos días una búsqueda intensiva de dicho individuo.

“Los criterios indicados en la profecía son bastante específicos —nos cuenta la fuente—. Estamos buscando entre unos niños concretos, sobre todo aquellos con unas capacidades mágicas avanzadas”.

Los grupos religiosos del país están divididos con respecto a la profecía del fin del mundo; algunos denuncian que se trata de una falsa enseñanza o una herejía, mientras que otros afirman que se trata de un mensaje divino. Los habitantes de las ciudades refugio, que prohíben la práctica de la magia, han iniciado protestas contra el Gobierno por investigar los historiales de los niños con el objetivo de localizar y perfeccionar su talento mágico. Aducen que va en contra de las leyes sobre el derecho a la intimidad y contra la separación entre Iglesia y Estado.

El Consejo de Cordus no ha querido realizar declaraciones sobre esta historia y tampoco ha emitido ningún comunicado oficial ni sobre el Elegido ni sobre la profecía. No obstante, en el pasado el consejo ha reconocido la existencia de algunas expresiones únicas de la habilidad mágica entre la población, entre ellas “demostraciones de poder bruto (es decir, sin sifón), como telequinesis, la creación de portales de corta distancia, telepatía y

dotes adivinatorias”.

TOP SECRET



PROYECTO DELFOS, SUBPROYECTO 17

FRAGMENTO del informe oficial de [REDACTED], nombre en clave Merlín:

Empezaré aclarando que estoy escribiendo este informe una semana después de los hechos, tras verificar que el sujeto [REDACTED], nombre en clave Mago, es, efectivamente, el sujeto más probable de la Profecía del Fin del Mundo de Sibila, la «última esperanza para Genetrix», aquel al que comúnmente se refiere como «el Elegido». No me cabe duda de que, por este motivo, este relato adolecerá de un sesgo innegable, puesto que soy incapaz de distanciarme de lo que ahora sé. Por otro lado, intentaré ser lo más objetivo posible.

Mis primeras impresiones de Mago proceden de su historial, que examiné antes de entrar en la sala de interrogatorios. Allí había una lista de los hechos habituales: su nombre, [REDACTED]; su edad, diez años; color de pelo,

██████████; color de ojos, ██████████; lugar de nacimiento, ██████████. Cuando abrí la puerta, estaba sentado con las manos sobre el regazo y movía las piernas, que le colgaban de la silla. Altura media para su edad pero algo flaco, como si hubiera sufrido alguna carencia alimentaria, aunque también podría tratarse de su constitución natural.

No experimenté ninguna de las señales mencionadas por otros al ver por primera vez a nuestro Elegido: ni cosquilleo ni satisfacción existencial ni luces cegadoras ni coros de ángeles ni el impulso de postrarme ante él. Esos informes me parecen ridículos, ya que convierten la reunión con Mago en una experiencia religiosa, cuando no es más que un encuentro con un niño que posee una habilidad mágica innata.

—Hola —lo saludé, y me senté al otro lado de la mesa. Alguien le había dejado el juego de desarrollo mágico Interceptación de la Percepción. Puede programarse para un jugador, y así lo habían hecho para Mago. Por lo que vi, ni lo había tocado. Se había limitado a sentarse en la sala vacía durante casi una hora.

—¿No querías jugar? —le pregunté.

Mago negó con la cabeza.

—Vale —le dije—. ¿Qué has estado haciendo aquí?

—Observar —contestó.

—¿Observar?

—Sí, las... cuerdas —explicó mientras agitaba los dedos—. Si me concentro, puedo verlas.

—Cuerdas —repetí—. ¿Qué aspecto tienen?

—Son como cuando ves el sol a través de la niebla. En rayos. Brillantes, un poco borrosos.

—Y ¿siempre has podido verlas?

Mago entornó los ojos.

—Crees que estoy loco, ¿verdad?

—No. Creo que puede que estés describiendo una experiencia con la magia de la que todavía no sabemos nada. La magia es nueva para nosotros y estamos empezando a comprenderla. Así que tiendo a creerte.

—Oh. —A Mago se le iluminó la cara al oírlo, pero, un segundo después, se desinfló—. Mi madre y mi padre me dijeron que no hablara de ello.

—Creo que tu madre y tu padre estaban intentando mantenerte a salvo. Porque hay gente que se enfada cuando escuchan cosas que no entienden.

Lo cierto es que era una pena ver lo deprisa que lo había aceptado, saber lo jóvenes que somos cuando aprendemos esas lecciones.

—¿Puedes contarme más sobre lo que ves? ¿Desde cuándo puedes verlas?

Se rebulló en el asiento.

—¿Hace mucho tiempo? —insistí.

—Desde que recuerdo. Pero no siempre, solo cuando lo intento con ganas.

—Bueno, eso tiene sentido —le dije—. Cuando hablamos de una obra mágica, a menudo usamos la palabra «intención», que es como tener un objetivo o un propósito. La magia no funciona sin intención. Así que cuando te concentras en las cuerdas, como las llamas, tu intención es verlas. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Has intentado tocarlas?

Se encogió de hombros, pero ni siquiera a los niños más astutos se les da bien guardar secretos. Me resultaba evidente que había experimentado con su habilidad única. Y, como uno de los principales criterios de la profecía de Sibila era que el Elegido tuviera una habilidad mágica desconocida hasta entonces en Genetrix, tenía que insistir en el tema.

-¿Me lo enseñas? -le pregunté.

Mago asintió. Bajó la mirada para contemplar la mesa. Respiró hondo lentamente, cogiendo aire y expulsándolo por la nariz. Estaba claro que había dedicado gran parte de su tiempo libre a perfeccionar aquel truco, porque ya tenía un proceso para ello, a pesar de tratarse de un crío de tan solo diez años. Siguió respirando a un ritmo constante hasta que en sus ojos apareció una especie de energía, como si acabara de descubrir la respuesta a un problema complicado.

Alargó la mano izquierda... y pellizcó algo.

En cuanto a lo sucedido después, pueden consultar la grabación de vídeo para comprenderlo mejor. La gravedad quedó anulada, de modo que todo lo que contenía la habitación (yo incluido) empezó a flotar. La silla en la que estaba sentado rebotó en el techo. Recuerdo bien que una de las piezas del juego de Interceptación de la Percepción, un ojo de cristal, me pasó flotando junto a la cara.

Sin embargo, sentado en una silla que seguía pegada al suelo, como si nada, estaba el joven al que llegamos a conocer como el Elegido.

TOP SECRET

Poco después de que Sloane regresara de la biblioteca, una joven llamada Cyrielle llamó a la puerta y se presentó como la ayudante de Aelia. Iba vestida de morado de pies a cabeza, salvo por el brillo plateado de su sifón de cuello, que Sloane ya sabía reconocer como un símbolo de estatus. Se trataba de un sencillo aro con una sarta de cuentas moradas en la parte de atrás.

Sloane se pasó el resto de la mañana recibiendo paquetes de Cyrielle: comida, champú, jabón, una anticuada navaja de barbero, una pila de ropa y unos cuantos pares de zapatos. Para cuando terminó de vestirse (con un suéter negro de cuello alto cuyas mangas acababan a la altura de la muñeca y unos pantalones sueltos, también negros) y de comer, era casi mediodía, y Cyrielle los reunió a todos y los llevó al Salón de Invocaciones para lo que ella llamaba «orientación».

Sloane le echó un vistazo a Esther y gruñó. Como imaginaba, se había adaptado de inmediato a la extravagante moda de Genetrix. Iba vestida con varias capas de rosa palo, crema y beis. Sus zapatos, también beis, acababan en una afilada punta. Su rostro había recuperado el esplendor de antes: se había espolvoreado la piel con maquillaje suelto, llevaba los labios pintados de color vino y la raya del ojo le llegaba hasta las sienes.

—Tan mona y sin público —dijo Esther, y suspiró.

—Estamos nosotros —comentó Sloane.

—¡Me refería a Insta!! —dijo Esther—. Vosotros no contáis.

Matt caminaba al lado de Cyrielle y sonreía mientras le hacía preguntas. No había optado por la capa teatral ni por el voluminoso cuello que les habían visto la noche anterior a los hombres de Genetrix, pero sí se había echado la chaqueta sobre los anchos hombros, y estaba claro que Cyrielle lo aprobaba, a juzgar por sus miraditas.

En cuanto a Sloane, Matt ni la había mirado. Se sentía como si su interior se hubiera endurecido hasta convertirse en un apretado nudo muscular. Esther tampoco le había hecho mucho caso. Era como si reconociera a Sloane pero no recordara de qué.

Por otro lado, sabía enfrentarse a aquel tipo de situaciones, solo era cuestión de conocer los procedimientos correctos. Había aprendido a desaparecer después de que Cameron muriera y su madre se enterrara en la cama y no volviera a salir. Te enfrentas a ello igual que te enfrentas al frío cuando no tienes la chaqueta adecuada: dejas que el frío te atravesara y se te meta en los huesos hasta que ya no lo sientes.

El Salón de Invocaciones era grandísimo y estaba vacío. Las paredes, círculos concéntricos de piedra, subían en curva hasta llegar a un óculo cubierto en el punto más alto de su techo abovedado. La luz del sol entraba a través del cristal de colores y proyectaba círculos azules y verdes sobre una pared del fondo, en la que había una puerta oxidada.

Justo debajo del óculo, empotrada en el suelo, se hallaba una placa metálica parecida a una tapa de alcantarilla, solo que más grande, de unos dos metros de diámetro. Estaba decorada con florituras, grabados que se entrelazaban como parras. Sloane recordó lo que había dicho Nero sobre el sifón fortis de Chicago. Tenía que ser eso. La habitación tenía algo extraño, como si el aire estuviera demasiado cerca.

Cuando entraron, Aelia estaba usando su sifón y un silbato para guiar una gran mesa de piedra hasta el centro de la habitación. Nero estaba a su lado y le enseñaba una página de un libro tan grande que apenas le cabía en la curva del brazo.

—Ah —dijo Aelia después de dejar la mesa en su sitio—. Gracias, Cyrielle. Buenos días a los demás. No puedo quedarme mucho rato, pero me he pasado por aquí para asegurarme de que los alojamientos os hayan resultado satisfactorios.

—Bueno, cuesta estar satisfecha cuando te meten en una celda, pero sí, gracias —respondió Sloane—. Las almohadas son estupendas.

Esther la miró de soslayo, como hacía a menudo. Entonces pareció percatarse de que ya no podía hacerlo y se colocó de modo que no pudiera verle la cara.

Sloane dejó que el gesto pasara a través de ella. Pronto ni siquiera lo sentiría.

Aelia frunció los labios.

—Bueno, como ya habréis observado, resulta esencial que seáis capaces de hacer pequeñas obras con un sifón para manejaros por el edificio y, más adelante, llevar a cabo vuestra misión. Por lo tanto, Nero os enseñará a usar los sifones antes de dar el siguiente paso. Nero...

—En realidad, antes de comenzar, me gustaría hacer una petición —la interrumpió Matt.

Aelia apretó los labios como si notara un sabor agrio en la boca.

—¿Sí?

—Quiero saber más sobre la conexión entre nuestros universos —dijo Matt. Sloane les había contado lo del artículo encontrado en la biblioteca, y todos habían estado de acuerdo en que, por el momento, bastaba para confiar en lo que Nero y Aelia les habían contado, aunque no lo suficiente como para arriesgar la vida—. Todo lo que sepáis, básicamente.

—Además —añadió Esther—, que nadie se ofenda, pero si no existe una conexión, pensaremos que nos estáis mintiendo para que arriesguemos el pellejo por unas personas y un lugar que no conocemos. Y, por mi parte, ya he arriesgado mi pellejo de sobra para lo que me queda de vida.

—No sé bien cómo demostraros lo que sabemos sobre la conexión —respondió Aelia—. Al menos, no antes de que adquiráis unos conocimientos bastante avanzados de magia.

—Bueno, más te vale encontrar un modo —repuso Matt, sonriente.

Aelia lanzó una mirada a Nero, que se aclaró la garganta.

—Me dedicaré a ello —dijo Nero—. Mientras tanto, puede que estéis interesados en aprender unas cuantas técnicas de sifón para poder moveros a placer por el edificio, ¿no?

—¿Qué me dices de fuera del edificio? —preguntó Sloane—. ¿O nuestra correa no llega tan lejos?

Aelia no se dejaba provocar.

—En estos momentos consideramos que no es seguro que abandonéis el edificio. No sabéis nada de nuestro mundo y desconocéis el uso de los sifones...

—Pero, cuando aprendamos más, seguro que cambiará vuestra política al respecto —dijo Matt.

Sloane se tapó la boca para ocultar la sonrisa. Aelia le recordaba a un juguete de cuerda muy tenso: cada exigencia que le planteaban le daba otra vuelta a la llave.

—Lo evaluaremos a medida que se desarrolle la situación —contestó—. Os dejo en las capaces manos de Nero y Cyrielle.

Aelia se colocó bien la tela de su tieso cuello, sonrió con los labios apretados y salió del Salón de Invocaciones. Oyeron el taconeo de sus zapatos hasta que se alejó lo suficiente. Cyrielle se acercó a la caja que había sobre la mesa de piedra y empezó a sacar su contenido: una hilera de dispositivos de mano que parecían grabadoras, como las que Sloane había visto usar a los periodistas en las entrevistas. Colocó un sifón al lado de cada uno de ellos y procedió a encenderlos. Una pantallita se iluminó de verde en lo alto de los dispositivos, justo debajo de lo que parecía ser un micrófono.

—Bueno, ¿empezamos? —preguntó Nero mientras juntaba las manos ante él—. El objetivo de la reunión de hoy es controlar algo muy sencillo, algo que enseñamos a los niños de Genetrix: lo llamamos el aliento mágico. Pero para poder hacerlo tenéis que conocer los elementos básicos que conforman una obra, que es como llamamos a cualquier acto mágico, por pequeño que sea.

—¿Como... un hechizo? —preguntó Esther.

—No se necesitan encantamientos, así que no creo que la comparación sea precisa. Lo que se necesita es el sonido. Si la energía mágica es como el agua, ciertas frecuencias son como canales en la piedra que proporcionan caminos para obras concretas. Y, para encontrar las frecuencias correctas, nos ayudaremos de esto. —Recogió uno de los dispositivos de la mesa—. Su nombre formal dentro de la comunidad mágica es precontógrafo, aunque no es más que un osciloscopio modificado: mide las frecuencias con su micrófono. Un precontógrafo sofisticado puede configurarse para indicar en qué categoría de obra entra tu frecuencia.

—¿Significa eso que... los hombres y las mujeres suelen hacer distintos tipos de obras? —preguntó Matt—. Porque las voces de los hombres normalmente son más graves, ¿no?

—Sí..., si el sonido procede de la voz —respondió Nero, sonriente—. Existe una gran variedad de instrumentos pequeños que pueden emplearse para producir una amplia gama de frecuencias. Y aunque algunos prefieren que sus obras sean bastante musicales, incluso alguien con un oído horrible para la música (o que ni siquiera oiga) puede producir sonido en la frecuencia correcta.

—Es un alivio —dijo Esther—, porque me han dicho que cuando canto sueno como un gato ahogado.

—De todos modos, existe un número limitado de obras que se pueden realizar con la voz humana —explicó Nero—. Sin embargo, el aliento mágico es una de ellas, por eso resulta ideal para los niños. Por desgracia, la frecuencia es algo aguda para los hombres adultos —dijo, y miró a Matt—. Ciento setenta megahercios. Tengo un silbato, por si no puedes.

—Mi falsete no está nada mal —respondió Matt.

—Excelente. Bueno, en primer lugar, que cada uno coja un osciloscopio, e intentaremos encontrar la frecuencia correcta.

Sloane se acercó a la mesa con los demás para recoger los dispositivos. Al llegar, observó los sifones. Eran sencillos, de un metal negro y granulado, con una placa para el dorso de la mano y otra para la palma, como un guante sin dedos. Un sifón estándar, suponía, mientras que los de Nero y Cyrielle eran para los ricos. Llevaba un logo estampado en la parte

de atrás: una bestia con cabeza de pájaro y torso de hombre, y cola de serpiente en vez de patas. La cola estaba enrollada formando una A.

—Abraxas —dijo Nero cuando la vio observarlo—. Sus sifones son los de mayor calidad.

Sloane dio un paso atrás, osciloscopio en mano, y se colocó junto a los demás. Cyrielle cantó una nota. Su voz era firme, no especialmente bonita, aunque su sonido era continuo y fácil de imitar. Nero les hizo un gesto para que lo repitieran.

Sloane se ruborizó. Nunca había cantado delante de nadie, ni siquiera lo hacía en la ducha. No tenía oído, simplemente... no lo hacía.

Se acercó más el osciloscopio a la boca y canturreó. Una línea ondulada apareció en la pantalla del dispositivo, además del número ciento sesenta y cinco. Tardó unos cuantos intentos en dar con los ciento setenta megahercios justos, pero, una vez que encontró el tono, fue capaz de mantenerlos sin mucha dificultad. A su lado, Esther miraba con mala cara el osciloscopio y fruncía los labios para silbar. Matt, sin embargo, estaba cantando una «ah» como si calentara las cuerdas vocales. Sloane se preguntó si, de haber podido llevar una vida normal, Matt se hubiera unido a un coro.

Se le formó un nudo en el pecho al pensarlo.

—¡Bien! —exclamó Nero—. Ahora, los sifones. Ponéoslos en la mano dominante, pero no hagáis ningún sonido todavía.

Sloane notó el sifón frío y suelto en contacto con la piel. Cyrielle vio que le costaba ajustarlo y se acercó a ella para tirar de un cablecito que colgaba del espacio entre las placas. Al hacerlo, las placas se pegaron a la mano de Sloane, y Cyrielle sujetó el cable en un gancho para que no se moviese. Sloane flexionó los dedos. El sifón era más tosco que el de Nero, pero no resultaba incómodo, y el metal se calentaba deprisa, como un reloj.

—Os habréis percatado de que tanto Aelia como yo hacemos un gesto antes de una obra —dijo Nero—. En realidad el gesto no afecta a la obra en sí; es más bien para que la mente se dé cuenta de que intentáis hacer algo. Así que, con gesto o sin él, da igual: cualquier cosa que sirva para concentraros. Lo que llamamos aliento mágico es una nubecilla de aire que

el practicante emite mágicamente. Cuando os lo diga, haréis el sonido a la frecuencia correcta e intentaréis lograr ese concepto complicado y abstracto al que en el estudio de la magia nos referimos como «intención».

Miró a Sloane. Era la palabra que había usado el día anterior para explicarle por qué el sifón por sí mismo no era peligroso.

—La mayor parte de la teoría mágica se dedica a intentar explicar exactamente en qué consiste la intención —siguió Nero—. Pero existe un motivo para que sea más sencillo enseñarle magia a alguien que la lleva aprendiendo desde niño. Los niños no necesitan ni explicaciones ni detalles, a diferencia de los adultos. Simplemente, cuando quieren algo... lo hacen. Así que no os puedo explicar exactamente cómo tener la intención correcta; tendréis que averiguarlo vosotros. Cuanto menos lo penséis, mejor, a este nivel.

—Entonces, a Esther no le va a costar nada —comentó Matt.

—Haga usted el favor de cerrar la boca —contestó Esther.

Después levantó la mano en la que llevaba el sifón y silbó mientras la sacudía con un gesto de desdén. Se le agitó el pelo, y dio un paso atrás, con los ojos como platos. Un instante después, una sonrisa le ocupó media cara y dejó al descubierto una manchita de pintalabios en los dientes.

—¡Lo conseguí! —chilló.

Aquella sonrisa la rejuveneció varios años, así que a Sloane le dio la impresión de ver a la Esther que no había pasado por una guerra, la que no había luchado contra el Oscuro, la que no había estado cuidando de su madre enferma.

Matt chocó los cinco con ella, y Sloane, sin saber si su felicitación sería bienvenida, prefirió sonreír.

—Sí, bien hecho —dijo Nero—. Ahora, vosotros dos.

Sloane se miró la mano envuelta en el sifón. «No pienses», se dijo. Tarareó, y el osciloscopio marcó ciento setenta y cinco megahercios. Otro intento la llevó más cerca de su objetivo. «No pienses. Haz un gesto que te resulte natural». No estaba segura de qué gesto podría resultar natural con un guante metálico en la mano. Intentó dar un capirote con los dos primeros dedos. Le parecía bastante simple.

No sucedió nada.

Al otro lado de la habitación, Matt cantaba su «ah» y agitaba la mano en el aire como si dirigiera una orquesta. Se habría reído si su relación no se hubiera estropeado tanto. Los silbidos de Esther iban acompañados de un movimiento con el dedo, y sostenía el osciloscopio cerca de la cara para consultar su tono.

«No pienses», se regañó, y tarareó de nuevo. «Intención», se recordó. Bueno, quizá fuera ese el problema: no tenía ni idea de por qué iba a querer alguien conjurar mágicamente una nube de aire cuando lo más sencillo era hacerla con la boca.

Cerró los ojos e intentó pensar en cómo se había sentido al mirar el prototipo de ARIS dentro de la Cúpula, Aguja en mano. En aquel enorme hueco en su interior, en el hambre, tan esencial para su cuerpo como la necesidad de respirar o la atracción del sueño. Se concentró en aquella hambre sin saber siquiera qué era lo que ansiaba, teniendo en cuenta que todavía notaba el estómago lleno tras el desayuno. El deseo seguía siendo informe, pero lo sentía.

Siempre lo sentía.

Levantó la mano y tarareó. Y entonces lo sintió, por fin: el primer cosquilleo mágico que detectaba desde que estaba en Genetrix. Un segundo después era más que un cosquilleo; fue como si hubiera abierto la puerta un poco para ver quién llamaba y descubriera un infierno esperándola al otro lado. El fuego le consumía el cuerpo, hacía que le picaran los ojos, le abrasaba la garganta. Gritó y forcejeó para librarse, pero no logró pararlo.

No veía nada; el viento le había echado el pelo sobre los ojos y le había arrancado la ropa; el aire se arremolina a su alrededor, primero como una madeja de seda, después como cuerdas tensas que la ataban, que la alzaban...

Oyó un fuerte crujido. La ventana que cubría el óculo se había roto, y el cristal se derramaba como una cascada por el centro de la habitación. Alguien gritó:

—¡Slo!

Recibió un golpe en la cabeza, y el fuego se apagó. Sloane cayó de

espaldas y aterrizó con fuerza sobre las baldosas; cuando se golpeó la cabeza contra el suelo, esbozó una mueca. Esther, que había caído antes, se arrastró hacia ella; llevaba el pelo pegado al pintalabios. La luz entraba a raudales por el techo.

—¿Estás bien? —preguntó Esther mientras le metía la mano bajo la cabeza para palparle el cuero cabelludo—. Coño, Sloane, tú no haces nada a medias, ¿no?

—Essy. Slo va a potar.

Al menos tuvo la claridad mental suficiente para volver la cabeza a un lado y apartarse de Esther antes de hacerlo.

YA HAN LLEGADO LOS SIFONES DE CUELLO... PERO ¿A QUÉ PRECIO?

Corey Jones

MagiTech Mag, n.º 240

Desde que Abraxas (entonces con el nombre de su antigua empresa matriz, IBM) empezara a probar suerte con la fabricación de sifones en los EE. UU., durante la época de los setenta, ha dominado el mercado tecnológico de América del Norte. Este último lanzamiento, el primer sifón de cuello dirigido a consumidores, no es ninguna excepción. Sin embargo, su precio prohibitivo, más de cinco mil dólares por unidad, ha suscitado dudas sobre las prioridades de la compañía, que ha preferido dejar los esfuerzos por reducir costes a las empresas más pequeñas e inferiores, y centrarse exclusivamente en la innovación. Esa estrechez de miras parece haberles salido a cuenta. La presencia de Abraxas en el mercado nunca había sido mayor.

Los investigadores del Centro Cordus estiman que solo el veinte por ciento de la población posee las facultades mágicas necesarias para usar un sifón de cuello, así que el desarrollo del dispositivo ha sido objeto de controversia desde el inicio; parecía poco probable que fabricarlos pudiera reportarle beneficios a una compañía, ni grande ni pequeña. Pero el actual director ejecutivo de Abraxas, Valens Walker, insistía. “No tenemos que vender todos los sifones que produzcamos a todos los consumidores —dijo en una entrevista con el *New York Times* el invierno pasado—. Solo tenemos que vender los mejores disponibles”. Por ahora, lo están haciendo. En las reseñas de *MagiTech Mag*, los productos de Abraxas siempre han recibido las notas más altas en todas las categorías, mientras que otros competidores más cercanos como Trench, con su baratísimo sifón de muñeca como producto estrella, se quedan en el notable bajo.

Entonces, ¿qué pasa con el sifón de cuello de Abraxas? Bueno, me llegó en una

elegante caja dorada, así que está claro que Abraxas intenta aprovechar el atractivo de la exclusividad. El objeto en sí es cualquier cosa menos discreto. Se trata de una placa metálica sin soldaduras, de color cobre, con un diseño grabado en el frontal, a elegir entre tres: brocado floral, espiguilla o damasco. Tiene cinco centímetros de alto, así que no hay forma de esconderlo detrás de la ropa: este sifón está pensado para lucirlo y seguro que los diseñadores de moda se adaptarán creando ropa con escotes que dejen el cuello al descubierto, como cuando acortaron las mangas para adaptarse a la aparición de los sifones de muñeca.

El estilo es un poco exagerado para mi gusto, sinceramente, pero es ligero y ajustable, así que apenas me daba cuenta de que lo llevaba puesto. En cuanto al rendimiento..., bueno. Si alguna vez habéis intentado una obra de cuello, ya sabréis por qué los que pueden se limitan en exclusiva a este tipo de magia. Un sifón de cuello es ideal para los que tararean o cantan sus obras mágicas, al estar tan cerca de las cuerdas vocales; recoge las vibraciones de la piel, lo que significa que las obras pueden realizarse en silencio y con discreción; no anuncia tus intenciones con un silbido aparatoso, como ocurre con otros sifones. Y contar con un sifón de cuello amplía las opciones a tu alcance, claro. Las obras básicas se hacen sin esfuerzo: abrir puertas, encender velas, mover objetos... Y después probé unas cuantas más complejas fuera del aula. Usé un cronómetro para una obra que puso mi lápiz a dar vueltas, con la ayuda de un osciloscopio, en la intimidad de mi vivienda.

Es una de las desventajas: la necesidad del osciloscopio. Los sifones de cuello son más sensibles a pequeñas desviaciones de tono, así que es necesaria una precisión extrema y, a no ser que tengas un tono perfecto, necesitarás equipo adicional. Si quieres configurar un reloj indefinido, no te vas a librar de buscarte una estructura, pero gracias a la potencia de tus obras podrá ser más pequeña y consumir menos energía. Si estás haciendo una obra secuencial, no es necesario que te detengas entre cambios de tono, como ocurriría con un sifón de muñeca, aunque tendrás que hacer los cambios con decisión para conseguir los resultados esperados. Como con cualquier sifón nuevo, el Gobierno mantendrá vigilados a los nuevos compradores, así que no intentes aún levantar a tu propio ejército de muertos vivientes (es una broma, chicos, que con un Resurreccionista tenemos de sobra, ¿no?). Pero esta tecnología bien podría cambiar la magia para siempre.

El sifón de cuello 1.0 de Abraxas saldrá al mercado el viernes 3 de febrero.

Sloane se quedó dormida casi de inmediato después del incidente del Salón de Invocaciones y, cuando despertó, ya era el día siguiente, por la mañana.

Matt y Cyrielle la habían ayudado a regresar a su dormitorio. Ella había contado los pasos e intentado no pensar en la destrucción que había dejado atrás. Todos los sifones y osciloscopios estaban tirados por la sala. El óculo roto dejaba entrar el aire frío. Cristales azules y verdes repartidos por el suelo. La capa de Nero, que se había soltado de sus enganches, se agitaba con el viento sobre las baldosas. Las horquillas que sujetaban el pelo trenzado de Cyrielle también habían salido volando.

La sentaron en el colchón y, cuando Matt fue a buscarle un vaso de agua, Sloane miró a Cyrielle y le dijo:

—¿Qué quiere decir lo que ha pasado?

—No lo sé. Pero nadie ha salido herido. Lo intentarás de nuevo, aunque la próxima vez tomaremos... precauciones.

—No habrá una próxima vez —repuso Sloane, y se durmió sin subir los pies a la cama.

Ahora, despierta, no sabía qué hora era. Se sentía como si se hubiera emborrachado la noche anterior y tuviera que ir recordando poco a poco lo sucedido. Se sentó. Se pasó los dedos bajo los ojos. Se peinó el pelo con

ellos. Se alisó la ropa. Matt le había dejado un vaso de agua en la mesita blanca de noche, así que se lo bebió de un trago y buscó sus zapatos por la habitación. Alguien se los había quitado para dejarlos junto a la puerta.

Se los puso, se ató bien los cordones y se asomó al pasillo por si había alguien despierto. Las puertas de Matt y Esther estaban cerradas, y las luces, apagadas. Seguían dormidos. Si salía un rato, nadie se daría cuenta.

Aelia no quería que salieran del edificio, así que, como es natural, eso era justo lo que había decidido hacer Sloane.

Sabía que Nero contaba con alguna forma de vigilarlos, pero no sabía cuál era. Como no podía llamar al ascensor, decidió arriesgarse de nuevo con las escaleras. Si no podía contar con el sigilo, tendría que optar por la velocidad. Llegó al final del pasillo, desde donde veía la puerta de la escalera, y corrió. Empujó la puerta y bajó los escalones de tres en tres y luego, cuando empezó a espabilarse, de cuatro en cuatro.

Llevaba un tiempo sin correr, así que los latidos del corazón y el dolor de las extremidades fueron una agradable distracción para no pensar en todo lo que había sucedido. Estaba deseando sentir el aire frío y la solidez de la acera bajo las suelas de las botas. Cuando llegó a la planta baja, se fijó en la salida de emergencia, pero el cartel de SONARÁ LA ALARMA la disuadió. Se decidió por otra puerta que daba al vestíbulo.

Había pasado por allí unas cuantas veces, con los demás. Se trataba de un espacio abierto que, con tanta decoración (barroca, creyó reconocer), los arcos arbotantes (góticos) y los toques geométricos dorados (*art déco*), parecía el sagrario de una iglesia. Las pesadas puertas de madera que conducían al exterior no hacían más que reforzar la sensación. Cameron lo habría aprobado. Se fue derecha hacia las puertas sin que, por el momento, se interpusiera ningún obstáculo en su camino...

—Sloane.

Un hombre al que no reconocía se interpuso en su camino. Militar, a juzgar por su impecable postura, sus considerables músculos y... claro, el uniforme. Pantalones azul marino, de *sport*, metidos en las botas. Camisa gris de manga larga, con las mangas subidas hasta los codos. En la pechera, a la derecha, llevaba bordado el mismo símbolo que lucían en un broche las

personas que los habían recibido a la orilla del río.

Consideró la posibilidad de salir corriendo hacia las puertas, pero decidió que no era el momento para un acto tan desesperado; al menos, todavía no. Simplemente procuró no dejarse intimidar.

—Mira, cuanto más os empeñéis en mantenerme aquí encerrada, más me esforzaré por salir. Así que ¿por qué no nos saltamos la escalada de las hostilidades?

—Vale. ¿Y si te digo que mi trabajo no consiste en evitar que salgas sino en acompañarte para asegurarme de que no te metas en líos?

Sloane miró por las ventanas que daban a la calle, aunque las gruesas ondas que recorrían el cristal entorpecían la vista. Casi notaba el sabor del aire que procedía del lago Michigan.

—Debería añadir que si no accedes a permitirme hacer mi trabajo, nos veremos envueltos en un buen alboroto seguido de tediosas discusiones — dijo el hombre.

—De acuerdo, vale.

—Me llamo Kyros —se presentó, y le ofreció una mano para que se la estrechase. Sloane se fijó en que su apretón era firme. No se sorprendió—. Soy el capitán del nuevo Ejército Titilante. Aunque eso no te dirá mucho.

Llevaba un sifón de muñeca más sencillo que los que había visto hasta el momento, nada más que placas de metal pulido sobre el dorso y la palma de la mano, aunque con los dedos libres. El logotipo del sifón que había usado el día anterior (la criatura con cabeza de pájaro, torso de hombre y cola de serpiente) estaba grabado en una de las placas.

—Ejército mágico —dijo Sloane—. Hasta ahí llego. ¿Por qué es nuevo?

—Al anterior lo masacró el Resurreccionista —contestó él—. ¿Adónde quieres ir?

«Supongo que vamos a pasar por alto lo de la masacre, ¿no?», pensó Sloane.

—Al lago —contestó.

La zona del lago siempre había sido su ancla; si se perdía, solo tenía que encontrarlo para saber dónde estaba el este. Era capaz de recitar los nombres de las calles paralelas: Lake Shore, Columbus, Michigan, Wabash,

State, Dearborn, Clark, LaSalle, hasta llegar al río. Ir allí, al agua, quizá la ayudara a encontrar la estabilidad, incluso en Genetrix.

Kyros movió el índice hacia las puertas dobles, que se abrieron. Ella se percató de que ejercía un control impresionante: las puertas se abrieron lo justo, en vez de estrellarse contra la pared, como le había sucedido a Aelia. En cualquier caso, parecía un uso muy frívolo de la magia.

—Solo para que lo sepas, soy capaz de abrir la puerta yo sola.

—Mis disculpas. Es un reflejo.

«Un mundo de magia al alcance de la mano —pensó Sloane—, y lo usáis para abrir puertas».

En el exterior, siguieron el ritmo de las personas que caminaban por las aceras. Se fijó en sus zapatos (estaban de moda los acabados en punta con suelas duras, que hacían mucho ruido, casi como zapatos de claqué) y en los pliegues de las telas alrededor de cuellos y hombros, lo que permitía lucir los sifones de esa zona; las amplias mangas que acababan a mitad del antebrazo hacían lo propio con los sifones de muñeca; las intrincadas trenzas dejaban al aire los enjovados sifones de oreja, que parecían los más recargados. Al otro lado de la calle la reconfortó encontrar el Daley Center, un mazacote de edificio que, evidentemente, había sobrevivido a la separación de sus dos universos. Sin embargo, donde en su casa habría visto una estructura alta y moderna con ventanas azul pálido, allí había un grupo de capiteles de piedra compacta y ornamentada que le recordaban a la Sagrada Familia de Barcelona.

Aquel recuerdo dolía un poco. Una vez, Cameron se había llevado a casa un libro de arquitectura de la biblioteca, y debía de habersele olvidado devolverlo, porque Sloane lo encontró en su dormitorio después de su muerte. Había doblado las esquinas de sus edificios favoritos. La Sagrada Familia era uno de ellos.

—Entonces, este Resurreccionista, si lo veo..., y suponiendo que lo reconozca cuando lo vea..., ¿qué tengo que hacer?

—Lo que tienes que hacer es aprender maniobras de defensa básicas con tu sifón. Hay un escudo que resulta fácil de aprender y parece servir para ganar tiempo. Evita que realice su obra favorita.

—¿Cuál es?

—Colapsa los pulmones, neumotórax —respondió Kyros con la misma franqueza con la que le había contado lo de la masacre del ejército—. Cuesta volver a llenarlos de aire antes de que la persona se asfixie, y no puede hacerlo sola porque es incapaz de emitir sonidos.

Sloane reprimió un escalofrío.

—Vale, pues escudo.

—Ven, te lo enseñaré —le dijo él.

Le puso una mano en el codo y la condujo a un callejón repleto de cajas de cartón y bolsas de basura. Habría protestado de no tener tantas ganas de ver el escudo. Kyros alargó el brazo a la altura del hombro, con la palma de la mano hacia Sloane, y silbó entre los dientes en un tono tan agudo que ella se tapó las orejas. Se estaba preguntando cómo era posible que ese sonido brotara de su garganta cuando se fijó en que tenía algo en la boca. ¿Un diente falso? ¿Un *piercing*? No lo distinguía bien.

Fuera lo que fuera, con aquel silbido el aire se volvió más denso, como cuando hay una fuga de gas en una estufa. Sloane vio el aire ondularse con cada aliento de Kyros.

Alargó una mano para tocarlo, casi sin pensar, como la niña que llevaba dentro, siempre ansiosa por experimentar el mundo a través del tacto. Era viscoso, sedoso, como agua estancada.

—No lo detendrá, pero lo retrasará —dijo Kyros, aunque su voz sonaba ahogada al otro lado de la barrera.

—Qué lástima que los sifones se me den de puta pena —respondió ella.

—Entonces deberías perseverar para no se te den «de puta pena» —dijo Kyros sin vacilar—. O te pondrás a ti y a todos los que te rodean en peligro, sobre todo si insistes en abandonar la seguridad del Centro Cordus tú sola.

—Vale, entendido.

Le dio la sensación de que no le caía demasiado bien al capitán.

Kyros, serio, deshizo el escudo, y siguieron andando.

Pasaron junto a algunos negocios que le resultaron familiares: panaderías, tiendas de sándwiches, pizzerías... No se dio cuenta de que estaba buscando un Starbucks hasta que pasaron junto a una cafetería con

un toldo azul. Pero no era un Starbucks: se llamaba Jack's Magic Beans, como las habichuelas mágicas del cuento, y, efectivamente, el logo era la silueta blanca de un tallo que desaparecía dentro de una nube.

En el cruce de Randolph con State se percató de que la señal que daba paso libre a los peatones no era la del hombrecillo iluminado de blanco a la que estaba acostumbrada, sino una pieza de metal que se abría cada vez que cambiaba el semáforo y dejaba ver una serie de círculos solapados. La de no pasar era un único círculo. ¿Cómo se verían por la noche?

Al llegar a Michigan Avenue, Sloane echó la cabeza atrás para buscar el edificio negro que se encontraba en la curva de Lake Shore Drive, pero no lo encontró. En su lugar había una ancha torre de cristal con un agujero en el centro; y, flotando en el centro del agujero, con espacio por todas partes, vio una esfera del mismo cristal y el mismo metal que el resto del edificio.

—¿Cómo...? —Se sentía rara, como si ya no se encontrara dentro de su cuerpo—. ¿Cómo...?

—Ah, eso. No sé bien cómo funciona —respondió Kyros, que parecía divertirse—. Con magia, evidentemente, pero desconozco los detalles.

—¿No es una ilusión?

—No. ¿Quieres entrar?

Sloane negó con la cabeza. No, no quería meterse dentro de una enorme esfera de cristal flotante. Se llevó una mano a la dolorida sien. Al otro lado de la calle vio algo que le resultaba familiar, el Chicago Cultural Center. Se fue directa hacia él sin tan siquiera mirar primero el semáforo para asegurarse de que podía pasar. Era demasiado, estaba sucediendo demasiado deprisa. Necesitaba sentarse y respirar.

Kyros corrió detrás de ella por la calle hasta llegar a los escalones de piedra. El centro cultural era viejo (y en ese momento empezó a comprender que eso significaba que ambos universos lo tenían en común), un edificio neoclásico con una hilera de arcos coronada por una fila de columnas, como las capas de una tarta. Sin embargo, era el interior lo que lo convertía en uno de sus lugares favoritos, con las cúpulas de vidrieras Tiffany y la preciosa luz del sol que se colaba a través de ellas. Eso y la eterna tranquilidad que se respiraba.

Justo a la entrada vio un banco de frío mármol y se sentó para apoyar la cabeza en las manos. Kyros se sentó a su lado (no demasiado cerca, por suerte, o podría haberle pegado un puñetazo) y guardó silencio mientras ella respiraba profundamente por la nariz.

—Es mucho —dijo ella tras calmarse.

—No me cabe duda.

—¿Te importaría que subiera ahí...? —le preguntó Sloane mientras señalaba la escalera que llevaba a la cúpula de cristal. Solo veía un pedacito desde donde estaba, un brillo verde, pero prometía transmitirle confianza y, si Kyros lo permitía, soledad—. ¿Yo sola? Necesito unos minutos.

Kyros la observó con los ojos entornados.

—Te prometo que no me largaré —dijo ella.

—De acuerdo. Pero iré a echarte un vistazo cuando pasen unos minutos.

Sloane se levantó, ya más firme. Subió los escalones y se detuvo en uno de los rellanos para leer la cita de Bacon: «Ese es el verdadero fin del conocimiento: usar la razón que Dios nos ha dado en beneficio de la humanidad». Estaba incrustada con diminutos azulejos en el mosaico que cubría cada pared, enmarcada por dibujos amarillos y azules, espirales y diamantes, y envuelta en cintas.

Cuando dobló la esquina, vio la bóveda Tiffany iluminada por la luz del sol. Las paredes que se curvaban hasta llegar a ella estaban decoradas con teselas de formas orgánicas, enredaderas que se entrelazaban, de color verde intenso. La bóveda en sí era más sencilla, se dividía en secciones rectangulares que encogían al acercarse al centro. Dentro de cada rectángulo, el cristal estaba dispuesto en pequeños semicírculos azules y verdes, como las escamas de un pez, y en el centro se veían los símbolos de los signos del zodiaco. Sobre aquel espacio colgaba una lámpara de araña que reflejaba la forma y los dibujos de la bóveda.

Frente a ella había tres lienzos colgados de la pared del fondo. Los de ambos lados no se distinguían desde lejos, como los de Rothko; eran enormes y parecían vacíos. El del centro mostraba toques de luz, como algo que se abría para revelar un interior luminoso. Se acercó más para ver la etiqueta pegada a la pared, cerca de los cuadros, y se encontró justo debajo

de la lámpara.

Entonces, algo la agarró por el tobillo con dedos rígidos y fríos, y le tiró del pie hacia el techo. Sloane jadeó cuando su cuerpo acabó bocabajo, y recordó a la adolescente que había flotado hasta las nubes en el vídeo que les había enseñado HenderCho, y las paredes empezaron a dar vueltas a su alrededor; o, mejor dicho, era ella la que daba vueltas, guiada por la mano que le rodeaba el tobillo, la mano que parecía no existir. Se le bajaba la ropa, pero sin llegar a caer del todo. También le flotaba el pelo alrededor, como si estuviera en una piscina en vez de colgando del aire y mirando el suelo como si fuera el techo.

«Tranquila», se obligó a pensar; era su reacción por defecto cuando le entraba el pánico. Porque la tranquilidad la había ayudado a escapar del Oscuro con Albie; la tranquilidad la había ayudado a escapar de la muerte montones de veces. Apretó la mandíbula y se quedó quieta, dejándose mecer, como un adorno de Navidad que alguien acaba de colgar de una rama del árbol. Se le ocurrió que quizá pudiera zafarse si movía la pierna, pero entonces caería de cabeza al duro suelo, que se encontraba casi dos metros más abajo. Se quedó mirando su tobillo cautivo como si la fuerza invisible que lo sujetaba pudiera hablarle y decirle lo que debía hacer.

—Hola —la saludó una voz desde abajo.

Dio un respingo y miró hacia arriba. O, mejor dicho, hacia abajo.

Todavía daba vueltas, pero el rostro del hombre estaba justo debajo del suyo, separado por unos cuantos centímetros (debía de estar a más distancia del suelo de la que parecía, porque el hombre parecía ser muy alto), así que era como el centro de un molinillo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Su voz era grave pero curiosamente musical para un rostro tan serio. Era pálido, con una nariz que podría describirse educadamente como «pronunciada», y unos ojos oscuros que no apartó de los suyos desde el instante en que ella lo miró. Tanta concentración le resultaba inquietante.

—¿Qué coño es esto? —le preguntó Sloane.

Él esbozó una sonrisita.

—Una broma de los irrealistas, creo. Venga, dame la mano y te sacaré

de la trampa.

Lo que menos le apetecía en el mundo era darle la mano a un desconocido de una dimensión paralela, pero no veía otra alternativa. Subió la mano (la bajó) y se la apretó con fuerza. Él levantó la otra mano, que estaba envuelta en un sifón negro que parecía un guante sin puntas de los dedos. Como todos los sifones que había visto hasta el momento, era metálico, aunque en algún momento había estado pintado de verde. La pintura se descascarillaba por los bordes, y tenía roces y arañazos por todas partes. Se veían tornillos en los bordes y unas bisagras visibles de distintos colores metálicos, lo que indicaba que se había reparado más de una vez.

Tarareó con un ruido tan gutural que no le habría extrañado sentirlo vibrar en los dedos. Notó que desaparecía la tensión alrededor del tobillo, como una cuerda al romperse. El hombre mantuvo la mano estirada y siguió con el sonido, aunque cambió algo el tono. La pierna de Sloane empezó a bajar poco a poco, y el cuerpo se le enderezó al mismo ritmo. No tardó en encontrarse frente a él, todavía de la mano, hasta que ambos se dieron cuenta de que ya no era necesario.

Una vez en el suelo, vio que el desconocido era una cabeza más alto que ella, lo cual no era poco, puesto que ella ya era alta de por sí. Y vestía colores oscuros y apagados, gris, azul marino y negro, con aquella extraña tela sobre los hombros, como una capucha. La llevaba enganchada en los hombros no con los enganches dorados de Aelia y sus compañeros, sino con lo que parecía ser un perno de buen tamaño. Sloane esbozó una débil sonrisa al verlo. Casi parecía una broma, como si pretendiera burlarse de la gente que la había llevado a Genetrix.

—Gracias —le dijo—. ¿Has dicho que era una... broma?

—Sí, el colectivo de artistas irrealistas lleva un par de meses colocando trampas por toda la ciudad. Cepos, los llaman. Leí su manifiesto el otro día; alguien empapeló un tren entero con ellos.

Estaba a punto de preguntarle qué eran los irrealistas, pero entonces recordó que debía pasar desapercibida y se tragó la pregunta.

—¿Qué decía? —preguntó, ya que le pareció más seguro.

—Afirman que la introducción de la magia nos ha alejado de lo práctico

y, por tanto, de la realidad en sí. Y se cuestionan si existe lo real cuando la mitad de lo que antes considerábamos real ahora se ha vuelto del revés. De ahí la inversión de la gravedad que acabas de experimentar.

A Sloane le parecía que no iban desencaminados. La gravedad era una ley, y la magia la ponía del revés. La desmontaba. ¿Qué más desmontaba la magia?

El tiempo. El espacio. Dimensiones enteras, quizá.

—Bueno, interesante o no, los odio.

Él se rio. Toda la cara se le arrugaba cuando reía y, al abrir la boca, le vio una hilera de dientes un poco torcidos.

—Son un incordio, pero inofensivos, casi siempre —le explicó al tiempo que le miraba las manos—. ¿No tienes sifón? Una elección audaz.

—Me lo están reparando —mintió, procurando no vacilar. Era la que peor mentía de los Elegidos; hasta Albie era más convincente que ella. Sin embargo, había practicado tanto últimamente que empezaba a mejorar—. Es una porquería —añadió, por aportar autenticidad.

—Como el mío —respondió él mientras agitaba los dedos—. Conozco a alguien que hace reparaciones baratas.

Los dos guardaron silencio. Sloane sabía que debía acabar ya con la conversación, darle las gracias y bajar la escalera para regresar con Kyros, pero hacía mucho tiempo que no charlaba con alguien que no supiera quién era ni lo que era. Una vida entera, de hecho. No quería parar.

—Entonces, ¿te gustan los cuadros? —le preguntó el hombre señalando los tres lienzos.

Ella se acercó más y leyó la placa de la pared: «*Tenebris*, Charlotte Lake, 2001».

—Oí hablar a la artista anoche. Decía que la gente da por hecho que se trata de una vista del *USS Tenebris* antes del incidente, pero en realidad están pintados desde la perspectiva de la magia, mirando a través del velo a las luces del *Tenebris*.

Sloane no sabía qué decir. No sabía lo que era el *USS Tenebris* (aparte de un buque de la Armada, claro) ni a qué incidente se refería, pero le resultaba familiar.

—No se me da bien el arte —repuso—. No he podido dedicarle mucho tiempo.

—¿Y a qué lo has dedicado?

Se lo pensó un momento y después contestó con la sombra de una sonrisa.

—Al caos.

Se rio un poco, pero el hombre la miró a los ojos un momento, como si supiera que no bromeaba.

—Me llamo Mox —se presentó, y le ofreció la mano del sifón.

—Sloane —respondió ella, y estrechó el metal. Era frío al tacto—. Entonces, imagino que estás interesado en el arte.

—No demasiado. Reparo y personalizo sifones, siempre que no sean de Abraxas, así que he venido para entregarle un producto terminado a un amigo.

—Ah, así que el que hacía reparaciones baratas eras tú.

—El mismo.

—Bueno, puede que te busque si mi técnico hace una chapuza.

Por primera vez en mucho tiempo, Sloane se sentía ella misma. No era una Elegida, ni el chucho callejero de Bert, ni tampoco Sloane Andrews, la superamargada a la que un periodista del *Trilby* quería follarse porque la odiaba. Y, en cuanto recuperó un poquito de sí misma, deseó desesperadamente recuperar el resto.

—Será mejor que me vaya —dijo.

No quería que llegara Kyros y estropeará el momento.

—Bueno, si quieres hacer algo después, a veces trabajo algún turno en un bar de Printer's Row. The Tankard.

—The Tankard, ¿eh? Veré si puedo escaparme.

Ella sonrió. Él sonrió. Y Sloane empezó a bajar la escalera.

Sin embargo, no pudo evitar volver la vista atrás cuando llegó al primer rellano. Mox seguía donde lo había dejado, mirando fijamente la bóveda de vidrio Tiffany, con el rostro aún más pálido a causa de la luz.

TOP SECRET



MEMORANDO PARA: AUDITORES

A LA ATENCIÓN DE: DIVISIÓN DE FINANZAS

ASUNTO: Proyecto Delfos, subproyecto 17

Por la autoridad recogida en el memorando del director de Inteligencia Central al Departamento de Supervisión Mágica, con fecha 9 de marzo de 2004, sobre el asunto del Proyecto Delfos, se aprueba el subproyecto 17, nombre en clave Titilante. A fin de cubrir los gastos del subproyecto, se destina una partida de 1 000 000,00 \$ procedentes de los fondos generales del Proyecto Delfos. Titilante se define como una pequeña fuerza militar creada para servir y proteger a la valiosa entidad conocida como Mago hasta que esta cumpla las predicciones dictadas por [REDACTED], nombre clave Sibila.

Fatima Harrak

Directora de Seguridad

Departamento de Supervisión Mágica

TOP SECRET

—¿El incidente del *Tenebris*? —Kyros frunció el ceño y le sujetó la puerta al salir del centro cultural—. ¿Nadie te ha contado todavía lo del Incidente Tenebris?

—¿Deberían?

—Bueno, es el acontecimiento fundacional de la edad moderna —respondió Kyros—. Veamos... Sucedió en 1969. El *USS Tenebris* era un buque de la Armada que debía evaluar cómo respondía un misil balístico a las intensas presiones del abismo de Challenger.

Sloane esperó a que cambiara el semáforo.

—Es la parte más profunda del océano, ¿no?

—Es la parte más profunda de la fosa de las Marianas, que a su vez es la zona más profunda del océano. Querían demostrar su fuerza naval después de la Segunda Guerra Mundial. Debido a un pequeño fallo en el funcionamiento del equipo, el sumergible para aguas profundas del *Tenebris* tuvo que posarse en un punto muy precario del abismo de Challenger. La extensión rocosa en la que se colocó acabó por desmoronarse y dejó al descubierto una parte todavía más profunda que después se conocería como la garganta de Tenebris. Nadie sabe con certeza qué sucedió, pero el misil balístico que iban a analizar se disparó contra la garganta, y los hombres del

sumergible del *Tenebris* acabaron enterrados vivos. Después de eso, la magia se extendió por el mundo, a veces con... resultados catastróficos.

Las aceras estaban más concurridas que antes y eran más ruidosas. Se oían por todas partes, y en todo tipo de tonos, silbidos, tarareos y vocales cantadas. La mayoría de las obras, por lo que veía Sloane, eran pequeñas y prácticas: un fogonazo de luz para llamar a un taxi, una llamita para encender un cigarrillo, una burbuja protectora para evitar que se derramase el café. Un grupo de adolescentes estaban sentados a las puertas del Jack's Magic Beans con los dedos meñiques entrelazados y tarareando al unísono, como si se tratara de una sesión espiritista. Después se quitaron los abrigos, así que la obra era para darse calor.

—¿Qué resultados catastróficos? —preguntó Sloane sin dejar de observar a los adolescentes.

Una de las chicas usaba su sifón para disparar pompas de jabón con la punta del dedo a uno de los chicos. Él silbó e hizo un gesto con el dedo, como si fuera a pinchar una de las pompas. En vez de eso, la burbuja se solidificó y brilló como el cristal.

—El primer incidente conocido —siguió explicando Kyros— fue el avistamiento del leviatán, pero podría tratarse de un informe falso. Todo el mundo cree que ve monstruos. Después tuvimos la Perturbación de Graves: la gravedad falló por encima de la garganta, y un gigantesco barco de pesca se alejó flotando por los aires, junto con un montón de agua y, según algunos testigos, una ballena barbada.

—¿Una ballena?

—Evidentemente. Las tormentas eléctricas provocaban cortes de electricidad en regiones enteras; en toda Inglaterra, de hecho. Otra dejó a todo el estado de Florida sin electricidad durante dos semanas. Algunas zonas del océano hirvieron y mataron a toda la vida marina; la limpieza posterior fue bastante desagradable, aunque me contaron que así se descubrieron algunas exquisiteces culinarias. Y también tuvimos una plaga que mató a una octava parte de la población mundial.

La Cima estaba al otro lado de la calle y, desde aquel ángulo, veía el edificio interior, con su Salón de Invocaciones, asomándose por los puntos

en que los muros exteriores eran lo bastante bajos como para dejarlo al descubierto. No había nada cohesivo en su diseño; era como si hubieran metido unas cuantas docenas de ideas en una batidora y las hubieran sacado de allí sin triturar del todo.

—Kyros, ¿alguna vez te han comentado algo sobre tu forma de hablar de las catástrofes?

—No, ¿por qué?

—Por nada.

Cyrielle estaba en medio del vestíbulo. Iba toda vestida de azul: pintalabios azul, una pluma azul en el pelo, pantalones estrechos azules y una blusa vaporosa de cuello alto y color azul. Se había puesto un sifón de mano con delicadas cadenas de oro que le cruzaban los nudillos y se enrollaban en un grueso brazalete que le rodeaba la muñeca. No parecía contenta.

—Te estábamos buscando.

—He salido a dar un paseo —contestó Sloane—. Kyros ha tenido la amabilidad de acompañarme.

—De todos modos, deberías informar a alguien antes de...

—No sabía que necesitara permiso para salir del edificio.

—El tema no es el permiso —insistió Cyrielle—. Si no te importa ni mi reacción ni la de Nero ni la de Aelia, al menos podrías pensar en tus amigos, que no tenían ni idea de lo que te había pasado.

Sloane no sabía qué decir.

—Te estás perdiendo otra sesión de entrenamiento. Vamos.

Kyros hizo un gesto con la cabeza para animarla a marcharse, y ella siguió a Cyrielle sin mucho entusiasmo. Al parecer, necesitaba por lo menos aprender a conjurar un escudo.

—Sloane, te lo digo de corazón, ¿qué coño te pasa? —le soltó Esther en cuanto entró en la habitación en la que entrenaban.

Según le había explicado Cyrielle durante el camino, el Salón de Invocaciones estaba cerrado por reparaciones después del «numerito» de

Sloane; así llamaba Cyrielle a lo sucedido el día anterior. Se habían trasladado a una habitación vacía de la cuarta planta de la Cima que solía usarse como espacio de reunión para los estudiantes. No había ventanas y los muebles (unos cuantos sofás desvencijados) estaban pegados a las paredes, de modo que contaban para sus prácticas con una zona despejada de suelo de madera desgastado.

Matt ni siquiera la miró cuando entraron; se limitó a seguir tarareando con su osciloscopio.

—Lo siento —dijo ella, un tanto desamparada—. Es que...

—Da igual —la interrumpió Esther alzando su mano con sifón—. Ponte a trabajar de una vez.

Sloane cogió el sifón que le ofrecía Cyrielle, decidida a hacer algo útil aquella sesión. Tiró de la cuerda con los dientes y flexionó los dedos.

Por desgracia, decisión e intención no parecían ser lo mismo, porque lo único que logró durante las dos horas siguientes fue tararear de forma constante a ciento setenta megahercios. Mientras tanto, Esther había averiguado cómo modular la fuerza de su aliento mágico, Matt era lo bastante preciso como para llenar un globo con una sucesión de alientos y Nero les había dado permiso a los dos para pasar a otra cosa. Cuando Cyrielle, que trabajaba solo con Sloane, dio por terminada la sesión, parecía dispuesta a lanzar el sifón (o a Sloane) contra una pared.

Después, Sloane regresó a su habitación y se dejó caer en la cama; le palpitaba la cabeza. Era imposible «dejar de pensar tanto», como le había pedido Cyrielle, cuando tenía que pensar en no hacer trizas a sus amigos con la magia y, a la vez, temía que el Resurreccionista la asfixiara si no aprendía más deprisa.

Esther llamó a la puerta y se quedó apoyada en la jamba, con los brazos cruzados. Había adoptado la gruesa línea del ojo que se llevaba en Genetrix. Saber adaptarse era una de sus cualidades.

—De acuerdo —dijo—. Eres una capulla egoísta y, al parecer, has matado gente.

Sloane la miró. No sabía bien qué responder.

—He supuesto que era mejor dejarlo todo claro —siguió diciendo

Esther—. Mientras tú te ibas de paseo esta mañana y todos los demás se preocupaban por ti, yo he aceptado tu muerte segura y he bajado a la biblioteca a buscar algunos nombres.

—Has aceptado mi muerte muy deprisa.

—Estaba cabreada contigo —respondió ella mientras se tiraba de una cutícula—. El caso es que le he pedido a la bibliotecaria que buscara nuestros nombres, solo por asegurarme de que no existieran versiones paralelas de nosotros corriendo por ahí fuera. Gracias a Dios que no ha encontrado nada; si no, es posible que hubiera perdido el último tornillo que me queda.

Sloane estaba tan ocupada procesando los otros aspectos de ocupar un universo paralelo que no se había parado a pensar en AlternaSloan. Ni en sus padres paralelos. «Paralelopadres», pensó, y era el típico chiste que le habría contado a Albie, el único que aceptaba sus juegos de palabras con suma paciencia.

Pero Albie estaba muerto.

Sloane se sentó y procuró no pensar en eso.

—Creo que los universos se separaron en 1969. Lo que significa que nuestros padres estarán vivos en este.

—Es lo siguiente que he probado, evidentemente. ¿Sabías que la internet de aquí no es más que un catálogo de fichas con pretensiones? Susan, la bibliotecaria, me lo ha descrito. En fin, que costaría muchísimo averiguar si mis padres o los de Matt siguen sanos y salvos, ya que viven en otros estados.

—Y ¿mi madre?

—He pensado que es asunto tuyo, no sabía si querías encontrarla o no. Pero he buscado a Bert.

Sloane se debatía entre la esperanza y la burla. Leer las cartas que Bert había escrito a sus superiores sobre ella había agriado el cariño que sentía por él. Sin embargo, había sido mejor padre que los biológicos, y su muerte, pocos meses antes de la derrota del Oscuro, la había destrozado.

—Bert Paralelo vive en Chicago, en Hyde Park. Recuerdo haber oído decir a nuestro Bert que tenía una tía aquí. Al parecer, vive en su antigua

casa, si el archivo público es preciso.

Sloane se levantó. No se había molestado en quitarse las botas antes de echarse en la cama.

—Bueno, ¿vamos o qué?

Esther se acercó a la mesita de noche de Sloane y cogió el libro que había empezado a leer: *La manifestación de deseos imposibles*. La cubierta era blanca con el boceto de un sifón de muñeca en negro. Lo hojeó demasiado deprisa para ver de verdad las páginas.

—Matt piensa que es una tontería.

—Matt no tiene por qué venir —respondió Sloane, y se encogió de hombros—. ¿No quieres saber cómo es?

—Sí, pero... —Esther se mordió un labio—. No sé. No tiene nada que ver con nuestro Bert, salvo la misma combinación de genes.

—Eso ya es algo.

Esther dejó el libro.

—Entonces debemos tener muy claro que no es la misma persona que conocíamos. Sin expectativas. ¿Crees que es posible?

—Claro que sí —respondió Sloane, a pesar de no estar nada segura—. Essy, si nuestras identidades paralelas son similares, eso significa que el Resurreccionista podría ser una versión paralela del Oscuro. Lo que significa que ya sabemos más que nadie sobre él. Así que esto es un experimento importante. Siempre es mejor contar con toda la información posible.

—Cuanto mayor me hago, menos me lo creo.

—Pero vamos a ir, ¿no?

—Sí, vamos a ir.

TOP SECRET



PROYECTO DELFOS, SUBPROYECTO 17

ASUNTO: Transcripción de la reunión informativa con el miembro del Consejo de Cordus [REDACTED], nombre clave Merlín, testigo del Incidente Destructivo.

AGENTE L: ¿Puedo traerle algo, señor? ¿Más agua?

MERLÍN: No... No, gracias. Tengo suficiente.

AGENTE L: ¿Puede decir su nombre en voz alta, para que conste?

[Silencio].

AGENTE L: ¿Señor? ¿Su nombre?

MERLÍN: Ah, sí. Me llamo [REDACTED], pero en el proyecto se me conoce como Merlín.

AGENTE L: Gracias. Hoy estamos aquí para un relato oficial de lo que vio la noche del 2 de julio de 2006. Hoy es 3 de julio de 2006, para que conste en acta que estos recuerdos

son recientes y, por tanto, menos susceptibles a manipulación. Usaremos una obra para compartir memoria, una técnica en la que Merlín es experto. Señor, ¿qué frecuencia necesita que use?

MERLÍN: 65,4 MHz.

AGENTE L: Antes de empezar, ¿me podría describir la técnica que va a usar?

MERLÍN: Sí. Esta obra es magia mental e implica una alteración menor de la consciencia, en la que compartiremos temporalmente lo que se denomina un ojo mental. Yo suministraré el recuerdo del... incidente a nuestro ojo mental compartido. Y usted describirá lo que vea, para que conste en acta. Formará la conexión a 65,4 MHz con su silbato portátil, y yo la mantendré a 63,2 MHz mientras describe las imágenes, para lo que usaré un implante dental.

AGENTE L: Gracias. ¿Empiezo?

[Tono grave].

[Se le une un segundo tono grave].

AGENTE L: Estoy en un despacho y miro por la ventana. El exterior está oscuro, aunque reconozco un par de edificios por sus luces. El ayuntamiento, lo sé por sus columnas. Si tuviera que aventurar un lugar, diría que estoy en la Cima... digo, en el Centro Cordus para la Innovación y la Enseñanza Mágicas Avanzadas. Hay un vaso de whiskey en la mesa, frente a mí, encima de una pila de libros viejos. Hay muchos libros amontonados por todas partes, en realidad.

Alguien llama a la puerta. Me vuelvo y silbo mientras muevo los dedos. Las puertas se abren y el hombre entra corriendo. Va vestido con ropa militar, la que usamos para dormir. Está sin aliento, demasiado agitado para hablar. Le hace un gesto a Merlín para que lo siga, y Merlín lo hace. Suben al ascensor y bajan a la quinta planta. En la Cima todos la llaman la Planta Elegida, porque allí vive el Elegido y entrena su ejército. Casi nadie puede entrar

en la planta, así que no la había visto hasta ahora; este hombre tiene que escanear su placa para que el ascensor se mueva.

[Sigue el tono grave].

El ascensor se abre a un pasillo vacío. Noto algo raro, por la razón que sea. El aire está cargado, como cuando hay demasiada gente en un mismo sitio, salvo que aquí no se ve a nadie.

«Me toca patrulla nocturna. He subido, he oído algo... - El soldado se ha recuperado lo suficiente como para explicar la situación-. He visto... No sabía a quién llamar...».

«Has hecho lo correcto -le respondo. Le responde Merlín, quiero decir-. ¿Qué ha pasado».

«El ejército..., lo hemos perdido».

Llegan al final del pasillo, donde hay dos puertas con barras antipánico. Sobre ellas, una señal que dice que se trata de la zona de entrenamiento. Deja que Merlín las abra. El suelo es blando, como el de un gimnasio. También chirría bajo los zapatos, como si fuera de goma. Pero está oscuro, a pesar de las luces de emergencia, así que no veo nada más que formas oscuras, pequeños bultos en el suelo. Quizá parezca como si..., parece como si alguien hubiera sacado unas cuantas colchonetas y se hubiera olvidado de guardarlas. Merlín silba y agita la mano del sifón. Todas las luces se encienden a la vez. Brillan tanto que se protege los ojos un segundo, y...

[Sigue el tono grave].

... Ojalá hubiera seguido protegiéndolos.

[Sigue el tono grave].

Están todos tirados en el suelo, con la ropa de entrenamiento. Camisetas blancas y pantalones grises. Cada uno ha caído en una posición distinta, algunos de espaldas, otros bocabajo, algunos de lado, con los brazos bajo ellos y las piernas retorcidas, como si hubieran estado corriendo y tropezaran antes de morir. Tienen los ojos abiertos. Nadie te dice que a veces la gente muere con los ojos abiertos. Alguien se los tiene que cerrar, salvo que aquí nadie lo ha hecho. Así que esas miradas me

persiguen por todas partes, miradas vacías. También tienen la boca abierta, la baba caída. Joder. Es...

Queda uno vivo. Se está poniendo de pie en el centro de la habitación. No es un militar, va vestido con ropa civil. Es alto. Muy alto. De esos tíos con los que es mejor no meterse. Nos ve, y no puedo distinguirlo bien la cara porque el pelo le cae sobre ella, y entonces levanta la mano, se oye un sonido y hay luz... Y duele, Dios, el sonido es tan fuerte que retrocedo y me protejo la cabeza. Se acaba en un segundo, por suerte, y parpadeo deprisa para recuperar la vista, aunque las manchas de luz tardan un minuto en desaparecer.

El soldado que me ha llevado hasta allí está tirado en el suelo. Me agacho a su lado, le sacudo el hombro. No se mueve. No se mueve... Está muerto, y el hombre alto se ha ido, y me he quedado solo con los muertos.

[El tono grave cesa].

AGENTE L: ¿Quién era? ¿Lo sabe?

MERLÍN: Sibila dijo que habría otro. Un Ser Oscuro capaz de acabar con el mundo, igual que el Elegido podría salvarlo. Creo que por fin lo hemos conocido.

TOP SECRET

Una hora después, Esther y Sloane se metieron en un taxi con Kyros y otro soldado, una mujer de pecho generoso llamada Edda. A través de las gotas de lluvia, Sloane observó el Merchandise Mart, ancho y achaparrado, iluminado desde abajo. Unos segundos antes de recordar dónde estaba, se sintió en casa, en el coche con Matt, de camino a un restaurante para sentarse en uno de los bancos del fondo, donde nadie los reconociera. Se comerían un filete, beberían una copa de vino. Se contarían las historias que ya habían vivido juntos. Aquella vez que fueron a una vieja granja en la que creían que se escondía el Oscuro, y solo encontraron a una anciana con rulos en el pelo y una escopeta apoyada en la cadera. Aquella vez que le echaron a Bert azúcar en el salero, y él fingió que le gustaba el sabor para no darles esa satisfacción. Aquella vez...

—Matt se va a cabrear —dijo Esther.

—Le hemos dejado una nota.

—Sí, seguro que eso lo arregla todo.

—Échame la culpa a mí. Ya me odia.

—Sí. —Esther suspiró y se echó hacia atrás—. Te aseguraste de que lo hiciera, ¿eh?

El taxi era del tamaño de un barco pequeño, cuadrado, con un adorno

con forma de disco en el capó. A Sloane le parecía un platillo volante, pero Kyros había empezado a charlar con el chófer sobre los mejores lanzadores de peso en cuanto se sentó. Al parecer, en Genetrix había aumentado el interés por el atletismo en los últimos diez años. Había eclipsado al béisbol.

—¿Me estás diciendo que aquí solo hay un equipo de béisbol? —Sloane no se hacía a la idea—. ¿Cómo los llamáis, los Cubsox?

—Chicago Cornhuskers —respondió Edda.

—¿Cornhuskers, como los que deshojan el maíz?

Sloane no era capaz de imaginarse la ciudad sin su rivalidad entre los dos equipos, por no hablar de una ciudad que animaba a un equipo cuya mascota era una mazorca.

—Sloane, si a ti ni siquiera te gusta el béisbol —le dijo Esther.

—Vivir en Chicago significa que te gusta el béisbol por poderes.

—Tenemos que diseñar un plan —repuso Esther, impaciente—. No podemos aparecer en la puerta de ese tío y soltarle que venimos de... — Bajó la voz mientras miraba hacia el espejo retrovisor para asegurarse de que el conductor seguía hablando con Kyros—. Una dimensión paralela.

Bajaron en punto muerto por Lake Shore Drive. El lago Michigan era del color del acero y se veía revuelto: se estrellaba contra la pared que lo separaba de la calle. Esther tamborileaba con los dedos sobre la rodilla. Se había hecho la manicura para el funeral de Albie, pero el esmalte se le empezaba a descascarillar.

—Podríamos decir que es algo militar —dijo Sloane mientras miraba la placa del Ejército Titilante en la chaqueta de Edda—. ¿Decir que es alto secreto o algo así?

—Claro, eso no suena en absoluto ridículo —repuso Esther, exasperada.

—¿No conocíais a ese hombre? —intervino Edda—. Pues dadle una razón personal en vez de oficial.

—Lo conocemos y no lo conocemos —respondió Sloane—. Pero supongo que podríamos intentar usar la información que tenemos sobre él anterior al probable punto de divergencia entre universos. Así que... antes de 1969.

—Se casó cuando tenía dieciocho años —dijo Esther—. Tenía un

hermano mayor que se ahogó a los dieciséis. Nació en Idaho...

Siguieron recopilando todo lo que sabían sobre los primeros años de Bert mientras el taxi pasaba junto al Museo de Ciencia e Industria, con su cúpula verde y sus majestuosas columnas sobre un terreno impoluto, igual que en la Tierra. Más allá había varios edificios de ladrillo rojo con aceras cuarteadas delante de ellos, largos edificios bajos municipales con bloques de cristal, árboles con ramas peladas que se retorcían entre los cables de la luz... Todo ello le resultaba familiar. Sin embargo, de vez en cuando pasaban junto a algo que nunca habría visto en casa: un piquete a las puertas de una tienda de sifones, cuyos integrantes enarbolaban pancartas que decían: MAGIA PARA TODOS y ABRAXAS: ENEMIGO DE LOS POBRES. E incluso: MI MADRE VENDIÓ UN RIÑÓN PARA COMPRAR UN SIFÓN DE ABRAXAS. Un restaurante de comida rápida con ventanilla para los coches que parecía ser un Howard Johnson's, una cadena que había desaparecido tiempo atrás en su mundo. Un instituto llamado Instituto Timuel Black para la Teoría y la Práctica de la Magia.

Giraron en la Cincuenta y siete para llegar a una calle lateral repleta de viviendas, y el taxi se detuvo junto a una vieja casa estilo Craftsman con los números 5730 pintados sobre la puerta principal. Esther y Sloane la contemplaron mientras Kyros pagaba al conductor con lo que parecían ser dos monedas de veinte dólares. Sloane se había fijado en que la gente emitía una especie de tintineo al caminar y muchas personas llevaban saquitos colgando de los cinturones, pero hasta ese momento no lo había relacionado con las monedas.

Salieron del coche, y el taxi se alejó. Sloane examinó la vieja casa, que era gris con ribetes blancos y la pintura pelada, y tenía un césped verde apagado salpicado de escarcha.

—Será mejor que os quedéis aquí —les dijo Esther a Kyros y Edda.

Kyros no parecía demasiado convencido.

—Si sucede algo, chillaré como si me mataran y entráis corriendo, ¿qué os parece? —dijo Sloane.

—No es más que un anciano —dijo Esther, más tranquilizadora.

—Vale —respondió Kyros.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Sloane, que se obligó a seguir a Esther por el camino de entrada. Había una colección de gnomos de jardín alrededor de uno de los maceteros de piedra, cada uno de ellos con su respectivo sombrero rojo.

—Bueno, tú eres su sobrina, por parte de la hermana de su mujer —dijo Esther—. Estoy segura al noventa por ciento de que se llamaba Shauna.

—Eso o un nombre polaco que ninguna de las dos es capaz de pronunciar —contestó Sloane, y llegaron a la puerta.

«Tengo una sobrina de tu edad —le había dicho Bert en una ocasión—. Llevo años sin verla».

Recordaba con claridad a Bert saliendo de su Honda Accord junto a la casa de su madre, vestido con un traje que no era de su talla. Pantalones grises, zapatos negros, corbata azul. El pelo corto pero no demasiado, ni rubio ni castaño del todo, y los ojos de un tono avellana intermedio. Tenía un aspecto tan común que apenas era capaz de describirlo cuando se fue. Lo único destacable sobre él era que uno de los ojos le lagrimeaba y se lo secaba con un pañuelo doblado cada pocos minutos.

Evan Kowalczyk de Genetrix tenía un pañuelo sobre el ojo cuando abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó, y a Sloane se le formó un nudo en la garganta. Era incapaz de hablar. Su voz era la misma, quizá un poco más monótona.

—Sentimos molestarlo —dijo Esther mientras le daba un codazo en el costado a Sloane.

—¡Ah! Sí. —Se aclaró la garganta—. Soy... la hija de la hermana de su mujer. Su... sobrina. Shauna.

—Shauna. —Evan se rascó detrás de una oreja con una mano mientras se guardaba el pañuelo en el bolsillo con la otra—. Hace mucho tiempo que no nos veíamos, ¿no? Desde que tenías unos once años.

—Doce, creo —respondió Sloane en un tono que le salió natural—. Estoy de visita en la ciudad, viendo facultades. De posgrado. Esther me está ayudando a decidirme. Y me acordé de que vivías aquí, así que...

—Así que nos hemos pasado a saludar —intervino Esther—. Si no está ocupado.

Evan guardó silencio un momento antes de responder.

—Tengo tiempo para tomar un café, si os apetece.

—¡Perfecto! —exclamó Esther, sonriente.

—Sí, café. Suena bien —añadió Sloane.

Esther le echó una mirada que decía tan claramente como si lo hubiera pronunciado en voz alta: «¿Por qué te comportas como un robot?».

El hombre se apartó para dejarlas entrar. El vestíbulo estaba abarrotado y tenía el tamaño justo para que cupieran los tres, si se pegaban mucho. Siguieron el crujido de las pisadas de Bert (no, de Evan) por el suelo de madera oscura hasta llegar al salón. En la chimenea ardía un fuego, y un disco daba vueltas en un tocadiscos cercano: los rasgueos de guitarra y la voz aguda y tensa del *Harvest Moon*, de Neil Young.

Sloane recordaba haber entrado en el Honda Accord beis de Bert, de esos con los faros que salían del capó del coche al encenderlos, para que la llevara a las instalaciones de entrenamiento donde conocería a los otros Elegidos. Había preguntado por la música, y él le había indicado la guantera, donde había tres CD de Neil Young, dos de Neil Diamond y uno de Phil Collins. «¿Existe algún tío blanco más aburrido que tú?», le había preguntado ella.

Miró a Esther, que se había quedado sin expresión en el rostro y miraba el disco.

—No sé cómo has podido salir tan alta —comentó Evan, que la miraba con el ceño fruncido.

—Nosotros tampoco —respondió Sloane. Se esforzaba por recordar algo, lo que fuera, sobre la cuñada de Bert, su supuesta madre—. Algunos bromearon sobre el lechero, pero...

—Pero tienes los ojos de tu padre —añadió Evan—. Iré a por el café.

Sloane no se había sentido nunca tan agradecida por tener los ojos azules. Reprimió una risita histérica y se volvió hacia la estantería que había junto a la chimenea. El estante de arriba estaba repleto de antiguas novelas: *Moby Dick*, *Colmillo Blanco*, *El ruido y la furia*, *El guardián entre el centeno*... Era el programa entero de la clase de Introducción a la Literatura Estadounidense. A su lado estaban *De los vivos a los muertos*, y se veía

«Lee» en el lomo. Cuando lo sacó para ver la cubierta, leyó el nombre de Harper Lee.

La estantería de abajo era incluso más interesante. *Monstruos y locura en el folclore ruso, Objetos míticos de la antigua Grecia y la antigua Roma, El Arca de la Alianza: ¿Realidad o ficción?*

—¿Estudiabas para ser arqueólogo? —le preguntó Sloane desde el salón; en la cocina ya se oía el gruñido de la cafetera.

—No —respondió Evan desde allí—. Era una afición. Perdió su encanto cuando la magia se hizo realidad.

—¿Por qué? —preguntó ella, que se volvió para mirarlo entrar en el salón, con la mano todavía cerca del libro de folclore ruso.

—Supongo que todo ha perdido el misterio —respondió Evan, que llevaba la cafetera en una mano y tres tazas en la otra, con las asas enganchadas en los dedos.

Lo dejó todo sobre la mesita de café, encima de un libro sobre castillos que ya tenía la sobrecubierta marcada por los círculos de otras tazas.

—¿A qué se dedica, señor Kowalczyk? —le preguntó Esther.

—Trabajo para Correos —respondió mientras se sentaba—. ¿No te acuerdas, Shauna? Me enviabas cartas para Santa Claus cuando eras pequeña.

Sloane sonrió.

—Es verdad. Creía que conocías su dirección.

Evan le devolvió la sonrisa.

—Es raro que una niña comprenda lo útil que resulta tener buenos contactos.

Sloane se acercó a las fotografías colocadas sobre el estante de la chimenea. Su Bert había perdido a su mujer en un misterioso incidente (nunca les había concretado los detalles) que después lo motivó a unirse a ARIS en busca de explicaciones.

—No había visto nunca esta foto de Anna —dijo Sloane mientras cogía una imagen en la que aparecía un joven Evan Kowalczyk sentado junto a una mujer rolliza, Anna Kowalczyk, que llevaba el pelo recogido con un pañuelo y una labor de punto en el regazo. La viva imagen de la vida

doméstica.

—Ah, claro. La verdad es que no se me daba demasiado bien mandarle fotos a tu madre. —Evan apretó los labios—. Ni mantenerme en contacto.

—El contacto es cosa de dos —repuso Sloane con la esperanza de que fuera cierto.

—¿Cómo murió? —preguntó Esther.

Evan arqueó una ceja.

—¿No lo sabes? La mató el Resurreccionista.

Esther y Sloane se miraron. Sloane pensó en los escombros del escenario de la Sangría, una tumba de cadáveres y recuerdos que jamás se recuperarían.

—¿Como le va a tu madre? —le preguntó Evan—. Sé que el aniversario siempre le resultó doloroso.

—Ah, está bien. Mi padre la pone de los nervios, como siempre.

En su cabeza había sonado como un comentario seguro, pero le salió raro, como una nota discordante. Evan se quedó paralizado, con la taza en el regazo y la mirada clavada en ella. Sloane no se atrevió a apartar la vista.

—Quiero decir...

—Pete lleva diez años muerto. —Evan dejó la taza en la mesa; le temblaba la mano—. No eres Shauna, ¿verdad?

Se había quedado rígido. Sloane notó el latido de su corazón por todo el cuerpo: en el pecho, en los dedos, en la garganta, en las mejillas.

—Mierda —dijo Esther.

—No soy Shauna.

—¿Quién eres?

Evan se levantó y dio un paso hacia ella. Sloane retrocedió de espaldas hacia la puerta principal. Esther también estaba de pie y se acercaba poco a poco a la puerta.

—Alguien que sabe lo que podrías haber sido —respondió Sloane con frialdad—. Quedan muchos misterios en el mundo, Evan.

—¿Quién eres? —preguntó él de nuevo—. ¿Cómo me conoces?

A ella, de repente, le ardieron los ojos como si fuera a llorar. La violencia estalló en su interior, tan parecida a la quemazón de la magia en el

pecho que temió provocar otro vendaval como el que había destrozado el óculo del Salón de Invocaciones.

—¡El Resurreccionista mató a tu mujer, y aquí estás, repartiendo el correo, viviendo en la casa de tu tía muerta, como si no hubiera nada que vengar!

—¿Cómo sabes de quién es esta casa? —Evan se había quedado pálido. Parpadeó para librarse de una lágrima que le rodó por la mejilla, olvidado el pañuelo—. ¿Cómo sabes tanto sobre mí?

—Tiene unas habilidades... adivinatorias... latentes —dijo Esther mientras agarraba a Sloane del brazo—. También es un poco gilipollas, lo siento...

—Salid de aquí.

—¿Cómo puedes estar tan...? —empezó a decir Sloane, pero Esther ya la llevaba a rastras hacia la puerta principal.

Ella cedió y se dejó arrastrar al exterior; bajaron los escalones y llegaron a la acera. Oyó el portazo y el cerrojo al correrse. Esther les dijo algo a Kyros y Edda, que todavía esperaban fuera, pero Sloane no distinguió las palabras.

Se sentó en el hormigón e intentó respirar. Esther le apoyó una mano firme y cálida en la espalda. El sol ya se ponía, y con el atardecer apareció un viento brutal procedente del lago que se le clavaba como puñales en la piel.

Se quedaron inmóviles un buen rato hasta que a Sloane le ardieron las orejas por el frío y Esther empezó a temblar.

Por fin, Sloane le dijo a Esther:

—Yo de ti no leería los documentos de la Coordinadora de Información. Es mejor que no conozcas a ese Bert.

—Entonces, ¿por qué los leíste tú?

Sloane se encogió de hombros y echó la cabeza atrás para mirar el cielo. La luna se asomaba detrás de las nubes.

—Cuanta más información, mejor, ¿no? —Se rio—. Joder.

—Joder —coincidió Esther—. ¿Quieres tomarte algo en alguna parte?

—Sí —respondió. Dejó que la ayudara a levantarse y enganchó su codo

en el de Esther—. Conozco un sitio.

Esther se rio, y su refrescante voz rebotó por la calle vacía. Edda estaba de pie en la esquina, con la mano del sifón alzada mientras emitía una luz etérea. Llamaba un taxi.

—¡Estamos en un universo alternativo! —exclamó Esther—. ¿Cómo vas a conocer un sitio?

Sloane logró esbozar una sonrisa.

Se bajaron junto a The Tankard, que no tenía un cartel en condiciones, sino solo un neón rosa con forma de jarra de cerveza al otro lado de la ventana que daba a la calle. Por dentro parecía un *pub* inglés, con paneles de madera por todas partes, pegajoso pero cálido. Arqueó una ceja en dirección a Esther cuando entraron; el hombre sentado en un taburete junto a la puerta no estaba interesado en sus carnés de identidad. Sloane se pasó ambas manos por el pelo para quitárselo de la cara y buscar a Mox con la mirada.

—Parece el escenario de una película —dijo Esther con sorna.

Tenía razón. Los rincones oscuros, las mesas con velas encendidas... Era como una película de fantasía o el bar de un parque de atracciones. Salvo que allí los efectos mágicos eran reales: una rodaja de limón flotaba por encima de un *gin-tonic* y se estrujaba sola cada vez que una mujer le daba un trago; un martini con una aceituna que rebotaba y brillaba; un vaso de whiskey ardiendo, cuyas llamas no quemaban al hombre que lo bebía.

Esther encontró una mesa vacía al fondo en la que cabían todos sentados en unos bancos bajos de madera, y Sloane se acercó a la barra. La camarera no iba vestida como la gente de la Cima, eso estaba claro. En primer lugar, llevaba ropa ceñida y artísticamente desgarrada por varias zonas. Lucía un *piercing* horizontal en la nariz, con una barra metálica que

se dilataba cuando se le abrían las fosas nasales.

—Hola —la saludó Sloane cuando se acercó a ella—. Estoy buscando a Mox.

—Así que Mox, ¿eh? ¿Quién eres?

—Sloane. Me dijo que quizá lo encontrara por aquí.

—Veré si está.

—¿Puedo también...? —Pero la mujer ya se había ido—. ¿Pedir algo de beber? ¿No? Vale.

Sloane regresó a la mesa, donde Esther y Kyros estaban hablando.

—Así que me siguen, lo que significa que cada vez que subo un vídeo o una imagen, aparece en su *feed*...

—¿*Feed*?

—Sí, es como una lista muy grande de toda la gente a la que siguen.

—Y seguir a alguien solo significa que quieres ver vídeos de esa persona hablando.

—Sí.

—Y ¿por qué no hablar con la gente que tienes alrededor?

—Una pregunta excelente —dijo Sloane antes de sentarse.

—Porque cuesta más —respondió Esther entre risas—. Primero tienes que pasar por todo el rollo social. Sin embargo, en las redes puedes estar sola en casa, en ropa interior, y seguir pensando que tienes una vida social.

Esther lucía un pintalabios rosa Barbie y el sifón estándar que Sloane había intentado usar aquella tarde. No era lo bastante decorativo para Esther: no pegaba con el remolino de tela amarillo pálido que le rodeaba la cara y bajaba hasta transformarse en un vestido de rombos que se estrechaba a la altura de los tobillos.

—No sé si me gustaría que un puñado de gente antisocial desnuda viera mis vídeos —comentó Kyros.

Sloane miró a Edda, que a su vez examinaba el bar. Su sifón era rudimentario, como el de Esther, aunque ella llevaba el suyo en la oreja, lo que le descompensaba un poco la cabeza. Vio que Sloane la miraba y arqueó una ceja.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la cara?

—No, es que no sé bien para qué sirven los de oreja.

—Mejoran la audición. Sonidos lejanos, sonidos demasiado bajos para el oído humano. Algunas personas los usan para interpretar mejor el tono de voz, pero a mí no se me da bien.

Entonces, Sloane lo vio salir por la puerta baja que estaba detrás de la barra. Llevaba el oscuro pelo ondulado peinado hacia atrás en un moño bajo, y sus ojos encontraron los de ella al instante, como atraídos por un imán.

—Hola —lo saludó cuando se acercó lo bastante como para oírla—. Te dije que me escaparía.

Mox era tan alto que, cuando se agachó junto al banco, se quedó casi a la altura de sus ojos.

—Bienvenida.

—Soy Esther. Estos son Kyros y Edda —dijo la joven, y le ofreció una mano a Mox—. Me han contado que sacaste a mi amiga de una buena.

—De un cepo irrealista.

—Irrealistas —resopló Edda—. Son un puñado de estudiantes de arte pretenciosos.

—Aunque a veces son geniales —repuso Mox—. De hecho, los cepos son unas obras mágicas muy avanzadas: lo más probable es que haga falta un grupo de cinco personas, como mínimo, con un alto grado de disonancia. Cuesta mantenerlas.

—Que algo sea difícil no significa que merezca la pena hacerlo —dijo Edda.

—Si vamos a seguir hablando de esto, necesito una copa —intervino Kyros—. O siete.

—Claro —respondió Mox mientras se levantaba—. ¿Qué queréis tomar?

—Quiero esa cosa con la aceituna flotante —respondió Esther.

—El martini del genio. Buena elección.

Tanto Kyros como Edda pidieron cervezas que, evidentemente, conocían. Mox miró a Sloane.

—Me... acercaré ahí para ver lo que tienes.

—Claaaro que sí —dijo Esther, y Sloane la asesinó con la mirada.

Se alegró de alejarse de la mesa y de la curiosidad de Esther. Mox se metió detrás de la barra, y Sloane se apoyó al otro lado y entornó la mirada con mucha exageración para examinar las botellas que tenía en la pared.

Enarcó una ceja cuando Mox le acercó un trozo de papel. En él estaban escritos los ingredientes del martini del genio.

—Mala memoria. Se me ha olvidado como obrar la aceituna.

—Eso suena a eufemismo.

Él se rio y cogió el bote de aceitunas. Sloane lo observó con interés mientras sacaba una con una cuchara y la dejaba en el fondo de una coctelera. La cubrió con la mano del sifón y emitió un tarareo grave, mucho más profundo de lo que ella se esperaba. La aceituna rebotó dentro de la coctelera, que empezó a temblar, y lo único que evitó que saliera volando fue el sifón. Tarareó de nuevo, esta vez en un tono más agudo, y, cuando apartó los dedos de la tapa un poco, la aceituna despedía un brillo azul. Salió disparada hacia arriba y estuvo a punto de escapar, así que tapó de nuevo la coctelera.

—Seguro que destrozáis medio bar al probar las nuevas recetas. ¿Servís algo que no bote ni flote ni arda?

—Podría prepararte un Anti Anti: anticuado anticuado.

—Suena bien.

—¿Sigues sin llevar tu sifón? —le preguntó Mox mientras le señalaba las manos con la cabeza.

Después, metió un poco de hielo en la coctelera procurando mantenerla tapada hasta el último segundo para que el hielo mantuviera la aceituna sujeta al fondo. Añadió ginebra y vermú, momento en el cual la aceituna ya había conseguido librarse de su helada prisión. Tapó la coctelera y dejó que la aceituna se encargara de agitarla.

—¿Y tú cómo sabes que no llevo uno en el pecho derecho ahora mismo? —dijo Sloane—. ¿Cómo consigues que eso se quede quieto lo suficiente para que alguien se lo beba?

—Si fueras tan rica y poderosa como para tener un sifón de pecho, te harías agujeros en la ropa para enseñarlo —respondió Mox entre risas—. Y

esta obra va frenando. Solo necesita tiempo.

Intentó no mirarlo como si no lo entendiera, aunque no estaba muy segura de haberlo conseguido.

—Quizá no me guste presumir —dijo.

—No estoy analizando tu personalidad, es el instinto de supervivencia —respondió él—. Mostramos nuestros puntos fuertes para atraer a una pareja o advertir a los depredadores. Como el pavo real. ¿Estás diciendo que estás por encima de millones de años de evolución?

—Soy la cúspide de la evolución —respondió ella, solemne—. Enhorabuena por conocerme.

—Me siento honrado.

Cogió un colador, sirvió la bebida en un vaso de martini y añadió la aceituna. La bolita se quedó bailando al fondo del cristal; había dejado de ser un proyectil peligroso.

—Mi sifón sigue en el taller. Solo ha pasado un día.

—La mayoría de la gente se volvería loca si pasara un día entero sin el suyo —respondió Mox. Después tiró el hielo y enjuagó la coctelera antes de ponerse a preparar el anticuado anticuado con un revolvedor y un azucarillo en un vaso nuevo.

—Creo que es bueno no depender de la magia para todo —dijo ella.

—Entonces no estás en el lugar correcto. Deberías ir a una ciudad refugio.

Sloane no sabía de qué le estaba hablando.

—¿Has estado en alguna? —le preguntó a Mox.

—Nací en una. Arlington, en Texas.

—Pero no tienes acento, ¿no?

—Tuve algunos problemas con la magia cuando era pequeño. Me mudé aquí por aquella época para aprender a no destruir cosas con ella.

Se detuvo con el vaso en una mano y la medida de whiskey en la otra, aunque siguió con los oscuros ojos clavados en ella. A Sloane le dio la impresión de que esperaba una reacción y, cuanto más pasara sin dársela, más estaría metiendo la pata. Pero le faltaba todo el vocabulario para aquel lugar, las palabras tácitas sobre lo que era una ciudad refugio y lo que

significaba haber destruido cosas con la magia de pequeño, e incluso lo que daba a entender el hecho de que ella fuera capaz de pasar un día entero sin sifón.

—¿Tus padres se quedaron aquí? —preguntó.

A pesar de saber que se trataba de la pregunta equivocada, no se le ocurría nada más.

—¿Nancy y Phil, en un centro mágico? ¡Dios no lo quiera! —Metió una cereza en el vaso, sobre el whiskey, el hielo y el azúcar—. No, no vinieron conmigo.

—Ah. —Sloane, desesperada, intentó cambiar de tema—. Bueno, yo vivía en medio de la nada. En el último curso del instituto solo éramos veintitrés.

En realidad había sido al empezar secundaria y en otra dimensión, pero él no tenía por qué saberlo.

—Y ahora estás en la gran ciudad. —Todavía tenía la misma mirada, como si esperase algo. Sloane sabía que lo más inteligente era dar por concluida la conversación, regresar a su mesa y no volver a verlo, pero se quedó en el taburete—. ¿Haciendo qué, exactamente?

—Ya te lo dije. El caos.

No se rio. El resplandor azul de la aceituna se reflejaba en sus ojos, que en aquel bar tan oscuro parecían casi negros. Vio el azul rebotar en sus iris con cada movimiento de la aceituna en el cristal. Al final, esbozó una sonrisita.

—Es verdad, me lo dijiste. Aquí tienes tu bebida.

Cogió el vaso de anticuado anticuado, le dio un trago y después siguió a Mox hasta la mesa, donde el hombre dejó la bebida de Esther y las dos cervezas como si no hubiera pasado nada. Pero había pasado algo... El problema era que Sloane no sabía el qué.

Edda y Kyros estaban cantando. Los cuatro iban andando desde el bar hasta el hotel más cercano, donde les resultaría más sencillo parar un taxi. Estaba oscuro, y Esther se dio cuenta de que al menos la mitad de las farolas ante

las que pasaban eran de las antiguas de gas. Sloane había llegado a la conclusión de que la propagación de la magia había traído consigo una afinidad con el pasado, aunque no estaba segura de qué tenía que ver una cosa con la otra. Puede que fuera como la sensación de plató de cine del Tankard: todas sus historias de magia tenían lugar en anticuados mundos de fantasía o en épocas tan lejanas que los actos mágicos se asociaban con viejos dioses, ángeles y demonios, así que habían recurrido al pasado en vez de al futuro para comprender cómo ser mágicos.

Esther enganchó el brazo en torno al codo de Sloane.

—Así que ese es Mox.

—Sé lo que estás pensando. Y no.

—Lo único que iba a decir es que si quieres un rollo con esa mantis religiosa tan sexi para olvidarte de Matt, no tienes que escondérmelo. Nada más.

—Es bueno saberlo.

—A Matt sí se lo escondería, ojo —añadió Esther.

—Evidentemente.

Esther ladeó la cabeza y miró a Sloane como si intentara recordar el título de una canción.

—Parece que aquí estás mejor

—¿Mejor? —respondió Sloane, y se rio—. Díselo a Evan Kowalczyk.

—No he dicho normal, solo... mejor. Más estable.

—Bueno, sé hacer esto. Luchar contra el malo, evitar a los gorilas del Gobierno. Mismo guion, distinta película.

Esther asintió y se le quebró un poco la voz al responder:

—No quiero hacer esto de nuevo.

Edda y Kyros habían terminado su canción, que al parecer ambos habían aprendido en el ejército. Se colocaron bajo el reluciente voladizo del hotel y hablaron con un hombre de uniforme que llevaba un silbato en la boca.

—¿Y si muero aquí? —dijo Esther con la voz tomada—. ¿Y si mi madre muere en casa sin saber...?

Sloane no se veía capaz de escuchar el resto de la frase. Había conocido

a la madre de Esther cuando ambas eran adolescentes y la cara de su amiga era redonda como un plato llano. Su madre era agradable pero algo distante, como si viviera en dos mundos a la vez y cada uno de ellos le robara atención al otro. Años más tarde, tras el diagnóstico, medía la mitad que ella, llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y seguía sonriendo en todo momento.

Ninguno de ellos tenía unos padres en condiciones. Todos habían entregado a sus hijos. Sin embargo, de ese grupo, la madre de Esther quizá fuera la mejor, con sus quejas sobre la cintura cada vez más estrecha de su hija, siempre endosándoles galletas y té, incluso cuando estaba en casa de otra persona.

Sloane le apretó la mano con fuerza y esperó que la presión sirviera para calmarla. No se le daba bien consolar a la gente; ese era el trabajo de Albie.

—Tu madre sabe todo lo que necesita saber: que su hija salvó el mundo. Y que la quiere.

Esther asintió.

—Vale. —Tragó saliva—. Sí.

Un taxi paró en la acera, y todos subieron y guardaron silencio durante el viaje de vuelta a la Cima. Sloane miró por la ventana, pero no vio nada. Solo podía pensar en que todo lo que sucediera a partir de ese momento (incluido lo de haber acabado en una dimensión paralela) sería Después de Albie. Como una nueva era. Sloane DA.

Algunas cosas te parten la vida por la mitad.

TOP SECRET



MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: Directora, Proyecto Delfos

DE: Capitán Kyros Stasiak, Fuerzas Protectoras de Cordus

ASUNTO: Elsberry, MO

Estimada directora:

Comprendo su punto de vista con respecto al incidente destructivo de Elsberry (MO), puesto que, en un principio, yo también lo compartía. No obstante, después de entrevistar a docenas de personas y de observar yo mismo los destrozos, quiero asegurarle que los informes no eran ni imaginarios ni exagerados. Los testigos vieron a una figura que encaja con la descripción del hombre descubierto por Merlín en el lugar de la masacre del primer Ejército Titilante; lo seguía una tropa de lo que parecían ser cadáveres reanimados. No queda claro si de verdad había algo sobrenatural en los supuestos cadáveres, pero las descripciones son coherentes, específicas y fiables.

Estamos trabajando para reparar el ayuntamiento, que quedó arrasado, y hemos ofrecido unas modestas indemnizaciones a las familias de los fallecidos para cubrir los costes de los sepelios. Pero preferiríamos poder ofrecerles respuestas y poder contarles cómo murieron sus seres queridos y quién los mató. Lo han empezado a llamar «el Resurreccionista». Esperemos ser capaces de atraparlo antes de que el apodo se popularice.

Atentamente,

Capitán Kyros Stasiak

Fuerzas Protectoras de Cordus

TOP SECRET

TOP SECRET



MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: Directora, Proyecto Delfos

DE: Capitán Kyros Stasiak, Fuerzas Protectoras de Cordus

ASUNTO: RE: Elsberry, MO

Estimada directora:

Hace dos días recibimos un informe sobre un incidente en el Cementerio de Roe's Hill, en el North Side de Chicago. En él se decía que una enorme cantidad de tierra se había desplazado por medios aparentemente mágicos y había dejado al descubierto innumerables tumbas. El caso había estado en manos de las fuerzas del orden (no mágicas) locales durante unos cuantos meses, hasta que se percataron del uso de la magia y nos remitieron el caso. Enviamos a un agente a investigar. Lo que descubrimos es que alguien había desenterrado docenas de tumbas, había abierto los ataúdes y robado los cadáveres. Tras una investigación más exhaustiva, parece que dichos cadáveres pertenecían a los soldados del

primer Ejército Titilante.

Es imposible no relacionar este incidente con el último ataque del Resurreccionista en Peoria (Illinois), donde de nuevo fue visto con un pequeño ejército de lo que se ha descrito como cadáveres reanimados (más concretamente: piel podrida, huesos expuestos, uñas engarfiadas. Algunos de ellos incluso llevaban en las manos sus propias extremidades cercenadas). Los ataúdes se desenterraron en el momento aproximado del primer ataque del Resurreccionista. Mi teoría es que quizá el Resurreccionista haya completado una nauseabunda obra mágica de la que nosotros no teníamos noticia hasta ahora: ha conseguido crear un ejército de muertos vivientes.

Confío en que este descubrimiento le resulte tan inquietante como a mí. Perdone mi lenguaje, pero hay que ser un hijo de puta muy retorcido para masacrar a un ejército y después resucitarlo para acabar con su antiguo líder.

Desearía poder darle mejores noticias.

Atentamente,

Capitán Kyros Stasiak

Fuerzas Protectoras de Cordus

TOP SECRET

La primera vez que vio a Matt fue en la Granja, que es como llamaban al edificio en el que entrenaban para derrotar al Oscuro. Estaba agarrado a la cadena del columpio del porche: era un chico desgarrado con la cabeza cubierta de pequeñas rastas. Le dijo a Sloane que su nombre era muy raro y quiso saber de dónde salía. Cuando le explicó que su hermano y ella debían sus nombres a los personajes de la película *Todo en un día*, él se rio, y tenía una sonrisa tan enorme que a Sloane le cayó bien de inmediato.

La imagen de Matt en el pasillo, apoyado en la jamba de la puerta, le recordó al adolescente que había conocido. Pero había dejado de sonreír hacía mucho tiempo. Mucho antes de que empezaran a salir juntos.

Y, evidentemente, en aquel momento no sonreía.

—Bonita nota —dijo.

Llevaba en la mano el papel que Sloane le había metido debajo de la puerta antes de marcharse.

Matt:

Vamos a ver al Bert Alternativo. Tenemos que hacerlo. Nos llevamos carabinas, así que no te preocupes.

Slo y Essy

Hizo una bola con el papel y lo tiró a los pies de Sloane. La bola le rebotó en las pantorrillas y paró junto a la pared.

—Bueno, esta vez te he contado a dónde iba —dijo ella con frialdad.

—Ese no es el tema. Se supone que somos un equipo, Sloane.

—No quieres un equipo. Lo que quieres es obediencia.

Matt dio un respingo, como si hubiera recibido una bofetada, y retrocedió. Ella sintió una punzada de arrepentimiento, pero estaba cansada de prepararse para las consecuencias cada vez que quería algo, que decía algo o que iba a alguna parte. Y no solo en Genetrix, sino en cualquier sitio. Matt era un hombre amable, pero su desaprobación era paternalista, en el mejor de los casos, y tiránica, en el peor.

—Eh, alto ahí, esto se acabó —dijo Esther antes de que Matt pudiera responder. Se colocó entre ellos, con una mano levantada hacia Sloane y otra hacia Matt—. Sloane no me obligó a ir, Matt. Estaba de acuerdo con ella en que sería de ayuda y sabía que no querrías venir, así que...

—No, lo que sabías es que, si me lo contabas antes de irnos, discutiríamos —la interrumpió Matt, que tenía el ceño fruncido—. ¡No podéis hacer las cosas a mis espaldas solo porque sabéis que no estaré de acuerdo! ¿Alguna vez os he hecho yo lo mismo?

—Bueno, quizá si alguna vez quisieras hacer algo, así, en general...

—Sloane, ¡cierra la boca! —le espetó Esther—. Deja de comportarte como una puñetera cría.

El calor le subió a la cara. Esther se pellizcó la nariz para liberar la tensión. Sloane olvidaba una y otra vez lo cansada que parecía su amiga cuando había salido a rastras del río. A Sloane no le esperaba nada en la Tierra salvo la sensación de familiaridad y un piso del que tenía que mudarse. Sin embargo, a Esther la esperaba una madre moribunda. Cada momento perdido en Genetrix era demasiado para ella.

—Lo que dices es justo —le dijo Esther a Matt—. ¿Verdad, Sloane?

—No tienes que presionarla para que esté de acuerdo contigo.

—No me presiona —se obligó a decir Sloane—. Lo que has dicho es justo. Lo siento.

Esther suspiró con evidente alivio y se quitó de una patada uno de los

zapatos, que aterrizó en alguna parte del dormitorio que había reclamado para ella. El otro no tardó en unirse al primero, y se quedó descalza, con el pintalabios rosa borrado por todas partes salvo el borde de los labios y la pintura de ojos emborronada bajo las pestañas inferiores. La famosa Essy de Insta! había desaparecido.

—Vale —dijo Matt—. Bueno, ¿cómo es?

—Es un capullo —respondió Sloane.

—No es un capullo —dijo Esther—. Es un cartero con una esposa muerta. No está interesado en el trabajo gubernamental ni en la magia.

—Así que no era como nuestro Bert —concluyó Matt, triunfante—. Se lo dije antes a Esther: solo porque alguien tenga los mismos genes que su equivalente paralelo...

—En realidad se parecía mucho a nuestro Bert. —Sloane cruzó los brazos y se apoyó en la pared—. Estaba escuchando a Neil Young. Tenía un montón de libros sobre objetos mágicos legendarios. Hablaba como Bert, lagrimeaba como Bert; tenía esos putos gnomos en el jardín. Era Bert, pero la propagación de la magia lo desvió de su camino.

—¿Cómo iba a desviarlo la propagación de la magia? La magia lo fascinaba —dijo Matt—. Le habría encantado que se extendiera.

—No, a Bert le fascinaba el misterio —repuso Sloane—. Le gustaba saber cosas que nadie más sabía y descubrir que los mitos eran reales, así que perdió interés en cuanto la magia se convirtió en algo conocido que podía controlarse con tecnología y frecuencias. —Se miró los zapatos, cubiertos de polvo, barro y agua de charcos—. Se parecía tanto que perdí un poco el control. Se parecía tanto que pensé que sería posible, incluso probable, que el Resurreccionista fuera de verdad la versión alternativa del Oscuro.

—Nuestro Oscuro usaba la magia cuando casi nadie en la Tierra creía en su existencia —dijo Matt—. Supongo que tiene sentido que, en un mundo en el que la magia es común, él decidiera hurgar más en sus posibilidades, como resucitar a un ejército.

Sloane asintió.

—Es que si una persona normal supiera cómo resucitar a alguien, no se

dedicaría a montar un puñetero ejército. Preferiría traer de vuelta a seres queridos, familia y amigos —comentó Esther.

Sloane recordó a Cameron enseñándola a dar la voltereta hacia atrás en el agua de la piscina comunitaria. Habría querido decirle tantas cosas... Cosas que podría decirle si averiguara cómo resucitar a los muertos.

A Esther se le quebró un poco la voz al seguir hablando, como si estuviera pensando en su padre, muerto por culpa del Oscuro, y en su madre, a la que no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Pero el Oscuro no era... no es normal.

—Las buenas noticias..., bueno, las noticias algo menos horribles son que conocemos un poco al Oscuro —dijo Sloane—. Así que aquí no nos enfrentamos a un enemigo completamente desconocido. Como dijiste el otro día, Matt, esto ya lo hemos hecho antes.

Era mejor disculpa que la anterior, en cierto modo; reconocía que él había estado en lo cierto al parecerle esperanzador que ya hubieran pasado antes por la misma experiencia. Sloane estaba recordando, aunque no le daba la sensación de ser del todo un recuerdo. Era más bien como convertirse en lo que siempre había sido. Una versión simplificada de sí misma, reducida a sus elementos esenciales. La mandíbula apretada y la cabeza despejada para dedicarse a un único objetivo: el final del Oscuro.

—Sé que odias los sifones, Slo, pero vas a tener que seguir trabajando en ello —le dijo Matt—. Todos tenemos que hacerlo. Es el siguiente paso aquí: aprender a usar la magia, porque es la mejor arma que tenemos.

—Jamás habría pensado que en algún momento echaría de menos tener la Aguja incrustada en la mano. Pero me está pasando.

A lo largo de la siguiente semana, Sloane llegó a despreciar el sifón. Odiaba su peso, su frialdad, la sensación de las cuerdas que se lo ceñían a los nudillos. Era un objeto inútil e inerte en su mano, daba igual qué obra intentara hacer. Cyrielle se había rendido con el aliento mágico y había intentado enseñarle media docena de obras, todas con el mismo resultado: nada. El Resurreccionista no era más que un espectro, una leyenda,

mientras que el sifón era el enemigo que podía ver y tocar.

Los demás dominaban los suyos sin gran esfuerzo. A Matt se le daba bien mover objetos sin tocarlos. Esther había estado torpe con todas las obras del sifón de muñeca, pero Cyrielle, en un momento de inspiración, le había llevado un sifón de cuello, y después de eso Esther fue capaz de imitar la voz de cualquiera a voluntad.

Todas las mañanas, Sloane consideraba la posibilidad de aplastar el sifón con uno de los libros de su mesita de noche. Lo único que la detenía era el miedo al Resurreccionista y pensar en la Sangría.

Se le pasó por la cabeza volver al Tankard para ver a Mox, pero decidió no hacerlo y se buscó otras formas de entretenerse. Se llevó a Kyros a correr a la zona del lago, a pesar del aire helado. Se leyó la pila de libros que había encontrado en su cuarto. Incluso consiguió arrastrar a Esther al Instituto de Arte, donde había un ala entera dedicada a obras mágicas de arte. Se había pasado varias horas dando vueltas por una exposición de fotografías que resultaron ser escenas tridimensionales cuando uno acercaba, de modo que se tenía la sensación de estar caminando por ellas. Empezaba a comprender a los irrealistas: ¿cómo confiar en la realidad cuando la realidad era tan fácil de manipular?

La única ventaja de la constante frustración sifónica era lo cansada que estaba. El sueño profundo la libraba de las peores pesadillas, aunque nada podía protegerla por completo de ellas. A menudo soñaba que perseguía a Albie por calles vacías o por escaleras. En un sueño muy real, él se metía corriendo entre el tráfico de la carretera y acababa aplastado entre dos semirremolques que iban en sentidos opuestos. Después, todo ardía.

Cuando Sloane se despertaba de esos sueños, abandonaba toda esperanza de dormir y se intentaba calmar leyendo. Los tres habían recopilado todos los libros encontrados en sus dormitorios y los habían dejado en el pasillo, a modo de pequeña biblioteca. Sloane se quedó con *La manifestación de deseos imposibles: Una nueva teoría de la magia*, pero también con una antología poética del cuarto de Matt y un libro de historia del de Esther.

El libro de historia cubría el periodo posterior a la Segunda Guerra

Mundial, la creación del Telón de Acero y una Guerra Fría que Sloane conocía a medias. Esperaba el desarrollo de la tecnología de satélites y la carrera espacial, pero no llegó; en aquel lugar, existía tecnología capaz de sumergirse a gran profundidad, para oír más allá a lo largo del SOFAR (la capa de agua oceánica en la que el sonido viaja más deprisa) y llevar los hidrófonos a mayor profundidad sin perder eficacia. Todo eso fue lo que condujo al Incidente Tenebris, en el que la prueba de un misil submarino había propagado la magia por el mundo.

Una mañana, Sloane estaba sentada en el pasillo con el libro en el regazo y una taza de café medio vacía al lado cuando oyó un suave pitido: el sonido del ascensor al llegar a la planta. Nero salió de él con las manos en los bolsillos y un pulgar cubierto por el cromo de su sifón. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, de modo que Sloane se fijó en las arrugas de la frente, que no había visto antes. Por primera vez se preguntó cuántos años tendría.

—¿Sí? —le preguntó cuando se acercó.

—Me han avisado de que esta semana has estado vagando por los pasillos todas y cada una de las noches. Al final he venido a ver si era sonambulismo.

—Así que, sea cual sea la alarma mágica que has instalado, está en mi dormitorio. ¿Me observas mientras duermo, Gran Hermano Edición X?

—¿Gran... qué? —Nero se puso en cuclillas a su lado, con los codos sobre las rodillas—. No, no te observo mientras duermes. Simplemente recibo un aviso cuando alguien sale de su cuarto.

—Tengo insomnio.

—¿Siempre?

—Desde que a mi hermano lo mató un señor del mal que se dedicaba a destruir mundos. Normalmente me medico, pero me dejé las pastillas en casa.

Nero ladeó la cabeza.

—¿No se te ocurrió pensar que en Genetrix también tenemos medicinas?

Sloane se rio un poco.

—Supongo que no. ¿Tenéis benzodiacepina?

—¿Como el Valium?

—Supongo que eso también vale.

—Te pediré una caja —dijo Nero—. Sé lo frustrante que es no dormir lo suficiente todos los días.

¿Quién iba a imaginar que sería tan sencillo?

—Vaya, gracias.

—De nada.

Nero movió un poco su libro para ver qué ponía en la cubierta. Era un boceto de la ballena barbada que Kyros le había mencionado, flotando entre las nubes por encima del abismo de Challenger.

—Historia —dijo Nero—. Supongo que ayuda a dormir.

—¿No te gusta la historia?

—No mucho, no. Puede que a gran escala, como el nacimiento del mundo, los primeros organismos vivos, el inicio de la humanidad... Pero los detalles de las riñas entre naciones («Esta tierra es mía», «No, es mía», «Vamos a matarnos el uno al otro por ella»), pues no. No me interesa.

—Sin esas pequeñas riñas no tendríais la magia —dijo Sloane—. No habría un misil balístico que se disparó por accidente contra la fosa de las Marianas.

—Y la magia por la magia, ¿tan buena es?

—No, pero... ¿No te gusta la magia? Al fin y al cabo, trabajas aquí.

—A veces me gusta. Me ha permitido conocer el universo mejor de lo que cualquiera de mis antepasados hubiera podido imaginar. Pero ese conocimiento ni siquiera basta para evitar las catástrofes, al parecer.

—No es responsabilidad tuya evitar todo lo malo.

—Sino solo parte de lo malo. Lo sé. —Sonrió un poco—. Pero cargo con el peso de todo.

Sloane se preguntó si estaría pensando en su hermana, que había caído en las garras del Resurreccionista. El horror de su muerte, con su cadáver flotando sobre la Cima, rígido y frío. A veces, Sloane pensaba en Cameron así, muerto en su ataúd, cubierto de aquel maquillaje de la funeraria que lo hacía parecer de plástico, como si fuera un muñeco. Ella era demasiado

pequeña cuando él se unió a la lucha contra el Oscuro. Demasiado pequeña para detenerlo, seguramente, pero ni siquiera lo había intentado.

—Creo que lo entiendo —dijo.

—No pretendía interrumpir tu lectura con mi mal humor —respondió Nero—. He oído que te estás esforzando mucho con el sifón.

—Sin éxito.

Nero asintió.

—Hay un libro que quizá te ayude a comprender más sobre la teoría mágica. Se llama *La manifestación de ...*

—... *de deseos imposibles*, sí. Lo he leído. —Puede que se diera más aires de los necesarios, pero le pareció ver que lo había impresionado—. La magia se basa en el deseo, no solo en la intención, bla, bla, bla. No me ha servido de mucho... No te puedes obligar a desear algo.

Nero volvió a ladear la cabeza.

—Ah, ¿no?

Nunca se había parado a pensarlo. Se había pasado media vida deseando una única cosa (salvar el mundo) y la otra media deseando que la dejaran en paz, lo que era lo mismo que no desear nada. No sabía bien cómo desear algo entre esos dos extremos. Ni siquiera estaba segura de ser capaz.

—No lo sé —respondió al fin.

—Bueno, pues esa es la pregunta principal. Nunca serás capaz de obrar magia a no ser que descubras la forma de desearlo. —Se puso de pie con un gruñido y un crujir de rodillas—. Me temo que estoy un poco mayor para sentarme en el suelo. Hablaré con algún médico sobre tu medicina en cuanto el resto del mundo despierte.

—Gracias de nuevo.

Nero se alejó por el pasillo, tarareando.

Sloane se detuvo en la esquina y levantó la vista para intentar ver el chapitel en espiral del edificio más alto de la Chicago de Genetrix, la Torre Warner. Era la de las dos caras, una lisa y otra ondulada. Según Cyrielle, la habían construido «sin magia, aunque influida por la escuela irrealista».

Si Sloane creyera en las almas, le habría gustado que la de Cameron existiera en Genetrix, que él fuera uno de los arquitectos que construían viviendas que desafiaban la lógica y la razón. Pero no creía en ellas.

Sin embargo, a veces, albergaba esa esperanza.

Cyrielle hablaba con Matt delante del grupo. Esther enseñaba a Edda y a su tercera carabina, Perun, cómo decir algo en coreano. Kyros vio que Sloane se paraba junto a la Torre Warner y se quedó con ella para esperarla, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo.

—¿Alguna suerte hoy? —le preguntó.

—Por lo que a mí respecta, mi sifón no es más que un pisapapeles muy caro —respondió Sloane.

Después volvió la vista atrás, segura de haber oído un zumbido, pero la calle estaba vacía.

Kyros esbozó una sonrisa triste.

—Bueno, al menos sabes que puedes hacer algo. Algunas personas

carecen completamente de esa habilidad.

—Y ¿qué hacen? —preguntó mientras aceleraba un poco para ponerse a su altura. Las calles estaban abarrotadas de coches, algunos anticuados, como el taxi al que había subido con Esther, y otros que parecían burbujitas con ruedas —. ¿Mudarse a ciudades refugio?

—Ah, ¿has oído hablar de ellas?

—Mox, ya sabes, mi amigo camarero, me dijo que venía de una. — Había procurado alejarse de Mox desde aquella conversación, ya que intuía que había cometido un error grave, pero no sabía cuál. No se le había ocurrido preguntarle a Kyros en qué había metido la pata—. Me dijo que de pequeño había aprendido a destruir cosas con la magia, así que se había mudado aquí.

Kyros arqueó una ceja y se limitó a responder:

—Ah.

—No lo entiendo. Parecía esperar una reacción concreta de mí... y no se la di. Por eso no he vuelto.

—Lo más probable es que hayas hecho bien. Es muy poco habitual que los niños demuestren ese tipo de magia descontrolada. De ser más común, no necesitaríamos sifones para canalizar la magia. Así que cuando buscábamos al Elegido de Genetrix se convocó a esos pocos niños con talento. Si no reaccionaste a esa información, le dejaste claro que no eres de por aquí.

—Pero no sospecharía la verdad, ¿no? —respondió ella.

Sentía una extraña presión en los lados de la cabeza, como si acabara de lanzarse al fondo de una piscina.

—Es poco probable —dijo Kyros—. La gente de aquí sabe que existen otras dimensiones, pero no que son accesibles.

Sloane se llevó los dedos a las sienes. La presión no desaparecía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kyros mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—No lo sé. Pero siento que algo va mal.

Y, entonces, algo estalló detrás de ellos.

El inicio de la Sangría fue repentino. Un cambio en la presión y después, en un abrir y cerrar de ojos, el tornado. Un muro opaco de escombros desde la calle hasta el cielo. Salvo que no se trataba de viento, sino de otra cosa, trallas de energía que lo arrastraban todo a su paso hacia el centro del embudo. Y a medida que la gente volaba hacia ese punto, el núcleo de la fuerza destructiva, la magia los destrozaba poco a poco, los diseccionaba. A veces demasiado deprisa para que el cuerpo se diera cuenta y muriera, así que esa persona pasaba los últimos momentos de su vida dividida en segmentos.

La primera vez que Sloane se había acercado a una Sangría, había dado media vuelta para huir. Todos habían huido. Cuando se acercaba una Sangría, no había sitio para el valor. No había sitio para nada, salvo para sobrevivir. Había considerado la posibilidad de huir de ARIS, del país y del Oscuro. Pero la profecía la había atado a él y, cuando el honor le falló, eso fue lo que la mantuvo en ARIS. Si huía del Oscuro, él la encontraría porque era una Elegida.

Así que, como la huida no era posible, Sloane aprendió a dar media vuelta y correr.

Se agachó bajo la mano extendida de Kyros y le agarró el brazo a Esther justo por debajo del codo. Esther giró el brazo al agarrar a Sloane por el mismo sitio. Cyrielle gritaba con el pelo revuelto y la capa flotando tras ella; el broche dorado del tamaño de una mandarina se le había subido hasta la garganta.

—¡Retirada! ¡Tres grupos! —gritó Matt—. ¡Perun y Cyrielle! ¡Sloane, Esther y Kyros! ¡Edda y yo! Sloane, ¿estás ahí?

Sintió una punzada en el pecho al oír la pregunta. Asintió. Era el procedimiento habitual: no acercarse a una Sangría con más personas que armas. No correr al enfrentamiento, sino vivir para luchar otro día. Eran los principios que conocían sus músculos, que se le habían grabado en el cerebro.

—Ojos abiertos. Nos reunimos en la Cima.

Matt lanzó una mirada desesperada atrás mientras el grupo se dividía en tres. Sloane no podía pararse a pensar en él, no podía pensar más que en el

hormigón, el acero, la carne y la tierra que volaban por los aires delante de ellos.

Agarró a Esther de otro modo para ponerse la primera. Se agachó y luchó contra la energía que intentaba empujarla. Había aprendido lo que hacía la Sangría: sabía que la empujaría hasta tirar de ella, que la presión en la cabeza se reduciría cuando se acercara demasiado, que olería primero a ozono y polvo, después a tierra mojada y sangre. Volvió la vista atrás para buscar a Kyros, que tenía el sifón extendido y los dedos separados.

Ojos abiertos. Lo único que sabían de verdad sobre las Sangrías antes de encontrarse con una era que el Oscuro había sido visto en todas ellas, lo que seguramente significaba que tenía que estar presente para controlarlas. Y, aunque era un ser con gran poder mágico, también era un hombre. Habían razonado que, donde fallara la magia, los cuchillos y las balas servirían también. Si lo buscaban, quizá lo encontrarán. Quizá lo mataran.

Sloane dobló una esquina y corrió por un callejón hacia el embudo. Mientras observaba, la Sangría se tragó una enorme ola de agua del lago Michigan y la lanzó. Parte de ella escapó al poder de la Sangría y se desparramó por fuera, de modo que dejó mojadas la calle, las paredes de ladrillo que todavía resistían y las mejillas de Sloane. Esta dio un paso más de la cuenta, y el magnetismo de la Sangría le tiró de los brazos y las piernas; se apartó de golpe, y Esther cayó al suelo.

—¡Izquierda! —gritó.

Apenas se oía por culpa del rugido de la magia y el poder, de los gritos de los que habían quedado atrapados en la Sangría, del aullido de las alarmas de los coches y el gemido de las sirenas. Tiró de Esther a un lado, de vuelta a la calle, y Kyros fue dando tumbos tras ellas. Todavía no veía el centro de la Sangría, donde seguramente estuviera el Resurreccionista, anclado por su propia magia. Sería el ojo de la tormenta y, para encontrarlo, para matarlo, tendría que ir a una zona abierta. Una de las calles más anchas, desde donde verlo de lejos sin obstáculos.

«Clarks, Wells, Franklin, Wacker», pensó. La última señal que había visto ya no existía, pero la Torre Warner se encontraba en Franklin, así que estaban a una manzana de Wacker Drive. Era la ruta más segura, tanto si el

objetivo era ver al Resurreccionista como si no; las calles pequeñas estaban abarrotadas y costaba avanzar por ellas.

Se agachó y corrió tirando de Esther. El aire estaba cargado de polvo, así que se levantó el cuello de la camisa hasta la boca y la nariz para evitar respirarlo. Las aceras ahora estaban llenas de gente que huía de la Sangría: sus rostros eran la viva imagen del terror, manchados de hollín y de lágrimas. Demasiadas personas para pasar entre ellas, así que se dirigió al centro de la calle, donde solo quedaban los coches abandonados. Se subió encima de dos taxis que se habían estrellado de frente y trepó a la parte de atrás de un autobús que se había empotrado contra un edificio de ladrillo. Los asientos del interior estaban vacíos y había bolsos y maletines tirados por el suelo.

—¡Slo! —gritó Esther entre toses.

—¡Wacker! —respondió ella, y estuvo a punto de reírse, porque parecía un insulto.

Tenía la camisa pegada a la espalda, empapada de sudor, y le ardían las piernas al subirse a otro coche. Al pisar el capó vio que el conductor seguía tras el volante, con la boca manchada de sangre. Se quedó observándolo un momento. El pecho no se le movía.

«Sigue». Bajó de un salto y se encontró en la intersección de Monroe con Wacker. Wacker Drive, el embrollo de dos plantas, con su nivel superior y su nivel inferior. En aquel Chicago era amplia y tenía una mediana elevada y ajardinada, y edificios altos, titanes de cristal y acero que delimitaban la calle. Detrás de ella estaban el cuerno en espiral de la Torre Warner y los dientes gemelos de la Torre Sears; y, frente a ella, la Sangría. Mientras la observaba, una mujer con un solo zapato se alejaba cojeando de la entrada de un edificio, pero se acercó demasiado al inexorable magnetismo asesino. Una tralla de energía la puso bocabajo y la arrastró al muro gris de destrucción, mientras la pobre gritaba.

Pero había una figura solitaria que se alejaba de la gente, los coches, los árboles arrancados de cuajo y los enormes ladrillos de hormigón.

El peso de la inevitabilidad cayó sobre los hombros de Sloane. El frío le recorrió la columna vertebral. A pesar del polvo y la suciedad, vio un rostro

cubierto de sifones metálicos que solo dejaban visibles unas pálidas franjas de piel. Las manos que colgaban, pesadas, a sus costados, también estaban cubiertas de metal, al igual que lo que se le veía por encima del cuello alto de la túnica. Se cubría el pelo con una capucha, y el resto de su cuerpo estaba envuelto en tela.

El Resurreccionista.

— ¡Retirada! — gritó Esther con voz ronca.

Pero Sloane no podía moverse. Si la teoría que le había propuesto a Esther y a Matt después de visitar a Kowalczyk era correcta, y el Resurreccionista resultaba ser la versión paralela del Oscuro, había dedicado toda su vida a intentar matar a aquel hombre. Era el mismo que había destrozado a conciencia el cuerpo de Albie. El que había puesto a prueba el corazón de Sloane.

«Es una elección muy sencilla, querida».

— ¡Sloane!

«En la casa del Oscuro estaba descalza. Él le había quitado las botas».

Tenía que encontrar algo pesado o afilado. Vio una roca del tamaño de su puño y una lata de refresco. Y, en la jardinera, en la mediana, una vieja barra metálica, de las que se usaban para las señales de tráfico. La cogió. Estaba oxidada, se le descascarillaba en la palma de la mano. Medía sesenta centímetros de largo. Tendría que acercarse más y golpear con fuerza, en la cabeza, lo justo para aturdirlo y escapar...

No podía respirar. Él se le acercaba, confiado. Con una mano levantada, como para saludar. Y la cabeza ladeada como la de un pájaro.

«En la casa del Oscuro estaba descalza, y Albie gritaba».

— ¡Sloane!

Sloane gritó y cargó contra él echando la barra hacia atrás como una jugadora de béisbol con un bate. Golpeó con todo el cuerpo y esperó a oír el crujido, la sensación de metal contra metal...

Sin embargo, lo único que oyó fue la nota metálica que brotó de la máscara del Resurreccionista. Movié los dedos como si la despachara, y la barra estalló en las manos de Sloane formando una nube que le cubrió las palmas de polvo plateado. Después, el hombre movió la mano, cerró el

puño..., y ella recordó lo que Kyros le había contado sobre el método de ejecución preferido por el Resurreccionista: unos pulmones vacíos que no se volverían a llenar...

Algo pesado se estrelló contra su costado y la envió de cabeza contra la mediana. Se vio tierra entre las manos y usó el impulso para pasar por encima de la jardinera y caer en la calle, al otro lado de la barrera. Antes de meterse en un callejón, volvió la vista atrás. Kyros había ocupado su lugar y había alargado la mano del sifón mientras emitía un largo silbido agudo; el aire temblaba frente a él. Pero el Resurreccionista siseó a través de la máscara, apartó la barrera de un manotazo y cerró el puño.

Kyros empezó a ahogarse y cayó.

—¡Es... Es...! —intentó gritar Sloane, pero era como tener la garganta llena de arena.

Esther estaba en la calle, agachada junto al cuerpo de Kyros. Sloane dejó escapar un grito ahogado y regresó sobre sus pasos, pero el Resurreccionista ya se alejaba de Kyros y Esther, e iba hacia ella.

Si algo había aprendido de sus días de cautiverio era que, en lo que concernía al Oscuro, ella era el único cebo en el que siempre picaba. Y, al parecer, lo mismo sucedía con el Resurreccionista.

Se obligó a dar un paso atrás, después otro. Retrocedió por encima de tacones abandonados; de un maletín abierto cuyos papeles se habían desparramado por la calle; de un perrito caliente a medio comer, cubierto de salsa de pepinillos, todavía dentro de su envoltorio. Retrocedió más deprisa, siempre asegurándose de que el Resurreccionista siguiera avanzando hacia ella, y alejándose de Esther y de Kyros...

Kyros, que probablemente estuviera muerto...

Dio otro paso atrás y se chocó contra algo sólido.

Al volverse, vio... a una persona. Aunque la piel verdosa se le había caído de la zona de la mandíbula y dejaba al aire un trozo de hueso blanco y unos dientes apretados. Sloane vio que una lengua salía entre ellos cuando la cosa se humedeció los labios, que estaban pálidos y amoratados.

No era una persona.

—¿Es esta? —preguntó una voz ronca y metálica.

—Sí.

La respuesta llegó de lejos, con el mismo timbre que la nota que el Resurreccionista había emitido para convertir el acero en polvo.

La criatura muerta se movió deprisa, y le tapó la nariz y la boca a Sloane con un trapo blanco. Ella forcejeó contra la fuerza inhumana de la cosa, pero solo un momento. Después, se desmayó.

Chicago Post

¿SIGUE VIVO EL ELEGIDO?

Alexander Marshall

CHICAGO, 3 DE MARZO: ¿Estamos condenados? Es lo que se pregunta uno de los carteles apoyados en la fachada del ayuntamiento. Un “verdadero”, es decir, un miembro del movimiento que exige transparencia sobre la situación del Elegido al Departamento de Supervisión Mágica de Chicago, ha hecho una pausa para fumar. Los verdaderos llevan protestando junto al Centro Cordus desde el martes. ¿Por qué? Porque creen que el Elegido está muerto.

La nación celebró el día que Cordus anunció haber encontrado al Elegido destinado a salvar a la humanidad. Sin embargo, desde la masacre del Ejército Titilante hace tres años, el Elegido ha permanecido encerrado a cal y canto. Quizá sea comprensible que la gente empiece a especular.

“¿Y si está muerto?”, pregunta Eleanor Green, madre de dos hijos, del barrio de Deer Grove. Es la fundadora del movimiento Elegimos la Verdad, aunque me recuerda varias veces que no es la primera en pedir pruebas de que el Elegido sigue con vida. “¿Y si murió en la masacre y no nos lo quieren contar? ¿Lo ha visto alguien desde entonces?”.

La mayoría de los verdaderos portan carteles en los que se ve la ilustración del Elegido publicada tras su descubrimiento. O “supuesto descubrimiento”, como dirían los verdaderos.

“Nos dijeron que lo habían encontrado —dice Althea Grange, que se describe como la típica abuela de Rockford—. Y después nos dijeron que era demasiado joven para que apareciese su fotografía en los periódicos y ¿quieren que nos lo creamos sin más? Creo que no lo encontraron, que intentan evitar el pánico generalizado”.

Los miembros de Elegimos la Verdad acaban de empezar a corear consignas. La última

es: “¡El Elegido está escondido!”. Hace dos horas, cantaban su propia versión de la canción de REM *It's the End of the World* con la letra: “*If it's the end of the world, we should know it! We know you're lying*”.[*] Anoche, incluso llevaron a un pastor para que los guiara en una plegaria en la que suplicaron a Dios que salvara a Genetrix.

Tras varios días de protestas delante de su despacho, la subdirectora del Departamento, Aelia Haddox, por fin ofreció una respuesta a los verdaderos: “Esto no es ninguna conspiración. Después de la masacre aumentamos la seguridad del Elegido para protegerlo. Solo tiene dieciocho años y se merece algo de intimidad hasta que esté listo para dar un paso al frente. Váyanse a casa y búsquense otra causa”.

Sloane meneaba las caderas al ritmo de la música. Tenía las manos llenas de harina. Albie abrió la tapa de un tarro de fideos de colores y se los echó directamente en la boca.

—¡Qué asco! —le gritó Sloane sin dejar de bailar. Pero se reía. Frente a ella había una hilera de galletas con forma de árboles de Navidad. Los había espolvoreado de azúcar verde—. Decora tus galletas, idiota. Estamos empezando una nueva tradición.

Albie tenía los carrillos llenos de fideos, y los labios azules por culpa del colorante alimentario. De repente, se quedó exangüe, con el rostro ceniciento y pálido. Un cadáver de labios azules.

Se despertó por etapas. En la primera, se fijó en que toda la sangre se le había acumulado en las manos; las puntas de los dedos le latían. Y, en la segunda, se dio cuenta de que tenía la barriga aplastada contra algo duro y un poco redondeado: un hombro. En la tercera, recordó el trapo contra la cara. Y, en la cuarta, abrió los ojos.

Veía un trozo de tela. El dobladillo de una camiseta. Levantó un poco la cabeza y vio el suelo pasar bajo ella. Era de mármol gris topo y negro,

ajedrezado. La persona (la cosa) que cargaba con ella llevaba botas de seguridad marrones con cordones morados sin atar.

Con la oreja pegada a su espalda, oía su laboriosa respiración. La mano que le sujetaba la pierna parecía de hierro. Recordó la mejilla podrida, las muelas rotas con la lengua serpenteando tras ellas que había visto justo antes de desmayarse. Aelia les había contado que el Resurreccionista se llamaba así porque lideraba un ejército de muertos vivientes.

Su primer impulso fue forcejear y patalear. Pillar por sorpresa a su captor, huir y alejarse todo lo que pudiera. Pero no se movió. No sabía lo suficiente sobre el ser que cargaba con ella: ¿sentiría dolor? ¿Hasta qué punto era fuerte? Ni siquiera sabía dónde estaba. La huida tendría que esperar.

En vez de salir corriendo, tomó nota de la dirección de la luz (que entraba por las ventanas de su derecha) y de su inclinación (iban hacia el este y era por la mañana, justo después del amanecer). El dolor agudo del pecho le indicó que empezaba a sufrir un ataque de pánico. Ya se había despertado presa en otra ocasión. No había salido bien.

Escuchó el murmullo de voces que la rodeaban, todas ligeras y secas, como un jadeo. El ejército del Resurreccionista la rodeaba. Los ecos y el reflejo de las altas ventanas en el suelo reluciente le daban a entender que el espacio era grande. El aire olía a moho y a polvo, y un poco al ozono de la Sangría, que se le había quedado pegado en la ropa, el pelo y la piel. Por experiencia, sabía que aquel olor tardaría días en desaparecer, por mucho que se restregara.

Si es que sobrevivía durante tanto tiempo.

Seguía llevando puestas las botas. Era algo importante, algo que la anclaba en el presente y no en los recuerdos. En la Inmersión llevaba aletas. El Oscuro le había quitado los zapatos. Pero allí tenía sus botas.

—Está despierta —dijo algo... o alguien.

La voz procedía de su derecha.

—Bien. Estoy cansado —gruñó el que cargaba con ella.

Le soltó las piernas, y Sloane se estrelló contra el duro suelo. Se encontraba en un largo salón flanqueado por anchos pilares y embaldosado

de mármol blanco. Del centro del techo colgaban unas lámparas geométricas de cristal azul, colocadas en fila. Las altas ventanas a un lado del cuarto estaban tapadas con tablas de contrachapado, salvo por la parte superior del cristal. Frente a ellas, en la otra pared, una rendija de luz solar se reflejaba en unos diminutos azulejos dorados.

Le dolían los codos del golpe contra el suelo. Rodó hasta quedar a cuatro patas y respiró por la nariz mientras pasaba el dolor. Estaba en lo cierto: la rodeaba el ejército del Resurreccionista. Estaban por todas partes, de pie en grupos o sentados de espaldas a la pared, charlando. Vestían de uniforme, pantalones azul marino y camisas de cuello alto con las capas sujetas a los hombros por botones dorados. De no ser por el antinatural tono verdoso de su piel, los habría tomado por soldados normales.

Sloane se levantó. El hombre (si se le podía llamar así) que la había llevado a cuestras era alto y de hombros anchos, con ojos azul lechoso y una sola oreja. La mujer de la mandíbula al aire, la que la había dejado inconsciente, estaba detrás de él, con el pelo oscuro y deshilachado recogido en una trenza sobre el hombro. Sloane notó el sabor de la bilis en la boca.

—Muévete —le ordenó el hombre.

Ella quería hacer lo que le pedía. En serio. Pero las piernas le temblaban, así que se quedó donde estaba, mirándolos.

La mujer puso cara de exasperación, agarró a Sloane por un hombro y se la llevó a rastras. Los zapatos de Sloane chirriaban sobre el suelo de baldosas rotas del pasillo, que tenía la pintura descascarillada; después subieron por una escalera de metal. Cuanto más se internaban en el edificio, menos probable le parecía la huida. Intentó dibujar un mapa del lugar en su cabeza («Oeste, vas hacia el oeste»), pero al final solo pudo concentrarse en sus botas.

Las botas eran el presente. Los pies descalzos eran el pasado.

La mujer se detuvo frente a una puerta y la abrió con una llave que llevaba colgada del cinturón. Dentro había un laboratorio en proceso de desintegración. Las paredes estaban pintadas de celeste, igual que los frontales de los cajones y la puerta del armario, todo ello colgando en

equilibrio precario de la mesa de laboratorio que ocupaba el centro de la habitación. El suelo, de madera bajo el linóleo, se combaba en algunas zonas, mientras que en otras estaba cubierto de yeso y escamas de pintura azul.

No era del todo una celda. Eso estaba bien. Significaba que no estaba diseñada para mantenerla dentro. Lo que significaba que había una forma de salir.

La mujer la empujó al interior del laboratorio y cerró la puerta. Sloane prestó atención hasta oír el chasquido de la cerradura y después procedió a examinar el perímetro para hacerse una idea del tamaño de la habitación. Estaba vacía, salvo por la mesa en el centro y un grifo en la pared del fondo. Se fue hacia el grifo. Había una tubería debajo que en algún momento debería haber llegado hasta el desagüe de un lavabo, pero faltaba el lavabo.

Abrió el grifo. Siseó un momento antes de rociarlo todo con unas cuantas gotas naranjas y escupir un agua amarilla que seguramente era mejor no beber. Pero estaba cubierta de tierra y polvo de la Sangría, y desesperada por oler menos a muerte. Se quitó el abrigo y le dio la vuelta para arrancarle con los dientes uno de los bolsillos. Le haría las veces de toalla.

Hizo una bola con la tela y se restregó el dorso de las manos con ella hasta recuperar casi por completo su color original; después enjuagó el bolsillo y lo usó para lavarse la cara. Se restregó las mejillas hasta que le picaron, y después pasó al cuello. Por último, el pelo, que dejó el agua negra.

Cerró el grifo, se escurrió el pelo y se lo recogió en un moño bajo para que no le estorbara. Después se puso el abrigo y se restregó los brazos para entrar en calor. El agua la había dejado helada, o puede que fuera el miedo.

Se acuclilló con la espalda contra la mesa de laboratorio, de cara a la puerta, e hizo todo lo posible por respirar profunda y lentamente.

Así había sido la vez anterior. Se había despertado en un lugar desconocido y había tenido que esperar hasta que su captor, el Oscuro, decidió hacer algo. Se durmió de puro agotamiento. No sabía qué le había

pasado antes de que la llevaran a la habitación, mientras estaba inconsciente, y no estaba segura de cuánto tiempo se había pasado él junto a la cama, mirándola, antes de tocarle la cara para despertarla. El tiempo perdido la obsesionaba más de lo que suponía; la idea de que su cuerpo no tuviera recuerdos propios, de no poder interrogarlo en busca de respuestas.

Se quedó allí agachada y contó cada aliento para asegurarse de que el tiempo pasaba hasta que se le entumecieron los pies. Estaba levantándose para poner de nuevo la sangre en circulación cuando una llave giró en la cerradura. Sloane retrocedió a toda prisa hasta que se dio contra las tablas que cubrían el marco de la ventana. Le dolía el pecho. No oía nada, salvo el susurro del Oscuro pronunciando su nombre.

El Resurreccionista apareció en el umbral, con la muerta viviente visible justo detrás de sus anchos hombros. Nero le había dicho que el Resurreccionista tenía cinco sifones. Los había contado mal. Llevaba uno sobre cada ojo, otro sobre la nariz y la boca, otro en el cuello; un sifón para cada mano; uno en una oreja. Todos ellos sencillos, de un metal oscuro que parecía peltre.

Andaba de un modo extraño, a grandes zancadas, no del todo cojeando, sino con aire de depredador. Hizo un gesto para acompañar un fuerte silbido, y la puerta se cerró tras él.

Estaban solos.

Sloane empezaba notar puntos oscuros en la visión. Le cosquilleaban el pecho y las manos: era la misma sensación que había tenido al encontrar la Aguja en el barco hundido y el arma mágica en la Cúpula. Fuera quien fuera el Resurreccionista, estaba impregnado de magia.

—Ziva fue la que se dio cuenta. —El sifón le distorsionaba la voz y le otorgaba ese timbre metálico que había percibido en la calle, al oírlo silbar. Hablaba como si siguiera con una conversación—. Todos esos hechiceros con sus elegantes ropajes correteando por ahí como ratas. Estaba claro que pasaba algo. —Ladeó la cabeza—. Tengo ojos allá donde lo necesito. Y los ojos me cuentan cosas sobre ti. No tienes sifón. Siempre te acompaña ese soldado tan grande...

—¿Te refieres al soldado que has asesinado?

La pregunta le salió en un tono airado y feroz. Tomó aire con dificultad.

—Aparente carencia de conocimientos sobre este mundo. —Siguió él, como si no lo hubiera interrumpido—. ¿Estás hiperventilando?

—Que te den —respondió Sloane mientras se agarraba a la pintura y el yeso del suelo.

—Sin magia, ni siquiera cuando no te quedaba otra elección. ¿Significa eso que no puedes usarla? Le he estado dando vueltas. —Inclinó la cabeza hacia el otro lado—. Pero ¿por qué iban a invocar a una soldado de otra dimensión para matarme, si esa soldado no puede usar la magia?

El yeso se le clavó en la piel bajo las uñas. El Resurreccionista lo sabía. Sabía de dónde venía Sloane, lo que pretendía hacer...

Pero ¿cómo?

Recordó la mirada de Mox en el bar, como si esperase algo que ella no le había dado. «Tengo ojos donde los necesito». Mox había sido los ojos del Resurreccionista; la había rescatado de la trampa, la había invitado a ir al Tankard y la había interrogado hasta averiguar que estaba en el mundo equivocado.

Sloane se sintió imbécil. Había sido una estúpida. Aelia y Nero querían que se quedara dentro, a salvo, pero ella había sido demasiado confiada y engreída, una niña jugando a ser una heroína. Y ahora moriría por ello.

—Habría resultado sencillo acabar contigo, pero... están los demás —dijo el Resurreccionista—. ¿Cuántos hay?

—Si los tocas —respondió Sloane mientras se apartaba de golpe de la pared—, te...

—¿Golpearé con una tubería que se convierte en polvo? —terminó la frase por ella con una voz que se había tornado empalagosa—. No estás siendo justa. Tus amigos y tú venís a matarme, y ¿pretendes que no me defienda?

—Estás destruyendo este mundo. Y el mío. ¿Qué tiene eso de justo?

—¿Destruir el mundo? ¿Yo? —Se rio con tristeza—. Supongo que debería sentirme halagado de que creas que soy capaz de controlar ese grado de destrucción en plena pelea callejera.

Sloane recordó su silueta contra la turbulenta confusión de la Sangría.

Mientras él derribaba a Kyros y la perseguía, los destrozos no habían cesado ni un momento.

—Este mundo, tu mundo, se destruye solo. Todos los mundos lo hacen. —Parecía furtivo, incluso inquieto, como si el peso de los sifones lo anclara en el sitio—. No me necesitan para eso.

—¿Así lo justificas?

—¿Cómo te lo compensan? ¿Con dinero contante y sonante? ¿Con poder? ¿Cómo?

—¿Compensarlo?

—Ah, entonces eres una verdadera heroína. —Hablaban como si le hiciera gracia—. Escandalizada por la mera mención de un intercambio...

—¡Venir aquí no fue cosa mía! Y si pudiera volver a casa, ya me habría ido.

Pero, al parecer, él no la escuchaba. Ladeó la cabeza, como si estuviera oyendo algo a lo lejos. Después se volvió y salió a toda prisa del cuarto. La puerta se cerró de golpe.

Sloane permaneció inmóvil durante un momento. Su miedo había pasado a arder a fuego lento. Conocía al Oscuro. Conocía la desagradable sensación de estar cerca de él, el nudo en las tripas cuando se concentraba en ella. ¿No?

«Ya basta», pensó, y se volvió hacia las ventanas tapadas que tenía detrás. Eran su mejor opción para escapar. La madera se rompía. Las tablas ardían. Las ventanas se abrían a cornisas, calles y al frío aire nocturno.

Empezó a sacar cajones y abrir armarios. Eran de contrachapado endeble, pero eso no le servía a no ser que quisiera quemar la habitación. Aun así, los sacó y los amontonó sobre la mesa. Eran recursos.

Primero probó con la fuerza bruta. Eligió uno de los cajones más grandes y lo estrelló con fuerza contra las tablas de las ventanas.

El cajón se hizo polvo, y Sloane se quedó con el tirador y el frontal en la mano. Los tiró a un lado.

Había rendijas entre las tablas de la ventana, lo bastante grandes como para meter los dedos. Agarró una de las tablas y apoyó los pies en la pared para hacer palanca. Empujó con los pies mientras tiraba de la madera con

ambas manos empleando toda su fuerza para romperla o al menos aflojarla. Pero... nada. Le dolían las manos y se tragó un grito de frustración.

No pensaba morir allí. No en la habitación podrida de una dimensión paralela.

Lo que necesitaba era ejercer más presión de la que le permitía su cuerpo. Lo que podría lograr con más fuerza (cosa que no estaba a su alcance en esos momentos) o una superficie menor.

Contempló los tablones durante unos segundos dando las gracias a quien hubiera establecido las leyes del universo y también orgullosa de recordarlas. Después se acercó a la tubería que sobresalía de la pared. La tuerca suelta que sujetaba el alargador del desagüe al sifón hidráulico era vieja y no costaría aflojarla con la mano. Se agarró al borde del desagüe y tiró con fuerza. La pieza (la entrada de agua, el borde y el sifón) se separó del alargador y de la base protectora de la pared. La tubería era sólida y pesada. La dejó en la mesa.

Se quitó el abrigo y se desabrochó la camisa sin prestar atención al frío. Después de quitársela, se puso de nuevo el abrigo y se lo abotonó hasta el cuello. Retorcó la camisa para convertirla en una cuerda y metió un extremo por el hueco que quedaba entre las tablas.

Era una tarea irritante, como enhebrar una aguja cuando te temblaban las manos. A pesar de meter los dedos por los huecos a ambos lados de la tabla, no conseguía maniobrar con la cuerda improvisada de modo que el otro extremo saliera por el hueco del otro lado. Lo intentó una y otra vez, sin éxito. El sudor empezaba a perlarle la nuca. Cuanto más tiempo pasara con aquello, más probable era que alguien la interrumpiera.

Al final consiguió agarrar la cuerda del otro lado de la tabla. Después tuvo que hacerlo de nuevo. Necesitaba usar dos tablas, una contra otra, como los barrotes de una celda anticuada. La segunda vez fue más sencillo maniobrar la cuerda; llevó la cuerda hasta el otro lado de la segunda tabla y ató los dos extremos con un nudo apretado. Después agarró la tubería, la metió por el centro del nudo y empezó a girarla.

Al principio no notó nada. Sin embargo, cuanto más giraba la tubería, más se tensaba la tela alrededor de las tablas, y pronto empezó a costarle

seguir girando. Tuvo que trepar por la pared y apoyarse en el saliente de la ventana para conseguir que la tubería bajara todo lo posible. Le palpitaba la mano. Pero las tablas empezaban a crujir.

Otro giro, y la piel de las palmas se le empezó a pelar. Las tablas gruñeron.

Otro giro, y se rompieron.

Entre risas, Sloane deshizo el nudo para soltar la tubería y la usó para aplicarla contra el punto débil de las tablas, que ahora eran más fáciles de doblar. No tardó en abrir un agujero lo bastante grande como para meterse por él, aunque a duras penas. Tendría que arrastrarse.

Meter la cabeza no le costó demasiado, aunque la madera rota le arañó el cuero cabelludo. Todavía era de día, pero el sol ya estaba bajo. El edificio tenía varios niveles, como una tarta de boda, y ella estaba por encima de un nivel inferior que tenía el tejado cubierto de grava. No sabía bien cómo iba a bajar después desde el otro tejado, pero al menos podía dejarse caer sobre la grava sin romperse la crisma.

Se obligó a avanzar entre las tablas y se mordió el labio para no gritar cuando la madera se le clavó en ambos hombros. Metió el estómago y se arrastró hasta el final; después cayó al tejado de grava, dolorida.

Sabía que no debía celebrarlo todavía. Se levantó, se sacudió la grava de la ropa y cojeó hasta el borde del tejado, en busca de una escalera de incendios. La libertad estaba cerca, a tan solo siete plantas de distancia, pero fuera de su alcance si no quería romperse la columna. Se veía perfectamente la Torre Sears, un gigante oscuro contra las nubes, y la Torre Warner no estaba lejos; las ondas de su lado occidental le mostraban sus grises reflejos. Sloane tenía el lago de frente, y el edificio en el que se encontraba estaba en lo alto de lo que en su hogar sería Congress Parkway. A pesar de desconocer el nombre de aquel edificio, había pasado por debajo de él en coche.

Recorrió el perímetro del tejado inferior, pero no había ninguna escalera. Si quería escapar, tendría que volver al interior del edificio.

Al otro extremo del tejado había lo que parecía ser una caseta con una puerta, que debía de conducir a una escalera similar a la de la Cima. Si tenía

suerte, podría llegar hasta la planta baja del edificio y después salir corriendo.

Forzó la puerta (o la habían dejado abierta o se había roto la cerradura) y salió a un oscuro hueco de escalera que olía a podrido. Tanteó hasta dar con un pasamanos y se agarró a él mientras descendía. Hacía mucho tiempo que ni comía ni bebía. Tenía la boca tan seca que empezaba a parecerle de cartón. Pero siguió avanzando, aferrada a la idea de un vaso de agua, como si fuera la proverbial zanahoria colgada de un hilo.

Había recorrido ya cinco rellanos cuando se encendió una luz. Sloane se pegó a la pared y esperó a que se le acostumbraran los ojos. Oyó pasos. Gente que hablaba. Cada vez más cerca, como si quien fuera estuviese subiendo por la escalera. Bajó con cuidado los últimos escalones hasta la puerta e intentó abrirla sin hacer demasiado ruido, pero era demasiado pesada para eso; tendría que tirar más fuerte.

Sloane contó en su cabeza y pegó un tirón. Las bisagras chirriaron, y salió corriendo al pasillo del otro lado, donde el linóleo se combaba igual que en el laboratorio que le había servido de celda.

Enormes pedazos de yeso se desprendían de las paredes y estaban tirados por el suelo, y la mitad de las baldosas del techo faltaban o colgaban peligrosamente. Pasó junto a puertas que daban a viejos despachos con moquetas de color granate y luces fluorescentes. En la pared de uno de ellos todavía colgaban unas antiguas gráficas en las que se indicaban en azul las tendencias de las bajas por enfermedad.

Miró por una de las pocas ventanas que quedaban para calcular en qué dirección iba. Vio la Torre Sears más cerca que desde el tejado, lo que significaba que avanzaba hacia el norte, más cerca del lugar por el que había entrado en el edificio. Más cerca del ejército del Resurreccionista.

Oyó algo detrás de ella y se agachó para esconderse en una de las oficinas. Salvo que no era del todo una oficina..., al menos, ya no. Las paredes que delimitaban cubículos y demás seguían allí, pero habían barrido los escombros del suelo. En una esquina había un colchón con una sábana de flores desvaídas y una funda de almohada a juego. A su lado, unos cuantos libros apilados, de los cuales solo reconoció uno: *La manifestación*

de deseos imposibles.

En uno de los escritorios empotrados, cerca de la entrada, había unos ordenados montoncitos de tornillos, cables y placas metálicas. En una caja bajo el escritorio vio viejos sifones en distintos estados de abandono: a uno le faltaban todas las placas que cubrían la palma; a otro, todos los dedos. Varios destornilladores estaban metidos en un tarro cercano, con los mangos hacia arriba, esperando a que alguien los usara.

Allí vivía alguien.

No sabía mucho sobre zombis (o cualesquiera que fuera el término correcto para los soldados del Resurreccionista, dado que parecían demasiado inteligentes para ser zombis de verdad), pero dudaba que necesitaran dormir. Así que, si se trataba del dormitorio de alguien, tenía que ser el del Resurreccionista. Lo que significaba que no podía haber escogido un escondite peor.

Oyó voces de nuevo. Se metió en un cuarto que en otro tiempo debía de haber sido una sala de reuniones, a juzgar por la larga mesa desvencijada y la abundancia de ventanas. No estaban tapadas del todo y dejaban entrar la luz. De hecho...

Estaba bastante segura de poder abrir una.

Sloane agitó la ventana con el tirador para ver si cedía. Se movía adelante y atrás. Miró hacia la puerta y se detuvo al oír voces. Estaban más cerca. Distinguió algunas palabras:

—Cósetelo otra vez, pero...

—Mierda —susurró Sloane, y levantó la ventana con todas sus fuerzas.

Se estrelló contra su marco, y ella asomó la cabeza. Estaba a dos plantas del suelo. Lo bastante alto para romperse una pierna si saltaba. Volvió a mirar atrás. No veía nada, pero las voces se habían callado. Contuvo el aliento y esperó. Se oyó un crujido, la presión de un zapato sobre un suelo viejo. El chirrido del linóleo.

—Vale —susurró para sus adentros—. Vale vale vale.

Sacó las piernas por la ventana y se colocó en el alféizar.

Después, tras prepararse para el dolor, saltó.

Sloane no se miró el tobillo derecho. No quería saberlo.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se mordió el puño y cojeó lo más deprisa que pudo apoyándose en la pared del callejón. Al cabo de unos metros, se quedaría sin pared y tendría que apoyar todo el peso en el pie derecho.

Se detuvo para secarse los ojos. Era como si alguien la apuñalara una y otra vez en la pierna derecha. Sus pensamientos latían al mismo ritmo que el dolor. Se alejó de la esquina y gritó.

«Un paso más», se dijo entre jadeos, aunque como mínimo le quedaban cien pasos para llegar al río, donde había una baranda en la que apoyarse. Volvió la vista atrás a través de las lágrimas para ver si venía algún coche. No vio nada. Dio un paso. Y otro.

Caminó hasta el río, donde por fin vio faros.

FRAGMENTO DE

Por fin: Una antología de ensayos sobre el Elegido

Del ensayo *Como un sueño*

Laura Bryant

Y fue allí, mientras veía mi compra desparramada por la acera...,
la cebolla rodando hasta la alcantarilla,
una botella de leche rota que se derramaba por las rendijas de las baldosas,
cuando lo vi por primera vez.

Ya había empezado el vendaval destructor del Resurreccionista, y con él la atracción y la
aniquilación de la materia. Y, a su alrededor, la gente gritaba, gritaba,
corría.

Corría para salvar la vida.

Me había caído, me había torcido el tobillo. Una de las más débiles del rebaño, ahora
vulnerable al ataque del depredador más horrible del mundo, nuestro aspirante a
destructor, nuestro demonio encarnado. Mi muerte era segura...

Pero...

Como en un sueño...

El Elegido apareció. Su cabello dorado brillaba al sol. El emblema del Ejército Titilante
bajo su hombro, como un tributo a sus camaradas caídos, sus hombres masacrados. Un
sencillo aro de metal al cuello, su sifón, su espada. Un silbato entre los dientes, su
escudo. Un nuevo ejército reconstruido de las cenizas de los muertos, a su espalda.

Nuestro defensor.

El Elegido de Genetrix.

Del ensayo *Lo primero que pensé*

Xevera Ibáñez

Vi una fotografía suya en el periódico el día después del ataque a Cordus. Había luchado, había obrado una magia tan poderosa que las ventanas se estremecieron y las puertas temblaron en sus marcos, pero no había ganado ni perdido. Seguía entre nosotros, así que estábamos contentos, aunque también decepcionados. Porque no había salvado el mundo de un solo silbido.

Significaba que nos esperaba más angustia. Más calles partidas por la mitad, más madres con rostros helados, más niños caminando solos, más hombres sentados en las aceras contemplando la nada. Más edificios destrozados por un viento sobrenatural, más búsquedas entre los escombros, más cortinas rasgadas, más ventanas rotas. Más de todo esto; más pérdidas, más carencias.

Vi una fotografía suya junto a una señal de *stop*: cabello dorado, cadena dorada y aro dorado al cuello, labios apretados, hoyuelo en la mejilla, estrechándole la mano al alcalde.

Lo primero que pensé fue: «Creía que sería más alto».

Sloane salió cojeando a la calle y agitó los brazos. El taxi frenó en seco, y ella abrió la puerta antes de que el conductor pudiera decidir si merecía la pena el esfuerzo.

El taxista, un hombre pálido y bien afeitado de veintipocos años, se giró en el asiento para mirarla. Ella subió la pierna herida al asiento.

—Señora, ¿está...? —empezó a preguntarle el hombre, con los ojos como platos.

—Llévame al Centro Cordus.

—Tengo que llevarla a un hospital, señora...

—No —respondió ella entre dientes. No quería meterse sola en un hospital de Genetrix—. Y, como vuelvas a llamarme señora, me bajo en marcha.

Sloane se pasó casi todo el camino de vuelta contemplando los dejes que colgaban del espejo retrovisor: la medalla de un santo, medio corazón, un diminuto silbato de plástico. En la radio estaba sintonizada una emisora cristiana, y el estribillo de una de las canciones la hizo sentirse muy lejos de casa: «Jesús, tú obraste magia en mi corazón».

En cuanto el coche paró en la acera del edificio, recordó que no tenía dinero. Estaba discutiendo con el taxista a un volumen cada vez más alto

cuando Cyrielle salió corriendo hacia ellos. Sloane nunca se había sentido tan aliviada de ver un pintalabios naranja chillón.

—Dios mío —dijo Cyrielle al ver el tobillo hinchado (muy hinchado) salir del coche.

Sacó una moneda del saquito que llevaba a la cintura y se la dio al conductor antes de echarle un brazo por encima a Sloane para ayudarla a salir del taxi.

En ese momento fue plenamente consciente de ello: había escapado.

Se relajó cuando entraron en la Cima: Cyrielle la sentó en un banco cerca de la entrada principal, y ella se quedó mirando los diamantes naranjas que el sol repartía por el suelo al atravesar los diminutos paneles de cristal del techo. El aire era cálido, y la gente corría de un lado para otro frente a ella, calzada con pesadas botas o con chirriantes deportivas de suelas blancas. Tenía el pie derecho al aire (se había quitado la bota en el taxi, al darse cuenta de que el cuero le oprimía el enorme tobillo) y lo veía cada vez más morado. Ya apenas sentía el dolor.

Algo le llamó la atención. Levantó la cabeza y vio a Matt medio caminando, medio corriendo por el vestíbulo. Tenía los ojos rojos, pues había estado llorando. Cuando se miraron, él echó a correr y estuvo a punto de arrollar a una anciana de prietos rizos grises. Sloane se apoyó en la pared para levantarse justo a tiempo de chocar con él.

Le rodeó la cintura y la levantó. Era agradable volver a sentir aquel cuerpo tan sólido contra el suyo. La última vez que habían dormido juntos no lo había apreciado lo suficiente. No solo porque Matt fuera todo músculo esbelto y bien formado, sino porque era cálido, familiar y amable. Durante los últimos años no había despertado una pasión ardiente en ella, pero sí una llama constante. Echaba de menos ese fuego, esa luz guía que nunca se apagaba.

Sloane subió las manos automáticamente hasta el centro de la espalda de él, que estaba empapada de sudor. Él la bajó con cuidado, aunque no la soltó. De repente, Sloane se dio cuenta de que Matt temblaba.

—Hola —le susurró al oído—. No pasa nada, estoy bien.

—Ha sido... Solo podía pensar... —dijo Matt con la voz amortiguada

por la camisa de Sloane. Había ocultado el rostro en el hombro de su amiga —. Solo podía pensar: «Otra vez no».

«Otra vez no». Era lo que pensaba ella desde que habían llegado a Genetrix: «Otra vez no, otro Oscuro no, otro secuestro no, otra huida no». Pero no había pensado en lo que sentiría Matt al ver que se la llevaban por segunda vez, sin saber si la volvería a ver con vida, sin saber lo que estaría soportando.

En realidad, tampoco había pensado en lo que debió de sentir él la primera vez. Por aquel entonces, Matt era el líder incuestionable del grupo, y a dos de los suyos se los había llevado el enemigo y los había torturado. Imposible que no se hubiera culpado por ello. Seguramente seguía haciéndolo.

Sloane se volvió hacia Matt y habló en el pequeño espacio que los separaba.

—No ha sido lo mismo —dijo. Le pasó las manos por el pelo—. Nadie me ha hecho daño, ¿vale? Estoy bien. Puede que un poco... apesosa, eso sí.

La respuesta de Matt fue una carcajada algo histérica. Relajó un poco las manos con las que la sujetaba, y ella le ofreció una sonrisa. Sintió la primera chispa de esperanza desde que le había devuelto el anillo: la esperanza de que, algún día, cuando el dolor remitiera, pudieran volver a ser amigos.

Esther estaba esperando a pocos metros. Había descubierto las telas de Genetrix y las llevaba puestas todas a la vez: un pañuelo de cachemir alrededor de los hombros, lo bastante caído como para dejar al aire su sifón de cuello; una blusa a cuadros; pantalones a rayas; calcetines de espiguilla naranjas. Cuando Matt y ella se separaron, Esther se acercó y abrazó a Sloane con algo más de delicadeza que Matt.

—¿Kyros? —preguntó Sloane cuando Esther se apartó un poco.

El nombre le salió muy bajito. Apenas soportaba pronunciarlo.

—Vivo pero no consciente. No saben si despertará. Hice una obra. El aliento. Conseguí que le volvieran a funcionar los pulmones —respondió Esther, con un brillo en los ojos que parecía de orgullo.

El dolor en el pecho de Sloane se alivió un poco. No había sido capaz

de pensar en Kyros desde que la habían secuestrado, pero tenía muy presente la imagen de su caída a manos del Resurreccionista.

—¿Estás herida? —le preguntó Matt mientras le señalaba el abultado tobillo.

—He saltado por una ventana para escapar. Estoy bastante segura de que necesito un médico. O puede que una pierna nueva.

—Cyrielle está en ello. Lo del médico, no lo de la pierna —respondió Matt. Sloane ni se había dado cuenta de que Cyrielle se había marchado, pero, efectivamente, no había ninguna mancha naranja en su campo visual —. Ha dicho que te traería a alguien.

—Bien.

Esther se colocó a la izquierda de Sloane; Matt, a la derecha. Los dos le pasaron los brazos por la cintura para sujetarla mientras ella cojeaba hacia los ascensores; apenas tenía que apoyar los pies en el suelo. Esther cantó la nota correcta para llamar al ascensor.

Aquello también era un alivio: que, a pesar de lo que les había ocultado y a pesar de lo que habían sufrido, todavía estuvieran a su lado.

No todo estaba perdido.

Aquella noche soñó que iba dando tumbos por un campo, descalza, con el brazo alrededor de la cintura de Albie mientras él le resollaba al oído. El mismo brazo que llevaba cubierto de sangre. Se detuvo para agarrarlo mejor. Albie gritó entre dientes.

Estaba oscuro, pero ella sabía que era de día por el rocío sobre la hierba. Le mojaba los tobillos.

Se despertó con un latido en la mandíbula de tanto apretar los dientes y se tragó su última benzo.

Dos días después, Sloane estaba en el despacho de Aelia con unas muletas bajo los brazos.

El doctor había montado su equipo en la espartana habitación de Sloane

la noche anterior. Se había sentado en su cama y se había puesto el pie en el regazo. Llevaba un recargado silbato entre los dientes, un osciloscopio modificado que le decía la frecuencia del sonido hasta el tercer decimal y un sifón sobre el ojo que parecía medio visor. Usó los tres a la vez: soplaba por el silbato para encontrar el tono en el osciloscopio y después gesticulaba para empezar la obra que le permitiría ver el hueso roto. Medio aturdida por la falta de sueño, a ella le había parecido un ritual religioso.

Le recolocó el hueso con manos frías y fuertes, se disculpó y le prometió una escayola al día siguiente... y un sifón que aceleraría el proceso de curación de los huesos.

Ya tenía el sifón y la pierna escayolada, y el médico le había dicho que usara las muletas durante dos semanas.

Se había limpiado la suciedad y el hollín de la Sangría, pero la sensación seguía con ella, como un sueño lúcido.

El despacho de Aelia era, en una palabra, limpio. Suelos de madera, paredes blancas, un solo estante con libros ordenados por colores. Había unas orquídeas blancas en enormes macetas junto a la ventana. La puerta se cerró con un golpe.

Se había pasado por el taller de Nero de camino al despacho de Aelia, y sus puertas eran iguales: gruesas y de madera, con pesados pomos y bisagras de metal, cerrada con magia. ¿Qué se guardaba en aquellos dos lugares para necesitar tanta seguridad?

Le llegaba el olor fantasma del azufre cada pocos minutos, a pesar de que ahora el pelo le olía al champú de romero que les había llevado Cyrielle. Lo volvió a percibir mientras Nero se acercaba para coger las muletas y apoyarlas en la pared, de modo que pudiera sentarse. Él también lo hizo, en la silla de al lado.

Aelia cruzó las manos sobre su limpio escritorio blanco, y las delicadas placas metálicas de su sifón de muñeca tintinearón al tocarse. Tenía las uñas pintadas de un rosa mate y limadas a la perfección.

Sloane había escrito su declaración el día anterior y se la había entregado a los dos a través de Cyrielle. Sin embargo, la habían llamado de todos modos porque necesitaban hacerle algunas preguntas más sobre lo

sucedido. No se imaginaba qué más podía decir al respecto. Ya se había abierto en canal para ellos.

—Bueno, ¿qué queríais preguntarme? —dijo al fin, porque llevaba unos segundos esperando a que hablaran.

—¿Cómo te encuentras, Sloane? —preguntó Aelia con una sonrisa que debía de ser forzada, puesto que ni la gente solía sonreír a Sloane ni Aelia era de las que sonreían.

—Genial. ¿Las preguntas?

Aelia miró a Nero, que se aclaró la garganta y se inclinó hacia Sloane con los tobillos cruzados. Sus calcetines tenían un estampado de pequeñas varitas mágicas. Sloane reprimió una sonrisa.

—Estábamos preocupados por ti porque hemos detectado cierta... simpatía en el tono de tu declaración —dijo Nero.

—Simpatía por el Resurreccionista, quiere decir —aclaró Aelia.

—¿Qué? Me secuestró. Evidentemente, no siento ninguna simpatía por él.

—Pero en tu declaración has puesto que te parecía... preocupado.

—Es diferente de lo que me esperaba, nada más.

—Diferente, ¿en qué sentido? —preguntó Nero mientras ladeaba la cabeza.

A Sloane le recordó al terapeuta que había visto después de la Inmersión, que la había observado con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

—No es el Oscuro —respondió—. Creía que podría ser una versión paralela del Oscuro de nuestro universo. Ahora veo que no es el caso. Eso es todo.

—Si nos preocupamos, es por un motivo —dijo Aelia—. No es la primera vez que el Resurreccionista convierte a personas a su causa. Tiene un... encanto peculiar.

—¿Encanto? —preguntó Sloane, y arqueó las cejas—. ¿En qué parte de mi declaración veis que hable de su puñetero encanto?

—Bueno, no empieza así —dijo Nero—. Sospechamos que usa algún tipo de obra mágica persuasiva...

—¿A quién se lo ha hecho antes?

Nero y Aelia se miraron.

—Ella no tiene importancia —dijo Aelia.

—Está claro que la tenía, o no me habríais advertido al respecto —repuso Sloane.

Nero miró de nuevo a Aelia.

—Como he dicho, solo queríamos hablar contigo para asegurarnos de...

—Bueno, pues yo también quería hablar con vosotros. Porque me da la impresión de que el Resurreccionista ha tratado antes con otras personas en mi situación. Con otro Elegido, me refiero. ¿Llegó a conocer al Elegido de Genetrix? Antes de que... muriera, me refiero.

—No supervisábamos las actividades de nuestro Elegido tanto como deberíamos haber hecho, quizá porque creíamos que todo iría según el plan, como indicaba la profecía —dijo Aelia—. Como puedes ver, no volveremos a cometer el mismo error.

—Pero seguís sin presentaros voluntarios para luchar contra él.

—No viene mal conocer tus límites —repuso Aelia, aunque se sonrojó.

—¿No? —Sloane se encogió de hombros—. Nunca se me ha permitido el lujo de conocer los míos.

—Entonces eres tan imprudente como tu predecesora —le soltó Aelia—. Ella también creía que el Resurreccionista estaba solamente herido, que era posible un acuerdo de algún tipo o una reconciliación. Se equivocó, y pagó el castigo definitivo por ello. ¿Es lo que querías escuchar?

Las palabras se estrellaron contra Sloane, una a una. «Predecesora».

Sin embargo, Aelia siempre había hablado de esa persona en masculino, incluso cuando los había llevado a los escombros del escenario de la Sangría para contarles que el Elegido de Genetrix estaba muerto. «Un Elegido». «Está muerto». «Lo derrotaron».

—Así que la persona a la que el Resurreccionista manipuló... era vuestra Elegida —dijo Sloane, como si nada—. Podríais haberlo dicho y ya está.

—Bueno, no queríamos alarmarte sin motivo, y menos tan pronto después de un suceso traumático —respondió Aelia mientras se alisaba la camisa.

Sloane se reclinó en el asiento. Acababa de pillar a Aelia usando dos géneros distintos para la misma persona. Pero no quería alertarla al respecto. Todavía no.

—¿Parezco alarmada? ¿O parezco cabreada porque me agotáis la paciencia, cuando lo único que quiero es matar a ese gilipollas y marcharme a casa?

Aelia frunció los labios.

—Bien —siguió diciendo Sloane—. Ahora, si me devolvéis las muletas, volveré cojeando a mi habitación.

—Eso es... raro —comentó Esther, que había fruncido el ceño.

Sloane estaba sentada en el umbral de cara al ascensor, por si alguien se les acercaba. Había estirado la pierna derecha sobre las anchas tablas del suelo del cuarto de Esther; las muletas las había apoyado contra la inexplicable pila de agua bendita fijada a la pared, que Esther usaba de joyero.

—«Raro» no es la palabra que yo habría escogido —dijo—. Puede que «inquietante» o «sospechoso».

—Creo que no entiendo por qué te parece tan inquietante —dijo Matt. Se había desabrochado los puños de la camisa para subirse las mangas. Ahora llevaba el sifón siempre puesto, y también Esther. Esa mañana, Sloane los había descubierto convirtiendo sus cafés del desayuno en hielo—. La gente comete esa clase de errores continuamente. Es probable que no signifique nada.

—¿Alguna vez te has equivocado y has empezado a referirte a mí en masculino? —preguntó Sloane.

—Bueno, no. Pero puede que fuera una persona trans y Aelia metió la pata con los pronombres y tal, o puede que ni siquiera conociera a esa persona en aquella época, o...

Esther lo interrumpió para preguntarle a Sloane:

—¿Por qué no le preguntaste cuando lo dijo?

—Supuse que si había contado una mentira quizá me contara otra. Me

pareció más seguro guardármelo, por el momento.

—Aun así, creo... —empezó Matt.

Esther lo cortó de nuevo.

—No seas tonto. Está claro que Aelia hablaba de dos personas distintas. Nero y Aelia nos han estado mintiendo. Pero no sabemos por qué. Puede ser tanto por algo bueno como por algo malo.

—De verdad que no os entiendo. —Sloane dio una palmada en el suelo—. Esta gente nos ha secuestrado para traernos a otra dimensión. Nos mantienen como rehenes hasta que luchemos contra su villano. Y ¿de verdad os cuesta creer que nos estén mintiendo? ¿Por qué? ¿Porque dicen por favor y gracias?

Esther hizo un gesto de impaciencia.

—Siempre con los dramas. Lo único que intento es no perder los nervios. No estoy haciendo campaña para que les den el Nobel de la Paz.

Matt jugueteaba con la cuerda que mantenía sujeto el sifón; se la enrollaba una y otra vez en la punta del dedo.

—Aunque Aelia mintiera y fuera por una razón insidiosa, ¿qué podemos hacer al respecto? Seguimos necesiéndola para volver a casa.

No se equivocaba. Por mucho que Aelia ocultara, pasara lo que pasara con Genetrix y la Tierra, seguirían haciendo todo lo que tuvieran que hacer para regresar a casa. La idea de pasarse allí el resto de sus vidas, rodeados de tafetán y del tintineo de las placas de los sifones, la asfixiaba. No era su planeta. No era su vida.

Aunque en la Tierra solo la esperase tristeza (mudarse del piso que compartía con Matt, llorar por Albie, evitar el escrutinio de los medios), al menos era la vida que le pertenecía. Sin embargo, tampoco podía olvidar el alivio que había sentido al descubrir el error de Aelia, al poder ponerle nombre al fin a la sensación que la perseguía desde que había salido del río: le estaban mintiendo. Y Sloane odiaba las mentiras, salvo cuando las contaba ella.

—Conseguiré pruebas —dijo—. Y después me enfrentaré a ella. Así no podrá mentirme.

—Puedo hablar con Cyrielle —se ofreció Matt—. Una charla informal,

no un interrogatorio.

Sloane lo reconoció como la ofrenda de paz que era y esbozó una sonrisa.

—Nada como una charla informal sobre Elegidos muertos para amenizar la cena —comentó Esther.

—Cyrielle, ¿eh? —dijo Sloane.

Pretendía tomarle el pelo, pero le salió demasiado serio, casi como una acusación.

—¿Te gustaría preguntarme algo? —repuso él en voz baja.

Sloane sintió la horrible inflamación en la garganta, en el pecho y en el estómago que la avisaba de que podía echarse a llorar de un momento a otro. Apoyó las manos en el marco de la puerta que tenía detrás y se puso en pie.

—No —dijo cuando se tranquilizó un poco—. Me voy. Estoy cansada.

Era una mentira evidente, pero Matt, con su infinita cortesía, le permitió contarla.

FRAGMENTO DE
La descomunal antología de poesía irrealista,
Volumen 2

Le Quoi

Artificielle

¿Qué es?

Es

¿Es?

Lo que

es

Es lo que es

E

S

L

O

ES!

Qué

Las semanas siguientes trajeron consigo aburrimiento y frustración. El médico le había ordenado a Sloane que no entrenara con los sifones durante al menos dos semanas, así que nadie la molestó con eso. Se suponía que no debía caminar sin muletas, y las muletas le hacían daño en las axilas, así que se pasaba la mayor parte del tiempo en el mismo lugar leyendo *La manifestación de deseos imposibles*. El lugar era un banquito en el pasillo del taller de Nero.

Pocas personas se acercaban a sus puertas. Menos aún entraban y, las que lo hacían, siempre iban acompañadas de Nero. Era como si la magia que mantenía la puerta cerrada solo respondiera ante él.

Por eso había escogido su despacho como objetivo, en vez del de Aelia. La pretor al menos había permitido que Nero y Cyrielle accedieran a su espacio, mientras que Nero no le había concedido ese acceso a nadie. Lo que significaba que protegía algo importante.

Al principio, Sloane intentó pensar en una excusa para que Nero la dejara entrar. Pero Nero se dejaba ver poco desde su conversación en el despacho de Aelia. El primer día que vio a Sloane allí sentada le preguntó por qué le gustaba leer en aquel banco, y ella señaló la ventana de enfrente, que daba a la Torre Sears. Después de eso, Nero procuró tomar otra ruta

para llegar a su taller y no tener que pasar delante de ella.

Tardó dos semanas en oírlo. Se había levantado cuando vio a Nero acercarse a las puertas del taller y había corrido todo lo que le permitían las piernas para darle conversación. Pero él fingió no verla y se metió en el taller justo cuando Sloane estaba lo bastante cerca como para hablar con él. Vio cerrarse las grandes puertas dobles y, entonces, oyó el movimiento de una cerradura.

Había supuesto que Nero protegía su despacho a través de alguna obra mágica en el umbral, pero ¿y si su magia solo se aplicaba al cerrojo?

Después de eso, le suplicó dinero a Cyrielle y se acercó a una ferretería cercana (usando un aparato ortopédico con el que no necesitaba muletas) para comprar un martillo y un destornillador.

—No puedo creerme que haya accedido a esto —dijo Esther.

—No te comportes como si te hubiera traído a rastras —respondió Sloane mientras la señalaba con el destornillador. Tenía un mango de color azul intenso con el nombre de la marca, SIPHONA TECHNICA, grabado en oro a lo largo del lateral. Sloane metió un dedo bajo la correa del reloj de Esther y se lo acercó más a la cara para ver la hora—. De acuerdo, allá vamos. ¿Recuerdas nuestra historia, por si Nero está dentro?

—Tu sifón de la pierna está emitiendo un sonido agudo y necesitamos que le eche un vistazo. Sabes que no se lo va a tragar, ¿no? Podríamos haber acudido a Cyrielle.

—De todos modos, no va a estar dentro. He estado observando sus idas y venidas durante dos semanas, y nunca se queda después de las cinco.

—Qué bicho eres.

Sloane esbozó una sonrisa en la que enseñaba todos los dientes y abrió con el hombro la puerta de las escaleras.

Juntas recorrieron el amplio pasillo con ventanas hasta el taller de Nero. Dejaron atrás el banco en el que Sloane se había pasado tanto tiempo leyendo y una escultura monocromática rosa que le recordaba a un riñón. Las puertas dobles del despacho de Nero parecían sacadas de un castillo,

con sus enormes pasadores y sus bisagras oxidadas, y no de la Cima. Por suerte para Esther y para ella.

—Tú avísame si viene alguien —le dijo a Esther mientras se agachaba con torpeza frente a la más baja de las tres bisagras. Metió la punta del destornillador en la parte inferior del gozne y lo golpeó con el martillo para que saliera el pasador. Una vez que asomó por encima de la bisagra, lo sacó con los dedos. Uno menos, quedaban dos.

—Entonces, ¿la magia de la puerta no evita esto? —preguntó Esther—. Me parece una negligencia muy gorda.

—Eso parece, ¿verdad? —Sloane pasó a la segunda bisagra—. Pero lo único que hace con la magia es asegurar la cerradura: la obra desliza el cerrojo y lo sujeta en su sitio. La magia no actúa sobre la puerta en sí porque, si lo hiciera, ¿para qué iba a necesitar Nero una cerradura mecánica? Resultaría innecesaria. Aquí dependen de la magia para todo.

—Y ¿cómo se te ha ocurrido eso?

—Leo el periódico. Ni te imaginas cuántos robos en esta ciudad se cometen porque la gente confía en la seguridad mágica y se olvida de que las medidas prácticas a veces la desactivan; no saben nada sobre cómo funcionan las cosas sencillas.

Sloane terminó con la tercera bisagra, y metió la cabeza plana del destornillador entre la bisagra y la pared para desencajar la puerta.

El cerrojo mágico aguantó, así que la puerta colgaba de un modo extraño de ese único punto, como un diente suelto aferrado a su último ligamento.

—Conseguido —dijo. Después se metió de lado en el despacho.

—Si nos quedamos atrapados en Genetrix por la razón que sea, a lo mejor te conviene dedicarte a la delincuencia —repuso Esther.

—Me lo pensaré. Deprisa, no tardarán en darse cuenta de lo que le pasa a la puerta.

Se volvió hacia el taller de Nero y lo vio por primera vez. Era un espacio amplio con una luz pálida y triste que entraba por un techo estructurado como un invernadero: una geometría de paneles blancos translúcidos por la que penetraba el sol. Las paredes estaban cubiertas de

frisos de piedra decorativos, de modo que el cuarto parecía un templo antiguo rodeado de símbolos sagrados. Sin embargo, el lugar en sí estaba abarrotado de libros y equipos, pedazos de viejos sifones y herramientas para arreglarlos, textos en múltiples idiomas abiertos o apilados unos sobre otros.

Esther se sacó algo del bolsillo. Era un silbato que medía más o menos lo que sus dedos. Sloane había visto a la gente de la calle y del vestíbulo de la Cima soplar por ellos para las obras más complejas.

Tras metérselo entre los dientes, Esther dejó escapar una nota larga y grave. No sucedió nada, así que probó de nuevo: cerró los ojos y arrugó la frente, concentrada. Una luz tenue le llamó la atención a Sloane, y Esther se abalanzó sobre un montón de libros cercanos y sacó un fino diario negro oculto entre ellos. Lo hojeó hasta llegar a la página iluminada y leyó en voz alta:

El Elegido describe su percepción única de la magia como unas finas cuerdas de luz, como hilos en un telar que conectan a las personas entre sí, a los objetos y al suelo. Esta última parte es la que más me interesa: la magia que penetra en la tierra debe ir más allá de la tierra en sí; debe estar conectada a algo oculto en el corazón de nuestro planeta, algo que todavía no podemos comprender... Quizá algo roto por el misil disparado en la garganta de Tenebris y al que debemos la propagación por Genetrix de lo que llamamos magia.

—¿El diario de Nero? —preguntó Esther tras parar de leer un momento.

—Parece que tiene unos cuantos —respondió Sloane, y señaló un tenue resplandor que procedía de una pila de libros cerca de Esther.

Se paseó por el taller mirando todos los libros que Nero había dejado abiertos, en busca de los iluminados. *Reparación avanzada de sifones*, volumen 3. *Columna, pecho, vientre: Un estudio de los sifones menos usados. Teoría de cuerdas para la mente mágica.* Recorrió las páginas con los dedos mientras cojeaba por la habitación. Al llegar al fondo, encontró un pequeño hueco, casi como un asiento de ventana, aunque, en vez del cojín que esperaba encontrar, había una mesa.

Esther empezó a leer de nuevo.

Hasta ahora he podido ver otros universos, pero no he intentado actuar sobre ellos. Llegados a este punto, es más importante encontrar un universo viable en el que actuar. Existen unos cuantos parámetros: la presencia de magia, aunque sea mínima; que el idioma no suponga una barrera; que el punto de separación se produjera en los últimos cincuenta años, aproximadamente, para mejorar la capacidad del individuo para adaptarse a Genetrix; y un campeón o, como suele llamársele, un Elegido, que sea capaz de completar la tarea. Me resulta incomprensible lo difícil que es encontrar un mundo que...

Dejó la frase en el aire.

La mesa se encontraba bajo una ventana con pequeños paneles de cristal en forma de rombo. A través de ellos, Sloane solo veía las formas borrosas de la ciudad, que se volvía negra y azul con la puesta de sol. Había pocos objetos en la repisa de la ventana: un reloj de bolsillo con la cadena rota, unos anteojos de color rosa y un anillo con una piedra morada. Bajo los anteojos (que tenían forma de ojo de gato) había una grulla de papel. Sloane la cogió del pico con el pulgar y el índice, y la sostuvo a la luz. Estaba doblada exactamente igual que las de Albie.

—Espera, tengo algo más —dijo Esther.

Me he pasado varios días examinando nubes de materia en plena fusión que en algún momento serán la Tierra; mundos fundidos demasiado tóxicos para albergar vida; mundos gaseosos envueltos en tormentas constantes. He visto Tierras partidas en dos por gigantescos meteoritos, Tierras repletas de dinosaurios emplumados, Tierras saturadas de océanos. Y he visto Tierras baldías por las bombas atómicas, Tierras sin vida humana por culpa de alguna plaga..., con las casas todavía intactas y los desayunos podridos sobre las mesas.

Esther pasó a otro diario, esta vez rojo, del tamaño de la palma de su mano.

Mi campeón está muerto. El Resurreccionista lo mató anoche, a las doce y cuarto, en la

playa del camino del lago. Víctima de su método favorito, la antítesis del aliento mágico, una especie de colapso...

La grulla que Sloane sostenía en la mano estaba hecha con papel de un cuaderno de rayas. En la cresta de la espalda de la grulla vio un garabato rosa, como si alguien hubiera probado un bolígrafo. Después de mirar a Esther, que en ese momento repasaba un diario rojo buscando frenéticamente otra página brillante, Sloane tiró de los extremos de la grulla para deshacer el origami.

El papel se había usado para probar todo tipo de bolígrafos. Pero eran de colores chillones, relucientes, fluorescentes, blanquecinos. De los que usaba Albie, incluso después de que los demás se burlaran de él. Sloane no los había visto en Genetrix. Allí la gente usaba recargados instrumentos antiguos: plumas de ave, estilográficas, estiletes metálicos reconvertidos en bolígrafos.

—Essy.

—«El segundo de mis campeones está muerto» —dijo Esther—. Dios mío, Sloane.

Sloane y Esther se miraron a los ojos.

—El segundo —repitió Esther.

—¿No se suponía que éramos nosotros? —dijo Sloane, que se olvidó por un momento de la grulla de papel que tenía en la mano—. El Elegido de Genetrix fue el primero y después nos trajeron a nosotros, ¿no?

—Eso nos cuentan —contestó Esther, con la mirada perdida.

—Sigue.

Mi búsqueda continúa, debe continuar, hasta que se presente un candidato adecuado.

Rastrearé la interminable sucesión de mundos durante toda mi vida, si es necesario...

—Ese cabrón mentiroso —dijo Sloane.

—¿A cuántos han traído? —preguntó Esther mientras la miraba—. ¿Decenas? ¿Cientos? Si no sobrevivieron, ¿cómo coño vamos a hacerlo nosotros? Vencimos a nuestro Oscuro por los pelos, y eso fue en un mundo

que no conocía la magia...

Se le quebró la voz y guardó silencio.

—Si está mintiendo sobre esto, podría estar mintiendo sobre otras cosas —repuso Sloane—. Sobre lo difícil que es enviarnos a casa, por ejemplo. —Cruzó la habitación y le puso las manos sobre los hombros a Esther—. No pierdas los nervios. Todavía no.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

Estaba mirando el papel arrugado entre la mano de Sloane y su hombro.

—Era una grulla. Me recordó a...

—Ah.

Algo similar a la tristeza ablandó la mirada de Esther, y Sloane se apartó.

—Tenemos lo que vinimos a buscar —dijo—. Vámonos, antes de que Nero...

—Me temo que es demasiado tarde para eso —dijo Nero.

Le dio un toquecito a la cerradura que mantenía la puerta en pie, y toda la estructura cayó al suelo con estrépito.

Sloane, por instinto, alargó la hoja de cuaderno hacia Nero. Los tres, Nero, Esther y ella, se quedaron mirando la página que sostenía como una espada hasta que la bajó.

Por un momento, mientras Nero caminaba sobre la puerta caída con los dientes apretados y el pelo rubio en los ojos, Sloane vio a alguien a quien temer. Pero entonces, Nero se sacudió el suéter gris con ambas manos, se apartó el pelo de los ojos, y volvió a convertirse en la bondad personificada.

—No sé bien qué os ha llevado a sospechar tanto de mí como para asaltar mi taller —dijo en un tono muy tranquilo.

Sloane sintió el repentino y desesperado deseo de averiguar cuál era ese punto sensible que acababa de descubrirle y escarbar todo lo posible en él.

—Bueno, está el tema de haber secuestrado a tres personas de una dimensión paralela —dijo—. Aunque lo más reciente ha sido oír a Aelia referirse al Elegido y a la Elegida en la misma conversación.

—Ah —respondió él mientras recorría con los dedos el pomo de la puerta—. Le dije que te habías dado cuenta. No me hizo caso.

—Hemos venido a por pruebas. Así que, a no ser que tus diarios sean tu primer intento novelístico... y bastante malo, por cierto...

—¿Cuántos ha habido? —preguntó Esther de repente, en tono agudo. Se acercó a Nero como si pretendiera estrangularlo—. ¿A cuántos Elegidos has arrancado de su dimensión para luchar contra tu puto Oscuro?

—La única razón por la que no os lo dijimos era que no queríamos asustaros. A ninguno. Porque no sabéis nada de magia, porque...

—Entiendo que estos libros son muy valiosos —lo interrumpió Sloane. Cogió uno de los diarios y lo sostuvo abierto por el lomo, como si pretendiera partirlo por la mitad.

—De hecho...

Sloane partió en dos el diario, por el centro.

—No es necesario...

—No sé, yo siento esa necesidad —repuso Sloane—. Teniendo en cuenta que no mencionasteis que éramos los... ¿Qué? ¿Los décimos obligados a luchar en vuestro jueguito mortal?

—Sois los quintos —respondió Nero, que se había calmado de repente.

—¿Quintos? —chilló Esther.

—Invocamos a los demás porque no queríamos practicantes de magia con poca experiencia y menos habilidad para luchar contra el Resurreccionista —dijo Nero alzando la voz. Cerró el puño del sifón y empezaron a bailar chispas sobre las placas metálicas—. Buscamos en universos con Elegidos capaces de usar la magia y que ya hubieran derrotado a sus Oscuros. Todos cayeron ante el Resurreccionista. Todo por el bien de la Tierra y de Genetrix. Al final decidimos que no podíamos soportar más bajas, y que un interés personal en la lucha quizá compensara la falta de experiencia mágica. Así que os escogimos a vosotros. Sí. Diez años de batallas y, por fin, os trajimos.

Se miró la mano y frunció el ceño, como si le estuviera desobedeciendo. Las chispas desaparecieron.

—¿Nos estás diciendo en serio que nunca se os ocurrió que no necesitabais a un Elegido? —le preguntó Sloane.

—Hablas como si no hubiésemos intentado derrotarlo —dijo Nero—.

Por cada Elegido, perdimos al menos a diez hombres y mujeres normales que intentaron matarlo, y eso, por cierto, no incluye a los miles de personas que han muerto en las Sangrías.

Esther tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

—Os lo oculté porque no quería ni alarmaros... ni desmoralizaros — siguió explicando Nero, de nuevo más tranquilo—. Porque no quería que os sintierais derrotados antes de intentarlo siquiera. Sabía que tú, Sloane, en concreto, eras frágil, incapaz de acceder a tu fiabilidad mágica, y entonces te secuestró el Resurreccionista y...

—No soy frágil.

—No pretendo insultarte. Pero has sufrido un trauma único a manos del Oscuro y...

—Cierra la boca. —No fue Sloane la que lo interrumpió, sino Esther. Se secó las mejillas y se tiró del cuello de su rígida blusa para que le viera bien el sifón—. O te prendo fuego, cabrón. —Nero levantó las palmas de las manos—. Vamos —le dijo a Sloane—. Tenemos que contárselo a Matt. A no ser que Nero tenga algo más que confesar.

Sloane hizo lo que pudo por parecer digna mientras cojeaba hacia la puerta, detrás de Esther. Cuando llegaron al umbral, Nero habló de nuevo.

—No olvidéis una cosa —dijo, y su voz era tan fría como para erizarle el vello de la nuca—. Todavía me necesitáis para volver a casa. Y tenéis que matar al Resurreccionista si queréis una casa a la que volver.

Sloane no se volvió. Siguió andando, más o menos estable, hacia el ascensor.

—Traigo un regalo —anunció Matt desde la puerta del dormitorio de Sloane.

Habían empezado a llamarlo «la habitación blanca» por razones obvias. La de Matt era «la cabaña», y la de Esther, «la iglesia».

Sloane estaba sentada con la espalda contra el cabecero. Esther, en pantalones de chándal, estaba en el suelo, con dos dedos metidos en un tarro de mantequilla de cacahuete. Todos se habían aficionado a comer eso (en

sándwiches, en manzanas, en galletas saladas) porque la marca, Nutty Buddy, era la misma en la Tierra y en Genetrix, al igual que el sabor. Una de las pocas combinaciones perfectas que habían encontrado.

Matt tenía una botella de licor oscuro en la mano.

—*Bourbon*. Cortesía de Cyrielle.

Esther aplaudió.

—¿Se estaba disculpando por no contarnos que estamos jodidos? —preguntó Sloane desde la cama.

—No lo sabía —respondió Matt—. Solo lleva un año trabajando para Aelia.

Sloane resopló.

—No te burles de la que nos ha conseguido *bourbon* solo porque se ha visto confirmada tu teoría de que no se puede confiar en nadie —dijo Matt.

—Mi visión del mundo es la correcta y ¿esperas que no me regodee? —repuso Sloane.

Matt se rio y, por un momento, volvieron a ser lo que habían sido antes. Abrió la botella de licor y le dio un trago. Después se la pasó a Esther.

—Aunque no creo que estemos jodidos —añadió Matt.

—Somos los quintos en intentar vencer al Resurreccionista —dijo Esther—. Somos los únicos que no sabemos usar bien la magia. Una de nosotros ya ha sido secuestrada.

Se levantó y le ofreció la botella a Sloane, que la aceptó y bebió.

El *bourbon* sabía a vainilla y cacahuetes. Hizo una mueca y se lo devolvió a Matt.

—Estamos jodidos —concluyó Esther.

—Ese es el tema, que creo que hay algo en todo esto, en lo de la historia que se repite —dijo Matt, que se sentó en el suelo, al lado de Esther, le dio un trago a la botella, y se la pasó a su amiga—. Si la historia quiere repetirse, por mí vale. Ganamos la última vez, ¿recuerdas?

Sloane arqueó una ceja.

—Algo de razón tiene —dijo Esther apuntándolo con la botella.

—No sé, creo que no deberíamos luchar —repuso Sloane.

—¿Quieres que dejemos que el Resurreccionista destruya ambos

universos? —preguntó Matt.

—Si Nero miente sobre esto, quizá mienta sobre todo. Puede que los universos no estén conectados. Puede que el Resurreccionista no sea nuestro enemigo. El...

—¿Que no es nuestro enemigo? —preguntó Matt, incrédulo—. Te secuestró. Ni se sabe a cuánta gente ha matado. ¡Estaba controlando la Sangría!

—Lo sé —respondió ella, al tiempo que se apoyaba la frente en la mano—. Eso lo sé, ¿vale? Solo digo que...

—Hemos verificado la conexión entre los universos —dijo Esther mientras le pasaba la botella a Sloane—. Encontraste ese artículo.

—Un artículo no demuestra nada categóricamente. Y ahora sabemos que Nero es un mentiroso.

—Y sabemos que el Resurreccionista es un asesino —dijo Matt.

—No digo que nos vayamos de cervezas con él, ¡solo que deberíamos confirmar mejor lo que dice Nero! —exclamó Sloane, y le pasó la botella a Matt.

—Sí, vale.

Matt aceptó la botella y bebió.

Unas cuantas horas después, el *bourbon* casi había desaparecido del todo y Esther estaba tumbada a los pies de la cama, profundamente dormida. Sloane tenía la botella en el regazo, y Matt estaba en el suelo, apoyado en la pared. Llevaban un buen rato callados, pero ninguno de los dos se había ido. Sloane no quería. Quería permanecer dentro de aquella burbuja de silencio amigo mientras pudiera.

—Esto es una mierda —dijo de repente Matt.

Sloane asintió.

—No sé estar sin ti —siguió él—. No puedo salir con nadie normal en casa. No puedo dejar de verte del todo.

—Bueno, podrías...

—No. Esther, Ines, tú y yo... estamos unidos de por vida. Es como un

matrimonio. En lo bueno y en lo malo. En la salud y en la enfermedad...

Sloane se aferró con fuerza a la botella.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que deberíamos quedarnos aquí? — preguntó Matt—. Nadie sabe que somos los Elegidos. Podríamos tener citas de verdad. Nadie nos miraría. Nadie nos pediría autógrafos.

—No podrías conseguir la mejor mesa guiñándole el ojo al camarero.

—Sí. —Suspiró—. Y seguramente me discriminarían por mi piel. Una de cal y otra de arena.

Sloane reprimió una carcajada. En realidad no tenía gracia, nada de aquello la tenía, pero el *bourbon* le había formado dentro unas burbujitas efervescentes de risa, como si estuviera carbonatada, y todo parecía un poco borroso. Se aclaró la garganta para intentar recuperar la concentración.

—Lo solucionarás —dijo Sloane—. Lo haremos los dos. Averiguaremos cómo ser amigos.

Matt se sorbió los mocos. Una lágrima le cayó por la mejilla, y se la limpió.

—Lo sé.

—No estoy bien —dijo Sloane—. Sé que lo parece. Estoy bien cuando no paro de moverme, pero, cuando estamos en casa, cuando me detengo...

—Imitó el ruido de una bomba—. Hago pum.

—Supongo que eso no debería consolarme, pero me consuela.

Sloane dejó la botella en la mesita de noche y cerró los ojos.

Matt no tardó en exigir más pruebas de la conexión entre universos, y Aelia no tardó en acceder a dárselas. Tenía que haberse enterado de que Sloane y Esther habían entrado a la fuerza en el despacho de Nero y querría apaciguarlos; al menos, esa era la teoría de Sloane. Así que, tan solo dos días después, Aelia, Cyrielle, Sloane, Matt y Esther estaban al borde del río, mirando el agua.

Dos años después de la caída del Oscuro, los cinco Elegidos habían presidido el acto de teñir el río Chicago el día de San Patricio. Esther se había puesto un vestido verde cubierto de lentejuelas y una peluca verde a juego; parecía la reina del desfile. Los habían subido a la cubierta de un barco que esparcía tras él el tinte en polvo de color naranja y dejaba un tono eléctrico en las turbias aguas mientras la multitud aplaudía.

—En algunos lugares, las fronteras entre nuestros universos parecen más permeables —dijo Aelia—. Hemos detectado unos cuantos. El agua parece ser el elemento común a todos ellos. Este es uno de esos lugares.

Sloane pensó en el misil balístico disparado por el *USS Tenebris* a las profundidades del océano.

Y en la inmersión para recuperar la Aguja, cuando las aletas de los pies la habían llevado a más profundidad de la debida.

Y en el estallido que la había lanzado al agua cuando había muerto el Oscuro, y el espeluznante resplandor de la mejilla de su enemigo al volverse en el agua.

«Agua —pensó—. Claro».

—Ahora no contamos con el poder necesario para atravesar la barrera entre nuestros universos —dijo Aelia—. Nada la atravesará. Pero nuestro anterior Elegido nos enseñó que la magia puede... observarse. Si hacemos una obra concreta, uno de vosotros será capaz de percibir las conexiones mágicas existentes. No obstante, esa persona tendrá que bucear hasta el punto en que la barrera es más delgada para ser testigo de esa conexión entre universos. ¿Cuál de vosotros nada mejor?

Sloane notó que todos la miraban. Al fin y al cabo, había sido la primera en salir de aquel río y la que había recibido su licencia de buceo cuando entrenaba para recuperar la Aguja. Y la que se había pasado los veranos en la piscina del barrio con Cameron, los dos retándose para ver quién aguantaba más y más y más sin respirar debajo del agua...

—Yo —dijo.

Aelia frunció los labios como si chupara un caramelo, pero asintió. Ese día vestía tres estampados distintos que no combinaban en absoluto: pantalones vaporosos de rayas, chaqueta de pata de gallo con una larga hilera de botones diminutos y una capa de cuello alto a cuadros. Le recordaba a una artista circense.

—Realizaremos una obra mágica para que puedas respirar bajo el agua durante unos minutos —dijo Aelia—. Si te parece bien.

—Sí —respondió Sloane, y se agachó para desatarse los cordones del zapato. La otra pierna seguía envuelta en un sifón—. Claro.

Mientras Aelia conjuraba una obra para mantener a Sloane caliente bajo el agua helada, Cyrielle se sacó de una de las mangas un pañuelo bastante grande y lo sacudió como un mago haciendo un truco. Se lo colocó a Sloane sobre la nariz y la boca, y se lo ató a la cabeza. Después, Aelia juntó las puntas de los dedos y dejó escapar un trino a través de su implante dental, una nota más agudo de lo que habría logrado sin ayuda. Sloane esbozó una mueca, pero el pañuelo se hinchó como un globo: ese sería su suministro de

aire.

Se quitó la capa exterior de ropa. En camiseta y ropa interior, se acercó al borde del río. Tenía la piel de las piernas de gallina. Contempló el agua en penumbra y no vio su reflejo.

—Y ahora la obra que te ayudará a ver las conexiones —dijo Aelia, y le agarró el hombro.

Sloane sintió el frío de las placas del sifón a través de la tela de la camiseta. Cyrielle le sujetó el otro hombro. La nota del implante de Aelia era tan grave que Sloane apenas oía el sonido, tan solo sentía su vibración contra la nuca. Cyrielle se unió con un tono más agudo y discordante. Después, las dos apartaron las manos.

Sloane se volvió y vio... luz. Cuerdas de luz que rodeaban a Cyrielle, Matt, Esther y Aelia; que brotaban de sus pies y penetraban en el suelo y en las grietas de la acera de hormigón. Una luz oblicua, como los rayos de sol, pasaba por encima de los edificios que tenían detrás. La luz brillaba a través de las ventanas de los rascacielos y los envolvía como la cuerda de un yoyó. La ciudad resplandecía con el brillo de la magia, estaba henchida de ella.

—Vete ya si no quieres quedarte sin aire —le dijo Aelia, y la luz brotó de su boca como una cascada.

Sloane dobló las rodillas y se zambulló.

Abajo, el agua estaba turbia como la de un lago, pero la luz del mundo de la superficie la acompañó en su descenso. Movi6 las piernas como una rana toro y echó de menos sus aletas. Podía respirar, aunque la presión en las orejas y las fosas nasales era agobiante.

Una cuerda de magia se alargaba desde la superficie del agua hacia el fondo. No la había visto desde fuera del río, pero allí estaba, gruesa como su brazo. Sloane nadó junto a ella, y con cada patada que daba se hundía más.

Nunca se había sentido tan profundamente sola en toda su vida; no solo aislada o sin nadie alrededor, sino sola de verdad, la única persona en una oscuridad eterna, con la cuerda como única compañía.

Incluso de no haber sido capaz de ver la cuerda, habría sabido que algo iba mal en aquel lugar. Sentía el cosquilleo en los dedos. El río Chicago

solo tenía unos seis metros en su zona más profunda, y ella ya había bajado mucho más. Dondequiera que se encontrara en esos momentos, no era el fondo del río de Genetrix.

Y entonces lo vio: una chispa de luz más adelante, al final de la cuerda. Un reflejo dorado. Movi6 las piernas con más ímpetu y nadó hacia él siguiendo la cuerda como un niño que persigue el final del arcoíris. Notaba la presión de la magia en la cabeza, mientras que un hormigueo le recorría los brazos y las piernas. Era como si el río la apresara, como si formara un túnel negro a su alrededor. Las plantas del lecho le rozaban las rodillas desnudas.

El brillo era un hilo de plata... No, solo algo que parecía plata: la Aguja.

Sorprendida, dejó de nadar y se enderezó. Se golpeó la cabeza contra algo duro y granuloso: un trozo de hormigón. Lo tocó con la palma de la mano y se giró para tenerlo debajo. Justo detrás del hormigón había un pedazo de metal retorcido. Tomó forma al acercarse; era enorme, más ancho que sus brazos extendidos, y desaparecía dentro del metal que lo rodeaba.

Era la parte superior de una letra pe.

Una de las gigantescas letras que adornaban la Torre Trump antes de que la magia destructora que había acabado con la vida del Oscuro derribara el edificio. Ella misma había buceado entre aquellos escombros hundidos en el río en busca de cualquier rastro del cuerpo del Oscuro. Y ahora lo tenía encima. Debajo.

Sloane bajó la vista (o la subió) para mirar las plantas que, aunque pareciera imposible, crecían hacia los escombros. Había restos escondidos entre los tallos: latas de refresco, botellas de cristal, un tapacubos combado, un fragmento de metal con el logo de Abraxas. Eso era Genetrix.

Y debajo de ella (o sobre ella), los restos de la torre que habían destruido al matar al Oscuro.

Entre ambos lugares, flotante e inamovible a la vez, estaba la Aguja.

Como siempre, Sloane se sintió atraída por su magnetismo, por el frío cosquilleo que le recorría el cuerpo con tan solo pensar en ella. Le dio la impresión de que podría nadar hasta ella y atraparla entre los dedos. La Aguja deseaba que lo hiciera. Lo sabía. Y ella quería hacerlo. Pero no logró

asirla con la mano cuando lo intentó, como si no hubiera calculado bien la distancia. Cuando lo intentó de nuevo, sucedió lo mismo, y los dedos se le desviaron a la derecha.

Qué raro.

Estaba a punto de intentarlo por tercera vez cuando vio otra cosa. Era algo pálido y veloz, como un pez sin el brillo de las escamas. Al volverse, tomó la forma de un hombre: pelo flotando alrededor de la cabeza, suavizado por el agua; ropa oscura; zapatos con duras suelas de cuero. Sloane sintió un momento de pánico.

El Oscuro.

Era un recuerdo. Una alucinación, sin duda. Se estaba quedando sin aire y eso le afectaba al cerebro. Tenía que regresar.

En vez de hacerlo, nadó hacia delante con toda la energía que logró reunir, como una rana, con las manos estiradas. Vio las cicatrices del dorso de su mano derecha, donde antes estaba la Aguja, y pateó con más fuerza para intentar atrapar el zapato. Distinguió la sombra delante de ella y el halo de magia que la rodeaba. Gritó bajo el agua, que sabía a hierbajos y moho.

La sombra se encogía y los escombros ya habían desaparecido, igual que la Aguja y las plantas del río. Siguió nadando con más ganas, le ardían los brazos y las piernas...

Y salió a la superficie del río, donde la esperaban los rostros de Esther y Matt.

—Creo... —Tosió y alargó los brazos para agarrarse a las manos que le ofrecían ayuda. Se arrancó la tela de la cara, escupió un poco de agua y empezó de nuevo—. Creo que el Oscuro, nuestro Ser Oscuro, sigue vivo.

—No puede ser —respondió Esther mientras negaba con la cabeza.

Seguían junto a la orilla del río. Aelia había secado a Sloane con una obra, y esta se estaba poniendo los pantalones; le temblaban los brazos y las piernas del cansancio.

—No encontramos el cadáver —repuso Sloane.

—Buceaste por el río. Encontraste su botón y parte de su chaqueta...

Había muchos escombros...

—¡Queríamos que estuviese muerto, así que nos convencimos de que lo estaba!

—Entonces, ¿por qué no volvió para rematarnos? ¡Si no le dábamos miedo! ¿Por qué iba a huir a otra dimensión para alejarse de nosotros?

Esther gesticulaba cada vez más, frenética; estuvo a punto de darle un golpe a Matt en la cara, pero él se apartó a tiempo.

Ni él ni Aelia habían hablado todavía; se limitaron a dejar que Sloane y Esther se pelearan.

—No lo sé —repuso Esther—. Puede que hubiera terminado de hacer lo que estuviera haciendo en la Tierra. Puede que se cansara de jugar con nosotros y fuera a buscarse juguetes nuevos. No soy una supervillana retorcida; ¿desconozco su lógica!

—Pero sí conoces la lógica de las alucinaciones psicodélicas submarinas, ¿no? Lo ves alejarse nadando y, de repente, te convences de que está vivo. Y ¿tenemos que creerte?

—¿Cuándo nos han fallado mis instintos con el Oscuro? —le preguntó Sloane—. Dije que caería en nuestra trampa, y lo hizo. Dije que yo sería un buen cebo, y lo fui. Dije que teníamos que dejar que Albie nos acompañara y luchara con nosotros, y al final ganamos gracias a él. Y yo era la única que estaba tan convencida de que quizá no estuviera muerto que me metí en el puto río... Una experiencia muy desagradable, por cierto. Y ahora, ¡sí, espero que confiéis en mi instinto! ¿De verdad te parece una locura?

Esther la miró con los ojos rebosantes de lágrimas. Sloane pensó que, pasara lo que pasara después, siempre la recordaría así, con los brazos sin fuerzas, los ojos relucientes, la luna brillando tras ella.

—Sloane —dijo Matt, y ella se puso tensa para prepararse, aunque no sabía bien por qué—. Tu instinto nunca nos había fallado... hasta ahora. Pero hace un tiempo que te dice cosas raras. Cuando estás en casa, en tu cama, en plena noche, te dice que todavía eres prisionera del Oscuro. Te dijo que podías confiar en ese Mox, que seguramente te vendió al Resurreccionista. Te dijo que tenías que visitar al Bert de Genetrix...

—Que te den —le dijo Sloane en voz baja—. No te atrevas a usar mis

putos terrores nocturnos contra mí. Estás cabreado porque mi instinto me dijo que te dejara, porque, claro, tengo que estar mal de la cabeza si no quiero casarme con el puñetero santo Elegido...

—Joder, Sloane, ese es el problema contigo, ¡que no sabes cómo discutir sin hacer sangre! ¡Nunca has sabido!

—Callaos los dos —dijo Esther, y ahogó un sollozo—. No lo soporto. Tengo que volver a casa. ¿Vale? Mi madre se muere. Así que ¿por qué no dejáis de pelearos como unos críos pequeños y me decís cuál es la forma más rápida de hacerlo?

Matt y Sloane se miraron. Él movía la mandíbula como si masticara un trozo de carne dura. Sloane estaba cansada, sin más. Miró al río. Ya no recordaba por qué estaba tan convencida de que el Oscuro seguía vivo, de que había atravesado a nado la barrera entre los universos, en vez de morir. Pero el caso es que estaba convencida... Y nadie, ni siquiera Esther, la creía.

—Luchando contra el Resurreccionista —respondió Matt—. Lo matamos y nos envían a casa. Es nuestra mejor opción.

—¿Sloane? —dijo Esther.

Sloane sentía lo mismo que cuando tenía la Aguja cerca: que todo estaba mal, que estaba revuelta por dentro, como si el mundo se hubiera transformado en una pesadilla y no recordara haberse dormido.

—De acuerdo —respondió—. Claro. Haremos eso.

Pero no estaba segura de si lo decía en serio o solo porque quería que Esther dejara de llorar.

TERCERA PARTE

FRAGMENTO DE

*La manifestación de deseos imposibles:
Una nueva teoría de la magia*

Arthur Solowell

Entonces, ¿qué es el deseo? Podemos empezar diciendo lo que no es. Un deseo no es un capricho. No es un antojo ocioso de una tarde de verano. Un deseo es un anhelo intenso, una necesidad profunda y pertinaz que no puede negarse. Por ese motivo, es imposible obligar a alguien a realizar un acto mágico si esa persona no lo desea de verdad. La magia requiere deseo, y un deseo no surge ni con amenazas ni con manipulaciones.

A medida que la magia se desarrolle y cambie en nuestro mundo, puede que llegue a quedarnos claro que a algunas personas no se les puede confiar el gran poder que ofrece la magia. No porque sean malvadas, sino porque están rotas sin remedio. Puede que se muevan por el mundo como si sus deseos se asemejaran a los de las personas sanas y funcionales que nos rodean, pero quizá no sea el caso; cuando obran magia, su verdadera personalidad se revela ante ellos y ante nosotros.

En otras palabras, la magia es un espejo. Nos devuelve nuestro reflejo, y puede que no nos guste lo que veamos.

TOP SECRET



MEMORANDO PARA LOS ARCHIVOS

PARA: Director, Agencia Central de Inteligencia

DE: Thomas Wong, pretor del Consejo de Cordus

ASUNTO: Profecía del Proyecto Delfos

Tal como se solicitó, he incluido el texto exacto de la profecía de [REDACTED], nombre en clave Sibila, realizada el 16 de febrero de 1999, verificada por el Consejo de Cordus:

Supondrá el fin de Genetrix, la destrucción de los mundos.

Algo se interpone entre Genetrix y su gemelo. El Ser Oscuro lo extirpará, y los mundos colisionarán, y ese será el final de todo.

El Ser Oscuro de Genetrix estará oculto, pero no en secreto, y su sed jamás se saciará. El Igual de ambos será la esperanza de Genetrix, nacido con la marca de la magia y dominado por un poder desconocido entre nosotros hasta el

momento.

Dos veces volverán a saludarse los Iguales, y el destino de los mundos está en sus manos.

TOP SECRET

Del diario de Nero Dalche, concejal de Cordus:

*Básicamente, para poder cruzar a otro universo es necesario simplificar nuestra comprensión de lo que supone dicho acto. La magnitud de moverse de un mundo a otro resulta excesiva para el cerebro humano, por muy avanzado que sea; por tanto, no será capaz de alcanzar el grado apropiado de deseo, tal como lo define Solowell en *La manifestación de deseos imposibles*. No obstante, si lo simplificamos de modo que cualquiera sea capaz de comprenderlo, quizá logremos enviar de un universo a otro a personas de cualquier capacidad intelectual.*

La comparación que he escogido es la de la hospitalidad básica. El universo de una persona es su hogar. La barrera permeable entre universos es la puerta de su casa. Si un invitado amable desea entrar en una casa, llama a la puerta, y la persona de la casa se la abre para que entre. Lo mismo sucede con los universos: debes enseñar a tu magia a «llamar», y uno de los moradores de ese universo debe «abrirte la puerta».

Lo que complica todo el asunto, claro, es que el tiempo se comporta de manera distinta entre universos. Quizá creas que llamas un miércoles a una hora razonable, como las diez de la mañana, y resulta que, en ese universo, en realidad es medianoche o veinte años después, cuando el propietario de la casa ya lleva mucho tiempo muerto.

El aire frío había logrado colarse por debajo de la capucha de Sloane, que se estremeció. El sol se había puesto hacía unas horas, y ella se encontraba en la frontera entre Wacker Drive y la Sangría más reciente, su último punto de control antes de colocarse en posición.

Hasta Esther había acabado por plegarse al razonamiento de Matt. «Desde que llegamos pareces más fuerte —le había dicho a Sloane en voz baja la noche del incidente—. Está claro que tus verdaderos sentimientos tienen que salir a la luz de alguna forma, ¿no? Es tu cerebro, que te dice que estás reprimiendo algo».

Casi había logrado que Sloane se lo creyera. Al margen de todas las otras cosas que hubiera visto bajo el agua, había llegado a un lugar en el que los universos se tocaban. La Tierra y Genetrix estaban conectadas: Nero no había mentido sobre eso. Lo que significaba que todavía tenían que ayudar a Genetrix para ayudar a la Tierra. Y ya habían acabado con un maniaco asesino de masas. Repetirían la misma estrategia.

Eso significaba que su trabajo consistía en atraer al Resurreccionista para que saliera a la luz. Sloane recorrería Congress Parkway hasta pasar por debajo del edificio de la antigua oficina central de Correos, donde su ejército y él habían establecido su guarida. Tendría que acudir sola, pero el

Ejército Titilante la seguiría en cuanto hiciera la primera toma de contacto.

Lo había hecho antes. Había ido sola al puente Irv Kupcinet para ser el cebo del Oscuro en la Tierra. Conocía bien el entumecimiento que se apoderaría de ella. De no ser porque veía la punta de sus botas entre los escombros, habría pensado que no seguía en el suelo. Pero siguió adelante, como la primera vez.

También conocía el camino a través de la destrucción del lugar de la Sangría. Los funcionarios de la ciudad se habían pasado los dos últimos meses limpiándolo, pero seguía siendo una masa de ladrillos rotos, tablonos partidos y cadáveres recuperados de los sótanos. Personas de todo tipo escarbaban entre los escombros en busca de los cuerpos de sus seres queridos. Sloane deseó poder decirles que no se molestaran: seguramente estarían despedazados, como ocurría con casi todas las víctimas de las Sangrías.

La capa que llevaba encima era una de las de Aelia, pesada y oscura. Los copos de nieve de aquel frente frío de finales de primavera flotaban entre los rayos de luz que proyectaban las lámparas de emergencia y se derretían en cuanto tocaban el suelo. Sloane tenía los dedos helados, a pesar de que se aferraba a los pliegues de la capa. Había insistido en llevar su propia ropa debajo, la ropa de luto que había vestido para el funeral de Albie, la que llevaba cuando había aparecido en Genetrix.

Llegó al otro extremo del escenario de la Sangría con las botas cubiertas de polvo. Caminó una manzana hacia el oeste y empezó a cruzar el mismo puente por el que, unas cuantas semanas antes, había caminado cojeando con el tobillo roto.

Desde entonces, había estado soñando no con el Oscuro, sino con el Resurreccionista. Aunque no eran pesadillas, sino el recuerdo de su breve conversación, repetido una y otra vez, siempre lo mismo. «No estás siendo justa. Tus amigos y tú venís a matarme, y ¿pretendes que no me defienda?».

Le habían encargado la tarea de estudiar las muertes de los Elegidos de otros mundos invocados por Genetrix. A pesar de la promesa de Nero de mostrarse más comunicativo, Aelia y él seguían protegiendo la poca información de la que disponían y se la iban entregando en pequeñas dosis.

Era como tener solo unas cuantas piezas de un puzle, ninguna de las cuales encajaba. Todas ellas le planteaban más preguntas, pero Nero y Aelia se negaban a responderlas.

A Sloane no le gustaba. Peor aún, no se fiaba.

«Este mundo, tu mundo, se destruye solo. Todos los mundos lo hacen. No me necesitan para eso», le había dicho el Resurreccionista. No se parecía al Oscuro. Ni a una versión paralela ni al mismo hombre.

Otra pieza que no encajaba en ninguna parte.

Sloane se detuvo en medio del puente y miró el agua. No sabía qué pensar. No sabía si el Resurreccionista en realidad sería el Oscuro bajo todos sus sifones y la capa teatral, ni si era el que provocaba las Sangrías, ni cuántos Elegidos habían muerto haciendo justo lo que ella estaba a punto de hacer.

Así que necesitaba averiguarlo.

Siguió andando.

De pie en el callejón entre el viejo edificio de Correos y la construcción de al lado (un anexo para el servicio de mensajería; lo había buscado), encontró la ventana de la que había saltado para escapar del Resurreccionista. En aquel momento no le parecía tan alta, pero sí lo era para trepar sin ayuda.

Se envolvió la cara con un pañuelo para que solo se le vieran los ojos y comprobó la capucha para asegurarse de que estaba bien sujeta. La capa era demasiado elegante para pertenecer a uno de los soldados del harapiento ejército del enemigo, pero no podía hacer nada al respecto. Rodeó el edificio en busca de una entrada.

Al lado de Harrison Street encontró una puerta metálica con una barra antipánico. La barra tenía una cerradura... «Bien —pensó—. No es un cerrojo de seguridad». Buscó por el suelo algo que sirviera de martillo. Tuvo que regresar al callejón, pero al final dio con un enorme pedazo de hormigón que apenas le cabía en la mano. No le quedaba otra.

Sostuvo el hormigón con ambas manos y lo estrelló contra la barra de la

puerta. La puerta se estremeció, y Sloane la golpeó unas cuantas veces más. Del hormigón se desprendieron unas cuantas lascas, y Sloane dejó unos arañazos profundos en la puerta metálica. Siguió golpeando hasta que la barra se rompió y quedó colgando de la puerta por su mecanismo interno.

Abrió la puerta y entró en lo que parecía ser una antigua zona de carga y descarga. Estaba todo lleno de equipos destartados, oxidados y cubiertos de una gruesa capa de polvo. Había cintas transportadoras y tolvas, palés y escaleras podridas, contenedores con ruedas rotas en los que cabría un hombre adulto.

Intentó fingir las zancadas y el arrastrar de pies del hombre y de la mujer muertos que la habían llevado hasta allí la vez anterior. Estaba entrando por la parte de atrás, pero el ejército podría merodear por allí. Encontró la puerta interior de la zona de carga y entró en un pasillo con el suelo combado. Las planchas de madera del suelo atravesaban la moqueta granate, y estaba todo lleno de pedazos de pared y techo. Los rodeó como si jugara a lava caliente con Cameron en el salón: todo lo que no fuera moqueta granate era lava.

Mientras caminaba, intentó dibujar un mapa mental del edificio. Dobló la esquina y se metió por la escalera de emergencia. Hasta el momento, todo estaba muy tranquilo. Subió dos tramos de escalones para llegar a la planta en la que había roto la ventana para escapar. Todavía notaba el tobillo débil, aunque el sifón había acelerado bien la curación de los huesos.

No tardó en llegar al umbral de la oficina desvencijada en la que había encontrado el colchón y las piezas de los sifones. El dormitorio del Resurreccionista, o eso parecía. Aún la desconcertaba el estampado de flores de las sábanas que cubrían el colchón. Estaban tan fuera de lugar que resultaban cómicas.

Se quitó la pesada capa. Solo le estorbaría, y no quería seguir ocultando quién era. Sacó el cuchillo militar que llevaba en una funda sujeta a la cadera, se metió en la habitación con mucho sigilo y se acuclilló junto a uno de los escritorios empotrados, detrás de la pared del cubículo.

Allí esperó el regreso del Resurreccionista.

Matt y Esther se enfadarían si supieran que se estaba desviando de su

plan. Quizá la odiaran por ello. Pero en realidad deberían haberse olido algo cuando Sloane aceptó convertirse de nuevo en cebo. Además, no estaba abandonando por completo el plan, sino... cambiando el horario.

Esperó.

El corazón todavía no se le había calmado cuando oyó pasos en el pasillo. Pero no voces: estaba solo. La puerta se abrió, y le llegó el ruido de su respiración y del roce de la tela que lo envolvía. Echó un poco la cabeza atrás para verle la capucha por encima de la pared baja que rodeaba el escritorio, y entonces se levantó, rodeó la pared y se abalanzó sobre él...

Con una mano le echó la capucha atrás y lo sujetó por el pelo mientras que, con la otra, le pegó el cuchillo al cuello, que era oscuro, y largo para ser un hombre. Apretó la hoja contra la piel lo justo para que notara que estaba bien afilado.

—Hola —lo saludó.

Notó el calor de su piel, su vitalidad. Sabía que era humano, pero parte de ella se había preguntado si sería como su ejército, más polvo que hombre. Respiraba deprisa a través del sifón, y el aliento le salía entrecortado.

—Deja las manos quietas —le ordenó.

Sloane sostuvo el cuchillo por encima del sifón que le cubría el cuello, pero con la mano libre le abrió el cierre del sifón de la muñeca. Era muy extraña la sensación de rozarle la piel mientras palpaba en busca del cierre y tiraba de él; el sifón, pesado, cayó al suelo. Sloane se cambió de mano el cuchillo para hacer lo mismo con el de la otra muñeca.

Era consciente de su aliento, que era como el de él: rápido y ruidoso. Todos los demás sonidos parecían amortiguados. Aquel hombre había estado a punto de matar a Kyros delante de ella usando tan solo un silbato. ¿Qué más podía hacer sin que fuera capaz de detenerlo? Y allí estaba ella, como una idiota, con un cuchillo militar.

—Debería haber sabido que volverías —dijo él con voz metálica, deformada por el sifón—. Porque eres una verdadera heroína y tal. Los de tu clase suelen embarcarse en misiones imprudentes.

Sloane dejó escapar una carcajada seca.

—Tus suposiciones sobre mi personalidad están tan equivocadas que dan risa. No he venido a matarte. Si quisiera hacerlo, ya te habría cortado el cuello. Porque tampoco he venido aquí a morir.

Él alzó las manos, que eran grandes y pálidas, con unos nudillos tan delicados que resultaban fuera de lugar.

—Habría sido más inteligente cortarme el cuello de inmediato.

—Aunque me habría gustado, no me encajaba en el plan. He venido a proponerte un intercambio. Verdad por verdad.

—Verdad —repitió él—. Ya ni siquiera sé lo que significa eso.

—Por favor, por amor de Dios, no seas uno de esos villanos que se ponen poéticos sobre tonterías existencialistas porque, si lo eres, al final voy a tener que cortarte el cuello. Para empezar, ¿quién eres?

—¿No lo sabes ya?

Al ver que Sloane no respondía, él se llevó poco a poco las manos a la cara. Sloane mantuvo la presión del cuchillo. El Resurreccionista abrió los cierres del sifón que le cubría los ojos y se lo quitó. Ella vio su reflejo en las ventanas que tenían enfrente, aunque no distinguió mucho más que su palidez y su silueta recortada en la oscuridad.

Permaneció quieto y con las manos en alto mientras ella lo rodeaba. Tenía las muñecas llenas de cicatrices por culpa de los sifones, las típicas marcas que se graban en la piel día tras día durante muchos años. Todavía llevaba cubiertas la nariz y la boca, pero sus ojos eran oscuros y de mirada concentrada. Los reconoció. Sloane se rio.

—Mox —dijo—. Así que supongo que no te tropezaste conmigo por casualidad en el centro cultural.

Él se quitó también el sifón de la boca y se secó el sudor de la barbilla. Dejó los dos sifones en el escritorio que tenía al lado. Tenía peor aspecto que la última vez que lo había visto: demacrado, con ojeras y sudoroso. Joven.

—Te he dado tu verdad —dijo, y su voz era más ronca, distinta a la que recordaba del centro cultural y del Tankard—. Ahora, dame la mía.

Sloane vio en él algo inestable que no estaba cuando lo había conocido como Mox. Una especie de inquietud que la habría asustado de no

conocerla ella tan bien. Aquel hombre tenía miedo, y para él (para los dos), el miedo siempre se transformaba en rabia y exigencias.

—No, no te he preguntado por tu nombre —dijo ella—. Te he preguntado quién eras. ¿Eres el Oscuro con alguna clase de disfraz?

—¿El qué? —preguntó Mox, y su desconcierto no le aclaró nada.

Sloane intentó calmar la respiración, pero se le aceleraba. No lo sabía. No sabía si tenía enfrente al Oscuro o a otra persona distinta e igual de mala. Un asesino, un psicópata, un hechicero malvado... No tenía ni idea de quién era Mox.

—Tenía un enemigo —le explicó Sloane—. Creía haberlo matado, pero vino aquí. Y quiero saber..., necesito saber si eres tú.

—Si te digo que no lo soy, no me vas a creer. Y no pienso darte más información hasta que cumplas con tu parte del trato.

Sloane siempre había confiado en su instinto. Cuando dejó atrás la pubertad y su cuerpo adquirió una nueva forma, sabía cuándo la miraban, sabía cuándo un hombre era una amenaza. El día en que Katy McKinney le ofreció un vaso de algo rojo en una fiesta a la que había ido antes de abandonar la ciudad, supo que no debía beber porque había escupido dentro. Y, al final de la lucha contra el Oscuro, supo cómo usar el interés del Oscuro en su contra.

«Lo sabría —pensó—. Si estuviera delante del Oscuro, lo sabría. Lo sentiría».

—Vienen a por ti. Nero y mis amigos. Se suponía que yo era el cebo para atraerte a Congress Parkway. Pero he venido aquí.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Nero? ¿Está con ellos? ¿Seguro?

—Pues... sí.

Él agarró el sifón que había dejado en la mesa y se lo puso como pudo en la cara para taparse la nariz y la boca. Después se agachó para recoger los de las muñecas, que Sloane había dejado caer al suelo.

—¡Eh! ¡Que no hemos terminado de hablar!

Mox la miró desde el suelo y se puso uno de los sifones de la muñeca. Silbó, agitó la mano vacía, y el cuchillo que llevaba Sloane en la mano se

deshizo como una bola de nieve. Los fragmentos se esparcieron por la desgastada moqueta.

—¡Joder! ¿En serio? —soltó Sloane.

—Podemos seguir con esta conversación —repuso Mox, de nuevo con voz metálica—, pero no puedo permitir que Nero se acerque a este edificio mientras yo siga dentro.

—¿Qué?

Pensó en el taller de Nero, repleto de libros, y en su lacio pelo rubio. Debía de ser muy hábil con la magia para haber dirigido su invocación desde otro universo. Pero no parecía ni mucho menos tan amenazador como el Resurreccionista.

Mox se levantó y se colocó los sifones de ojos para volver a transformarse en la criatura que era.

—Te lo contaré —le dijo mientras le ofrecía una mano cubierta de metal—. Pero tendrás que venir conmigo.

Y aunque Sloane sabía que era una locura elegir a aquel hombre, a aquel asesino enmascarado que se rodeaba de muertos, en vez de a Matt y Esther (en vez de a Nero y Aelia, incluso), también sabía que ya estaba decidido y que era así desde el mismo instante en que había entrado en el edificio.

Le dio la mano. Si moría por culpa de su decisión, bueno, al menos sería una muerte que nadie habría escogido por ella.

Mox la condujo por el salón de suelos ajedrezados y altas ventanas entabladas que había visto cuando recuperó el conocimiento después de que la secuestraran. En aquellos momentos estaba lleno de soldados, como la primera vez. Pasaron junto a un grupo de hombres agachados en torno a unos cuantos dados y al lado de una pareja que se cosía mutuamente los dedos con aguja e hilo.

La mujer con el agujero en la mandíbula se acercó a ellos. Llevaba el basto pelo recogido en dos trenzas, un estilo infantil que no encajaba con su piel desteñida. Miró a Sloane.

—Señor, ¿qué...?

—Ha venido a avisarnos —la interrumpió Mox—. Tenemos que irnos. Reúne a todo el mundo y llévalos al piso franco.

La mujer se acercó más a Sloane, y esta vio que apretaba los dientes al tensar la mandíbula y que la lengua se le movía detrás de ellos antes de hablar con la misma voz ronca y forzada que recordaba haberle oído antes.

—¿Seguro que no nos está tendiendo una trampa?

—Creo que no es tan previsora.

—Que te den —dijo Sloane.

Por encima del hombro de la mujer vio al hombre de ojos lechosos que

había cargado con ella hasta el edificio. Estaba sentado con unos cuantos soldados y tenía un sifón desmontado en el regazo. La miró y le lanzó un beso con los labios.

—No hablaba en general —le dijo Mox a Sloane, y sonó más como el joven normal al que había conocido en el centro cultural, a pesar del timbre metálico del sifón—. Sloane, esta es Ziva, mi lugarteniente. Ziva, Sloane.

—Nos conocemos —repuso Sloane—. Ella me puso el cloroformo.

—Creíamos que eras una gran obradora de magia —dijo Ziva, y torció el labio en lo que habría sido una sonrisa de desprecio de no haber sido porque tenía los labios tensos y agrietados como tierra seca—. De haber sabido que eras inofensiva, no me habría molestado.

—¿Inofensiva? —Sloane se rio—. Entonces, ¿cómo explicas que me escapara delante de tus narices?

—Este edificio está a punto de ser tomado por el Ejército Titilante, pero, nada, no os cortéis, seguid discutiendo como crías —las interrumpió Mox.

Ziva se enderezó y se alejó de ellos. Se metió entre los labios el silbato que llevaba unido a uno de los dedos y sopló. Sloane se llevó una mano al pecho para tranquilizarse cuando todos los soldados se pusieron en pie. Algunos tardaron más que otros; Sloane vio a una mujer baja dejarse caer hasta el suelo y volver a levantarse usando las dos piernas a modo de palanca. Cuando la mujer se volvió, Sloane vio que llevaba en la mano un brazo que antes había estado unido a su persona.

Ziva silbó de nuevo y se acercó la mano al cuello, donde llevaba un sifón arañado. Su voz sonó el doble de alta, aunque igual de ronca.

—¡Evacuación de emergencia! Al piso franco, y mantened los ojos abiertos. Nos persiguen.

Ziva miró a Sloane, y en su expresión había algo raro: una mezcla de esperanza y desesperación.

—¿Sigues sin saber usar un sifón? —le preguntó Mox.

A su alrededor, los soldados del Resurreccionista recogían sus bolsas y las llenaban de cosas; entre ellas, según vio Sloane, el brazo cortado de la mujer.

—No —reconoció.

—Entonces te quedas conmigo al frente. Procura seguirme el ritmo.

El ejército se reunió detrás de ellos. Alguien arrancó las tablas de una de las puertas, y por el hueco entró una ráfaga de aire fresco. Las lámparas azules geométricas se agitaban con el viento. Mox caminó hacia las puertas con paso irregular pero poderoso, mientras la capa le aleteaba en los hombros. Sloane notó que los soldados se acercaban, así que corrió para alcanzarlo.

Se había dejado su capa en la oficina. El frío le atravesó la camiseta y se estremeció. Se tapó las manos con las mangas.

Detrás de ella, el ejército del Resurreccionista se derramó por la calle como un vaso de agua volcado. Se dividieron en grupos pequeños y silenciosos, salvo por el crujido de sus huesos y el arrastrar de pies. Desaparecieron por callejones y se colaron entre edificios; fueron marchándose por cada calle secundaria por la que pasaban hasta que solo quedaron Sloane, Mox y un trío de muertos decrépitos.

Las calles de la zona estaban más vacías allí, al sur del centro, y los edificios, más espaciados. Pasaron junto a una esquina con una tienda iluminada por fluorescentes en la que exponían una docena de marcas de cigarrillos (Rhabdos, Hadas Madrinas y Fumus, entre ellos) y litros de refrescos de color verde, naranja y azul con purpurina. Detrás del mostrador, un hombre de rostro cetrino se quedó boquiabierto al verlos pasar. A pesar de ir envueltos en capuchas y capas, como todos los demás, formaban un grupo extraño: cuatro figuras encapuchadas con las manos de los sifones extendidas y una mujer a cara descubierta entre ellos.

Pasaron unos cuantos coches que los esquivaron como si de baches se tratara, pero nadie se interpuso en su camino hasta llegar a Roosevelt Road. A la izquierda estaba la estación de clasificación del ferrocarril, con el suelo repleto de vías. Y aparcado en la esquina de la derecha había un coche patrulla. Aunque las luces del vehículo estaban apagadas, Sloane vio dos siluetas en los asientos delanteros.

Mox alargó una mano, y todos se detuvieron. Dejó escapar un gorjeo, parecido al de un gorrión. Detrás de él, los muertos vivientes también alargaron las manos de los sifones y soplaron por sus silbatos. Al unísono,

los cuatro obradores de magia emitieron el mismo sonido con el mismo tono, agudo y ligero. Parecían un coro de pájaros trinando.

El coche patrulla se levantó del asfalto y se puso del revés. Sloane vio que los agentes del interior se movían, y uno apoyó una mano en el cristal; vio la inconfundible placa metálica de un sifón estándar. Mox silbó de nuevo. El coche se enderezó y regresó al suelo, como si no se hubiera movido nunca.

Un coro de sonidos discordantes rodeó a Sloane, que se tapó las orejas. Los neumáticos del coche empezaron a girar hacia atrás, hacia las vías, a través de la barrera, y de ahí al río Chicago.

Sloane miró a Mox. Él echó a andar de nuevo y los demás lo siguieron.

Caminaron en silencio sobre el agua y después giraron para seguir junto a ella. Pasaron junto a alcantarillas llenas de papeles y latas de refresco medio aplastadas. Sloane le dio una patada a un corazón de manzana podrido para apartarlo de su camino. Estaba entumecida por el terror; no sabía a quién temía más, si al Ejército Titilante o a aquel hombre que acababa de ahogar a dos agentes de policía.

Más adelante, Sloane distinguió a dos figuras. Alguien gritó. Vieron un fregonazo de fuego y, en mitad del resplandor anaranjado, Sloane distinguió el emblema del Ejército Titilante en la chaqueta de un hombre.

—¡Ziva! —gritó Mox tan fuerte que el sonido crepitó bajo la máscara. Corrió.

El muro de fuego proyectado por el Ejército bailaba hacia unas formas encogidas que Sloane reconoció como Ziva, la lugarteniente, y cuatro soldados muertos más. Ziva y uno de ellos silbaron juntos, y a sus pies se formó un montículo de hielo que creció hasta convertirse en una barrera que llegaba a la altura de las rodillas y reflejaba la luz de la luna.

Mox los alcanzó y emitió una vibración grave que lanzó a los soldados titilantes al suelo. Aterrizaron con fuerza sobre las rodillas. Mox gritó órdenes a Ziva, aunque Sloane no entendió lo que decía.

Un arco de energía, semejante a una burbuja de aire, voló hacia él y lo empujó hacia arriba, en dirección al río. Mox cayó de espaldas desde una altura de al menos dos metros, pero, en cuanto tocó el suelo, levantó el

brazo y dejó escapar un sonido vibrante.

Fragmentos de acera se desprendieron de los bordes de la calle y salieron disparados hacia los soldados, los cuales levantaron relucientes barreras de energía que las rocas no lograron atravesar.

Mox se volvió hacia Ziva y gritó:

—¡Vete!

Ziva vaciló, pero Mox silbó y le envió una corriente de aire tan intensa que le echó la capucha atrás. Ella corrió, seguida de los cuatro soldados a sus órdenes. Mox se concentró en los soldados del Ejército Titilante, que habían bajado las barreras tras el ataque con las rocas y se habían unido para sacar agua del río. La mujer que los lideraba hizo un gesto, y el agua adoptó la forma de un orbe gigante, del tamaño de un coche. Y, en cuestión de segundos, envolvió a Mox por completo.

El orbe empezó a retorcerse y girar en cuanto lo golpeó, y se encontró en el centro de un ciclón, con el pelo pegado al rostro y la ropa empapada dándole vueltas alrededor de los hombros. El torbellino destrozaba el pavimento de camino a los soldados, que seguían lanzándoles tanto rocas como agua.

Cuando uno de los soldados empezó a alejarse del ataque, Sloane se dio cuenta de que era Edda. Se miraron a los ojos justo cuando Mox alzaba la mano de nuevo.

—¡No! —gritó Sloane.

Mox vaciló, y ese fue su error. Edda dejó escapar un silbido fuerte y claro, y una forma plateada salió disparada hacia él: un gran fragmento de metal que se le clavó en el costado. Se encorvó. Gritó a través del sifón y, un segundo después, emitió una nota larga y cortante. De su mano brotó una luz brillante como el sol.

Sloane se tapó los ojos con un brazo, pero no se trataba de un fognazo momentáneo; notaba un calor continuo en el antebrazo, lo que significaba que la luz seguía ardiendo. Los soldados titilantes se gritaban entre ellos. Una mano rodeó el codo de Sloane.

—Mantén el brazo arriba —le dijo Mox—. Vamos.

La alejó de los soldados, ladró una orden a los muertos vivientes que los

seguían, y corrieron.

Cordus Daily

EL TABLÓN DE ANUNCIOS, PUNTO DE ENCUENTRO DE LA JUVENTUD MÁGICA

Sarah Romanoff

CHICAGO, 3 DE NOVIEMBRE: “Si se me ocurre una obra que no puedo hacer sola, pongo un anuncio solicitando una asamblea —dice Elissa, de diecisiete años, mientras grapa una hoja de papel en el tablón de anuncios de Palmer Square Park—. También puedes especificar las edades, así que siempre pido dieciocho o menos. No queremos que aparezca algún viejo verde a fastidiarnos la diversión”.

Y ¿para qué es el anuncio que está grapando Elissa? Para una levitación programada. Pide de cuatro a cinco personas, cada una con un objeto que le gustaría hacer levitar, para reunirse en Palmer Square Park dentro de dos días, con sus objetos en la mano. Juntas, estas personas programarán una obra mágica para la mañana siguiente y, en el momento acordado, todos sus objetos levitarán a la vez.

“Las obras programadas siempre necesitan de otra persona, como mínimo: una para la obra en sí y otra para preparar el temporizador —explica Elissa—. Así que es lo que más se ve por aquí. También las de brillo. Últimamente, a la gente le apasiona que las cosas brillen”.

Para la mayoría de nosotros, las asambleas (definidas como un grupo de practicantes de magia que se reúnen para una sola obra) fueron esenciales en nuestra educación mágica. Sin embargo, en el pasado, las asambleas las organizaba el personal del colegio y debían estar supervisadas por un profesor. Ahora los alumnos se ocupan de su propia educación y se reúnen libremente con jóvenes de otros centros de enseñanza, e incluso de otras ciudades.

“Una vez me fui en coche hasta Indianápolis para asistir a una —cuenta Josh, de dieciséis años, residente de Buffalo Grove (Illinois)—. Le dije a mi madre que era para un concierto. ¡Y sí que fui a un concierto! Pero también a la obra en grupo. Creamos una nube de lluvia: unas personas se encargaron de la ilusión de una nube, otras del agua, otra de los relámpagos y otra de los truenos”.

Como es natural, algunos padres están preocupados.

“¿Y si hacen algo peligroso? —pregunta Ellen Higgins, fundadora de Padres de Adolescentes Bajo Control (PABC), un grupo de acción comunitaria que se dedica a buscar obras en grupo sin supervisar para interrumpirlas—. No pueden ir por ahí haciendo magia sin que nadie lo sepa. ¿Y si se hacen daño? Así que lo impedimos”.

Cuando le pregunto a Elissa por PABC, ella pone cara de fastidio. “Ahora tenemos que escribir los mensajes en código —me dice—. No te diré cuál es la clave, pero mi siguiente asamblea será supervisada, así que PABC no me la puede arruinar”.

Cuando Sloane volvió a ver con claridad, se encontraban dentro del piso franco, un gran edificio de ladrillo rojo a la orilla del río. El espacio tuvo que ser elegante en algún momento, pero estaba mal conservado. El techo era de madera, con claraboyas en un arco cuadrado que dejaba entrar la luz de la luna. Como ocurría con el edificio de Correos, las ventanas inferiores estaban tapadas con tablas, aunque, a juzgar por la posición del edificio con respecto al río, seguro que la vista habría sido una franja de horizonte.

Dentro de aquel espacio se había apretujado el ejército del Resurreccionista, que había llegado antes que ellos. Ziva se paseaba entre los soldados; la distinguía por las trenzas que le rebotaban en los hombros. Cuando entraron, Mox le soltó el brazo a Sloane y se encorvó para examinar más de cerca el trozo de metal que se le había clavado en el costado.

—No te lo arranques —lo advirtió Sloane—. Espera a limpiar la herida y curarla.

Mox la miró... o pareció hacerlo, ya que giró los ojos de sifón mecanizados hacia ella durante un momento.

—Entonces tendrá que esperar —dijo él—. Quédate aquí.

Recorrió el polvoriento suelo de madera hasta llegar junto a Ziva.

Sloane se apoyó en una de las columnas de madera del borde de la habitación y lo observó recorrer el cuarto entre los soldados; les daba palmadas en el hombro o se agachaba para escucharlos. La mujer que llevaba su brazo en una bolsa lo sacó cuando se le acercó Mox y se lo enseñó. A Sloane le sorprendió ver que él se arrodillaba a su lado y sacaba algo de su bolsillo: un paquete de cuero del tamaño de su mano. Dentro había una aguja y un grueso hilo negro.

Sloane observó a Mox con una mezcla de asco y fascinación cuando este empezó a coserle el brazo. La mujer lo sujetaba en su sitio mientras él cosía, con la vista fija en la piel que se dividía alrededor de la punta de la aguja, en el hilo que entraba con cuidado y después se tensaba. Cuando terminó, ató un nudo e hizo un gesto en dirección a los puntos de sutura. Sloane supuso que se trataba de una obra, aunque no sabía de qué tipo. En cualquier caso, la muerta viviente acarició con cariño la cabeza de Mox y sonrió.

Sloane creía que el ejército del Resurreccionista no era más que un grupo de esclavos zombis a los que había hechizado. Sin embargo, estaba claro que lo conocían. Quizás incluso lo hubieran conocido antes de morir.

Tardó un rato en volver con ella, todavía con el metal clavado en el costado y toda la ropa mojada por el ataque de los soldados titilantes.

—Tenemos comida y agua guardadas en otra parte.

Sloane lo siguió a otra zona del piso. Sabía que debería temer quedarse a solas con él, incluso estar simplemente allí, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Había traicionado a sus amigos. Edda la había visto con el Resurreccionista.

Entraron en una habitación más pequeña que no estaba lejos de las otras, también en mal estado (una pared medio derruida la separaba de un baño y había telarañas en las vigas expuestas del techo), pero barrida y bien abastecida de latas de comida y contenedores de agua. Había una pila de mantas en la esquina y una mesita con dos sillas desvencijadas alrededor.

Mox se colocó frente a la mesa y empezó a quitarse los sifones. Los de las muñecas fueron los primeros, después los de la boca, los ojos y la oreja. Bajo ellos, la piel estaba pálida y resbaladiza por el sudor.

—No soy tu enfermera —dijo Sloane.

—Ni te lo he pedido.

Aun así, Sloane cogió uno de los contenedores de agua y lo dejó en la mesa, frente a él; después registró los suministros en busca de un botiquín de primeros auxilios.

Cuando lo encontró, lo dejó caer al lado del contenedor, que después abrió para beber con ganas. Mox se dejó caer en una de las sillas, que crujió bajo su peso, y cogió la cajita con dedos temblorosos.

—¿Ese metal es liso o tiene los bordes serrados? —preguntó Sloane señalando con la cabeza el fragmento que le sobresalía de la cadera.

—No, el borde parece liso.

—¿Ha llegado al hueso?

Mox sacó unas tijeras del botiquín y cortó el dobladillo de la camisa hasta llegar al fragmento. Después retiró la tela de la herida. Tenía mal aspecto: la sangre brotaba de la pálida piel por debajo de la herida y la punta de la hoja (o lo que fuera) asomaba detrás. Pero había tenido suerte; al parecer, había atravesado la carne de la cadera y no había tocado ni hueso ni órganos.

—Parece que vas a poder sacarla sin más —dijo Sloane. Mox gruñó—. Supongo que podría ayudarte. A cambio de algunas respuestas.

—No sé bien por dónde empezar.

—¿Y si empiezas por la razón por la que me seguiste hasta el centro cultural?

No quería acercarse más a él, pero se obligó a hacerlo; después buscó el antiséptico en el botiquín. Tendría que esterilizar la herida lo mejor posible con el metal todavía dentro, sacarlo y aplicar presión para frenar la hemorragia. Lo había hecho antes (una vez, durante una Sangría, a Ines se le había clavado un fragmento de los escombros), pero en esta ocasión era distinto, pues todo estaba muy tranquilo y no los rodeaba el ruido de la batalla.

—Ziva se dio cuenta de que pasaba algo en la Cima. Mucho ajeteo. Así que supe que habían invocado a otro. Cuando lo hacen, se produce un... estallido de energía. —Esbozó una mueca—. Si prestas atención, lo

percibes a varios kilómetros a la redonda. Como una... burbuja de magia que estalla. Y lo había estado esperando.

—Dices que sabías que habían invocado a otro. ¿A otro qué, exactamente?

Echó el agua del contenedor sobre la herida para limpiar parte de la sangre y después aplicó el antiséptico al punto de entrada y al punto de salida. Con eso tendría que bastar.

Mox estaba desenvolviendo un cuadrado de gasa.

—Traen guerreros de otros lugares para luchar contra mí. Tú... Tus amigos y tú sois los cuartos.

Él le ofreció la gasa, y Sloane la cogió y envolvió con ella el metal para poder asirlo bien y de forma limpia.

—Cuartos —dijo Sloane—. Nero dijo que éramos los quintos Elegidos que habían traído hasta aquí.

—¿Elegidos? —preguntó Mox, que había fruncido el ceño.

—Voy a tirar ya. A no ser que puedas hacerlo con magia.

Él resopló.

—Seguro que me corto en dos si lo intento.

—Vale, pues prepárate.

Mox se aferró al borde de la mesa, y Sloane agarró la parte plana del fragmento entre el pulgar y el índice de ambas manos. Respiró hondo y tiró con todas sus fuerzas. Mox gritó y se metió el puño en la boca para ahogar el sonido. El fragmento se movió, aunque solo un poco. Sin esperar más, tiró de nuevo, y esta vez el metal se liberó. Lo dejó a un lado; Mox temblaba mientras intentaba abrir otro paquete de gasa. Se lo quitó de las manos y lo hizo ella misma. Después usó la gasa para aplicar presión a ambos lados de la herida.

—Sí —dijo Sloane, continuando con la conversación donde la habían dejado—. ¿A quién creías que invocaban? ¿A mercenarios al azar? Todos eran Elegidos, gente que había defendido a su mundo de una figura malvada.

Mox tenía la vista desenfocada, probablemente por culpa del dolor, cuando parpadeó para mirarla.

—No lo sabía. Al principio intenté... hablar con ellos. Pero no paraban.
—Se quedó inexpresivo—. Así que los maté.

Sloane sintió una punzada de miedo en el pecho. Sin embargo, un momento después, Mox parpadeó de nuevo y le cambió la expresión. Era casi como si hubiera regresado a la superficie de su propia mente.

—Podrías haberme hecho daño en el centro cultural —comentó ella—. Y también tuviste una oportunidad en el Tankard. Pero no lo hiciste.

—No sabía cuántos erais ni a qué me enfrentaba. Siempre he querido saber por qué esos guerreros de otros mundos me querían muerto. Quería saber qué ganaban con ello.

—Pero ¿es que no es evidente? —Sloane tragó saliva con dificultad. Quizá no fuera muy inteligente por su parte insistir en el asunto, pero tenía que hacerlo—. La Sangría. Querían detener la Sangría.

—Como he dicho antes —respondió Mox, al tiempo que levantaba la vista para mirarla—, supongo que debería sentirme halagado de que me creas capaz de provocar toda esa destrucción yo solo. Pero no puedo.

—Entonces, las Sangrías... ¿No eres tú?

Mox negó con la cabeza.

—¿Quién las controla, entonces?

—Nadie lo sabe. Pero mi teoría es que son un fenómeno natural. Un... subproducto, por decirlo así. De la conexión entre universos.

—No, no lo son. Toma, coge esto. —Esperó a retirar la mano hasta que Mox apoyó una de las suyas sobre la gasa y luego buscó otra venda en el botiquín. Lo único que encontró fue un paquete de plástico duro—. El Oscuro, la figura malvada de mi mundo, el que derrotamos, provocaba Sangrías continuamente. Se detenían en cuanto se iba.

Mox le cogió la mano, le quitó el paquete y lo abrió. Lo que cayó de él fue un sifón plano y largo, como el que el doctor le había colocado a ella en el tobillo roto. Era como un brazalete con anchos eslabones de metal plano. Simple, sin pulir, pero con cierta elegancia. Mox se lo acercó a la cadera, apartó la gasa que usaban para parar la hemorragia y colocó el sifón sobre las heridas de entrada y salida.

—Detiene la hemorragia, impide la infección y acelera el proceso de

curación —explicó como si recitara lo que había leído en un libro o un anuncio.

Sloane frunció el ceño y miró la zona de piel pálida todavía visible por encima de la cintura de sus pantalones.

—No puedes estar diciéndome que el Oscuro no provocó nuestras Sangrías. Estaba presente en todas y cada una de ellas, y pararon en cuanto desapareció. ¿Qué otra cosa iba a ser?

Mox también frunció el ceño.

—No sé todo lo que puede hacerse con la magia. Y menos entre universos. Entre dimensiones. Pero sé lo que no puedo hacer. Y sé que aquí nunca he conocido a nadie tan poderoso como yo. Puede que tu Oscuro lo fuera. —Se encogió de hombros—. Aunque es poco probable.

Ella resopló.

—No tienes problemas de autoestima, ¿eh?

—No —contestó, aunque no sonaba como si presumiera de ello, sino que parecía más bien... triste—. En lo que respecta al poder bruto, no. Pero hay cosas más importantes, ya lo sabes. Así conseguiste escapar. —Esbozó una sonrisita—. Muy lista, por cierto.

—Gracias —repuso ella, rígida.

Mox se levantó, usó la mesa para conservar el equilibrio y se acercó a un armarito de la esquina de la habitación. Dentro había una pequeña reserva de ropa, toda de colores oscuros, claro, porque, al fin y al cabo, los hechiceros presuntamente malvados que dirigían ejércitos de zombis no podían ir por ahí vestidos de naranja chillón. Sacó una camiseta de la pila y cojeó hasta el baño de detrás de la pared para cambiarse.

—Me toca preguntar —dijo.

Sloane se sentó en la otra silla y empezó a recoger los restos de gasa y envoltorios sobrantes de su labor de enfermera: justo lo que le había dicho a Mox que no era. Sabía que no era buena idea establecer esos precedentes, pero ya estaba hecho.

—Me dijiste, cuando estabas prisionera, que no habías elegido venir aquí.

Solo le veía la nuca y uno de los hombros por encima de la pared medio

caída, pero aquel pedacito de piel al aire la incomodó.

—¿Te refieres a cuando me secuestrasteis y me retuvisteis contra mi voluntad? —respondió—. Sí. Antes de que me trajeran a Genetrix estaba en un funeral. Lo siguiente que supe fue que me ahogaba en el río Chicago.

—Y... no te dieron la opción de regresar.

—No. —Estuvo a punto de suspirar de alivio cuando Mox regresó al cuarto con la camiseta puesta y el pelo recogido en un moño bajo—. Me dijeron que el destino de nuestro mundo y el de Genetrix estaban conectados. Y que teníamos que luchar contra el Resurreccionista, es decir, contra ti, si queríamos salvarlos a ambos.

Mox la miró durante un momento. Empezaron a temblarle los hombros. Durante un breve y horripilante instante, Sloane creyó que lloraba..., hasta que vio que se reía mientras se sujetaba el costado.

—Por favor —dijo, casi como si se alegrara—. A eso me refería. ¿Qué es más importante que el poder bruto? Las mentiras elegantes, claro.

—Entonces, ¿los destinos de la Tierra y de Genetrix no están conectados?

Mox agitó una mano.

—Esa parte no, la parte sobre mí. Sobre luchar contra mí. Matarme. Como si pudierais. Como si eso sirviera para algo.

—En primer lugar, si hubiera decidido clavarte el cuchillo en la yugular en vez de mantener una conversación contigo, estarías más que muerto. La magia es genial y todo lo que tú quieras, pero, al final, no eres más que un saco de carne.

Mox extendió las manos (grandes incluso sin el añadido de los sifones) para darle la razón.

—En segundo lugar, ¿qué sentido tiene todo esto? —preguntó Sloane—. ¿Por qué se traen a gente de otras dimensiones con tal de matarte, pero no se enfrentan directamente a ti?

—No son varios, solo uno —respondió Mox, más inquieto. Se alejó unos pasos de ella—. Nero.

—Nero. No es que dude de ti, pero parece... poco amenazador. ¿Seguro que es...?

—¿Que si estoy seguro?

Mox giró sobre los talones, y empezaron a flotar las latas amontonadas junto a la pared. Después se estrellaron contra el techo y salieron volando en todas direcciones. Sloane esquivó una que iba directa a su cabeza. La lata se estrelló contra la pared que tenía detrás y empezó a perder un líquido amarillo.

Ambos estaban sin aliento; Sloane, por el miedo, y Mox, a juzgar por sus ojos enloquecidos, por la ira.

—La rabieta no era necesaria —dijo ella—. Lo único que he visto de Nero es que la mayor parte del tiempo se comporta como el lacayo de Aelia. No le veo madera de genio del mal. Y menos comparado con un tío que acaba de atacar a una inocente lata de judías.

Recogió la lata y la dejó sobre la mesa, con el lado abollado hacia él.

—El poder bruto no lo es todo —dijo Mox.

—Está claro —respondió ella, disgustada al ver que le temblaban las manos al cerrar los puños.

—Nero no hace... nada, sin más —repuso Mox, que había empezado a pasearse de nuevo—. Consigue que otros lo hagan todo por él. Se le da bien. Es quien necesitas que sea cuando necesitas que lo sea. Hasta que, de repente, deja de serlo. Te trajo aquí, no deja de traer gente aquí, una y otra vez, para matarme. Y, si fracasan, bueno, al menos ha mantenido distraído a todo el mundo para que no se fijen en lo que hace él. En cualquier caso, él gana.

Sloane pescó sus recuerdos de Nero para intentar encontrar un ejemplo de lo que describía Mox. Sin embargo, el único momento en que lo había visto desviarse de su afable personalidad fue cuando Esther y ella habían asaltado su taller. Había hablado con una voz muy fría. Aunque no bastaba con eso.

—Y ¿qué es eso que está haciendo y que no quiere que nadie averigüe? —preguntó en voz baja.

Mox frenó un poco el paso.

—No estoy seguro, pero creo que se trata de una obra. Algo que lo haga más poderoso que yo. Que cualquiera. Algo que lo llene de magia.

Las palabras le recordaron al Oscuro; ella lo veía como una boca que no paraba de devorar. A pesar de su gran habilidad, el verdadero horror de su comportamiento era simple: nada, ni la magia ni el dolor ni el poder, serían nunca suficientes. Comía por el mero hecho de comer. Y no había nada que hubiera podido decirle a alguien así para que dejara de hacerle daño a Albie, para que los dejara marchar, para hacer otra cosa que no fuera lo que él quería.

Se quedó mirando sus botas.

Los pies descalzos eran el pasado. Las botas eran el presente.

Cruzó los brazos.

—¿Tienes pruebas? —le preguntó a Mox, que dejó de dar vueltas y la miró—. Entenderás que no puedo creerte porque sí. Tiene que haber algo más que lo demuestre, aparte de tu palabra.

—Todavía no te he matado —sugirió él.

—Hay mucha gente que todavía no me ha matado. Eso no significa que estés contándome la verdad sobre Nero.

—Bueno, está Sibila.

—¿Sibila?

—La profeta. La responsable de la profecía del juicio final de Genetrix.

Se sentó frente a ella. En aquel momento era muy distinto a la persona que había conocido solo como Mox. El Mox anterior había sido encantador y sensato, sin rastro del caos de su interior. Se preguntó cómo lo había logrado, aunque fuera durante solo unos minutos seguidos. El Mox que tenía enfrente parecía incapaz.

—Ella sabe quién soy. Sabe quién es Nero. Y te puede contar cómo acabará todo.

—¿Dónde está?

—En una ciudad refugio. Donde la magia no puede tocarla. Odia lo que le hace sentir. También odia lo que yo le hago sentir. Pero lo soportará un par de horas si se lo pido. —Se rascó la nuca, y las uñas le dejaron arañazos rojos en la pálida piel—. St. Louis. ¿En tu mundo hay un St. Louis? —Sloane asintió—. Puedo llevarte. Mañana.

—De acuerdo. Pero sin... dejar un rastro de destrucción, ¿vale? No

quiero muertes. Iremos sin hacer ruido.

—Jamás me disculparé por defenderme —respondió él, y concentró en ella los ojos oscuros con la intensidad de un soplete.

—No te lo he pedido.

La miró de un modo curioso, como si nunca le hubieran dicho nada parecido.

FRAGMENTO DE

La descomunal antología de poesía surrealista,
Volumen 4

Un mensaje a las ciudades refugio después de la instalación de los amortiguadores de magia

Fake and Bake

CIUDADES REFUGIO

Nuestras miradas os juzgan
nuestras miradas, una mirada
un bastón
un volante

NUESTRAS MIRADAS OS JUZGAN

¿no habéis oído, no habéis oído nunca
que es ilegal tragarse la magia de otro
para eructar mediocridad?

vosotros, con vuestros silenciadores de magia, con vuestra mordaza, con vuestra cinta
aislante sobre los labios de las ciudades secuestradas

OS JUZGAMOS

no podemos arreglarlos
nos arreglamos nosotros
con castillos flotantes
luciérnagas de papel
llamas heladas
hacemos posible lo imposible
y lo llenamos de posibilidades
¿¿SILENCIARNOS??
no, nosotros os silenciamos

A la mañana siguiente, Sloane se despertó sobresaltada y deslizó la mano bajo la almohada para tocar las tijeras que había escondido allí antes de quedarse dormida. Sabía que no le servirían de nada ni contra hechiceros poderosos hasta decir basta ni contra cadáveres andantes (tal como le había dicho Mox al ver que se las llevaba), pero odiaba sentirse desarmada.

Ziva estaba agachada junto a su cama. Contempló las tijeras con sus ojos saltones y dejó escapar un resoplido que podría haber sido una carcajada.

—Una chica aburrida en un mundo mágico —resolló—. ¿Qué vas a hacerme con eso? ¿La manicura?

—La última vez no te salió demasiado bien lo de subestimar mis recursos, ¿recuerdas?

Ziva se sentó sobre los talones y resopló de nuevo.

—El cónsul me ha pedido que te diera esto —añadió, y le lanzó un puñado de ropa. Parecía de Mox, lo que significaba que, por lo menos, sería lo bastante larga—. Y que te dijera que hay jabón en el baño, por si quieres ducharte con el agua de uno de los contenedores. Vuestro tren sale dentro de dos horas.

—¿El cónsul?

Ziva ladeó la cabeza.

—¿Creías que lo llamábamos el Resurreccionista?

—Creía que lo llamabais por su nombre.

Ziva dejó escapar un ruidito burlón, no a través de la nariz, sino con un chasquido de la lengua contra los dientes. Para levantarse, tenía que mover una de las piernas con ambas manos y sacudir la otra rodilla para que se enderezara. Sloane se preguntó si el ejército del Resurreccionista tendría que echarse aceite en las articulaciones, como el Hombre de Hojalata en *El Mago de Oz*.

Se metió en el cuarto de Mox (y en el baño) con la ropa bajo el brazo. La noche anterior se había llevado un puñado de mantas lejos del espacio en el que estaba el ejército para dormir en una esquina, cerca de la escalera, y poder salir deprisa si lo necesitaba. Había tardado mucho en conciliar el sueño, no solo por el entorno desconocido o porque no dejaba de darle vueltas a todo lo que le había contado Mox, sino también por la culpa que sentía tras haber abandonado a Matt y a Esther en plena misión, sin explicaciones. Los había decepcionado tanto y de tantas maneras desde que habían llegado a Genetrix que, si jamás volvían a hablarle después de aquello, no se lo echaría en cara.

Sin embargo, la atracción de la verdad era demasiado fuerte. Si de algo se había convencido tras leer los papeles de la Coordinadora era de que había participado en demasiadas misiones sin saber todo lo que había que saber. No había tomado ni una decisión informada en toda su vida. Bert se había aprovechado de su entusiasmo juvenil, y Nero y Aelia habían intentado hacer lo mismo.

Pero no sucedería de nuevo.

Mox no estaba en su habitación cuando entró en ella, lo que era un alivio. Se desnudó en el baño, se puso un contenedor de agua al lado y se limpió lo mejor que pudo, sin dejar de temblar de frío. Los pantalones de Mox le estaban demasiado largos, no había nada que hacer, así que se puso los suyos. Sí se puso la camisa que le había dado, aunque tuvo que remangársela y se le amontonaba la tela a la altura de los codos. Estaba trenzándose el pelo cuando entró él, con la mano en el sifón destartado

que llevaba el día que se habían conocido.

Se miraron durante un instante, Sloane todavía con los dedos enredados en el pelo. Después, ella se volvió hacia el espejo.

—Supongo que no tienes que preocuparte de que te reconozcan.

—No —respondió Mox—. Solo unos cuantos conocen mi cara. Entre ellos, él.

Hablaba de Nero como ella podría haber hablado del Oscuro. Así hablaba de él con Albie, como si el hombre estuviera siempre en la habitación con ellos, por lo que no hacía falta nombrarlo.

—En la profecía del juicio final de Genetrix, ¿es una persona contra otra? ¿Un Elegido... contra un destructor?

—Con Genetrix como campo de batalla —respondió Mox, distante—. El choque entre dos hombres.

Ella asintió.

—Y crees que Nero es uno de ellos. Vuestro Oscuro.

—¿Así llamabais al vuestro?

Ella pensó en él, en su rostro ceroso deformado por la burla cuando le había pedido que escogiera. Que escogiera entre Albie y ella, entre un horror y el otro.

Tragó saliva.

—Sí.

—Entonces, sí —dijo Mox—. Eso es lo que creo.

Sloane terminó de trenzarse el pelo y se lo sujetó con la banda elástica que siempre llevaba en la muñeca. La trenza le apretaba tanto que le tiraba del cuero cabelludo al mover la cabeza.

—Toma.

Mox se acercó a la mesita en la que la noche anterior se había tragado una lata de sopa fría. Recogió su otro sifón de muñeca. No era más elegante que el que ya llevaba, aunque sí más flexible, fabricado con plaquitas negras que parecían escamas de pez. Dejó escapar un gorjeo, y las placas se enderezaron, como si les hubiera enviado una corriente eléctrica. Se lo ofreció.

—Sé que no puedes usarlo —dijo—, pero en una ciudad como esta

llamas demasiado la atención si no llevas ningún sifón.

Sloane suspiró y guio la mano izquierda al interior del guante vacío que formaban las placas. En cuanto hubo colocado los dedos, las placas le rodearon la mano y la envolvieron como una cota de malla. Mox le giró la mano para apretárselo bien. Para un hombre de manos tan grandes, tenía los dedos muy delicados.

—Bueno —dijo ella—. Vamos a charlar con una profeta, supongo.

Llegaron a la estación de ferrocarril primero a pie, caminando junto al río. Mox tenía un aspecto relajado que la desconcertó; mantenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza echada hacia atrás para disfrutar de la luz del sol. Todo lo contrario que Sloane, que daba un respingo con cada paso o grito lejano que oía.

Lejos del Loop, los edificios se parecían más a los que conocía. Eran del ladrillo rojo típico de Chicago: hileras de casas de dos o tres pisos, con césped, y árboles sin hojas entre ellas. De vez en cuando pasaban junto a algo que le resultaba completamente ajeno: una casa que no era más que un orbe y giraba despacio entre dos instrumentos con forma de aguja; una escultura que parecía a punto de derrumbarse desde un ángulo, mientras que, por el otro, se reconstruía; la fachada de una tienda que mezclaba enredaderas *art nouveau* y estilo bastón bajo un tejado abuhardillado, en una especie de batiburrillo visual que le dio repelús.

Cuando por fin llegaron a la calle Treinta y Uno, Mox llamó a un taxi con un fogonazo de luz de la mano y un soplido del silbato que llevaba tras el diente. No era el primer silbato que Sloane veía ahí: ya se había fijado en el reflejo plateado que dejaban escapar algunas personas cuando sonreían o en el ruidito metálico que hacían al comer. Suponía que era más cómodo que meterse un silbato entre los labios cada vez que querían hacer algo.

Guardaron silencio en el taxi para escuchar lo que decía la radio del salpicadero.

—Las acciones de Siphona Technica han alcanzado una cifra récord esta semana, después de haber sufrido una tremenda caída el año pasado tras las

noticias sobre la negligencia...

El taxista cambió de emisora y puso una de música instrumental que sonaba como una grabación de ballenas bajo el agua.

—Así que en realidad no trabajas en el Tankard, ¿no?

—Pues la verdad es que sí —respondió él alegremente—. Fines de semana y algún turno que otro entre semana.

—¿Cómo se compagina eso con...? —Sloane hizo una pausa—. ¿Con tu otro trabajo?

—Mi otro trabajo solo es exigente en ciertas ocasiones. Y la paga no es muy buena.

El taxista tocó de nuevo el dial de la radio, y las noticias regresaron.

—Nos informan de una escaramuza entre el Resurreccionista y el Ejército Titilante anoche, en Bridgeport. Solo hay una víctima, un agente de policía llamado Paul Tegen. Deja esposa y un hijo de dos años.

El taxista cambió de nuevo de canal. Mox no parecía afectado, como si la mención del Resurreccionista no fuera con él.

Cruzaron el río y bajaron por Canal Street, pasando por delante de un edificio rosa que abultaba por un lado. Resultó ser una tienda de alimentación llamada Hey Presto! cuyo logo era un carrito volador.

El taxi se detuvo frente a Union Station, un edificio ancho y de color tostado, con una hilera de columnas dóricas delante. Recordaba el vestíbulo del interior, con su tragaluz cuadriculado curvándose hacia el cielo. Había estado allí una vez, de niña, cuando había cogido el tren desde el centro de Illinois hasta la ciudad con Cameron y su madre.

Siguió a Mox al interior. Le costaba seguirle el ritmo: para alguien tan alta como Sloane era una nueva experiencia, pero las zancadas de Mox eran largas y decididas. Sin embargo, una vez dentro, pareció perderse en el caos y daba un respingo cada vez que la gente se llamaba entre sí o se le acercaba demasiado. Recordó la lata de judías verdes que había estrellado contra la pared la noche anterior. Lo arrastró hasta la cola para comprar los billetes.

—Tienes efectivo, ¿no? —le preguntó—. Dámelo y quédate aquí. Deja que hable yo.

Cuando regresó de la ventanilla, Mox estaba de pie en medio de la sala, desamparado, mirándola. Ella le dio un billete, y juntos se dirigieron al andén correcto, gracias a las indicaciones de Sloane. Mox parecía confundirse fácilmente con los carteles y se distraía con todo lo que los rodeaba. Tuvo que tirar de él más de una vez antes de llegar a un banco en el que esperar al aire libre; como hacía frío, no había nadie más fuera. Ella llevaba la capa que se había puesto el día anterior, con el borde quemado por el fuego mágico, y él se había puesto una chaqueta que no se diferenciaba mucho de las que ella solía ponerse en casa.

—Se ve que no viajas mucho —le comentó Sloane después de sentarse.

Sus palabras tomaron forma en el aire, como humo.

—Hago magia —respondió, y se mordió la uña del pulgar—. Nunca se me ha dado bien todo lo demás.

—¿Como... existir?

Se sorprendió al ver que él asentía con la cabeza.

—Rompe todos los platos de mi madre. Tenía uno en la mano y entonces... No sé, me distraía y... crac. También las bombillas. Incluso los tenedores y las cucharas, algunas veces.

—Lo que me contaste sobre tus padres y Arlington, ¿era verdad?

—Sí. Me metieron en un avión a Chicago cuando tenía... ¿nueve años? ¿Diez? Desde entonces solo los he visto un par de veces. —Se sacó el dedo de la boca—. Ahora creen que estoy muerto. Es lo mejor.

—No parecen muy buenos padres.

—Puede que no lo fueran —respondió Mox. Se había mordido demasiado el pulgar y le sangraba la cutícula—. O puede que no estuvieran... preparados para un crío al que la magia se le escapaba por los poros. Sigue siendo... —Se agitó, inquieto—. Demasiado. Es demasiado. Me... desestabiliza. No soy estable.

Ella le puso una mano en el brazo. Era lo único que se le ocurría.

—A mí tampoco se me da demasiado bien gestionar la magia —respondió, y alargó la mano en la que llevaba el sifón para que la luz del sol se reflejara en sus escamas—. No es que nunca haya hecho nada con ella, ¿sabes? Es que es impredecible. Y... —Se encogió de hombros—. Supongo

que no me gusta.

—¿No te gusta? —Mox frunció el ceño—. Pero...

El tren entró en la estación y los frenos chirriaron. Era voluminoso y de aspecto tosco, con faros que sobresalían del morro y que parpadearon hasta apagarse. Mox y Sloane se levantaron y recorrieron el andén hasta los últimos vagones para evitar a la multitud que se había reunido al lado de los primeros.

Sloane subió los estrechos escalones y entró en un torbellino de colores. La moqueta del tren lucía un estampado chillón en amarillo, azul y rosa, todo triángulos, círculos y líneas onduladas. Pero no se trataba de un tren de pasajeros estándar: tenía compartimentos, cada uno con dos largos bancos situados uno frente al otro. Se metió en uno de ellos y se sentó junto a la ventanilla. Mox cerró la puerta del compartimento, silbó y tiró de ella para ver si funcionaba la obra. No se movía. Sonrió.

—Y dices que no te gusta la magia —le dijo a Sloane.

—Si lo único que hiciera fuese servir a mis impulsos antisociales, me encantaría. Por desgracia, también tiende a hacer pedazos a la gente, así que...

Mox asintió, comprensivo. Se sentó frente a ella y extendió un brazo sobre el respaldo de su asiento.

Unas cuantas personas intentaron entrar en el compartimento, pero ninguna consiguió abrir la puerta, así que cuando el tren salió de Union Station, Mox y Sloane seguían solos. Él estaba mirando por la ventanilla, y ella lo estaba mirando a él. Su rostro era una mezcla de opuestos: nariz y frente poderosas por encima de una boca vulnerable; orejas que sobresalían como las de un niño a través de un enredo de pelo en el que, a pesar de su evidente juventud, se veían algunos mechones grises en los que Sloane no se había fijado antes.

—Parece que intentas diseccionarme —dijo Mox sin apartar la vista de la ventana.

—Cuesta conocerte —respondió ella.

—A ti también.

—Qué va. Es que no has estado en mi mundo.

—Algo me dice que no me iría bien allí —comentó Mox.

—¿Es que aquí te va bien?

—No, supongo que no —respondió entre risas.

El tren salió de la ciudad y siguió el curso del río hacia el sudoeste, dejando el lago Michigan atrás. Era el mismo camino que Sloane había seguido una vez para ir a su hogar de la infancia. Su madre le había dicho que tenía que sacar sus cosas del garaje porque necesitaba el espacio. No le había explicado para qué. Así que Sloane había recogido tanto sus cosas como las de Cameron y había metido todas las cajas en una furgoneta de alquiler para regresar conduciendo. Conocía las amplias extensiones de terreno vacío que los esperaban, los campos de maíz desmigajados por el frío del otoño, los silos solitarios recortados contra el horizonte. Suponía que el Medio Oeste de Genetrix no se diferenciaría mucho del suyo.

—¿Estarán bien tus soldados durante tu ausencia? —le preguntó a Mox.

—No es la primera vez que los dejo solos. La obra que los mantiene con vida dura unos cuantos días, así que no se descompondrán. —Hizo una pausa—. Bueno, algunos puede que sí se descompongan un poco, pero siempre pueden coserse de nuevo.

Sloane hizo una mueca.

—Fuiste muy... cariñoso con la mujer a la que le cosiste el brazo.

—¿Tera? —Se encogió de hombros—. Bueno, coserle el brazo a alguien es un asunto delicado.

—Es que antes no me había dado cuenta de que mantenías una relación personal con ellos.

—Ah. —Mox había estado tranquilo hasta entonces, sentado en su banco, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Pero en ese momento se echó hacia delante y empezó a entrechocar las puntas de los dedos—. Son mis amigos.

Sloane sabía que debía proceder con cautela. No sabía qué disparaba la magia de Mox, y estaban en un tren en marcha.

—¿De... antes?

—De antes de que estuvieran muertos, sí.

—¿Cómo los trajiste de vuelta?

En realidad no estaba segura de querer oír la respuesta. Si averiguaba cómo hacerlo, le costaría no intentarlo con Albie, Cameron o Bert. Le costaría no convertirlos en una barrera que la protegiera del mundo.

—Porque nunca en mi vida había deseado nada tanto como eso.

—Y ¿con eso bastó?

—Esa es la parte que puedo explicar.

Apretó las manos. Ella se las cubrió con las suyas. Mox dio un respingo y la miró con los ojos muy abiertos.

—No tenemos que hablar de ello —le dijo Sloane mientras volvía a echarse hacia atrás.

Pero Mox relajó las manos y la tensión desapareció de su cuerpo. Ella pensó que aquel hombre era mil cosas a la vez. Un idioma que ella desconocía.

—Me dijiste que estabas en un funeral cuando te trajeron. ¿De quién? —le preguntó Mox.

Llevaba mucho tiempo sin pensar en Albie. Aparecía en su cabeza de vez en cuando, claro, siempre que se despistaba. En los momentos relajados antes de dormirse o cuando se despertaba pensando en lo que iba a contarle, antes de darse cuenta de que ya nunca le volvería a contar nada más. Pero había intentado no pensar en él.

—Albie —respondió, y su nombre le pareció miel en la boca—. Era mi mejor amigo.

Mox asintió, como si lo entendiera, y quizá fuera así.

—¿Fue tu Oscuro el que lo mató?

—No. Bueno, puede que indirectamente. Se... suicidó. —Era la primera vez que lo decía en voz alta, al menos así, tan directamente, sin rodeos—. Acabamos con el Oscuro hace diez años, pero Albie nunca lo superó. Supongo que yo tampoco. —Se obligó a reír—. ¿Cómo se supera eso? La mierda que vimos. La mierda que hicimos. —El nudo de cicatrices del dorso de la mano era un recordatorio constante—. En cierto modo, ha sido más sencillo estar aquí. Hacer lo mismo otra vez. Sé hacerlo, sé ser esta persona. Pero nunca terminé de comprender cómo ser una persona normal.

Mox esbozó una sonrisita.

—Conozco la sensación.

Guardaron silencio, aunque un silencio cómodo. Los dos miraron por la ventanilla y contemplaron el paisaje, cada vez más vacío de edificios.

Cuando faltaban diez minutos para llegar a la estación de St. Louis, Sloane notó que algo dentro de ella quedaba en silencio. Fue como si hubiera estado sonando música y, de repente, alguien cortara la electricidad. Mox la miró.

—Ciudad refugio —le explicó—. No se contentan con prohibir la magia dentro de los límites de la ciudad: también la amortiguan. Si fuera legal, la apagarían por completo.

—¿Pueden hacer eso?

—Un sifón no es más que una máquina que amplifica la energía mágica. También puede hacer lo contrario. —Esbozó una sonrisa triste—. Por eso mis padres se alarmaron tanto cuando vieron que poseía una magia descontrolada a pesar de vivir en una ciudad refugio.

Estaba claro que no había exagerado al hablar de su poder. A Sloane le pesaba todo el cuerpo.

Salieron del tren y recorrieron un túnel de hormigón que conducía al vestíbulo de la estación de ferrocarril. El edificio parecía un castillo; tenía paredes de piedra, torres y tejados rojos acabados en punta, aunque el vestíbulo en sí se parecía al de Chicago, espacioso y con un techo abovedado con forma de medio barril. No obstante, no había tragaluz, solo

azulejos verdes y nudos decorativos en los arcos, con algunas figuras femeninas que sostenían luces y ofrecían su resplandor a los cielos. A su alrededor había bancos rojos y sillas, sitios para que la gente se sentara mientras esperaba.

El agente de seguridad que se encontraba junto a la puerta les hizo un gesto para que fueran a la izquierda, a una zona con taquillas metálicas delimitada por una cuerda de terciopelo. Mox se puso primero: se acercó a una de las casillas y se quitó el sifón de la muñeca y los dedos. Sloane siguió su ejemplo. Mox dejó el sifón dentro de la taquilla con mucha delicadeza, y ella colocó el suyo al lado.

Se unieron a la cola de gente que esperaba para salir de la zona acordonada. Al frente había dos agentes con una especie de paletas metálicas. Recorrían con ellas el cuerpo de los viajeros y las bolsas que llevaran, y después los dejaban pasar. Sloane arqueó una ceja.

—Detectores de sifones —le explicó Mox—. No pueden permitir que nadie meta magia de contrabando, claro.

—Supongo que no.

La cola avanzaba deprisa, y Sloane pasó por los detectores sin problema. Sin embargo, en cuanto la mujer con el moño apretado acercó el detector a Mox, él levantó las dos manos y dio un paso atrás.

—Soy una Excepción —le dijo Mox.

La mujer suspiró.

—Tarjeta de identificación, por favor.

Mox ya se había sacado del bolsillo trasero una tarjeta blanca que parecía un carnet de conducir normal. La agente lo sostuvo a la luz durante unos segundos y se lo devolvió.

—De acuerdo, puede pasar.

Mox recorrió el puesto de control hasta alcanzar a Sloane, y la condujo a la salida. Ella esperó a que él le explicara lo sucedido, pero no parecía que fuera a hacerlo, así que una vez que estuvieron en la cola de la parada de taxis le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Excepción?

Él suspiró y agachó la cabeza, casi como si fuera a besarla. Sloane

retrocedió, pero él se limitó a señalarse un ojo. Bajó el párpado inferior con un dedo para que lo viera mejor.

Con las mejillas acaloradas, Sloane se acercó. Los ojos de Mox eran de color castaño oscuro con un toque de verde cerca del iris. Uno de ellos era normal, pero en el otro el iris parecía roto, como si la pupila se le derramara dentro. Mox movió el ojo de manera casi imperceptible y la pupila deforme brilló, iridiscente como la escama de un pez.

—¿Qué...?

—No lo sé. Pero hace que esas máquinas se vuelvan locas.

Se enderezó y se salió de la cola para coger el siguiente taxi disponible. Por el motivo que fuera, Sloane se había quedado sin aliento.

La casa de Sibila era una vivienda pareada con una valla metálica y unos carillones bastante cursis colgados junto a la puerta principal. En la entrada había aparcado un Toyota azul con el parachoques oxidado. Mox subió los escalones del porche, abrió la puerta mosquitera (que tenía varios agujeros) y llamó.

Cuando Sloane pensaba en profetas se imaginaba a un hombre con túnica que advertía del apocalipsis inminente o quizá a una adivina que barajaba cartas del tarot en un cuartucho. Sibila no era ninguna de las dos cosas. Era baja, de mediana edad y llevaba una rebeca verde con una estrellita prendida cerca del cuello. Abrió la puerta de golpe, con cara de pánico (o de ira, costaba saberlo) y agitó el dedo índice delante de la cara de Mox.

—¿Qué te has traído? —le preguntó, y miró a Sloane, que estaba detrás de él, al pie de los escalones.

—Te lo explicaré, pero aquí fuera no, evidentemente.

—Si crees que voy a invitar a eso a mi casa —repuso ella mientras señalaba a Sloane con la cabeza—, estás muy equivocado. —Se puso unas pantuflas que había junto a la puerta y salió—. Iremos al garaje.

—Sib —dijo Mox.

—¡Que no me llames eso! —exclamó la mujer mientras se volvía con

los ojos muy abiertos, como si algún vecino fuese a salir de detrás de un arbusto—. Por Dios, niño, ¿es que se te ha olvidado dónde estás?

Bajó los escalones hecha una furia, rodeó a Sloane y los condujo a ambos hasta el garaje, que estaba al otro lado de su cuidado césped. Olía a moho y a gasolina, y estaba abarrotado de muebles, cajas viejas y alfombras enrolladas. Aunque parecía un montón de basura, Sloane se fijó en que tenía cierto orden. Sibila se paseó entre el laberinto de cacharros encendiendo lámparas y despejando sillas mientras se quitaba telarañas del pelo.

—¡Sentaos! —ordenó, y señaló las sillas—. Sois los dos enormes; resulta intimidante para una anciana bajita como yo.

—No eres una anciana —dijo Mox con evidente cariño, pero se sentó. Sloane se quedó donde estaba.

—Prefiero no hacerlo. Está muy claro que no me quiere aquí.

—No lo dice en serio —intervino Mox.

—¿Que no? —dijo Sibila, y arqueó una ceja—. La magia que emitís los dos me va a asfixiar, y eso que está amortiguada. ¿Qué es esta chica? ¿Es como tú?

—No lo sé. Depende de lo que creas que soy yo, exactamente.

—Un Elegido, claro. Los dos apestaís a Elegidos —contestó Sibila, y Sloane se sintió como si alguien le hubiera soltado una piedra en el corazón.

—¿Elegido? —repitió Sloane mirando a Mox—. Eres...

Unas manchas rojizas aparecieron en las mejillas de Mox y le bajaron por el cuello.

—Vale, vale, hasta las criaturas más oscuras de este mundo son Elegidas —dijo Sibila—. No es nada de lo que sentirse orgulloso. Si acaso, es como una flecha con luces que dice: «¡Mátame!». —Abrió el frigorífico de la esquina, sacó una botella de agua y se peleó con el tapón, ya que le temblaban las manos—. Sin embargo, en este caso, Mox, aquí presente, es el destinado a salvarnos, envuelto en tantos sifones como para congelar una ciudad entera y rodeado de cadáveres. No pinta bien para Genetrix.

Mox. Elegido. Sloane se sintió como un ordenador frito por un pico de tensión.

—Tu fe en mí siempre me levanta el ánimo —comentó Mox, mordaz—.

Sloane también era una Elegida, Sibila. Pero de un universo alternativo.

Sibila la examinó de arriba abajo y arqueó una ceja.

—Interesante. Siéntate, niña.

Esta vez, Sloane lo hizo, en el borde de una tumbona que había cerca de Mox. Estaba encajada entre la estatua de un querubín desgastada por la lluvia y una caja de cartón con las palabras «Cuarto de Charlie» garabateadas con rotulador permanente.

—En tu otro mundo luchaste en una batalla —dijo Sibila mientras se dejaba caer en un grueso tocón de árbol. Dejó la botella de agua y se rodeó las rodillas con los brazos. En aquella postura parecía muy pequeña, y los huesos de la columna se le marcaban a través de la rebeca—. Todavía se te nota.

Sibila observó la cicatriz de la mano de Sloane, y esta resistió el impulso de tapársela.

—Esa no era tu batalla, en realidad —añadió Sibila.

El instinto de Sloane le decía que protestara. Claro que había sido su batalla. El Oscuro le había robado a su hermano. Que luchara contra él era algo tan inevitable que no merecía la pena ni discutirlo. Sin embargo, había mucho de cierto en sus palabras, demasiado para negarlo. Había merecido la pena luchar en aquella batalla, pero eso no significaba que fuera la suya. Se había pasado diez años inquieta, a la espera de que algo cobrara sentido, de que sucediera algo. Pero, hasta aquel momento, le había resultado demasiado horrible considerar la posibilidad de que todavía le quedara otra batalla por delante y de que quizá fuera de verdad la suya.

—¿Por qué habéis venido a verme, exactamente? —preguntó Sibila.

—Aelia, Nero y... no sé quién más me trajeron a Genetrix contra mi voluntad —respondió Sloane—. Nos dijeron que el Resurreccionista estaba destruyendo tanto su mundo como el nuestro, y que no nos permitirían volver a casa hasta que lo matáramos. Pero Mox... —Frunció el ceño—. Solo quiero saber qué es real y qué no.

—Qué es real... —Sibila suspiró y se levantó—. Si vamos a hablar de lo que es real y lo que no, necesitamos whiskey.

Lo primero que hizo Sibila fue poner un disco: *Parsley, Sage, Rosemary and Thyme*, de Simon and Garfunkel. El rasgueo de la guitarra resultaba espeluznante en el salón en penumbra, con aquellos muebles tan viejos que el tapizado estaba raído. El bajo sofá rosa crujió al sentarse Mox en él; parecía un adulto encaramado en un taburete de niño. El aire crepitó a su alrededor al entrar en la habitación, y Sibila le ordenó que se controlara. No surtió efecto; solo sirvió para que Mox frunciera el ceño.

Sibila entró en la cocina para servir el whiskey y, mientras esperaban su regreso, Sloane le echó un vistazo a las estanterías. No había libros, solo una amplia colección de ejemplares del *National Geographic* y revistas de punto. También había figuritas de porcelana: bailarinas, gatos desperezándose y globos aerostáticos. Era como si Sibila hubiera leído en una enciclopedia cómo debía ser la casa de una abuelita y la hubiera copiado por completo, hasta los tapetes de la mesa de centro.

Cuando empezó a sonar la segunda canción del álbum, Sloane resopló.

—Te gusta rodearte de clichés, ¿no? —le preguntó a Sibila cuando esta regresó con tres vasos de whiskey.

Sibila sonrió.

—La canción habla de patrones que se repiten. Me pareció que ambos sabríais apreciarla.

Sloane bebió, y fue como tragarse un puñado de polvo. Le lloraron los ojos al intentar reprimir la tos. Mientras tanto, Sibila se bebió medio vaso de golpe y se sentó en la butaca reclinable que había junto al tocadiscos para verlo girar.

—Es un don que ni elegí ni quería —dijo Sibila al cabo de un rato—. Tenía dos años cuando sucedió el Incidente Tenebris, y catorce cuando empecé a entrar en trance. Me daba miedo. Yo no lo recuerdo, pero me dijeron que hablaba con acertijos, como si estuviera poseída. Y la gente empezó a evitarme cuando vieron que mis desvaríos se cumplían. En realidad, nadie quiere conocer su futuro.

Bebió otro trago de whiskey, y Sloane se sentó en el brazo del sofá, donde la tela rosa estaba desgastada y se veía parte del relleno.

—Era un don poco frecuente, incluso entre los más dotados de magia...

Y menos frecuente aún era la gran escala de mis predicciones. Se trataba de acontecimientos mundiales. Resultados de batallas, desastres naturales, aprobación de leyes. Y, después..., el final de todo. Lo tengo grabado, en realidad.

Se levantó y dejó el vaso en la mesa, junto al tocadiscos. Levantó la aguja del disco, abrió un armario cercano y buscó en una gran cesta llena de casetes. Sloane no estaba lo bastante cerca para leer las etiquetas, pero eran caseras y empezaban a despegarse por los extremos.

Sibila encontró la cinta correcta y la llevó a un pequeño radiocasete que estaba en la esquina, en un estante junto a los *National Geographic*. Se oyó el chirrido de la cinta al rebobinarse. Sloane bebió más whiskey e intentó no mirar a Mox.

Sibila pulsó el *play* y se quedó de pie frente al radiocasete, como si estuviera ante un altar. La grabación crepitó y chisporroteó al principio, pero después se estabilizó y una voz tomó forma.

«Supondrá el fin de Genetrix, la destrucción de los mundos —dijo la voz, grave y extraña—. Algo se interpone entre Genetrix y su gemelo. El Ser Oscuro lo extirpará, y los mundos colisionarán, y ese será el final de todo».

Sloane se tensó. Pensó en el hilo de luz que conectaba Genetrix con la Tierra, al fondo del río Chicago.

El mundo y su gemelo. La Aguja.

La voz grave siguió hablando.

«El Ser Oscuro de Genetrix estará oculto, pero no en secreto, y su sed jamás se saciará. —Sibila, de pie frente al radiocasete, movía los labios siguiendo las palabras—. El Igual de ambos será la esperanza de Genetrix, nacido con la marca de la magia y dominado por un poder desconocido entre nosotros hasta el momento».

Sloane observó a la mujer, que tamborileaba con los dedos sobre la pierna, como si la profecía fuese una canción y ella bailara a su ritmo. Quizá lo fuera, quizá los hilos de luz que ella había visto tocaran música, como las cuerdas de un violín o una guitarra, y la música se le apareciera a Sibila en forma de profecías.

«Dos veces volverán a saludarse los Iguales, y el destino de los mundos está en sus manos».

Mox se miraba las manos, entrelazadas entre las rodillas con tanta fuerza que se le habían quedado blancos los nudillos.

La Sibila de la grabación repitió la última frase, pero tan bajo que Sloane apenas lo oyó, y la cinta se detuvo.

—Tu ojo —dijo Sloane—. Es la marca de la magia.

Sibila seguía de pie detrás de Sloane, pero ella le hablaba solo a Mox.

Él asintió. Parecía inestable, como si fuera a desmoronarse en cualquier momento.

—Nero fue mi profesor durante una década —explicó. Le temblaba un poco el labio inferior—. Me traicionó. —Tenía la vista fija en Sloane, y el defecto de su iris volvía a ser imperceptible ahora que la luz no brillaba a través de él—. Asesinó al ejército destinado al Elegido, el primer Ejército Titilante. Me echó la culpa. Retorció la profecía en mi contra.

Las palabras le salían rotas de la garganta, y Sloane sintió un escalofrío en la espalda. Pensó en los largos dedos del Resurreccionista cosiendo con un hilo rígido el brazo de la soldado y tirando con fuerza, en la desesperación con la que había gritado el nombre de Ziva en la calle cercana al piso franco. Si sus soldados resucitados eran el ejército del Elegido, claro que los había conocido antes de que murieran, había confiado en que estuvieran a su lado para luchar contra un mal que no comprendía.

Nero. El hombre de la sed insaciable.

Se enfrentarían en el campo de batalla de Genetrix, y el destino del mundo (de los mundos) estaba en sus manos.

FRAGMENTO DE
La magia de la crueldad
Erica Perez

En su libro *La manifestación de deseos imposibles: Una nueva teoría de la magia*, Arthur Solowell se atreve a afirmar que «un deseo no surge ni con amenazas ni con manipulaciones». Aunque estoy de acuerdo en que una simple amenaza no produce unos resultados mágicos fiables, es muy inocente plantear que la coacción no resulte nunca eficaz para influir en la magia. Puede que el señor Solowell tuviera la buena fortuna de crecer en una comunidad de adultos morales que jamás ejercieron su influencia negativa en los niños, pero yo no. Yo vi a padres crueles dar forma a mis compañeros y, por tanto, dar forma a sus deseos.

Y podía ocurrir en todo tipo de situaciones. A veces, una educación religiosa estricta convertía una mente abierta en una cerrada que solo era capaz de realizar obras básicas y prácticas. Otras veces, la negligencia más absoluta daba lugar a una completa falta de límites y empujaba a algunas personas a involucrar a otras en obras poco éticas. La presión para alcanzar el éxito alejaba a mis amigos de la creatividad y la imaginación de su magia. El abuso emocional retorció las obras de una persona y las volvía más brutales, menos elegantes. Tengo un amigo de mucho talento que perdió por completo la habilidad de hacer magia y ahora vive en St. Louis, una ciudad refugio.

Un deseo no es un capricho, como bien dice Solowell. Sin embargo, un deseo tampoco es inamovible ni inmutable. Hay que tener en cuenta la variable del poder. ¿Quién ostenta poder sobre ese individuo en concreto? ¿Alguien ostenta demasiado poder? De esas personas poderosas, ¿alguna es un cónyuge abusivo, un miembro de la familia o un amigo? ¿Es ese individuo especialmente susceptible a la manipulación por su deseo de agradar... o de evitar el dolor? ¿Ha estado aislado de la gente de su edad o del mundo exterior? Debemos aprender a reconocer las señales. No podemos fingir que este problema no existe. El futuro de nuestra infancia depende de ello.

No había mucho que decir después de aquello, así que Sibila invitó a cenar a Sloane y a Mox, seguramente para evitar el silencio. Sloane aceptó porque no sabía qué otra cosa hacer. De ese modo, se quedaron los tres atrapados en la casita, orbitándose en silencio. Sibila se entretuvo en la cocina metiendo rodajas de limón por los orificios de un pollo crudo y Sloane se arrodilló en la alfombra beis, junto al radiocasete, para repasar las revistas. Había fotografías de países de los que nunca había oído hablar, cuyos nombres, formas y destinos habían sido alterados por la división entre los universos. Vio sifones de aspecto tosco en las manos de los habitantes de la Rumanía rural y la remota Siberia; el artículo decía que allí seguían siendo una rareza, aunque las nuevas generaciones empezaban a usarlos.

—Mox me dijo que cree que nadie controla las Sangrías —dijo tras levantar la mirada de la foto de un tractor en una pequeña granja de Argentina.

Había una isla que separaba la cocina del salón. Sibila estaba detrás, cortando algo. Cebollas, a juzgar por el olor.

Mox había desaparecido unos minutos antes, seducido por la oferta de ducha y ropa limpia de Sibila. Su marido había dejado mucha al morir, y todavía estaba en la cómoda de su dormitorio. Sloane oía el ruido del agua

procedente del pasillo.

—Es importante no confundir causalidad con correlación —respondió Sibila mientras examinaba el molinillo de pimienta que sostenía con ambas manos. Aunque era viuda, todavía lucía su alianza—. Sin embargo, sabemos que se produce una Sangría cada vez que uno de vosotros aparece para matarlo, así que parece haber alguna relación.

—Espera, ¿qué? —Sloane dejó el periódico y se puso de pie—. ¿Crees que las provoca... la presencia de alguien de fuera?

—Lo único que sé es que se supone que no deberíais estar aquí. Puede que las Sangrías sean la reacción alérgica del mundo a vosotros. —Como Sloane arqueó una ceja, Sibila frunció el ceño—. Bueno, no lo sé, niña, no soy una científica.

Sloane se apoyó en la isla.

—¿Cuál es tu profesión, por cierto? Porque escupir profecías no debe de ser demasiado lucrativo, ¿no?

—No lo es en absoluto cuando vives en una ciudad refugio. Pero la magia se frota contra mí como si fuera papel de lija, así que no tenía mucha elección, ¿no? —Se encogió de hombros—. Era profesora. Ahora estoy jubilada, evidentemente.

—Se frota contra ti como si fuera un papel de lija —repitió Sloane—. Eso es... raro.

—¿Cómo es para ti?

—Como meter la cabeza en un tornillo de banco. A veces se me quedan las manos entumecidas. A mí tampoco me emociona demasiado, la verdad.

—Ya veo...

Sibila se puso las manoplas del horno y recogió la pesada olla en la que había metido el pollo. Sloane se acercó para abrirle la puerta del horno, y metieron el pollo.

—A él le encanta —dijo Sibila, y señaló con la cabeza el baño del pasillo, en el que se duchaba Mox—. Para Mox es como... rayos de luz o algo así. Toca la magia como si fueran las cuerdas de una guitarra. Plin..., adiós gravedad. Plin..., tu casa echa a arder. Encantador.

Rayos de luz. Le recordaba a la magia que había obrado Aelia antes de

que Sloane se metiera en el río. Quizá la hubiera aprendido de Nero, que a su vez la había aprendido de Mox.

—¿Conoces a Nero? —le preguntó a Sibila.

—Sí. —De repente, su mirada se volvió de acero—. Ese hombre lleva unas máscaras encima de otras. Nunca he sido capaz de ver lo que oculta debajo.

Programó el temporizador, que tenía forma de huevo y una frase pintada: «¡Son las huevo en punto!».

—A ti, niña, te ha tocado la magia más áspera —dijo acercándose más a Sloane—. El destino te ha agarrado fuerte y no te suelta. Así que quiero que recuerdes algo. —Rodeó el brazo de Sloane con los dedos y lo apretó con una fuerza sorprendente para alguien de su tamaño—. La línea que separa a un Elegido de su contrario es muy delgada, así que no te acomodes demasiado en uno de los lados.

El olor a cebollas era tan potente que a Sloane le picaban los ojos. Se zafó de Sibila.

—Lo único que quiero es volver a casa.

—Es la mentira más gorda que he oído en mi vida —repuso Sibila, con los ojos chispeantes—. Lo quieres todo. Eres un pozo sin fondo. Me canso con tan solo mirarte.

—Tú tampoco eres ningún regalito.

—Sloane, ¿me echas una mano? —la llamó Mox desde el dormitorio, aunque se le oía con claridad por toda la casa.

Recordó que se había clavado un trozo de metal en la cadera la noche anterior y salió de la cocina. El pasillo estaba pintado del mismo rosa lechoso que el sofá del salón y repleto de fotos: de Sibila, su marido y sus hijos, supuso Sloane, por la disposición de las personas en las imágenes, rígidas y formales. Costaba creer que aquella mujer, con una casa y una familia tan agresivamente normales, hubiera anunciado incontables profecías, incluida una sobre el fin del mundo. Con razón le repelía tanto la magia. Era justo lo contrario de la vida que se había construido a su alrededor, con toda su rigidez.

Mox estaba de pie en el dormitorio, con unos vaqueros azules

desgastados y una camiseta gris. Sloane se sorprendió, dado que no había visto prendas como esas desde que había llegado a Genetrix. Estaba apoyado en la cómoda de Sibila, aferrado al borde, con la cabeza gacha. El pelo se le había alisado al mojarlo y se veía más largo, casi hasta los hombros. Iba descalzo.

A ella le pareció muy sólido. Con el vientre algo hundido, seguramente por la vida que había llevado los últimos diez años, alimentándose de latas de sopa, pero los largos brazos eran lo bastante fuertes como para rellenar las mangas de la camiseta y los hombros eran anchos, como si su constitución estuviera preparada para más músculos de los que tenía. Quizá en otro universo.

Y estaba perdiendo el control; la presión del aire que lo rodeaba era muy distinta a la del aire del pasillo, hasta tal punto que a Sloane se le taponaron los oídos al acercarse a él.

—Lo siento —dijo él con voz tensa y baja, sin mirarla—. Pero me calmaste... en el tren.

—Ah.

Sloane intentó recordar lo que había hecho en el tren. Le había tocado las manos. La perspectiva de tocarlo en aquel momento era mucho más abrumadora. En el tren, había sido instintivo, pero allí... sería con intención.

El aire le presionó el rostro igual que cuando era una niña y subía en bicicleta hasta lo alto de Oak Street solo para bajar después. Como si pudiera cogerlo a puñados.

«Cobarde», se dijo, y puso una mano en el hombro de Mox, justo en el punto en que se unía al cuello. El pelo mojado le hizo cosquillas en los nudillos. Se acercó más a él.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Él no respondió. Por el modo en que se le movía la caja torácica bajo la camiseta, hiperventilaba. Le apoyó una mano en la nuca y se la apretó un poco. Tenía la piel caliente. Hacía mucho tiempo que no tocaba así, de un modo tan vulnerable y atrevido, a nadie que no fuera Matt.

—Hablar de él... Todos los recuerdos —dijo Mox, y sonaba como si apretase los dientes, aunque estaba bien oculto tras una cortina de pelo—.

Es...

—¿Demasiado? Bueno, vamos a sentarnos un momento.

Lo empujó hacia el suelo y, cuando Mox se puso de rodillas, ella lo hizo a su lado. Se sentó con la espalda contra la cómoda, aunque uno de los tiradores de los cajones se le clavaba en la columna. Mox siguió arrodillado, con los brazos temblorosos, negándose a mirarla.

—Mi amigo, el que murió, y yo... —dijo, y sintió que dentro de ella brotaba aquel viejo terror que tan bien conocía—. El Oscuro de la Tierra nos secuestró. Fue solo un día. —Hundió los zapatos en la alfombra. Sibila había arqueado una ceja al verla entrar en la casa sin quitárselos, aunque no había dicho nada—. Pero el Oscuro me dio a elegir. —Sentía cuchillos en la garganta cada vez que tragaba saliva—. Me dijo que uno de los dos, Albie o yo, sufriría, y que yo decidiría quién.

«¿Tú o él?». No cerró los ojos. Si lo hacía, vería el plácido rostro del Oscuro esperando la respuesta en el umbral, apoyado en el marco de la puerta.

—No quería hacerlo —siguió diciendo—. Pero me dijo que, si no lo hacía, nos ocurriría a los dos, y ¿para qué, si bastaba con uno?

Mox se había enderezado un poco para mirarla a través de su cortina de pelo. Se le rizaba al empezar a secarse.

—Así que, al final —añadió Sloane, y se obligó a pronunciar las palabras que nunca había dicho en voz alta, ni una sola vez—, lo elegí a él. Preferí salvarme.

El horror estaba ya muy cerca de la superficie. De haber querido, podría haberlo dejado salir entre gritos y convulsiones. Temía mirar a Mox, temía ver el asco en sus ojos. Él había matado, pero solo en defensa propia; no había hecho nada parecido a aquello, a lanzar a su mejor amigo al fuego para evitar quemarse. Sloane no conocía a nadie que hubiera hecho nada semejante.

Sin embargo, se obligó a mirarlo de todos modos porque se lo merecía, se merecía saber lo asquerosa que era, se merecía saber que había traicionado a Albie, que lo había destrozado y lo había conducido por un camino que lo llevaría a la muerte...

Pero Mox la miraba sin asco.

La presión del aire se había reducido y Sloane ya no tenía la sensación de que podía masticarlo cada vez que respiraba.

—Conozco la rabia que se apodera de ti cuando piensas en alguien — dijo, algo ahogada—. Conozco la rabia que te transforma.

Mox se metió el pelo detrás de las orejas con ambas manos. Así su rostro parecía más delgado y más pálido. Estaba cansado, lo que no era de extrañar: había sobrevivido durante muchos años en edificios y almacenes abandonados, con un ejército que se caía a pedazos cada vez que se movía y, a veces, sin moverse, y cargado con el peso de lo que les había sucedido a sus soldados. Estaba tan cansado como ella.

—Existe una disquisición teórica, una filosofía moral, llamada el problema del tranvía, ¿te suena? —Ella negó con la cabeza—. Básicamente, dice que hay un tranvía en unas vías y, si va por un lado, matará a cinco personas, pero, si accionas un interruptor, solo matará a una. Y se supone que debes decir si accionarías el interruptor, si soportarías ser directamente responsable de una muerte, aunque salves otras. —Frunció el ceño—. Siempre lo he odiado, mucho, y le decía a mi profesora que lo que haría es coger a la persona que me obligaba a decidir y lanzarla a las vías, porque es la única que se lo merecía de verdad. —Esbozó una sonrisa que le sacó un hoyuelo en la mejilla—. En realidad no es el objetivo del ejercicio —dijo, y le tapó la mano que ella tenía sobre la rodilla. La hizo sentirse pequeña, pero en el buen sentido, de un modo que no había conocido hasta entonces, al ser tan alta—. Pero la persona que te pide que decidas entre tu amigo y tú, entre el dolor y el sentimiento de culpa... Se puede ir a la puta mierda.

Le apretó la mano. Durante un instante, se limitaron a mirarse, y ella sintió que el horror se alejaba, que volvía a esconderse en las profundidades.

Comieron en silencio el pollo de Sibila, todos ellos claramente aliviados cuando Sloane dio el último bocado. Mox y Sloane se entretuvieron en la cocina, donde guardaron las patatas en contenedores para meterlos en el

frigorífico, y fregaron platos y ollas. Sibila dejó que se encargaran y salió a los escalones de atrás para fumarse un cigarrillo. «Mi placer culpable de las tardes», lo había llamado, aunque ellos no le habían preguntado nada. Después se puso unas gruesas gafas con montura de carey verde, arrancó el motor del viejo Toyota y los llevó a la estación de tren ataviada.

Al pasar junto a las filas de edificios bajos de ladrillo y los solares vacíos entre la casa de Sibila y la estación, Sloane se maravilló de lo desierto que parecía todo sin la arquitectura de influencia mágica que definía Chicago. Se había acostumbrado a ella, a pesar de llevar tan poco tiempo en Genetrix. Los edificios más interesantes de St. Louis eran las iglesias, que parecían haberse vuelto más sencillas gracias a la ausencia de arquitectos irrealistas y obsoletistas: edificios blancos y planos con esquinas marcadas que le recordaban a las estructuras minimalistas de la Tierra, aunque con ventanas de bloques de vidrio dispuestas en forma de cruces.

Sibila se puso muy seria cuando doblaron la curva junto a la estación, miró a Mox y le dijo:

—Mantén los ojos abiertos.

Él se inclinó para besarle la mejilla, aunque ella parecía tan rígida e irritable como cuando habían llegado a su casa.

—Gracias.

Sloane se bajó del coche sin despedirse. La distraía un cosquilleo en la superficie de la piel, como el ronroneo de un gato. Debían de estar cerca de los límites de los amortiguadores de magia. Cuando Mox cerró la puerta y el Toyota se alejó, se volvió hacia él y le dijo:

—¿Cómo la conociste? Yo no llegué a conocer a la profeta de la Tierra.

—Indagué mucho por la Cima —respondió mientras miraba el cielo. Estaba nublado, una pálida neblina cubría el sol—. Nunca fueron capaces de ocultarme una habitación durante demasiado tiempo. Algo va mal, ¿lo notas? —Agitó los dedos—. Lo veo todo brillante y reluciente. La magia ha vuelto.

—¿Por qué iban a apagar los amortiguadores?

—Solo se me ocurre una razón: saben que puedo usar la magia con o sin los amortiguadores, y así ellos también pueden usarla.

—Bueno, pues vamos a por nuestros sifones antes de que nos encuentren.

Mox la condujo a la hilera de taquillas en la que habían guardado los sifones. Cuando introdujeron la combinación y se abrió la puerta, suspiraron de alivio. Los sifones seguían allí, uno al lado del otro. Él se puso el verde en la mano y flexionó los dedos; después sacó el accesorio para el diente de su bolsita y se lo colocó sobre un colmillo. Sloane se puso el suyo a regañadientes; odiaba la frialdad del metal, su peso y la presión en la muñeca.

Mox la vio darle vueltas al cierre unos segundos y después le cogió la muñeca entre las manos, metió un dedo bajo la banda para comprobar si apretaba y colocó el enganche en su sitio con un movimiento de muñeca. Sloane sintió calor en el punto de contacto de sus dedos con la piel. Y supo lo que significaba ese calor y adónde podría conducir si se lo permitía, aunque se sentía de nuevo como una traidora.

Cerró la puerta de la taquilla y se volvió hacia el vestíbulo. En Chicago, la mayoría de las personas vestían ropa estridente que, según había descubierto, era típica de la élite mágica. Pero, en St. Louis, una ciudad refugio, no había telas amplias diseñadas para lucir los sifones de cuello o muñeca, ni complicados moños salpicados de horquillas doradas redondas que servían para resaltar los sifones de oreja, ni imitaciones modernas de ropajes de hechiceros. De hecho, la moda parecía haber ido en dirección opuesta, como si se tratara de una reacción: junto a ellos pasó una mujer con un jersey de cuello tan alto que le cubría la barbilla y botoncitos diminutos desde el cuello hasta el ombligo; un hombre con una camisa rosa y naranja muy chillona que tenía tela alrededor de las muñecas y los antebrazos, pero, entre esas dos zonas, enseñaba la piel desnuda, sin tecnología mágica; una cría de aspecto malhumorado con una túnica gris que parecía el hábito de un monje. La niña miró la muñeca de Sloane y frunció el ceño. Sloane le devolvió el gesto.

Entonces, un movimiento rápido le llamó la atención; alguien se escondía a toda prisa detrás de una columna. Ella echó una mano atrás y golpeó el vientre de Mox con más fuerza de la necesaria.

—Ay, ¿qué...?

Sloane levantó la mano del sifón y apuntó a un soldado titilante que se acercaba bajo el toldo que enmarcaba la sala.

Mox se tensó y se volvió para mirar al otro lado, de forma que quedaron espalda contra espalda.

—Sloane.

Reconoció la voz; era Edda, la que había estado con ellos durante la Sangría. Edda rodeó los muebles de falso terciopelo rojo de su izquierda con la mano levantada; emitía un brillo negro. Una chispa le bailó en la palma de la mano, con el sifón listo para lanzar su obra.

—Hola —la saludó Sloane, y después miró a la otra soldado, una mujer pequeña y vivaz con una corona de pelo negro rizado. Lucía un sifón sobre un ojo: era una media máscara de cromo liso encajada sobre la cuenca ocular y el pómulos—. Estás fastidiándome las vacaciones en St. Louis, Edda.

—Sloane, está usando alguna obra mágica para controlarte —repuso Edda con firmeza—. Una manipulación mental.

Todos los civiles que la rodeaban se habían escondido bajo mesas y sillas, se acurrucaban en las esquinas o huían por las puertas de la estación. La niña del hábito de monje temblaba, encogida junto a los pies de Edda.

—Qué va —respondió Sloane—. Siguiendo teoría.

—No tengo más teorías —dijo Edda.

—Ahí va una: te han mentado.

Sloane pretendía ganar tiempo mientras examinaba la sala en busca de salidas de emergencia. Había una pared entera de taquillas a su derecha, pero, más allá, recordaba haber visto el brillo rojo de una señal. Si conseguía que Mox reventara las taquillas para quitarlas de en medio, podrían intentar huir por allí.

—No es posible —respondió Edda, que negaba con la cabeza. Sloane se echó un poco hacia atrás para notar la presión del hombro de Mox contra el suyo.

—Vamos, siempre es posible que te mientan.

Estaba empujando a Mox con el codo, el que daba a las taquillas. Con

discreción, tocó con los nudillos una de las puertas.

—Teniente, está... —empezó a decir la soldado que se encontraba delante de Sloane.

Mox, sin embargo, estrelló una mano contra la hilera de taquillas y emitió a la vez un sonido casi demasiado agudo para procesarlo. Se oyó un crujido ensordecedor cuando los armarios metálicos se arrugaron como una bola de aluminio. Sloane trepó por encima de ellos en cuanto encontró un punto de apoyo. Agarró a Mox por la camiseta para no perderlo. Las taquillas se derrumbaron mientras ella subía por encima y la desequilibraron. Tropezó y cayó de rodillas sobre las baldosas.

La soldado enmascarada estaba cantando una nota pura y clara, y Edda se le unió en armonía. La combinación de voces hizo que un peso cayera sobre los hombros de Sloane y la presionara, de modo que se derrumbó sobre los codos. Gritó entre dientes e intentó arrastrarse, pero cada vez notaba más peso encima, la estaba aplastando, la dejaba sin aire en los pulmones...

Mox apoyó la palma de la mano en el suelo, y el silbato de su diente sonó con un tono gutural, profundo como el rugido de un león. El suelo se estremeció bajo él, después la onda expansiva creció y Sloane notó la vibración bajo el cuerpo. El temblor siguió agitando los restos de las taquillas y dio una violenta sacudida que la lanzó hacia arriba y la dejó caer de nuevo sobre las baldosas. Mox se acercó y la rodeó con el brazo libre mientras cambiaba de tono, lo subía y subía...

Se oyó un crujido, y Mox gritó cuando una barra metálica le golpeó la espalda y lo hizo perder la concentración. Al parecer, había brotado de la palma de Edda. Mox se derrumbó en el suelo. La soldado enmascarada estaba a unos pasos de Sloane. Esta sabía que, si la mujer le ponía la mano encima, los dos estarían perdidos, a merced de Nero.

Así que hizo lo único que se le ocurrió: alzó la mano y silbó lo que esperó fueran ciento setenta megahercios justos para obrar el aliento mágico. Se concentró en lo que Sibila le había dicho antes de marcharse: que Sloane lo quería todo, que era un pozo sin fondo, una criatura anhelante que apestaba a magia. El fuego la atravesó, le abrasó las extremidades. A

pesar de todo, siguió silbando. Un rugido de aire pasó junto a ella y, por debajo de aquel sonido, oyó desgarros de tela, cristales rotos, gritos.

Vio que Edda caía, que los talones le pasaban por encima de la cabeza. La soldado enmascarada salió lanzada contra la columna que tenía detrás. La hilera de taquillas, ahora convertida en un amasijo de metal retorcido, crujió sobre los soportes que la atornillaban al suelo, a punto de salir volando.

El brazo de Mox, sólido como una viga, le rodeó la cintura, la arrastró hacia la salida de emergencia y abrió la puerta de un empujón con el hombro. Sloane solo dejó de silbar cuando vio la luz anaranjada de la puesta de sol; tenía la garganta dolorida, a pesar de lo breve del sonido. Se apoyó en Mox, segura de que se desmayaría, pero no, todavía no.

Mox se metió entre el tráfico; un coche tuvo que esquivarlo y otro dio un frenazo. Soltó a Sloane y abrió la puerta del último.

—Sal —ordenó entre dientes, con el sifón en alto.

El conductor era un adolescente con la barbilla llena de granos. Miró a Mox sin pestañear. Sloane ya estaba sentándose en el asiento del copiloto, agradecida.

—¡Ya! —rugió Mox.

El fuego le bailó en las puntas de los dedos, le rodeó la muñeca y le subió por el codo.

El chico se apresuró a soltarse el cinturón de seguridad, recogió su mochila y salió corriendo del coche. Mox entró y pisó el acelerador. El coche dio una sacudida hacia delante, y él giró de golpe el volante y estuvo a punto de subirse en la acera.

—¿Sabes conducir? —le preguntó Sloane.

—No —respondió él, seco.

—Acelerador a la derecha, freno a la izquierda. ¡Frena! Todavía no saben que estamos en este coche. Se lo estás poniendo en bandeja. —Se sentía mareada. Le dio un manotazo al salpicadero para espabilarse—. Mierda. Métete en una autopista en cuanto puedas y busca un sitio en el que parar. Que sea un asco..., un motel o... —Parpadeó. Todo se movía, como si el aire fuese de melaza—. Ahora voy a desmayarme.

—¡Sloane! —fue lo último que oyó antes de hundirse en el asiento.

Sloane se despertó con el chirrido de los frenos. El coche (del que emanaba un potente olor al desodorante del adolescente mezclado con humo de tabaco) entraba en el aparcamiento de una estrecha carretera. Al otro lado de la hierba enmarañada había un cartel que decía MOTEL, aunque la ele perdía su lustre por momentos. Era justo el sitio que Sloane habría elegido de haber estado despierta.

—Buen trabajo —le dijo con voz rasposa. Vio que Mox forcejeaba con la palanca de cambios un momento, así que alargó una mano y la dejó en la posición correcta.

—Casi nos matamos en la autopista —respondió Mox—. Te prohíbo que vuelvas a desmayarte.

—Perdona por las molestias.

Mox sonreía cuando abrió la puerta del coche. Se bajó muy rígido, dolorido por el golpe de Edda con la barra metálica. Sloane lo siguió. Estaba cansada, pero se le había pasado el mareo.

Mox le entregó un puñado de monedas, y ella se fue a la oficina principal para pedir una habitación mientras él buscaba una máquina expendedora. No era seguro permanecer mucho tiempo con el coche aparcado a plena vista, aunque podían descansar unas cuantas horas antes

de marcharse. Ella esperó fuera hasta que apareció Mox cargado con dos botellas de agua y un montón de bolsas de aperitivos, y juntos recorrieron la hilera de habitaciones hasta llegar a la del final.

La habitación estaba a oscuras porque tenía pocas ventanas, y las paredes, el techo y el suelo estaban forrados de madera; era como haber entrado en su propio ataúd. La cama era amplia, hundida por el centro. Sloane esbozó una mueca, se acercó a la cama y quitó la colcha de flores. La dejó en la esquina. Mox arqueó una ceja. Bajo la colcha, fue un consuelo encontrar unas sábanas blancas bien almidonadas.

—¿Qué? —preguntó ella—. Nunca lavan la colcha, es asqueroso. Y no camines por aquí descalzo. ¡Ah! Y el teléfono..., no toques el teléfono.

Él se rio.

—Te recuerdo que vivo en un almacén y duermo sobre una pila de mantas.

—Ya. Hablando de lo cual, ¿por qué no... te vas de Chicago y ya está? ¿Por qué no abandonas el país?

Mox dejó el montón de comida en la mesita de la esquina y cerró las cortinas. Silbó, y todas las luces de la habitación se encendieron.

—Antes de aprender a resucitar a mi ejército intenté marcharme —dijo. Después abrió las botellas de agua y le dio un buen trago a una de ellas—, pero me siguió. Y todas las personas con las que había hablado, todas las que intentaron ayudarme... —Se le quebró la voz y dejó de hablar.

—Ah. —Sloane se acercó a él y le apoyó una mano entre los omóplatos—. ¿Tienes bien la espalda?

—No lo sé.

Ella sabía que lo más inteligente era apartarse. Negarse a hacerle de enfermera, como había hecho al principio... sin éxito. Sin embargo, no lo soportaba. Bajó las manos hasta el dobladillo de la camiseta y se la levantó para dejar al descubierto una zona de piel pálida, los bultos de la columna, las tenues líneas de la musculatura. «Muy sólido», pensó de nuevo.

—Debería avisarte... —empezó a decir él.

Y entonces ella lo vio: las placas de metal que le subían por la espalda, contra la piel blanca. Tenían un color cálido, entre el cobre y el oro. Era un

sifón.

Sloane se sonrojó y se alegró de que él no lo viera. Necesitaba centrarse. Nero le había contado algo sobre los sifones de columna. Que la gente no los usaba. No recordaba por qué, pero no quería pedirle a Mox que se lo explicara...

—Él me lo puso ahí. Nero —le dijo Mox en voz baja—. Significa que, cuando estoy cerca de él, controla mi magia. Y solo él puede quitármelo.

Empezaba a desteñírsele la piel en la zona del golpe, en los hombros. Pero no había sangre. Sloane puso la mano sobre el sifón, formado por unas placas entrelazadas que imitaban la forma y la curvatura de sus vértebras. Eran planas, casi se fundían con la espalda, de modo que no se detectaran bajo la ropa. Su cuerpo le había prestado calor al metal y, a través de él, a Sloane.

—Era joven, poco más que un niño —siguió explicando Mox—. No puede colocarse sin consentimiento, pero me dijo que me ayudaría, que sería como unos ruedines de entrenamiento para mi magia, para que no me resultara tan abrumadora hasta que estuviera listo para...

—Voy a matarlo —dijo ella con frialdad.

Soltó la camisa y dio un paso atrás. Mox volvió la vista para mirarla. El cuerpo entero de Sloane ardía y la abrasaba, como si el ácido le estuviera devorando el pecho. De tratarse de Mox, la magia habría brotado y arrasado con toda la habitación del motel, incluso sin quererlo. Pero Sloane no se sentía así desde hacía mucho tiempo, siempre había ahogado la rabia en otra emoción porque la rabia en sí era demasiado para ella. Respiró por la nariz.

—Lo odio.

Mox vaciló un momento antes de tocarle la mejilla. Ella encontró la estabilidad en las frías líneas de sus dedos, en la absoluta tranquilidad de sus ojos.

—Lo sé. Lo sé.

Permanecieron así un momento eterno, las manos de Mox sobre ella, sus rostros muy cerca. Al principio, Sloane se dijo que se quedaría allí solo hasta que remitiera la ira. Pero, pasada la ira, era incapaz de moverse. El aliento de Mox olía a chocolate; seguramente se había comido una

chocolatina mientras volvía de la máquina expendedora. Tenía una sombra de barba en las mejillas. Sloane le apoyó las manos en las muñecas, no para apartarlo, sino para que no se moviera de su lado.

—Bésame —le dijo en voz baja—. Ahora.

Él obedeció. Las manos, tan delicadas, se volvieron exigentes cuando se las enterró en el pelo. Ella lo empujó contra la pared y se apretó contra él; caderas, vientres y pecho en cálido contacto. Era como el ardor y el cosquilleo de la magia, pero sin la destrucción, nada más que el calor y la intención. Aunque la magia también estaba allí..., y con razón. Mox se ahogaba en ella, le rebosaba. La electricidad le bailaba en las puntas de los dedos e iluminaba los párpados de Sloane. Ella se detuvo para contemplar el juego de luces sobre sus nudillos y se rio.

—Lo siento —dijo él, sonriente.

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—No, no lo sientes, capullo —respondió ella, y lo besó de nuevo.

Pensó brevemente en Matt cuando se dio cuenta de que ya no conocía la coreografía, de que no sabía cómo funcionaba cuando besabas a alguien mucho más grande que tú, a alguien que no te trataba con tanta cautela, que acababa de verte soltar un vendaval por una estación de tren y enviar a gente volando por los aires; alguien que sabía que ansiabas matar porque él lo ansiaba también. Mox le rodeó la espalda con un brazo y la levantó del suelo. Ella se rio cuando la soltó sobre la cama y se apartó para quitarse la camiseta y los zapatos sin ninguna vergüenza.

Sloane notaba que el aire la presionaba por todas partes, y no estaba segura de si era la magia o la sensación de estar con alguien con quien no necesitaba fingir.

La atrajo hacia sí, y ella vio todo lo que no era... No la tocaba con timidez, no había ni rastro de delicadeza cuando se quitó los pantalones y los tiró al suelo, no se disculpó cuando recorrió un nuevo camino por su cuerpo, no se molestó cuando ella se rio y le tiró del pelo para ofrecerle una sugerencia. Y, joder, su pelo, enredado en los dedos. Los dientes que le mordisqueaban la punta de los dedos mientras le quitaba el sifón de la mano; los ojos, fijos en los de ella, sin vacilar, mientras descubrían cómo

moverse juntos.

Sloane lo quería todo, y lo tuvo: fuego, viento y risa; ira, cariño y comprensión.

Tuvo la claridad mental justa para darse cuenta del momento en que todos los objetos de la habitación (bloc de notas, botellas de agua, bolsas de *pretzels*, mando mugriento, tele vieja, jabón polvoriento envuelto en papel lavanda) se alzaron en el aire y volvieron a caer. Ni siquiera sabía si había sido cosa de él o de ella.

Cuando despertó, fuera estaba oscuro y Mox seguía dormido boca abajo, con las manos bajo la cabeza. Tenía el pelo alborotado, pero un único rizo sobre la frente; Sloane sonrió.

El sifón de columna le llamó la atención de nuevo, y se inclinó sobre los hombros de Mox para observarlo más de cerca. Su estructura era, en esencia, la misma que la de los demás sifones, con una placa más robusta en la parte superior que, supuso, contenía los mecanismos del dispositivo, y una hilera de placas que le bajaban por el centro de la espalda. Estaba segura de que servían a su propia función (quizá el mayor contacto con la piel ofreciera una fuente de energía), ¿puede que energía térmica? ¿O proporcionaban estabilidad al conjunto?

No distinguía qué lo mantenía en su sitio. No estaba atornillado a las vértebras de Mox, aunque era tan estable que lo parecía. Si lo sujetaba la magia, tendría que soltarse con ella, pero tanto Mox como Nero habían dicho que solo podía extraerlo la magia del que lo había colocado allí. Eso significaba que cada persona tenía una firma mágica o huella única, que cada persona se relacionaba con la magia de una forma distinta, al margen de su habilidad o de su capacidad.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que no era más que una máquina. Si la dejabas sin alimentación, si cortabas el suministro de energía que necesitaba para funcionar, en teoría debería pararse. Quizá en Genetrix nadie hubiera logrado averiguar cómo hacerlo porque estaban todos tan centrados en la magia que se les olvidaba ser prácticos, como

Nero con la puerta de su taller.

—Me estás mirando —dijo Mox.

Tenía los ojos abiertos, aunque no se había movido. La observaba a través del velo de pelo que le caía sobre la frente.

—Estaba... pensando. En cómo quitarte esa cosa.

—Bueno, esa es la principal duda de mi existencia. Eso y cómo matar a alguien que puede controlarme.

Sloane le echó una pierna sobre la espalda y se pegó a su cuerpo hasta que sus rostros estuvieron muy juntos.

—Estaba pensando... en que es una máquina. Y se puede cambiar la función de una máquina si se modifica su funcionamiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mox tras apoyar la frente en la de ella.

—Quiero decir que ahora canaliza la magia. ¿Se puede transformar en un sifón como los de las ciudades refugio? ¿Puede canalizar... antimagia?

—Entonces, yo no podría hacer nada.

—Sí, lo sé, pero no estoy pensando en el sifón de columna, en realidad. —Se enrolló en un dedo el rizo que le caía a Mox sobre la frente—. Estoy pensando en el sifón gigante del suelo de la Sala de Invocaciones. Si logramos desactivar toda la magia, podríamos matar a Nero sin necesidad de armas.

Mox parpadeó unas cuantas veces y después apretó los labios contra los de ella, aplastándola contra el colchón. Ella se rio dentro de su boca, y él pasó a besarle el cuello.

—Eres... increíble.

—¿Me estás diciendo que... ah... —Perdió un momento el hilo porque a Mox se le daba bien lo que hacía— ...literalmente, nunca se te había ocurrido que...? Vale, da igual.

Mox se colocó encima de ella. Pesaba, pero a Sloane le gustaba sentirse envuelta en su cuerpo y la forma en que apretaba con los pies la planta de los de ella.

—Conozco los sifones —dijo Mox—. Arreglo los míos, arreglo los de Ziva. Los de todo el mundo. Y si se rompen, ya lo has visto, te dejan

incapaz de hacer nada.

Ella le metió el pelo detrás de las orejas y sonrió.

—Pues vamos a romper uno aposta.

Era de noche cuando regresaron a la ciudad; Sloane lo consideraba uno de sus momentos favoritos del día para recorrer la pradera de Illinois. No había nada más que la autopista y el centelleo de las luces en el horizonte: las pistas de los aeropuertos regionales, las granjas de pueblos tan pequeños que no aparecían en casi ningún mapa, el brillo del arco de un McDonald's junto a una gasolinera. Algunas ciudades habían integrado la magia en su día a día, según Mox, pero, en su mayoría, los residentes de las zonas que rodeaban las ciudades refugio la adoptaban muy poco a poco, salvo la generación más joven.

—A la mayoría ni se les ocurre que la magia pueda acabar con el mundo —comentó Mox mientras tamborileaba en la ventana.

Sloane sonrió.

—A la mayoría de la gente le falta ambición.

Mox se rio y bajó la música. En la guantera habían descubierto un CD que Sloane reconocía: *Pet Sounds*, de los Beach Boys. Mox le había leído algunos de los nombres de los álbumes más recientes, y ni uno le sonaba. No conocía, desde luego, a la banda Unfathomable Cosmic Blackness, que había producido el primer disco grabado en su totalidad con magia. Si cantabas las notas tal como estaban escritas en una de las canciones, el salpicadero se cubría de luces multicolores, según le contó Mox.

—Creo que he averiguado cuál es tu problema con los sifones —dijo Mox.

No dejaba de soplarle con alientos mágicos para intentar que se riera, y ella lo había amenazado más de una vez con arrancarle el silbato del diente, aunque tampoco habría supuesto mucha diferencia.

—¿Sí?

—Sí. Seguramente te habrán hablado de la intención, ¿no?

Sloane puso cara de fastidio.

—Vale. Bueno, la intención es importante, pero la esencia del acto mágico es...

—El deseo —dijo Sloane, que esbozó una sonrisa de suficiencia—. He leído el libro.

Mox arqueó una ceja.

—¿Has leído *La manifestación de deseos imposibles*? ¿Lo tienen también en tu dimensión?

—No, estaba en mi cuarto cuando llegué aquí, y me rompí un tobillo al saltar de la ventana de tu dormitorio, así que tenía mucho tiempo libre.

—Siento lo del tobillo.

—Siento haber intentado matarte. En fin, sé que redujiste mi arma a polvo, pero... aun así.

—Me dejé admirado el intento, la verdad. No todo el mundo tendría tantas agallas.

—A lo que íbamos, ¿el deseo?

—Eso. Bueno, ¿te has parado a pensar que quizá, cuando intentabas crear un aliento mágico, en realidad no querías crearlo? ¿Que lo que en realidad deseabas era formar un huracán destructor que rompiera todas las ventanas?

Sloane abrió la boca para protestar... Claro que había deseado hacer lo que se suponía que tenía que hacer con el aliento mágico. Se había pasado varios días tan frustrada con el sifón que le habían entrado ganas de hacerlo pedazos. Pero, en serio, ¿acaso no se había preguntado por qué preocuparse con producir nubecillas de aire y llamar ascensores sin pulsar botones o abrir puertas cuando se trataba de cosas que podían hacerse fácilmente sin magia? ¿Acaso no había roto el tragaluz de la Sala de Invocaciones al conectar con lo que la devoraba por dentro, lo que le pedía que tomara más y más y más mientras pudiera?

—Puede que tengas razón.

—No se puede obligar a nadie a desear algo —repuso Mox—. Y saber lo que quieres, no solo como concepto vago, sino específicamente, forma una parte muy importante de la magia. No se selecciona el acto y después se fuerza el deseo. Primero conoces el deseo, con sus matices concretos, y

después eliges el acto según eso.

—Entonces, ¿por eso aprendiste la... técnica de colapsar pulmones? — preguntó con una indiferencia muy estudiada.

Se refería, por supuesto, a la obra que usaba para matar gente. La que había estado a punto de acabar con Kyros.

—Sí —respondió, un poco incómodo—. Ese método concreto, el neumotórax, me... encajaba. —Sacudió la cabeza, no para negar, sino como si intentara librarse de ese recuerdo—. Es... horrible. Lo sé, y...

Ella alargó la mano y se la apoyó en la pierna. Mox había empezado a mover la rodilla arriba y abajo, pero su contacto lo calmó.

—Yo también sé lo que me encaja —dijo Sloane en voz baja.

Y le contó lo de la Inmersión.

Llegaron a la ciudad cuando la luna estaba alta. Mox lanzó el coche al río, igual que había hecho con el coche patrulla unos días antes. Entraron en el piso franco cuando el parabrisas todavía se veía sobre el agua.

Austin Chronicle

SE APRUEBA LA NUEVA LEY SOBRE SIFONES DE COLUMNA EN TEXAS

Kiersten Reichs

AUSTIN, 2 DE FEBRERO: El gobernador de Texas, Colin Hauser (Partido Republicano) anunció el miércoles la legislación que legalizará los sifones de columna, aunque solo para tratamiento médico.

El Gobierno federal prohibió estos sifones hace tres años con la Ley de Uso Ético de Sifones (LUES). La aprobación de la ley no se enfrentó a grandes dificultades ni polémicas, pero con el aumento de las ciudades refugio, el asunto ha vuelto a salir a la palestra.

“No queremos que nadie utilice los sifones de columna sin control. Eso no es lo que se discute —dijo Hauser en una entrevista al *Washington Magical Monitor* durante la tarde del miércoles—. Pero existen casos extremos en los que podrían resultar útiles, y queremos permitir que se empleen en esos casos, sobre todo en ciudades refugio como Arlington”.

Los “casos extremos” a los que se refiere Hauser tienen que ver con “un poder mágico destructor e incontrolable” que no responda a un entrenamiento intensivo ni a otros tratamientos, incluida la reubicación en una ciudad refugio en la que se utilice un sifón de amortiguación mágica.

Algunos miembros de la comunidad han expresado su alivio. “Mi hijo fue al colegio con un chico que no era capaz de controlar su magia, a pesar de los esfuerzos de sus profesores por refrenarlo —dice Mary Millay de Dallas (Texas), madre de dos niños pequeños—. Todos los días temía que me llamaran del colegio para decirme que le habían prendido fuego a mi hijo, que se había alejado flotando por una obra de inversión de la

gravedad o algo así. Ahora las escuelas serán más seguras para todos”.

Sin embargo, no todo el mundo ve el lado positivo de la nueva ley. “Esta legislación es desproporcionada, ya que afecta en gran medida a los ancianos, los enfermos mentales y los niños —afirma Darcy Atwood, de la Sociedad para la Libertad Mágica—. Dará legitimidad a los intolerantes que odian la magia en todas sus formas y desean reprimir los dones mágicos de los vulnerables, lo que es ilegal, claro. Ni siquiera suprimimos del todo las habilidades mágicas en las ciudades refugio, puesto que nuestro Gobierno decidió que tal medida habría entrado en la categoría de ‘castigo cruel e inusual’. Así que, ¿cómo es posible que esto les parezca bien?”.

En el piso franco reinaba el caos. Hileras de soldados del Resurreccionista tumbados cabeza con cabeza en el suelo de madera y, en el espacio entre ellos, manos, pies, piernas y brazos desprendidos. Un soldado estaba agachado sobre una viga de madera rota que le sobresalía del vientre y rezumaba un líquido oscuro. Al otro extremo de la habitación, Ziva estaba encaramada a una mesa y sostenía una enorme aguja de coser entre dos dedos torpes; intentaba coserle a un hombre la pierna izquierda, por encima de la rodilla. Mientras Sloane la observaba, soltó la aguja y gritó una palabrota.

Mox también gritó una palabrota y recorrió el pasillo de extremidades sueltas hasta llegar a Ziva. Sloane se obligó a apartar la mirada de un hueso blanco astillado que sobresalía de la rodilla de un muerto viviente y corrió tras él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mox, y ella no se percató de lo controlado que había estado durante el viaje de vuelta a Chicago hasta que volvió a ser el Resurreccionista de nuevo, todo caos y furia.

Ziva miró más allá de su hombro, a Sloane.

—Ella —dijo, y abandonó a su soldado sin pierna para gruñir mientras se levantaba—. Ella es lo que ha pasado. Su gente vino a buscarla. Él vino a

buscarla.

—¿Nero ha estado aquí? —preguntó Sloane.

—No era nuestra principal preocupación, pero sí, el puto Nero. Salió corriendo al final, como un insecto, después de que sus secuaces nos hicieran pedazos. Dejó algo para ti.

La trenza le rebotaba en la espalda al alejarse, hecha una furia. Cuando la lugarteniente se agachó para recoger un bulto de la esquina, Sloane se fijó en que tenía un corte en el hombro y una mancha oscura de... lo que fuera que le brotaba del cuerpo. Ziva volvió con el bulto y lo dejó a los pies de Sloane.

Sloane notó un sabor acre y fuerte en la boca, como si hubiera bebido algo efervescente. Se agachó frente al bulto. El cuerpo entero le gritaba que no lo abriera, pero sus dedos ya buscaban el borde de la tela doblada para retirarla.

Nero le había dejado un par de botas. Negras y cubiertas de lodo seco y hierba. Una de ellas tenía cordones negros, mientras que los de la otra eran rojos y estaban deshilachados porque se los había mordido un perro. Eran las botas viejas de Sloane.

Las que se había llevado el Oscuro.

Sloane sintió el peso de Albie a su lado, el ardor en el hombro que cargaba con él. Su piel resbaladiza de sangre y su olor a sudor.

Notaba que gemía contra su oreja, pero lo único que oía era el latido de su propio corazón, incluso después de atravesar la hierba húmeda de rocío y llegar a la carretera.

Notó un pinchazo en el pie y, cuando lo levantó para ver lo que había pisado, vio que se le había clavado un trozo de cristal en el talón.

—Tengo que irme —dijo Albie, y fue como si hablara bajo el agua. Apenas distinguía las palabras.

Los zapatos eran el presente. Los pies descalzos eran el pasado. Pero, de repente, el presente y el pasado se mezclaban. El Oscuro estaba vivo.

El Ser Oscuro era Nero.

—Sloane. —Algo cálido contra su mejilla—. Respira. Despacio. Inspira. Espira.

Reconoció el patrón y lo siguió por instinto. Inspirar, contener la respiración, soltar el aire. La doctora Thomas se lo había enseñado en sus sesiones para que no hiperventilara. Contar cada inhalación, cada vez que contenía el aire, cada vez que lo soltaba. Secuencias de cinco.

No estaba con Albie. Albie estaba muerto. En su cabeza lo sabía, pero, a la vez, no sabía nada. «Es como tener siempre un pie en el pasado», le había contado a Matt, y él le agarró la punta del zapato y se lo movió. «En el pasado estabas descalza —le había dicho él—. Y, en el presente, ¡mira! Tienes los zapatos puestos. Así sabes que tienes los dos pies en el presente».

Fue la áspera palma de Mox en la mejilla y su voz, grave y clara, lo que la ayudó a respirar. Pero se dejó caer en el suelo y se miró los pies, de todos modos, para contemplar el ante mate de sus botas nuevas, las que había llevado al funeral de Albie. La sal había teñido las puntas de un gris irregular.

Los pies descalzos eran el pasado. Los zapatos eran el presente.

Mox apartó la mano cuando vio que se le pasaba el ataque de pánico, pero se quedó acucillado frente a ella, con la maraña de pelo recogida en un moño y las orejas de niño asomando.

—Imagino que las botas son tuyas, ¿no?

Sloane asintió.

—Me las quitó el Oscuro —dijo con voz ahogada; se sentía ahogada—. Nunca entendí por qué.

—¿Tu Oscuro? —preguntó Mox, aunque solo había una respuesta a esa pregunta, solo existía un Oscuro del que hablar.

Ella asintió.

—Y las tenía Nero —añadió Mox.

—Pero ¿cómo... cómo puede Nero ser él? —preguntó Sloane—. No se parecen en nada...

—Hay formas de producir ese efecto con magia —dijo Ziva.

—Entonces, el Oscuro logró sobrevivir... Es Nero.

«Lo sabría. Si estuviera delante del Oscuro, lo sabría», había pensado hasta entonces. Pero tuvo a Nero delante de ella media docena de veces.

Cuando salió como pudo del río. Cuando buscaba respuestas en la biblioteca. Cuando intentaba usar el sifón. En su taller, rodeada de su voz. Lo tuvo...

—Dios mío.

Sloane metió la cabeza entre las manos y se meció, adelante y atrás.

El origami. La grulla de papel que había encontrado en el despacho de Nero, con garabatos de colores en una hoja de cuaderno. No era que se pareciera a las de Albie: era de Albie. El Oscuro la había guardado, Sloane no sabía si a modo de enfermizo trofeo o como base para algún acto mágico.

Sloane no sabía una puñetera mierda.

Estaba de pie junto a su cama cuando despertó. Se había encogido al verlo, paralizada a medio ademán de levantarse.

«Hola, Sloane —A pesar de lo amistoso del saludo, su voz era fría y casi robótica—. ¿Has dormido bien?».

Albie y ella habían sido descuidados al acercarse al escondite de los seguidores del Oscuro, ellos dos solos, junto a una carretera rural en plena noche. Estaban en Iowa, y el aire olía dulce, a hierba amarilla calentándose al sol. A Sloane aquel lugar le resultaba familiar: gravilla en el arcén, las plantas de la pradera que le arañaban los tobillos, un gran cielo salpicado de estrellas. Y quizá por eso bajara un poco la guardia. O puede que no hubiera podido hacer nada por evitarlo. Pero habían caído sobre ella, sobre Albie, y los habían dejado inconscientes. Cuando despertó, tenía tal dolor de cabeza que apenas podría abrir los ojos.

La pregunta del Oscuro le había parecido ridícula. No había dormido. Había estado inconsciente.

Él no necesitaba una respuesta. «Eso espero, porque hoy tienes que tomar una decisión importante». Se obligó a levantarse y tomó nota de las salidas. Detrás de ella, una ventana. Lo bastante sencilla como para romperla con una lámpara o un poste de la cama. Y, detrás del Oscuro, una puerta sencilla de madera con una cerradura de botón. Con una horquilla...

«No te irías sin tu amigo, ¿verdad?», le preguntó el Oscuro. ¿Podía leerle la mente o sabía leerle las intenciones? Cualquiera de las dos opciones la aterraba.

Su rostro, sin embargo, era lo que más miedo le daba. Era como la cara de una figura de cera que se parecía a alguien a quien había visto alguna vez en la calle, o como la foto de muestra que viene con el marco, sin identidad propia. Tenía la piel lisa, demasiado lisa, y el pelo de un tono castaño indefinido que podría haber sido casi rubio. Daba la impresión de ser un rostro construido para que nadie lo recordara..., pero construido por alguien que no sabía lo que era parecer humano.

«Me gustaría saber dónde guardáis vuestro alijo de objetos mágicos — dijo el Oscuro—. A cambio, te ofreceré un gran regalo. Te descubriré quién eres realmente, Sloane. Conocerse a uno mismo es un tesoro excepcional».

Al menos debía reconocer que había cumplido su promesa.

—Ha mantenido su identidad en secreto durante mucho tiempo —graznó Ziva—. ¿Por qué ahora quiere que sepas quién es?

Sloane contemplaba las botas, con los cordones rojos todavía acabados en nudos para que no terminaran de deshilacharse. Seguía paralizada, a pesar de que Mox la había llevado al almacén y la había obligado a beber un poco de agua. Las botas estaban alineadas junto a la puerta, como si el almacén fuese la casa de su abuela.

—No... No lo sé —dijo, despacio.

—Porque ha cambiado algo —dijo Mox. Había acercado la otra silla para sentarse frente a ella, de modo que la rodilla derecha de Sloane estaba encajada entre sus piernas—. Te has ido.

Sloane lo miró: vio que la silla parecía de niño con él sentado en ella, que en aquella postura las rodillas le llegaban más alto que las caderas y que sus grandes manos colgaban entre ellas. «Esa mantis religiosa tan sexi», lo había llamado Esther.

—Tiene a mis amigos —respondió—. Sabe que volveré para intentar ayudarlos si descubro que es peligroso.

—No. No puedes hacer eso.

—¿Por qué le iba a importar lo que hagas? —preguntó Ziva—. No puedes hacer magia. No sabes nada que él no sepa ya. ¿Qué tienes de especial?

Eran verdades evidentes, así que Sloane ni siquiera podía ofenderse. Negó con la cabeza. No lo sabía. Nunca había sabido por qué el Oscuro demostraba un interés especial por ella; solo sabía cómo manipular ese interés.

Se levantó, algo vacilante. Después de un ataque de pánico, todo parecía un poco borroso; se sentía tan insegura como en una barca a la deriva. Pero comprobó que todavía llevaba el sifón en la muñeca y buscó una ruta despejada hasta la salida.

Mox la agarró por los brazos y le habló justo por encima de la oreja.

—Cuando un maniaco te manda una invitación, no puedes aceptar sin más.

—Mis amigos —respondió Sloane—. Mis...

—Lo sé —dijo él en tono casi brusco. Le apretó con fuerza los brazos; una mano estaba fría por culpa del metal que la rodeaba, mientras que la otra estaba caliente y encallecida—. Iremos. Pero primero necesitamos un plan.

Ziva se acercó a ellos con paso decidido y se plantó frente a Sloane para que no pudiera salir del piso franco aunque quisiera. Después cruzó los brazos sobre el pecho, y Sloane se fijó en que tenía una placa de armadura directamente atornillada en el antebrazo, una especie de guantelete anclado al hueso.

—No permitiré que acudáis como imbéciles a un hombre al que, al parecer, ninguno de los dos ha conseguido matar por más que lo ha intentado —dijo Ziva—. Así que contrólate, Elegida.

—Ziva —la regañó Mox.

Sin embargo, Sloane asintió con la cabeza. La actitud de Ziva le resultaba vigorizante, como una bofetada en la cara que la devolvió al presente. Se pasó las manos por el pelo y asintió otra vez.

—De acuerdo —dijo mientras se libraba de las manos de Mox—. Pues

vamos a preparar nuestro plan.

Sloane nunca había tenido que planificar una operación como aquella sin sus amigos. Su mente era un laberinto de calles y puntos de entrada y salida. Su talento se centraba en la observación, no en la estrategia. No como Matt, que tenía instinto para las personas y sabía muy bien cómo presionarlas, o como Esther, que era capaz de adelantarse a los movimientos de sus enemigos, fuesen quienes fuesen. A pesar de no ser grandes conocedores de la magia, juntos eran como los dedos de una mano que se cerraba para formar un puño.

Y ahora no era más que un dedo solitario. «El corazón, probablemente», pensó Sloane con una pizca de histeria.

Mox y Sloane estaban sentados a la mesa de la sala de baile del piso franco, la que Ziva había estado usando para coser al soldado cuando regresaron. Mox había terminado él mismo el trabajo con puntadas hábiles, como si estuviera zurciendo un calcetín. Le había preguntado al soldado por su suerte con los dados, un juego al que, según parecía, jugaba con su pelotón, aunque solía perder. Apostaban chatarra, le explicó el soldado a Sloane cuando se percató de su desconcierto: fragmentos bonitos de cristal, tapones de botellas viejas, tuercas y pernos que encontraban en las alcantarillas. Le dio un cristal azul redondo que había lijado para darle

forma de óvalo.

—¿Sabes coser? —le preguntó Mox a Sloane, y ella echó un vistazo a la habitación repleta de cuerpos que gruñían y arrastraban los pies. Suspiró.

—Sí —dijo, y así fue como acabó con una aguja en la mano y reprimiendo las ganas de vomitar mientras juntaba la piel muerta de una mujer justo por encima del codo para coser un corte.

Mox le había dado unos guantes para que mantuviera las manos limpias, pero el fluido oscuro que hacía las veces de sangre del ejército zombi se los mojó enteros y le goteó por el dorso de la mano. Apestaba a moho.

Intentó no pensar en la última aguja que había sostenido, la que había usado para abrir un agujero del tamaño de una casa en la Cúpula.

Al menos, coser muertos vivientes la distraía. Porque, si no, volvía a pensar en las botas. En terrones de barro de la Tierra cayendo en un suelo de Genetrix. Nero quería que supiera quién era. ¿Significaba eso que mantendría con vida a sus amigos hasta que ella llegara? ¿O que ya los había matado? Parte del líquido gris le salpicó la mejilla después de una puntada entusiasta, y se lo limpió con la parte interior de la muñeca procurando no poner cara de asco. El Oscuro que ella conocía no era errático; hiciera lo que hiciera, siempre lo meditaba al detalle.

Ziva y Mox hablaban sin cortapisas delante de los soldados; Mox le explicaba a su lugarteniente la revelación de Sloane sobre invertir los efectos del sifón fortis de la Sala de Invocaciones. No actuaba como si los soldados no estuvieran presentes, sino que de vez en cuando uno de ellos intervenía en la conversación, y Mox no tenía ningún problema en incluirlo.

—¿Sabéis cómo hacer eso con un sifón normal? —preguntó una mujer que estaba apoyada sobre los codos para ver cómo le cosían la pierna—. Porque, si no podéis hacerlo con uno normal, es probable que no seáis capaces con ese tan enorme.

—Bien visto —dijo Ziva—. No podemos presentarnos allí para averiguarlo sobre la marcha.

—¿Qué sugieres? —le preguntó Mox, que sujetaba la aguja entre los dientes mientras comprobaba las puntadas.

Sloane había pasado a otro corte de olor penetrante. Sus guantes

mancharon de fluido la manga de la camiseta del muerto viviente.

—Eh, que acabo de limpiarla —protestó el hombre.

—Bueno, es la primera vez que coso carne podrida, así que perdóname la torpeza.

—No está podrida, se está pudriendo.

Ziva se rio, y le silbaron los dientes.

—No te ofendas, Pete. La mujer está un poco tensa.

Sloane apretó los dientes y cerró la costura. No se molestó en dejarla lo más pulcra posible. Pete, qué nombre más ridículo para un zombi.

—Hay que relajarse —dijo Pete, y se desencajó el brazo para menearlo un poco.

Sloane reprimió una carcajada.

—¿Eso no te duele? —le preguntó.

—Pues no, la verdad. Es más como el recuerdo del dolor, no sé si me entiendes. Así es todo para nosotros... Ecos.

Sloane miró a Mox, que fingió no haber escuchado.

—Ziva —dijo él—. ¿Qué sugieres que hagamos?

Sloane enhebró un hilo basto en la aguja. ¿Cómo era posible que no hubiera sabido desde el minuto uno quién era Nero? Aquella modesta melena lacia, la sonrisa pasiva, la actitud sumisa con Aelia... Todo estaba pensado para actuar sin despertar sospechas en ella. Pero ¿con qué propósito? Cortó el hilo. Le temblaban las manos de nuevo.

—Lo que sugiero es que yo y tu némesis-barra-amante, aquí presente...

—¿Perdona?

—Estoy muerta; no soy estúpida. Los dos sois... —Ziva agitó la mano para señalar a Sloane y a Mox—. Así que propongo que ella y yo vayamos a una misión de reconocimiento para documentar las entrañas del sifón fortis.

—Sloane y tú. ¿Sin mí?

—Bueno —respondió Ziva en un tono más amable, o todo lo amable que podía lograr con aquella voz rasposa y ronca—. Tu sifón de columna...

—Ya. —Mox frunció el ceño y se miró las manos. Tiró demasiado fuerte de la aguja, y el soldado que tenía frente a él dio un brinco—. Lo

siento, Fred.

«Fred. ¿En serio...?», pensó Sloane.

—¿Sabes cuál es el alcance de Nero? —preguntó. Tenía que centrarse. Si Esther estuviera allí, le chasquearía sus dedos de manicura perfecta delante de la cara. «Ahora toca pensar, no sentir», le diría, así que eso hizo —. ¿A qué distancia tienes que estar para que controle tu magia?

—No he hecho demasiadas pruebas —respondió Mox, y suspiró—. No me he acercado más de dos manzanas.

—Bueno, entonces puedes ayudarnos a llegar allí. Seguro que están en máxima alerta. Quizá te necesitemos. Mi manejo del sifón sigue siendo impredecible, y ¿qué pasa si al cadáver rubio se le cae la cabeza?

—¿Impredecible? Creo que la palabra que buscas es *inútil*. Eres una inútil con el sifón —dijo Ziva—. Pero eso nos plantea otra pregunta: ¿cómo vamos a entrar en la Cima? Ni ella ni yo pasaríamos desapercibidas.

—Podemos ponerte un trozo de cinta aislante en el agujero de la cara —dijo Sloane.

—Cuidado, saco de carne, si no quieres que te abra uno a juego.

Mox tosió como si disimulara la risa. Sacudió la cabeza.

—Sería mejor entrar por debajo, pero...

—Espera —dijo Sloane. Cuando el Oscuro había empezado a limitar sus ataques al Medio Oeste, ella había recopilado toda la información posible sobre las ciudades importantes de la zona, sobre todo Chicago. Eso significaba que se conocía al detalle las peculiaridades de sus pasadizos secretos, puertas traseras y...—. ¿Aquí tenéis el subterráneo?

—¿El qué?

—Son túneles subterráneos para peatones, en el Loop, y uno de ellos se encuentra bajo el Thompson Center..., perdón, en este universo es la Cima. Empezaron a construirlos antes de que se dividieran nuestros universos, estoy bastante segura. Podríamos aparecer en medio del edificio.

—¿Nuestros universos... se dividieron? —preguntó Mox.

—Bueno, al parecer todo transcurría a la par, de ahí que se llamen paralelos. Pero, entonces, vosotros desarrollasteis la magia a lo grande y nosotros no. —Sloane se encogió de hombros—. Creía que era por el

Incidente Tenebris, pero ahora creo que fue porque la Segunda Guerra Mundial de Genetrix se luchó más en el agua que en el aire, así que se concentraron en la vigilancia submarina, que es lo que provocó el Incidente Tenebris, y... ¿Qué?

Los dos la miraban con cara rara.

—¿De dónde coño has sacado a esta empollona? —preguntó Ziva a Mox.

Sloane engulló dos latas de sopa para cenar, la primera tibia porque había empezado a comérsela nada más abrirla, y la segunda calentada sobre el sifón de Mox mientras este silbaba para crear una llamita. Ambos guardaban silencio. Mox casi parecía apesadumbrado mientras removía el contenido de una lata de maíz.

Se preguntó cómo sería cuando ya no tuviera que luchar por seguir vivo. Se había pasado muchos años encerrado con los restos de sus amigos, aislado del mundo. ¿Sabría cómo regresar a una vida normal?

A ella no se le había dado demasiado bien. Estaba rodeada de amigos, pero seguía saltando tejados para evitar a los periodistas y sus preguntas, ponía cara de asco en los actos públicos, mentía a sus seres queridos, se pasaba las noches envuelta en pesadillas recurrentes y sufría ataques de pánico. Y ahora, Albie, el que la estabilizaba, se había ido. Había podido demorar un poco la pena, puesto que ni siquiera estaba en la misma dimensión que sus restos. Pero no podría ocultarla para siempre.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Mox después de que este le hubiera dado la enésima vuelta a la comida con la cuchara.

Él la miró.

—Es una estupidez —respondió, y sonó como una advertencia.

—¿Y?

Mox sonrió y dejó la lata de maíz en la mesa. Ella estaba sentada en el suelo del almacén, con las piernas cruzadas, sobre una manta. La lana le picaba en los tobillos.

—Estamos más cerca que nunca de acabar con él —dijo Mox—. Y

debería estar deseándolo. Pero ver a mi ejército así... —Negó con la cabeza—. Cuando él desaparezca, no tendré más excusas para mantenerlos a mi lado.

—No, supongo que no.

—Y si se van, volveré a estar solo —añadió Mox, y se presionó un ojo cerrado con el nudillo, como si le doliera la cabeza.

Y ella también tendría que irse si tenían éxito. Algo que ninguno de los dos decía en voz alta porque se conocían desde hacía un par de días y era absurdo encariñarse en tan poco tiempo. Pero era lo que le había pasado a ella. Era la primera vez en mucho tiempo que no le hablaban como si fuera la Sloane Andrews de dieciocho años.

Aun así, lo que agobiaba a Mox no era la pérdida inminente de Sloane. Lo había visto mirar a aquellos zombis de ojos opacos que rezumaban pus negro y acudían a él para que los remendara. Se había fijado en el cariño con el que hablaba con ellos. Se sabía todos sus nombres, agradecía todos sus comentarios.

—No eran solo los soldados que estaban bajo tu mando, ¿no? Erais amigos —dijo Sloane.

—No todos, claro, pero sí algunos. Ziva, sobre todo. Tú y yo estábamos destinados a luchar en esta batalla. Pero ella no. Lo eligió. Quería defender el mundo. No puedo imaginarme cómo sería asumir esa carga voluntariamente. —Sonrió—. Parece que atraigo a los cascarrabias crónicos.

Mientras Mox se toqueteaba la muñequera, se tiraba de las cutículas y se rascaba el antebrazo, a Sloane le pareció ver a la persona que había sido en el pasado. Siempre en movimiento y siempre en otra parte, puede que contemplando el juego de luces de la magia en un cuarto, o buscando en su interior la fuente de la magia, el lugar donde había empezado todo, los matices concretos de sus deseos. Atraía a las personas ariscas porque lo necesitaba: necesitaba a alguien que le diera una bofetada flojita y le dijera que se centrara.

Mox suspiró.

—Es la mejor amiga que he tenido. Debes de pensar que soy un puto

enfermo por rodearme de cadáveres.

Para conocer la magia lo primero era conocerse a uno mismo, pensó Sloane. Si podías ser sincera contigo misma, podías predecir lo que haría tu magia. Sin embargo, ¿cómo iba nadie a poder conocerse tan bien? Después de casi treinta años en aquel cuerpo, la mitad de las veces no tenía ni idea de cómo funcionaba. Todo lo contrario: cada vez le resultaba más misterioso, si cabe.

—Bueno, yo he sufrido un ataque de pánico por unas botas, así que no creo que vaya a ganar ningún premio a la salud mental. Pero, si supiera cómo traer de vuelta a Albie o a mi hermano, aunque fuera un momento, aunque fuera una versión desmejorada de ellos... —Se encogió de hombros—. Creo que lo haría.

—¿Sí?

Sloane sonrió.

—No eres el único que lleva mucho tiempo solo.

—Sí. —Ladeó la cabeza—. ¿Te sientes mejor, Sloane?

Le gustaba cómo pronunciaba su nombre, con énfasis en el *slow*. Como si saboreara cada vocal antes de dejarlas salir.

—Pues no. Intento averiguar cómo es posible que tuviera al lado al Oscuro y no me diera cuenta. —Estaba convencida de ser capaz de reconocerlo en cualquier universo. De que podía confiar en que su corazón se lo dijera. Pero su corazón nunca había sido demasiado sabio, ¿no? Al parecer, había bastantes cosas que simplemente desconocía—. Pero ahora me encajan algunas piezas. Sibila dijo que creía que las Sangrías eran una reacción alérgica del mundo a la presencia de alguien que no debía estar allí. Creíamos que las provocaba él porque estaba presente cada vez que sucedía una. Pero quizá sucedieran siempre que él estaba presente... Él era lo que sobraba en mi universo, y las Sangrías eran la forma en que la Tierra intentaba corregir el error.

—Pero después vino aquí y empezaron de nuevo.

—¿Sí? Quiero decir, ¿cuándo fue la primera?

—Después de mi huida. Todos decían que yo planeaba algo gordo, que era peligroso, y entonces... —Mox hizo una pausa y frunció el ceño—. Y

entonces invocó al primer contendiente. Al primer Elegido de otro mundo, supongo.

—Lo que provocó una Sangría —añadió Sloane, y se echó hacia atrás, satisfecha.

—La primera Elegida era joven. —Mox estaba perdido de nuevo. Juguetecía con los dedos sobre la rodilla y el pelo le había caído sobre la cara—. Más hábil que poderosa, diría. Se adaptó tan deprisa a la magia de Genetrix que era como su segunda naturaleza. Además, era muy lista, sabía cómo introducir una obra en otra, como si cantara una canción. Era su habilidad contra mi brutalidad y... —Se encogió de hombros—. Me sentía atrapado. Como en arenas movedizas.

—Ojalá tuviera respuestas para ti —dijo Sloane en voz baja—. Pero solo se me dan bien las cosas que hacía antes. Se me da bien dormirme deprisa y despertarme más deprisa todavía, correr hacia las Sangrías en vez de en dirección contraria y el humor negro que incomoda a los demás. Si se te dan bien esas cosas, ¿cómo se te va a dar bien ir a trabajar, casarte y tener bebés? Son vidas opuestas. —Negó con la cabeza—. Nadie me preparó para lo que vino después. Supusieron que nunca llegaría a vivirlo.

Cuando miró de nuevo a Mox, le sorprendió ver que sonreía un poco.

—Te has creado un falso dilema, ¿sabes? No es que tengas que elegir entre matar Oscuros y quedarte embarazada, y que no exista nada más en medio. Ahí fuera se pueden vivir muchas vidas. Posibilidades infinitas entre las que buscar y descartar.

Ella no lo había pensado así, claro. Le había preguntado por qué no huía y abandonaba el estado, incluso el país. Y el enemigo de Mox todavía estaba ahí fuera y lo perseguía. Pero el de Sloane... Bueno, ahora sabía que estaba vivo, pero antes no. Podría haber abandonado Chicago, haber dejado a Matt, haber cambiado su vida por completo. Podría haberse recorrido Europa con una mochila, como una universitaria con espíritu viajero. Podría haber comido, rezado y amado en la India para encontrarse a sí misma. Podría haber comprado un terreno en Idaho para construirse su propia cabaña. Pero no había intentado nada. Su único deseo había sido que la dejaran en paz.

Con razón no era fiable con la magia; en el fondo, ni siquiera sabía lo que quería.

—Tienes razón —dijo—. Pero, primero, tenemos que sobrevivir a esto.

—Cierto. Y para hacerlo, mejor será que durmamos un poco.

—¿Dormir? ¿Acaso somos de los que dormimos mucho?

A Mox le brillaron los ojos.

—No, pero, en fin, podríamos morir mañana.

—Mira, es un buen incentivo —dijo Sloane, y esbozó una enorme sonrisa. No pudo evitarlo.

—Lo tomaré como un sí.

TOP SECRET



PARA: Aelia Haddos, pretor del Consejo de Cordus

DE: Nero Dalche, cuestor del Consejo de Cordus

ASUNTO: Plan de acción para la Dimensión C

Querida pretor:

Como acordamos en nuestra última conversación, he verificado que la Dimensión C-1572, el tercer universo paralelo descubierto que se solapa de manera significativa con el nuestro, es un candidato apropiado para invocar a nuestro primer Elegido. He identificado al Elegido, Sergei Petrov, que venció a una fuerza oscura conocida como la Nube Negra hace cinco años, según el sistema temporal de ese universo.

Siguiendo las supuestas leyes de la hospitalidad que rigen el viaje entre universos, localicé un punto de vulnerabilidad en la Dimensión C. Previamente habíamos definido el punto de vulnerabilidad como un individuo que es susceptible a la influencia de la energía mágica en su persona, lo que viene a significar que, cuando llamamos a su puerta, nos abrirá. Lo

habitual es que un niño o una niña nos sirva para este propósito, ya que los niños no cuestionan los sucesos extraños como los adultos. No obstante, en esta dimensión, nuestro punto de vulnerabilidad es una adolescente con una mente abierta y una creencia infantil en lo imposible.

Cuando logre viajar a la Dimensión C, localizaré un objeto significativo para Sergei Petrov, es decir un objeto que Petrov haya personalizado al máximo. Me llevaré ese objeto a Genetrix y lo usaremos para invocar a Petrov en concreto, ya que el objeto estará impregnado de su energía mágica.

A modo de recordatorio, sin un objeto significativo para guiar la obra, es poco probable que el objetivo responda a la llamada para acudir a otro universo; el objeto funcionará en su mente de modo que, cuando extendamos nuestra invitación, esa persona la oirá con la voz de un ser querido fallecido, aquel en quien confíe más. Si acepta la invitación, aunque sea un instante, iniciará el proceso de entrada. Nosotros, mientras tanto, intentaremos estabilizar las fluctuaciones inherentes al viaje entre universos, de modo que Petrov no llegue a Genetrix en un momento del pasado lejano o del futuro.

Necesitaremos una asamblea mágica de unas diez personas hábiles en el uso de la magia, un grupo que debe pertenecer al Consejo de Cordus, para asegurar la máxima discreción. El propósito de este memorando es informar sobre mi plan de acción y solicitar la aprobación de la asamblea requerida para la invocación.

No dude en comunicarme cualquier duda o inquietud al respecto.

Saludos cordiales,

Nero Dalche

TOP SECRET

Sloane soñó con la sangría. Matt se alejaba demasiado, y el centro del torbellino tiraba de él como si fuera un hilo invisible. Su cuerpo se despedazaba, los brazos se le salían de sus cavidades, el corazón le estallaba como un globo. Esther gritaba con las mejillas manchadas de ceniza y sangre. Y Sloane se quedaba clavada en el sitio, descalza y, un segundo después, con los pies cubiertos de hormigón. Él también estaba allí, lo percibía tras ella, igual que a veces se daba cuenta cuando alguien la miraba.

Volvió la vista atrás, y allí estaba, el Oscuro: era Nero, un rostro que cambiaba entre el que recordaba y el que había visto en Genetrix, como las hojas de un libro empujadas por la brisa.

Se despertó con un puño cerrado y vio que Mox seguía dormido, con el brazo en torno a la cintura de ella. Se había quedado dormido en esa posición, sumido en un sueño profundo: Sloane notaba su peso sobre las costillas y los espasmos de sus dedos. Se giró para mirarlo. De repente estaba despierto, con una mirada de alerta en los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —contestó ella—. Un sueño. ¿Y tú?

Después se dio cuenta de que no se había despertado por su sueño, sino

por un golpe fuerte. Una caja de cartón había salido volando de un extremo del cuarto y había golpeado la pared; las pastillas de jabón que contenía estaban tiradas por todas partes.

—También —respondió Mox.

«Bueno, al menos tenemos algo en común», pensó Sloane.

El sol acababa de salir, y ella estaba ya tan tensa que le dolía la cabeza. Hizo todo lo que se suponía que debía hacer: cepillarse los dientes (con el cepillo que le había prestado Mox), lavarse la cara, vestirse, desayunar, ponerse el sifón y revisar el mapa que había dibujado la noche anterior. Conocía el camino e incluso aquella sensación, la de estar acudiendo a una muerte segura.

Se reunieron con Ziva a la entrada del piso franco. La soldado estaba envuelta en tela oscura, y un sifón le cubría la boca y ocultaba el hueco de la mandíbula. Cuando vio a Sloane, se metió la mano en el bolsillo y sacó las tijeras que la Elegida había ocultado bajo la almohada la primera noche que había dormido con el ejército.

Algo cedió dentro de Sloane, y se rio. Se rio con ganas, en realidad, hasta que desapareció parte de la tensión.

Mox tenía los ojos arrugados, como si riera, aunque costaba saberlo; llevaba un sifón que le tapaba la parte inferior del rostro, aunque más estilizado que el que le había visto como Resurreccionista. Era una placa de metal sin soldaduras con unas plumas grabadas, como una bandada de pájaros en su descenso. No le alteraba la voz como el otro, cosa que alegró a Sloane. Su voz natural tenía un timbre cálido y amable, y no quería escuchar al Resurreccionista al oído durante la misión.

—Le he dado un repaso rápido a la zona —dijo Ziva—. No hay ni rastro del Ejército Titilante por ninguna parte. Creo que, como pretendía atraerte con las botas, Sloane, nos ha dejado el paso libre hasta la Cima.

—Bueno, por lo menos eso —repuso Mox—. Quién iba a pensar que me alegraría de que Nero nos esperase.

—Espera algo que no llegará —dijo Sloane—. No iré sola y no iré a por él. ¿Sabes ya cuál será tu distracción, Mox?

—Montar una distracción es fácil. Pero montar una lo bastante grande

como para atraer a la mayor parte de los guardias de la Cima, bueno... —Le brillaron los ojos—. Eso es un arte.

Recorrieron una manzana hasta llegar a la parada de autobús de la calle 53. Allí esperaba una anciana con la cabeza envuelta en un chal de flores y una cesta de panfletos a los pies. Sloane estaba lo bastante cerca para leer el título: «Nuestro Señor: La primera persona que usó la magia en Genetrix. La adoración de la magia».

El autobús llegó unos minutos después. Sloane dejó que la anciana subiera primero y después pagó los tres billetes juntos para que el conductor no le prestara demasiada atención a Ziva. Siguiendo órdenes de Sloane, Mox no se había vestido como el Resurreccionista, sino a la moda de los jóvenes de Genetrix: vaqueros destrozados, gruesas chaquetas de cuero y colores apagados. Nada que recordara al encapuchado cubierto de sifones que amenazaba la ciudad.

Sloane abrió la marcha hacia el fondo del autobús y se sentó junto a la ventana, con Mox a su lado. Ziva ocupó el tercer asiento y se tiró de la capucha para cubrirse los ojos; después se acomodó como si estuviera dormida. Si uno se fijaba en ella, el tono de la piel no era natural, pero tendrían que cruzar los dedos para que nadie lo hiciera.

El vehículo bajó por la calle Treinta y Cinco hacia Comiskey Park, o como se llamase allí el lugar en el que los White Sox jugaban. Justo detrás del estadio entrarían en la línea roja del metro que iba al Loop, donde accederían a los túneles subterráneos. Si el Chicago de Genetrix los tenía, claro. Sloane estaba confiando en su memoria de la historia de Chicago para guiarse.

La calle Treinta y Cinco era amplia y llana, con edificios bajos a ambos lados, la mayoría del habitual ladrillo rojo de Chicago. Se parecía tanto a la de la Tierra que, en ciertos momentos, Sloane se sentía como en casa. Después veía un cartel mugriento en un escaparate que anunciaba reparaciones baratas de sifones u osciloscopios con descuento, o se fijaba en una librería que vendía los diez volúmenes completos de *Obras básicas prácticas para el usuario medio de sifones*, y recordaba dónde estaba y que su misión no había terminado. Nunca había terminado. Todavía tenía que

matar al Oscuro.

Más adelante, a lo lejos, veía una estructura alta que debía de ser el estadio. En los últimos años había estado allí dos veces, una de incógnito con una gorra de los White Sox tapándole la cara y otra para el clásico encuentro entre los dos equipos de la ciudad, sentada en la tribuna del propietario con Matt. Se había pasado la mayor parte de ese partido con los móviles de todo el mundo pegados a la cara, intentando sonreír para los selfis.

Cuando el autobús se acercó más al estadio, Sloane frunció el ceño. En la Tierra habían demolido el viejo Comiskey Park a principios de los noventa y lo habían reemplazado por un estadio más grande con muros exteriores color gris topo y una altísima grada superior. Sin embargo, en Genetrix, la fachada de la estructura seguía siendo ancha y blanca, con las palabras COMISKEY PARK en azul en la parte de arriba. Era el original. Estaba segura.

—No puedo creerme que siga en pie —le comentó a Mox en voz baja.

—Iban a reconstruirlo, pero unos arquitectos irrealistas se ofrecieron a usar sus técnicas para sostenerlo y expandirlo... hacia atrás o marcha atrás, o algo. Así que lo conservaron.

Sloane sonrió. Tendría que revisar su opinión sobre los irrealistas.

—¿Y todo eso a pesar de que aquí a nadie le importa el béisbol?

—Bueno, ya no es un estadio de béisbol —respondió Mox—. Ahora es de atletismo.

—Se acabó. Esta obsesión por la Roma y la Grecia antiguas ha llegado demasiado lejos.

Dejaron atrás el estadio. Más allá se encontraba la interestatal y la entrada a la estación de la línea roja, en el paso elevado de la calle Treinta y Cinco. Usaron las puertas de atrás del autobús para bajar allí, justo al lado de la marquesina del metro. Sloane se acercó a una de las máquinas para sacar billetes para los tres y dejó a Ziva junto a la acera, de cara al tráfico, y a Mox observando la interestatal.

Detrás de la máquina había un tablón de anuncios públicos, de los de corcho, con folletos clavados. En la mayoría se pedían compañeros para

obras complejas; cualquier grupo mayor de tres se llamaba asamblea. Resultaba evidente que así transmitían información sin internet. A Cyrielle le había desconcertado que la gente quisiera sentarse para ver un vídeo en vez de hacer algo sola. «¿Por qué meterte en internet cuando puedes prender fuego con la mente?», había comentado Matt tras encogerse de hombros.

Sloane esperaba que Matt estuviese bien.

De nuevo nerviosa, les hizo un gesto a Ziva y a Mox, y les dio sus billetes. Juntos atravesaron los tornos y recorrieron la rampa hasta el andén de la línea roja. Allí había más gente que en el autobús, más personas que podían fijarse en Ziva y Mox, pero también más personas para no prestarles atención, ocultos en una multitud que se dirigía al trabajo.

Un grupo de mujeres cerca del final del andén vestían túnicas sueltas de gasa, en todos los colores del arcoíris, que brillaban cuando se movían. Una de ellas llevaba el pelo recogido en un pañuelo igual de colorido. Eran caricaturas de tarotistas, con sus pulseras tintineantes y los ojos muy abiertos para asomarse al futuro. Después de conocer a Sibila (la paranoica Sibila, que odiaba la magia), a Sloane le parecían ridículas. De todos modos, ¿quién quería conocer el futuro?

Sin embargo, había otros guiños al pasado mágico entre las personas alineadas en el andén. Un adolescente con sombrero de copa y guantes blancos (el resto de su ropa era más típica) junto a una chica con una corona de flores, como si fuera una ninfa. Cerca de ellos, una mujer llevaba un amuleto grande y recargado; su compañera tenía un cuello alto que le enmarcaba la cara, como un personaje sacado de *Blancanieves*.

—Ahora a todo el mundo le va la ironía —dijo Ziva con la voz distorsionada por el sifón—. Yo no pienso envolverme en vendas ni nada por el estilo.

—Serías un Frankenstein muy convincente —dijo Sloane—. Solo tienes que clavarte unos tornillos de verdad en el cráneo.

Ziva entornó los ojos.

—El otro día vi a alguien con un sombrero puntiagudo —dijo Mox mientras negaba con la cabeza—. Estaba lanzando runas en la acera. Un

tipo tropezó con una y estuvo a punto de caerse de boca.

La luz del tren le llamó la atención a Sloane. Se acercaba a su parada. Desvió a sus compañeros de las personas vestidas con túnicas de gasa y se dirigió a uno de los vagones del centro.

No era un vagón aerodinámico de color plateado, como los que acostumbraba a ver Sloane, sino más antiguo, pintado de marrón por abajo y de naranja por arriba. Los laterales eran planos; los bordes, cuadrados, como una caja de zapatos. Dentro, los asientos eran afelpados y estaban dispuestos mirando hacia delante, aunque había un pequeño hueco en la parte de atrás en la que miraban hacia dentro, separado del resto del vagón por una barrera. Sloane le dio un codazo a un hombre de tirantes rojos para llegar la primera. La barrera les resultaría útil para ocultar a Mox y a Ziva.

Ziva eligió uno de los asientos, Mox se sentó frente a ella, y Sloane se quedó de pie para bloquear el pasillo y miró por la ventana mientras el metro salía de la estación.

Se detuvieron en Cermak/Chinatown, donde subió una mujer con una bata verde menta, de hospital, y el bolso metido bajo el brazo, junto con un hombre que llevaba unas deportivas machacadas. Más adelante, las vías descendían hacia el lago y después subían para meterse en un túnel. A lo largo del vagón, Sloane no dejaba de oír los silbidos de las pequeñas obras mágicas de los viajeros: encendían luces de lectura o levantaban barreras a su alrededor, al parecer para bloquear el sonido. Era como escuchar a las palomas aposentándose.

Al llegar a la parada de Jackson, Sloane miró con intención a Mox. La siguiente era la suya. El tren frenó con un chirrido, y Mox y Ziva la siguieron al exterior, pasando junto a la enfermera de la bata verde menta y el hombre de las deportivas, que probaba una obra silbando y chascando los dedos. Fuera lo que fuera, no parecía estar yéndole bien.

Subieron los escalones para llegar a la calle y se metieron entre el tráfico de peatones para seguir su ritmo: el cambio de las señales de los semáforos, el roce de hombros y codos. Ziva mantenía la cabeza gacha y se agarraba a la manga de Mox para no perderlo. Sloane lo mantenía en su visión periférica y procuraba que el cabello le cayera suelto sobre las

mejillas.

Se detuvo un momento junto a la iglesia de St. Peter, un edificio bajo de piedra encajado entre dos gigantes de cristal. En la fachada habían esculpido un crucifijo enorme, con ventanas góticas detrás y puertas de madera debajo. Le resultaba tan familiar que se sintió más fuerte. Evidentemente, en la Tierra jamás habría visto a un hombre que lucía sifones en ambas manos haciendo malabares con bolas de agua flotante, pero algo era algo.

Recorrieron otra manzana para llegar al Daley Center, el edificio marrón que había reconocido en su primera incursión a la ciudad, con Kyros a su lado. En la Tierra, la entrada al subterráneo estaba en un patio frente al edificio, así que, si en Genetrix también existía, tenía que estar allí. Reconoció de lejos la reja decorativa, pintada de celeste. Marcaba la entrada a los escalones que descendían bajo tierra. También sería donde dejaran a Mox, a una manzana de distancia de la Cima.

Se detuvo junto a la rejilla y sintió una extraña presión en el pecho al mirarlo.

Él levantó las manos y abrió los cierres que le sujetaban el sifón de la cara. Se pasó una mano por el labio superior para limpiarse el sudor que se le había acumulado allí y se inclinó para besarla.

A pesar del aliento rancio y la piel húmeda por culpa del sifón, a pesar del bullicio de cuerpos que la rodeaban y de los nervios que la desequilibraban, se puso de puntillas y le metió las manos en el pelo.

—No hagas el idiota —le pidió ella en voz baja al apartarse—. Saldremos de esto con vida.

Él sonrió y de nuevo se colocó el sifón en la cara. Después, Sloane se volvió hacia Ziva y señaló con la cabeza la entrada del subterráneo. Ziva le agarró la manga derecha por encima del codo, y Sloane empezó a bajar los escalones.

El subterráneo olía como uno de los andenes del tren: a humedad, como un garaje viejo, con un toque de orina rancia. El camino que siguieron tenía paredes de azulejos gris oscuro, agrietado en algunas partes y roto en otras. Sin embargo, de vez en cuando, pasaban junto a vidrieras empotradas en los azulejos, con una luz detrás, como si estuvieran en el exterior. Algunas eran pura geometría de vidrio emplomado; otras eran remolinos de color interrumpidos por fragmentos o ciclones de círculos interconectados en monocromo, o dameros de plomo y pan de oro.

El subterráneo era desconcertante, y solo el sentido innato de la orientación de Sloane evitaba que se perdiera. Con una mirada cortante, había convencido a Ziva de que caminaran del brazo. La soldado se agarraba a la manga de Sloane con la mano medio podrida. Su brazo parecía frágil, como una rama seca. Sloane se obligó a no apresurarse al pasar por la escalera que subía al ayuntamiento. Solo les quedaba pasar por debajo de Randolph Street y se encontrarían bajo la Cima.

Hasta entonces no había sabido bien cómo se enterarían de que estaban en el lugar correcto, dada la falta de señalización, pero resultó no ser un problema. Más adelante, entre dos grandes columnas sobre las que habían pintado en morado las palabras CENTRO CORDUS PARA LA INNOVACIÓN Y

LA ENSEÑANZA MÁGICA AVANZADAS, había un velo resplandeciente. Sloane miró a Ziva.

—Bueno, allá va —dijo esta.

Sloane atravesó el velo, y una ráfaga de viento le echó el pelo hacia atrás y le pegó la ropa al cuerpo. El sifón de la mano se le iluminó como un farol, y una luz blanca le bailó por el dorso de la mano derecha, donde antes estaba la Aguja. Frente a ella había un soldado con el emblema del Ejército Titilante en el pecho.

A Ziva se le había caído la capucha hacia atrás, de modo que se le veía la piel grisácea y los ojos saltones. En cuanto el viento paró, la soldado se apresuró a taparse la cabeza, lo que dejó a su vez al descubierto los dedos medio pelados y las uñas largas. El soldado miró hacia ellas, apartó la vista y volvió a mirar. Sloane apartó de allí a Ziva lo más deprisa que pudo sin echar a correr. No se paró a comprobar si el soldado las seguía.

—Puñeteros gilipollas de la Cima —masculló Sloane—. ¿Qué clase de excusa pervertida es esa para mirarle las tetas a una mujer?

—Seguro que le enseña todo tipo de cosas —dijo Ziva—. Esperemos que crea que tengo un problema dermatológico de la hostia.

Se estaban alejando del pabellón. Caminaban por un pasillo de piedra gris a juego con la zona que rodeaba la Sala de Invocaciones, la que siempre parecía oscura como una tormenta, como si lloviese fuera. Sloane notó un cosquilleo en el cuello, como si la Aguja le rascara la piel desde el espacio entre mundos.

Al final se atrevió a volver la vista atrás cuando llegaron a las escaleras. No vio al soldado, pero eso no significaba que no se hubiera fijado en Ziva ni que no hubiera pedido refuerzos. Subieron al vestíbulo de la Cima. Sloane le dio la espalda a los ascensores y se dirigió al pasillo de vidrieras que separaba la zona de la Sala de Invocaciones del resto de la Cima. Una luz verde le bailó por el cuerpo al recorrerlo, ya que la luz del día resplandecía en los delicados abanicos.

Justo después del pasillo, Sloane tiró de Ziva para meterla en un hueco de la pared con un banco. Se suponía que debían esperar a la distracción de Mox; él les había prometido que sería lo bastante potente como para que la

oyeran a pesar de estar dentro del edificio.

Guardaron silencio mientras esperaban... Bueno, todo el silencio posible teniendo en cuenta que Ziva hacía ruido cada vez que le entraba aire en los pulmones y después le salía entrecortadamente por la boca.

—¿Te sientes tú misma? —le preguntó Sloane.

Ziva la miró con un ojo entornado. El otro parecía no tener párpado.

—No estarás pensando en devolver a tus amigos a la vida, ¿no?

—No. Bueno..., cuesta no pensar en esa posibilidad una vez que conoces su existencia.

—Pues si ya la has considerado, ahora puedes descartarla.

—Así que no te alegras de haber vuelto. De estar viva otra vez.

Ziva la miró. Sloane pensó que era increíble que alguien tan rígido e inhumano pareciera tan cauteloso.

—Tengo sed de justicia —dijo la soldado—. Haber vuelto me ayuda a satisfacerla. No recuerdo mucho del... tiempo intermedio. Pero me da la impresión de que no estaba... tranquila. Como cabe esperar de un... espíritu asesinado.

—Pero.

—Pero. —Ziva suspiró—. Pero cuanto más tiempo paso aquí, más siento que... mi hora se acabó, que cada momento que alargo esto es una violación de... lo que sea. —Alzó los hombros para encogerlos de forma exagerada—. Además, mírame. Soy un horror.

Se dio un toque en la mandíbula, donde el sifón tapaba el agujero que dejaba al aire las raíces de sus dientes. Era la primera vez que Sloane caía en que quizá, cada vez que se mirara en el espejo, Ziva sentía el mismo asco que había sentido ella cuando la había visto por primera vez. Nadie quería verse convertido en un muerto viviente.

—¿Has hablado de esto con Mox? —le preguntó.

—No. Me necesita. No puedo marcharme mientras me necesite.

Sloane asintió, pero no pudo evitar pensar que la gente no deja de necesitar a sus amigos así porque sí.

Un ruido intenso y potente asustó a Sloane, que dejó escapar un chillido. Las paredes soltaron una nube de polvo que cayó a su alrededor en

forma de copos de nieve. Oyó gritos lejanos y pisadas a través de las paredes.

Ziva giró uno de los ojos para mirar a Sloane. Había llegado el momento.

Recorrieron el camino que recordaba, el que había memorizado mientras seguía a Cyrielle por primera vez hasta la Sala de Invocaciones, cuando rompió el tragaluz con su sifón y se desmayó. Condujo a Ziva alrededor de columnas y bajo arcos, a través de la luz grisácea de una tormenta cercana. Al final llegaron a las pesadas puertas de la Sala, con la placa dorada en la que ponía el nombre de la estancia y la fecha de construcción: 1985.

De pie junto a las puertas había un guardia de seguridad. Ziva silbó a través del sifón y lo envió contra la pared: el hombre se estrelló de cabeza contra la piedra y cayó al suelo hecho un ovillo. Ella se agachó, le metió los dedos entre los labios y le sacó el silbato del diente.

—Tú coge el sifón —le dijo a Sloane.

Sloane estaba aturdida. Se agachó junto al guardia (que seguía vivo, aunque inconsciente) y le quitó el sifón de la muñeca; por suerte, el mecanismo era simple. Después lo lanzó a la Sala de Invocaciones, donde la esperaba Ziva. La siguió, y Ziva cerró la puerta.

—Puedo lanzar una obra temporal para bloquear las puertas —se ofreció Ziva—, pero se deteriorará en cuestión de minutos. Si necesitamos más tiempo, tendré que lanzarla de nuevo, así que no dejes que se me olvide.

Sloane asintió. Se acercó al sifón del suelo, que estaba cubierto por una placa dorada de casi dos metros de lado. El cosquilleo de la nuca que había sentido bajo la Cima se convirtió en una presión a ambos lados de la cabeza, como si alguien pretendiera aplastarle el cráneo. Ya no había duda: la Aguja la llamaba. La pregunta era si deseaba responder o no.

Ziva estaba arrodillada al lado del sifón fortis. Había intentado levantar la enorme tapa metálica con el silbato, pero no cedía. En aquel momento estaba metiendo los dedos por debajo para empujarla.

—Es resistente a la magia. Creo que tenemos que moverla a mano.

Sloane se arrodilló a su lado y se preparó para empujar el borde de la tapa. Ni siquiera con la fuerza de las dos consiguieron moverla gran cosa, y el borde se le clavó a Sloane en las palmas de las manos.

Pensó en su entrada en la Cúpula, en que la Aguja había enviado la puerta principal a través del tejado y la había dejado allí, flotando.

—Mierda —dijo Ziva, y golpeó el metal con ganas—. ¡Mierda!

—Antes vivías aquí, ¿no? —le preguntó Sloane, que se sentía muy lejos.

La Aguja era ahora otro latido en su pecho, una presencia en su hombro. La sentía allí mismo, a pesar de encontrarse a un universo de distancia. Y siempre recurría a la Aguja cuando estaba desesperada.

—¿Por qué lo preguntas? —le dijo Ziva, que se había sentado sobre los talones.

—Puede que haya encontrado la solución, pero tengo que salir al río sin volver por donde hemos entrado. ¿Adónde da esa puerta? —preguntó señalando la otra punta de la habitación, donde había una puerta oxidada. Parecía lo bastante pequeña para que un niño la atravesara a rastras, dado el tamaño de la Sala.

El río estaba a tan solo una manzana al norte de la Cima. Si corría, podía ir y volver en diez minutos.

—Es una puerta trasera —contestó Ziva—. Ni idea de lo que hay ahí fuera, pero puede que des con una salida de emergencia.

—¿Puedes mantener las puertas cerradas? Solo unos cuantos minutos.

Ziva entornó un ojo de nuevo para mirarla y asintió.

Sloane corrió hacia la puertecita oxidada. Justo detrás había un pasillo vacío como el que habían recorrido para llegar a la Sala, pero más descuidado, con suciedad y escombros en las esquinas, y la piedra gris rota en algunas zonas o directamente desaparecida. Parecía un pasillo de servicio, con las tuberías del techo a la vista.

Torció a la derecha siguiendo un impulso y buscó la luz del letrero de la salida de emergencia. Dos mujeres se separaron cuando Sloane pasó junto a ellas e interrumpió su momento robado. Resopló una disculpa, ya sin aliento.

Al final del siguiente pasillo encontró un letrero que la dirigía hacia unas escaleras. Abrió la puerta y se asomó al pie del hueco de la escalera para comprobar si había puerta al final. La había, aunque no sabía adónde conduciría. El hueco olía a basura, y oyó el eco de pasos sobre ella.

Decidió arriesgarse. La puerta daba a un callejón en el que esperaba una hilera de contenedores llenos hasta arriba de bolsas de basura negras y cajas de cartón desmontadas. Desde allí salió a una calle que no reconocía, aunque veía el hueco entre los edificios más adelante, lo que indicaba la presencia del río. Corrió hacia allí y estuvo a punto de chocar con un taxi en un cruce. El conductor tocó el claxon y le gritó algo por la ventana, pero ella ya estaba corriendo otra vez.

Una vez que cruzó Wacker y se acercó a la orilla, frenó y trepó por la barrera que evitaba que los peatones cayeran al agua, una planta más abajo. No disponía de tiempo para buscar la escalera que conducía al paseo. A Sloane le ardía el cuerpo, le cosquilleaba, le dolía por la necesidad de reunirse con aquello que antes odiaba tanto como para mutilarse con tal de quitárselo.

Pasó una pierna por encima de la baranda, después la otra, con la espalda contra la barrera... y saltó.

El agua fría le arrancó un jadeo, así que subió a la superficie tosiendo, con la ropa pesada y el pelo pegado a la cara. Cuando por fin fue capaz de respirar hondo, se zambulló moviendo las piernas como una rana.

Esta vez no había luz mágica que la guiara hasta la membrana entre mundos, más fina en Chicago que en otros sitios. Chicago... Sí, estaba convencida de que aquella ciudad tenía algo especial; la atraía desde la infancia, bella, extraña y reluciente al sol. En el río, la oscuridad que rodeaba a Sloane era absoluta y no procedía de ningún punto concreto. Siguió el tirón de la gravedad, como si se sujetara a un hilo enhebrado en el ojo de su aguja.

Movió las piernas, primero con patadas calculadas y fuertes, después frenéticas, golpeando el agua para bajar cada vez más deprisa. Le ardían los pulmones, aunque no se diferenciaba mucho de la quemazón que sentía en el pecho y en la cabeza. Se le ocurrió que aquella sensación de estar en

aguas profundas (el fuego dentro, la presión en la cabeza, el cosquilleo en las extremidades) era la que siempre había asociado con la magia, y quizá fuera por eso. Quizá toda su vida no hubiera consistido en un movimiento hacia delante, sino en un movimiento alrededor de aquel instante, como si diera vueltas alrededor de un desagüe.

Necesitaba aire. Recordó el sifón de la mano y empezó a tararear con un tono que le sonó parecido al que había usado Aelia para atrapar aire en el pañuelo la primera vez que se había zambullido, aunque un poco más agudo. No cabía duda de lo que deseaba: quería respirar. Se imaginó una burbuja alrededor de la cabeza, como un astronauta de dibujos animados, y el agua alrededor de su cara se movió como la corriente de un océano. Después, dejó de notar la presión en la boca y en la nariz, y, cuando soltó el aire, lo oyó salir con un resoplido, como si estuviera fuera del agua.

«Mi primer aliento mágico», pensó, y se rio un poco.

Por encima de ella se encontraban los escombros de la torre, que constituían el fondo del río del Chicago de la Tierra, con la pe encajada entre pedazos de hormigón y acero; y, por debajo de ella, el enredo de plantas que crecía en el lecho del río del Chicago de Genetrix. Estaba en el espacio entre los dos mundos.

Había soltado los dos fragmentos de la Aguja en el río antes del funeral de Albie. Entonces sabía que siempre podría encontrar la Aguja si la necesitaba, que le hablaba a pesar de que intentara no prestar atención a su voz. Alargó la mano del sifón y tarareó sin fijarse ni en el tono ni en la frecuencia ni en la línea que aparecería en el osciloscopio. Solo pensó en que la Aguja la había ayudado cuando la necesitaba para entrar en la Cúpula y destruir el prototipo mágico, incluso cuando la necesitaba para destruir al Oscuro.

Y la necesitaba de nuevo.

Se quedó flotando en el canal entre la Tierra y Genetrix sin que la gravedad tirase de ella en ninguna dirección. Era lo más cerca que había estado nunca de la ingravidez. Pensó en la voz de Albie susurrándole al oído para llamarla desde Genetrix, así que susurró dentro de la bolsa de aire que había creado alrededor de su cabeza:

—Vamos... ¡Vamos!

Vio brillar algo más adelante, a pesar de la ausencia de luz. Dos delgados fragmentos tomaron forma frente a ella; eran de aspecto metálico, aunque los científicos de ARIS no habían logrado identificar el metal. Estuvo a punto de desmayarse de alivio. Extendió el brazo para cogerlos.

El primer roce con los trozos de la Aguja la conmocionó; se puso rígida. Por un segundo temió haberse pinchado de nuevo, que se le hubieran hundido en la mano, pero entonces los vio brillar sobre su palma.

Ella los había llamado, y ellos habían acudido. La frase «la manifestación de deseos imposibles» nunca había tenido tanto sentido. Era magia.

Cogió una mitad de la Aguja entre los dedos de la mano izquierda y la otra mitad con los de la derecha, y los mantuvo así, en manos separadas, mientras buceaba hacia la superficie.

La bolsa de aire que le rodeaba la cara desapareció sin previo aviso en cuanto se alejó del espacio entre mundos, y ella nadó con más brío. Le dolían las piernas cuando por fin vio la luz de la ciudad sobre ella, al principio solo una chispa, como si fuera una cerilla encendida en la oscuridad, y después puro resplandor. A continuación..., aire y el borde del río. Sloane se lanzó por encima de él y cayó al hormigón entre jadeos.

—Slo.

Era la voz de Esther. Alzó la cabeza. Su amiga estaba con Matt, ambos con las manos alzadas (con los sifones amartillados, por así decirlo) apuntando a Ziva, que estaba frente a ellos.

Sloane tosió.

Estaban vivos. Estaban a salvo.

Matt siguió apuntando a Ziva, mientras que Esther se volvió para apuntar a Sloane.

—Evidentemente, puedo explicarlo —dijo Sloane cuando fue capaz de respirar de nuevo.

—Pues será mejor que empieces de una puta vez —contestó Esther.

FRAGMENTO DE
HISTORIAS DEL MULTIVERSO

Rufus Egerton

Chicagoan, 11 de agosto de 1994

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras, y la luz pura del sol a través de una atmósfera quemada lo ciega al instante.

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras y queda reducido a cenizas porque el calor del universo paralelo (al menos mil quinientos grados) hace que su cuerpo entre en combustión espontánea.

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras y se ahoga en un planeta cubierto de océanos. Su cuerpo lo devoran las oportunistas criaturas marinas.

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras y se encuentra en un planeta devastado por la guerra nuclear. Bebe agua contaminada y muere.

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras, y lo asesinan unos carroñeros caníbales posapocalípticos para comerse su carne.

Un hombre abandona su universo en busca de aventuras y jamás encuentra el camino de vuelta a casa.

—Nero es el oscuro —dijo Sloane. Parecía un buen punto de partida.

Al principio, Esther y Matt no reaccionaron. Sloane se colocó entre Ziva y ellos, con los brazos levantados a los lados. El paseo del río estaba vacío, el sol acababa de ponerse. Todavía tenía tiempo de volver a la Sala de Invocaciones, tomar nota del mecanismo interno del sifón para Mox y escapar sin que Nero los descubriese. Lo único que necesitaba era convencer a sus amigos.

—Edda, que tiene un hombro dislocado, por cierto, nos dijo que estabas bajo el influjo de algún... encantamiento —respondió Matt.

Al verlo, Sloane sintió una punzada de culpa, aunque no quería. No había razón para ello, no lo había traicionado; si volviera atrás en el tiempo, volvería a hacerlo. Sin embargo, el sentimiento de culpa estaba ahí. En los ojos de Matt había una frialdad que no existía unos meses antes.

Pero Sloane reconocía que era algo inevitable. Los dos habían vivido conteniendo el aliento. Tarde o temprano, había que dejar salir el aire.

—Y ¿quién le dijo eso a Edda? —preguntó Sloane—. Nero, obviamente. Que, como ya he dicho, es el Oscuro.

Esther estaba inclinándose a un lado para ver mejor a Ziva. Llevaba el pelo recogido en una coleta.

—¿Eso es un zombi? ¿Lo has hechizado para que te obedezca o qué?

Ziva se aclaró la garganta, lo que produjo un ruido parecido al de una pulidora de piedra.

—Es de mala educación hablar de alguien como si no estuviera presente, saco de carne.

—Joder —dijo Esther con los ojos muy abiertos.

Brillaba, literalmente: llevaba un hilo de plata entretejido en la fibra negra de su chaqueta de cuello holgado, cromo pulido en el sifón del cuello y una raya plateada en cada párpado.

—¿Cómo podemos saber que no estás bajo la influencia de algo? —preguntó Matt.

Sloane tenía los puños apretados a los costados del cuerpo y le palpitaban de energía. Era la Aguja. Aún tenía la sensación de estar debajo del agua y le parecía que todo estaba cerca, pegado a ella.

No sabía qué responder. Si pensaban que el Resurreccionista la controlaba, no se creerían nada de lo que les explicara. Nero se había asegurado de que fuera así, pero tenía que intentarlo.

—Anoche, Nero me envió un mensaje —dijo—. Eran mis botas. De... —Miró a Matt con expresión suplicante—. Ya sabes cuáles. El Oscuro es la única persona en dos planetas que podría haberlas tenido. No sé cómo las ha traído aquí ni por qué, y no sé cómo sobrevivió y saltó a otro universo cuando se suponía que lo habíamos matado, pero eso fue lo que pasó. —Frunció el ceño al ver la cara de duda de Matt—. Tú eres el que dice que si quieres conocer a una persona tienes que fijarte en lo que hace. Nero ayudó a secuestrarnos y nos mintió sobre ello. Pero Mox, quiero decir, el Resurreccionista, no me hizo daño, ni siquiera cuando creía que iba a matarlo, y me llevó a conocer a la profeta...

—Espera —dijo Esther—, ¿que la mantis religiosa sexi es el Resurreccionista?

—¿La qué? —preguntó Matt.

Esther agitó la mano para pasar de su pregunta.

—¿Te estaba siguiendo o algo así?

—No del todo. Nero se dedica a invocar a Elegidos de otros universos

para luchar contra él, así que pensaba que nosotros éramos más de lo mismo.

—Lo sois —puntualizó Ziva.

—Espera —dijo Matt—. ¿Has dicho que fuiste a ver a una profeta?

—Sí, la que anunció la profecía del fin del mundo en Genetrix.

—Aunque sé por experiencia que se trata de una historia fascinante —dijo Ziva—, no podemos quedarnos aquí esperando a que aparezca el Ejército Titilante. Te sugiero que lleves a tus amigos a un lugar más seguro.

—A un lugar plagado de muertos vivientes, querrás decir —repuso Esther—. Mejor te entrego mis sesos ahora y te ahorro el esfuerzo.

—¡Me importa una mierda quién haya mientras no sea un pelotón de soldados titilantes con los sifones listos! —exclamó Ziva.

—Ziva tiene razón, tenemos que irnos —dijo Sloane—. Podemos ir a un sitio neutral. —Volvió la vista para echarle a Ziva una mirada cargada de intención—. Público. Con muchas salidas.

—¡No podemos irnos hasta que sepamos qué coño pasa! —gritó Esther.

Aunque Sloane no se había fijado antes, Esther parecía cansada de nuevo, a pesar de toda la base de maquillaje y de todo el brillo. Recordó que, cuando contemplaban los escombros de Genetrix, su amiga le había contado que temía que su madre muriera sin ella. Y ahora creía que Nero era la forma más rápida de volver a casa.

Sin embargo, a pesar de todo, había acompañado a Sloane al taller de Nero para demostrar que les mentía.

—Podéis hacerlo si... decidís confiar en mí —dijo Sloane—. Sé que no me lo merezco, pero jamás os pondría en peligro. Espero que sepáis eso, por lo menos.

Matt ya estaba bajando la mano.

—Sí, vale —dijo en voz baja.

—En realidad, no nos podemos ir hasta que le echemos un vistazo al interior del sifón fortis de la Sala de Invocaciones —intervino Ziva.

—¿Por qué? —preguntó Esther.

—Sloane, ¿eso es...? —dijo Matt.

Sloane casi se había olvidado de que llevaba un trozo de la Aguja en

cada mano. Arrancar la puerta de seguridad del exterior de la Cúpula había sido como respirar o parpadear, pero con la Aguja como ácido en las manos: un objeto vivo y vibrante con motivos propios. Todavía los notaba, más apagados en Genetrix, pero nítidos: la Aguja quería volver a clavársele en la mano. La echó hacia atrás, haciendo rodar una de los fragmentos entre las puntas de los dedos.

—La Aguja estaba en la Tierra —dijo Matt—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—A través del espacio entre universos.

Sloane miró con el ceño fruncido la afilada astilla que tenía en la mano derecha.

Estaba a punto de seguir hablando cuando se fijó en que Matt apretaba la mandíbula y Esther se llevaba la mano al cuello, al sifón. Se volvió y vio que dos hombres descendían los escalones del River Theater de Genetrix, un poco más allá del parquecito en el que se encontraban los cuatro.

Uno de ellos era Nero, desaparecida al fin su falsa máscara de amabilidad; en su lugar estaba el hombre frío y centrado que Sloane había visto cuando salió de su taller. Tenía el cabello alborotado y la capa sobre un hombro, de modo que se veía el forro color azul marino. El broche de la Cima estaba torcido, y mantenía el brazo derecho estirado, con la mano en el cuello del otro hombre.

El otro hombre era Mox, por supuesto.

Mox ya no llevaba el sifón que le tapaba la boca y la nariz, y tenía la mirada desenfocada. El sudor le perlaba la frente, y se le habían tensado los tendones del cuello y la parte superior de los hombros. Nero apartó la mano del cuello de Mox; una onda sacudió el aire y empujó a Mox hacia Ziva.

—¿Cónsul? —preguntó ella.

—Huye —contestó él, mirando a Ziva y a Sloane, aunque sin esperanzas.

—Nadie va a huir —repuso Nero.

Ahora que Sloane sabía lo que buscaba, el parecido entre Nero y el

Oscuro que conocía era evidente. No en el rostro en sí, que en la Tierra estaba modificado y era tan antinatural como parecía, sino en sus gestos y su postura, en los hombros echados hacia atrás y en el pecho hacia fuera, en sus movimientos bruscos y eficientes. También en la voz, que era la misma, dura como el pedernal; todas sus palabras, mecánicas.

Nero silbó a través del implante del diente, y una rigidez antinatural se apoderó del cuerpo de Mox y le empujó los hombros y la cabeza hacia atrás. A Sloane le recordó el momento en que el sifón de varias placas se tensaba para convertirse en guante al ponérselo y se relajaba al colocarse en su posición. Como si Nero estuviera usando a Mox como un sifón a través del que llevaba pegado a la columna.

A su alrededor veían el brillo iridiscente de las barreras mágicas que mantenían apartados a los intrusos... y evitaban que ellos escaparan, aunque no era una opción que Sloane hubiese considerado. No podía abandonar a Mox para que siguiera siendo la marioneta mágica de Nero.

Los fragmentos de la Aguja le vibraban en las manos, en reacción a Nero o a Mox, o puede que a los dos. Se sentía como cuando era pequeña y metía el dedo en la toma de una luz de Navidad cuando estaba colgándolas del árbol: la energía que le atravesaba el cuerpo era desagradable, pero todo lo benigna que podía ser una descarga eléctrica.

—¿Qué está pasando, Nero? —preguntó Matt mientras daba un paso adelante. Su tono era de calma fingida, y era poco probable que Nero se lo tragara.

El hombre miró a Matt como si lo hubiese visto alguna vez pero no recordara dónde. Sloane aprovechó su silencio.

—Mox. —Su tono era de súplica, aunque no lo pretendía. Mox se había encorvado un poco y se apretaba el costado—. ¿Estás herido?

—No. Solo... incómodo.

—¿Mox? —preguntó Nero, que lo miraba casi con cariño—. Ah, ya entiendo: Micah Oliver Kent Shepherd. M-O-K-S. Te pega más que Elegido.

Sloane dedicó un segundo a pensar en el nombre de Micah, que era mejor dejar atrás, porque era un nombre para un niño normal y no para el

hombre marcado por la magia que tenía frente a ella, sudoroso y encorvado, poco acostumbrado a que le robaran el poder.

—¿Elegido? —repitió Matt, que miraba a Mox con los ojos muy abiertos.

—El primero —contestó Mox, brusco—. Vosotros... el que sea de verdad el Elegido entre todos vosotros..., sois los quintos.

—Pero... ¿mataste a los otros? —Matt no sonaba acusador, sino desconcertado—. ¿Por qué?

—No sabía lo que eran —respondió Mox—. Y no quería morir.

Matt le dirigió a Mox una mirada de comprensión, aderezada con una pizca de condescendencia. Sloane sintió un impulso familiar, casi reconfortante: el de pegarle una bofetada.

Nero agitó una mano y tarareó. Su voz era atiplada, no profunda, como la de Mox. Un tenor natural. Pero la nota era firme. Mox dio otro respingo, y Matt gritó cuando el sifón se le hizo pedazos en la mano y las placas de metal se le clavaron en la carne. La sangre le caía por los dedos y goteaba sobre el hormigón. También el de Esther empezó a apretarle el cuello, y ella se asfixiaba y tiraba de la cadena de la nuca, que lo sujetaba en su sitio. Consiguió romperla, y el sifón cayó al suelo, fuera de su alcance.

El último fue el sifón de la boca de Ziva, que le salió volando de la cara y se llevó consigo un pedazo de carne podrida. El agujero de la mandíbula era más grande que antes y enseñaba más dientes rotos.

—Sloane —dijo Nero—, por favor, ¿podrías volver a unir los fragmentos de esa Aguja?

Sonaba casi... cansado. La intensa luz del sol le atravesaba el fino cabello, que parecía compuesto de hilos de oro.

—No —contestó automáticamente.

Se le ocurrió lanzar uno de los fragmentos al río, pero no estaba segura de ser capaz de soltarlo. La corriente todavía vibraba a través de ambos pedazos y, aunque no sabía decir por qué, estaba segura de que, si abría los puños e intentaba tirar la Aguja, se le quedaría pegada como un imán.

—Me desafías sin necesidad —le dijo Nero mientras se apartaba un mechón de pelo de la frente—. La próxima vez no te lo pediré con tanta

amabilidad.

—En mi vida hay pocas reglas —respondió Sloane—, pero una de ellas, sin la menor duda, es: «Cuando un psicópata asesino te pida que hagas algo, no lo hagas».

—De acuerdo —respondió Nero, y silbó una nota ligera y aguda, como la de un pinzón.

Mox se enderezó de nuevo, y, por la tensión del cuerpo y el rostro, Sloane vio que intentaba resistirse.

Ambos fragmentos de la Aguja empezaron a moverse en las manos de Sloane; sus afilados extremos la pinchaban como si pretendieran escapar. Ella luchó por mantenerlos agarrados, pero uno se le clavó en la punta del dedo, Sloane chilló y sacudió la mano, y, de repente, los dos trozos quedaron flotando en el aire, frente a ella.

Sin embargo, todavía los sentía arder, vibrar, pinchar. Sentía el ácido en las venas. Querían ser de ella, no de él. Y lo único que necesitaba hacer era... desearlo.

«Adelante», pensó, y volvió las palmas hacia arriba, como si los llamara.

Sintió un dolor horrible y agudo en ambas manos cuando los fragmentos se clavaron en ellas, uno en cada una, a través de los dedos índices, separando las uñas de la piel. Se abrieron paso por sus manos, y los veía moverse, como gusanos bajo la tierra blanda. Observó con horror que la piel cicatrizada del dorso de la mano se levantaba para dejar entrar aquel objeto extraño pero conocido.

Ella había roto la Aguja, y había tenido que empeñar en ello toda su fuerza. Pero sabía que se arreglaría sin esfuerzo. Estaba deseando arreglarse, igual que había estado deseando clavársele en la carne.

El trozo de Aguja de la mano izquierda seguía moviéndose, le abría un camino de dolor por el brazo y la parte interior del codo. Le salió un moratón cuando la Aguja perforó un vaso sanguíneo. Se mordió el labio cuando le subió por el hombro, se le deslizó por debajo del pecho y le bajó por el brazo dejando otro moratón, gemelo del primero. Los fragmentos de la Aguja se unieron con un brillo cegador; Sloane no había sentido nunca un

fuego semejante. Gritó, era como tener todo el cuerpo en carne viva.

Mox la miró, boquiabierto, con las mejillas enrojecidas por el fútil esfuerzo de resistirse. La sangre de Sloane goteaba por los agujeros de entrada de la Aguja. Dejó que fluyera y se tragó la bilis.

—Ahora tendré que arrancártela de dentro —dijo Nero, frustrado.

Empezó a acercarse a ella, y Sloane levantó una mano para detenerlo. No necesitaba emitir ningún sonido para que la Aguja funcionara. Expresaba su deseo más puro, y lo que ansiaba en aquellos momentos era un segundo para pensar. Se levantó una barrera entre Nero y ella que formaba ondas al tocarla. Nero atacó la barrera con su magia y después con la de Mox. Sloane percibía la diferencia entre ambas, una certera y astuta, la otra basta y ardiente.

Aunque le asqueaba el cuerpo extraño que tenía alojado de nuevo en el dorso de la mano, también le resultaba impresionante que una cosa tan pequeña pudiera ser tan poderosa e incomprensible. Era como el sol: incluso a gran distancia, filtrado por la atmósfera, sus rayos bastaban para calentar la Tierra. Las cosas más poderosas que conocía eran también las más destructivas si no se diluían de algún modo.

Miró a Nero, al Oscuro, a través de la barrera.

—¿Siempre ha sido por esto? —le preguntó—. ¿Por la Aguja?

Recordaba que el Oscuro le había preguntado por el lugar en el que guardaban sus armas justo antes de obligarla a elegir entre Albie y ella. Le miraba la mano, sus cicatrices, con algo similar a la fascinación. Ella creía que estaba fascinado por ella, pero, tal y como Ziva había dicho tan llanamente, Sloane no tenía nada especial, nada poderoso, salvo que la Aguja era suya y de nadie más.

—¿Qué quieres? —preguntó, y sonó tranquila, curiosa.

Nero la miró a los ojos, y ella lo oyó silbar, aunque no le prestó atención porque estaba en otra parte.

Nero se agarró a la baranda de metal mientras el agua le caía por los nudillos. Aelia lo esperaba a la orilla del río, agachada, con la falda roja pegada a las rodillas. Él sostenía las botas con la otra mano, y ella las recogió, aunque manteniéndolas apartadas del cuerpo, como si le diesen asco.

—¿Esto? ¿En serio? —preguntó Aelia—. ¿Este es el objeto en el que se ha volcado?

—No es una persona sentimental y no tiene un diario, a diferencia del último Elegido. —Salió del agua apoyándose en la baranda y trepó por encima de ella con las extremidades pesadas tras nadar entre universos—. Necesitaba algo que hubiera modificado y mantenido cerca de ella para poder invocarla.

Su ropa estaba empapada. Aelia dejó las botas en el suelo y lo secó con una obra y un movimiento de dedos.

—Ya puedes quitarte la máscara —dijo la mujer, que esbozó una mueca—. Pareces una vela a medio derretir.

Nero se desabrochó el botón superior de la camisa y abrió el cierre que le pegaba el sifón al pecho. La obra no le cambiaba la cara, pero sí proyectaba un aspecto distinto para cualquiera que lo mirase, incluso en la

Tierra. Aelia le había dicho antes que la proyección no parecía normal, lo que quizá resultara adecuado para su objetivo. La gente de la Tierra era vulnerable a cualquier obra, incluso las más transparentes, dado que negaba la existencia de la magia.

Se había divertido leyendo las últimas teorías: que el Oscuro era un experimento del Gobierno que había salido mal; un invasor alienígena que pretendía la dominación mundial; un millonario loco convertido en supervillano. Estaba claro que la gente de la Tierra leía demasiados cómics.

Recogió las botas de la chica, y los dos juntos se dirigieron a las gradas de árboles paralelas al río. Era antes del alba, y la ciudad estaba más vacía que nunca. Oyó unos cuantos coches pasar por Wacker Drive, a la indigente de la esquina de LaSalle cantando para sí y el taconeo de los zapatos de Aelia. Ya la había regañado antes por su ropa ostentosa y aquel calzado tan poco sutil. Era importante ser discretos en sus incursiones nocturnas si no querían que alguien se fijara en ellos.

—¿Es magia lo que vierte en esas botas? —preguntó Aelia—. Me temo que no lo entiendo.

—No me sorprende. —Empezaron a subir por las gradas, agachándose bajo las flores rosas de los manzanos silvestres y los ciclamos—. Y es una especie de magia, si consideramos la magia como la energía de la voluntad. Ha ejercido su voluntad sobre estas botas, las ha modificado y reparado, se las ha puesto y se las ha quitado, igual que el chico ejerció su voluntad sobre la grulla de papel. —El origami había sobrevivido al viaje de la Tierra a Genetrix dentro de una bolsa de plástico con cierre hermético, y ahora se encontraba en el alféizar de una de las ventanas de su taller—. El vínculo emocional con el objeto sirve para fortalecer la energía asociada con él, lo que me permitirá invocar a cualquiera de los dos.

—Y no sabes cuál de los dos tiene la Aguja.

—Creo que es la chica, pero prefiero asegurarme.

—¿Cuándo volverás?

Habían llegado a la altura de la calle. Nero se detuvo y miró a Aelia.

—No me digas que estás deseando librarte de mí otra vez.

Aelia dio un respingo e inclinó hacia abajo una de las comisuras de los labios.

—Simplemente quiero prepararme para mi traslado, si es inminente.

—Todavía nos quedan varios meses para la destrucción de estos universos, te lo aseguro. Te he reservado un sitio en otro; no tienes nada que temer, siempre que sigas ayudándome.

Aelia esbozó una sonrisa tensa y abrió la marcha hacia la calle, hacia la Cima. Cuando Nero pasó junto a la mujer que cantaba en la esquina, le dejó una moneda en la taza que tenía delante. No era ninguna vergüenza ofrecerle a alguien un alivio temporal, aunque su universo estuviera condenado a la destrucción.

Lo último en desaparecer fue la sonrisa de Aelia, flotando como la del gato de Cheshire mientras aparecía otro nuevo recuerdo.

—No me estás escuchando —dijo.

Estaban en su taller, rodeados de orbes relucientes. Nero estaba encorvado sobre un cuaderno y garabateaba unas cuantas ideas para no olvidarlas. La electricidad de la Cima se había cortado, así que los orbes eran la única fuente de luz y proyectaban un brillo espeluznante en el rostro de la pretor.

—La colisión es inevitable —dijo despacio, como si hablara con alguien muy estúpido. Creía que Aelia no lo era, pero, hasta el momento, había demostrado una falta de comprensión notable durante toda la conversación—. Yo soy lo que mantiene los dos mundos separados, empleando una parte sustancial de mi magia, cabe añadir, pero, cuando muera, seguirán el camino que iniciaron desde que el Incidente Tenebris los conectó: hacia la destrucción.

Vieron relámpagos al otro lado de las ventanas, como un mal presagio. Después llegó el redoble de los truenos.

—¿El Incidente Tenebris? —preguntó ella. Uno de los orbes flotaba junto a su oreja, donde lucía un sifón dorado acabado en punta, un reflejo de la ridícula tendencia de moda de Genetrix: que las mujeres se vistieran como princesas elfas. Su vestido era largo y suelto, con mangas anchas—. No me habías contado que eso fue lo que forjó la conexión.

—¿Qué otra cosa iba a ser? —preguntó, y frunció el ceño—. El núcleo mágico de este planeta se hizo pedazos y envió fragmentos de la magia de Genetrix a otro universo. Y, dada la inestabilidad del tiempo durante el viaje entre un universo y otro, los envió al pasado. Esos fragmentos se convirtieron en objetos mágicos legendarios en la Tierra, pero hay tantas leyendas falsas que me ha costado discernir las verdaderas. Por eso debo seguir yendo y viniendo entre los dos universos. Estoy considerando la posibilidad de hacer algo más contundente para llegar antes a la verdad. Estoy cansado de retrasar lo inevitable.

—Y ¿no hay nada que podamos hacer, ni siquiera con todo tu poder, para cortar la conexión y salvar ambos mundos?

—Aunque quisiera hacerlo, que no es el caso, soy inmortal, no todopoderoso. Y, si las circunstancias son propicias, pronto ni siquiera seré eso.

—Nunca te entenderé —dijo Aelia mientras se acercaba a las ventanas, que temblaban con el viento. La lluvia las salpicaba y oscurecía la vista de la ciudad—. Muchos matarían por vivir para siempre: sacrificarían su amor, a sus hijos y cada penique de su bolsillo. Y tú te dedicas a buscar a la única persona capaz de acabar con tu vida.

—Los que buscan la inmortalidad no la comprenden. —Se acercó al carrito bar que estaba junto a la puerta y se sirvió un whiskey en un vaso limpio—. Durante los primeros doscientos años resulta embriagador, sí. —La talla del cristal del vaso reflejaba la luz de los orbes y la proyectaba hacia el suelo—. Pero después todo empieza a perder significado. Una vida, una nación, un universo entero... Sus triunfos, sus riñas, sus lamentables intentos de hacerse con el poder, es todo lo mismo, vaya donde vaya, haga lo que haga. —Bebió del whiskey, y las especias le picaron en la garganta—. Estoy cansado.

Aelia lo miró. Ya no lo temía como la primera vez que le había contado lo que era y la había invitado a matarlo. Él sabía que ella era la persona adecuada para contárselo porque, de hecho, había intentado hacerlo: había probado media docena de obras que lo habían dejado sin respiración y le habían detenido el corazón e incluso le había intentado cortar la cabeza. Se lo había permitido, aunque él ya lo hubiera probado todo. También se había atado pesos a los tobillos y saltado al mar; había bebido veneno de la serpiente más peligrosa de la Tierra, el taipán del interior; y, en un universo, se había lanzado a un volcán activo. Todos sus intentos (y los de Aelia) habían fracasado porque su magia lo defendía y lo protegía.

Aun así, a veces la traicionaba el miedo. Como en aquel momento, con las cejas juntas y la expresión afligida.

—Y ¿crees que este chico lo conseguirá?

—He estado en decenas de universos con decenas de Elegidos, guerreros y magos de renombre. Ninguno ha demostrado el poder bruto de este chico. Puede que no tenga ni la habilidad ni la dedicación necesarias, pero no hace falta. No es más que un instrumento sin pulir.

Aelia asintió.

—Pero debes cultivar su deseo de hacerlo —comentó ella, distante—. Y el deseo no puede forzarse.

Nero se acabó la bebida.

—Justo por eso necesito tu ayuda.

Solo quedó el brillo de un orbe.

La puerta del taller se estremeció cuando la abrió con el sifón y después la cerró de golpe. Estaba temblando. Soltó una palabrota y sacudió las manos. Cabría pensar que, después de cientos de años de vida, habría erradicado aquella debilidad, pero allí seguía.

Llenó el aire de silbidos, uno para bloquear la puerta, otro para levantar una barrera de sonido alrededor de la circunferencia del taller,

otro para que el cuaderno acudiera a la mesa que tenía frente a él y el último para ordenar a su pluma que tomara nota de su dictado. Se dejó caer en una silla junto a una pila de libros y usó su pañuelo para secarse el sudor de la frente. Notó el sabor de la sal en el labio superior.

La pluma estaba erguida, ansiosa, a la espera de su voz.

—Está hecho —dijo—. El Ejército Titilante está muerto.

La pluma empezó a moverse. Él se pasó las manos por las piernas para secarse la humedad de las manos.

—Ahora querrá matarme —añadió con evidente alivio.

Sloane sintió el hambre del Oscuro y, sobre todo, su cansancio. Lo sintieron juntos.

Pensó en Micah y su sonrisa burlona. Siempre le había resultado extraño que un niño tan extraordinario hubiera nacido de unos padres tan ordinarios. Nancy, anfitriona de un club de tejedoras, ganadora del concurso de chili con carne del año anterior en la feria del pueblo. Phil, que perdía pelo por arriba y ganaba peso por abajo, gerente del banco local. Habían mirado con recelo el sifón de Nero al estrecharle la mano y no habían protestado cuando les había quitado a su hijo.

Micah no necesitaba un sifón para hacer magia. Apenas necesitaba intención. Simplemente, sus deseos se manifestaban cuando lo provocaban. Había prendido fuego a su primer dormitorio de la Cima. Había roto todos los platos del comedor de una sola vez. Había conseguido que las flores brotaran en el suelo de la Sala de Invocaciones.

En aquel momento estaba sentado encima del sifón fortis de la Sala, y parecía pequeño a pesar de su prematuro estirón. Quizá fueran las orejas que le asomaban entre el pelo las que lo hacían parecer tan niño.

Delante de él había un radiocasete, y la voz de Sibila, ronca y seca, repetía por tercera vez aquella mañana las mismas palabras: «Supondrá el fin de Genetrix, la destrucción de los mundos».

—¿Qué te parece? —le preguntó Nero.

—Nacido con la marca de la magia —dijo Micah, y se dio un toquecito al lado del ojo izquierdo—. ¿Eso es esta mancha? ¿Magia?

—Eso creo —respondió Nero, y, aunque odiaba sentarse en el suelo, lo hizo frente a Micah, al lado del sifón fortis. El frío de la piedra atravesó la ropa y lo dejó helado—. Mi teoría es que el Incidente Tenebris envió pequeños fragmentos de magia por todas partes, y uno de ellos aterrizó en tu ojo.

El niño entornó el ojo en cuestión para mirarlo.

—El Incidente Tenebris ocurrió hace mucho tiempo. Solo tengo once años.

—¿Sabes lo que es un agujero de gusano?

Micah negó con la cabeza.

—Te lo explico. Un agujero de gusano es como un túnel. A un lado del túnel, las cosas se pueden mover muy despacio. Al otro, muy deprisa. Así que, si atraviesas el túnel, puedes acabar en un punto lejano del futuro, pero puedes llegar hasta él muy deprisa. ¿Lo entiendes?

Así había vivido cientos de años, aunque su Tierra había estado en el mismo siglo que Genetrix el día de su nacimiento. El tiempo no cooperaba entre los mundos.

—Entonces, la magia estalló y pasó por un túnel —dijo Micah—, y aterrizó en mi ojo.

—No lo sé. Es una teoría.

—Y por eso tengo tanta magia. Por eso mis padres me tenían tanto miedo.

—Puede. Y quizá exista un modo de controlarla hasta que estés listo para ella. ¿Eso te gustaría?

Micah asintió con la cabeza.

«Pobre niño», se permitió pensar Nero. Rebosante de magia, y ni una sola persona en todo el mundo lo entendía, ni siquiera el mismo Nero.

—Existe un tipo de sifón que se coloca en la columna —dijo.

«La columna», pensaron.

Claudia le dio unos toquecitos en las vértebras que se le marcaban en la camiseta cuando se agachaba: tap, tap, tap.

El fuego estaba medio consumido. Se le había olvidado echar troncos, y el aire estaba tan frío que veía su propio aliento. Le costaba no dejarse llevar cuando preparaba algo. Llevaba mucho tiempo esperando aquella noche, la noche en que todo por fin estaría listo. Los objetos de poder en un amplio círculo en el patio, conectados por una línea de sal. Los había reunido a lo largo de los últimos cinco años, siguiendo las leyendas hasta callejones sin salida y los susurros hasta los tesoros.

Sin embargo, el verdadero tesoro le ardía en el pecho. Habían necesitado una radiografía para revelarlo. El doctor sospechaba que el enfermo tenía un agujero en el corazón, y eso era, en cierto sentido, lo que había encontrado. Sin embargo, el agujero estaba conectado a algo que parecía ser un fragmento de metralla, aunque Nero nunca había estado cerca de explosivos. No suponía un riesgo inminente para su salud, así que él había seguido adelante, ahogándose y cansándose con facilidad, con el fragmento incrustado.

Se enderezó y volvió a colocarse los tirantes sobre los hombros. Su hermana, Claudia, estaba detrás de él, vestida con una elegante blusa que tenía un lazo en el centro, justo por encima del hueco entre las clavículas. Llevaba el pelo con la raya al lado y rizado por abajo.

—Estás muy guapa.

—¿Sí? —Se alejó unos pasos y meneó las caderas para que viera el movimiento de su larga falda negra—. Me pareció buena idea arreglarme para tu primer día de vida eterna. —Él la miró y frunció el ceño.

—Te has arreglado para el tren, no para mí. —Ella esbozó una sonrisita—. ¿Seguro que no quieres tener nada que ver?

—Disfrutaré de mi eternidad en el cielo —respondió Claudia en voz baja—. Aunque me apena que mi hermano no esté allí conmigo. Seguirás aquí, en la tierra.

—No creo en el cielo.

—Ya me lo habías dicho.

Se inclinó para besarlo en la mejilla. Claudia olía a un perfume floral. Cuando se apartó, todavía llevaba la misma sonrisita pintada en la cara.

El fuego crepitó en la chimenea cuando se rompió el último tronco.

Era fuego.

Cuando se quemaba un tronco de abedul, la fina corteza se desprendía de la madera y se transformaba en ceniza. Eso era lo que le pasaba en la piel. Todas las capas de su cuerpo (piel, tendones y huesos) se desprendían y ardían hasta quedar reducidas a cenizas.

Y eso fue solo el principio. Más adelante, en otro universo, cuando encontró las palabras para describirlo, lo llamaría lanzarse de cabeza al sol. Más caliente que la lava, más caliente que nada que conociera, y también la sensación de querer apartarse de ese fuego, de levantar la mano de la hornilla o darle un manotazo a la brasa que te ha caído en la ropa, pero sin poder moverse. Se había transformado en una nube de polvo, una asociación de partículas sueltas, y no podía gritar.

Tardó su propia eternidad. Había usado el fragmento de algo incrustado en el corazón para internarse en las profundidades de la tierra sin levantar un dedo para formar una conexión con la magia más pura. La había probado directamente; había bebido de ella por una pajita y había tragado todo lo que había soportado y un poco más. La conexión, una vez formada, no podía romperse, por mucho que lo deseara.

No hasta acabar con las reservas.

Cuando despertó, segundos después, años después, estaba solo, y todo lo que antes había estado vivo, todas las semillas de los campos, todas las flores de los árboles, todos los insectos y las serpientes que se arrastraban y los pájaros que volaban, y todos los seres humanos que caminaban por la tierra habían desaparecido.

Habían destruido su mundo, así que tendrían que buscarse otro.

Del diario de Nero Dalche, cuestor del Consejo de Cordus:

Es curioso cargar con el peso de un mundo. Nunca se me había pasado por la cabeza que llegaría a tener tanto en común con Atlas. Por su error, por enfrentarse a los dioses, se pasó una eternidad con los cielos sobre los hombros (no con la tierra, como suele creerse erróneamente), y yo, por mi error, por hurgar en los secretos del universo, debo cargar para siempre con mi planeta muerto y arrasado.

Pero no son las flores ni los animales lo que más me pesa, ni los árboles ni las maravillas de las profundidades del océano, ni los niños cuyos rostros nunca vi y cuyos nombres nunca supe. Son tantas cosas que acaban por resultarme abstractas. Lo que otorga significado es lo específico, no el alcance.

Así que, al final, es la mujer que vivía en mi calle y me daba una rebanada de pan con mantequilla todos los días, de camino al colegio, porque decía que estaba demasiado flaco, y el gato del callejón, que dibujaba un símbolo de infinito entre mis piernas cuando yo salía fuera a fumar, y el vecino de arriba, que me enseñó a atar un nudo seguro... Esas son las cosas que me pesan.

Y, por supuesto, mi hermana, Claudia.

A veces odio al Resurreccionista por la magia que posee, por saber cómo despertar a los muertos. Yo también lo he intentado.

El oscuro había torturado a Albie tanto con brutalidad como con delicadeza; a veces, paradójicamente, de ambas formas a la vez. Sloane recordaba la colección de relucientes instrumentos: llave inglesa, cuchillo, alicates de punta fina. Parecían nuevos, recién sacados de la ferretería.

Quería algo de ella, y le había hecho daño a Albie para conseguirlo. Ella no se lo había dado. Eso había impresionado al Oscuro.

—Quiere morir —dijo Sloane, que estuvo a punto de decir «queremos» porque ambos se habían mezclado en los recuerdos de Nero.

Un instante después sintió asco. Se le revolvió el estómago. Dio un par de trapiés hasta la baranda y vomitó.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Esther—. ¿Qué le has hecho?

—He respondido a su pregunta —contestó Nero—. El cómo no es asunto tuyo.

—Si querías morir, no tenías más que decirlo —repuso Matt en tono lúgubre. Estaba encorvado, dolorido, con la mano destrozada apretada contra el pecho—. Cualquiera de nosotros... habría estado encantado de ayudarte.

—¡No! —exclamó Sloane tras enderezarse. Notaba un sabor ácido en la boca. Se limpió los labios con el dorso de la mano—. Genetrix y la Tierra

están en una trayectoria de colisión. Él es lo que los mantiene separados. Si lo matamos, morimos todos.

Luchaba por recuperar el aliento. Nero tenía que morir pero no podía morir. Aunque, si no lo mataban, como él quería, quizá dejara de mantener separadas a Genetrix y la Tierra, y se marcharía a otro universo, pasaría a otras víctimas. Y, al final, morirían de todos modos.

No había salida.

Sloane miró a Mox, que estaba inclinado bajo el peso del sifón, con el pelo sobre la cara. Desde el principio, Nero había querido darle forma al deseo de Mox para así darle forma también a su magia. Lo había moldeado a partir de arcilla, como a una estatua.

Y también le había dado forma a ella. No a lo largo de los años, sino en cuestión de unos cuantos momentos. Al ofrecerle la elección entre Albie y ella. Al meterse en la trampa que le habían preparado en el puente de Irv Kupcinet. Al invocarla con la voz de Albie para que acudiera a Genetrix. Pero nunca había tenido que alterar sus deseos porque lo que ella quería y lo que quería el Oscuro siempre había sido lo mismo.

—No creía posible que acabaras por mirarme con buenos ojos —le dijo Nero.

—No lo hago.

Sloane se acercó a él, despacio.

—Dale a Micah la Aguja, Sloane, para que pueda hacer lo que ha nacido para hacer —dijo Nero, y no sonaba cruel, sino cansado—. O tendré que motivarte.

Sabía lo que Nero entendía por motivación. Había torturado a Albie para que le contara dónde estaban las armas..., dónde estaba la Aguja. Conocía sus puntos débiles, sus puntos vulnerables. Sabía que, sobre todo, Sloane se sentía sola.

Mox seguía encorvado, con el rostro surcado de lágrimas y sudor. Lo habían usado durante toda su vida. Sloane no permitiría que lo usaran para acabar con el mundo.

—Mox no ha nacido para esto —dijo—. Yo sí.

—¡Sloane, no! —exclamó Matt, y sonó como si gritara contra un

vendaval.

Quizá lo hiciera, pensó Sloane. El pelo le azotaba el rostro y le entorpeció la vista un momento, justo cuando Esther se abalanzaba sobre el sifón de cuello tirado a unos metros de ella. Lo sostuvo contra el cuello con una mano, se metió el silbato en la boca con la otra y lo mordió con fuerza. Antes de poder emitir sonido alguno, Nero agitó la mano y la lanzó al suelo.

—No todo está perdido —le dijo Nero a Sloane—. La energía que produzca mi muerte podría usarse para salvar algo. Micah es un pozo de bondad pura y quizá desee salvar el mundo lo bastante como para conservar parte de él. Pero tú... Lo único que siempre has querido es destruir.

Tenía razón, por supuesto. Mox le había dicho que la magia era una expresión de los deseos más profundos de cada uno, lo que significaba que, cuando aniquiló a la tripulación durante la misión de la Inmersión Profunda, cuando creó un vendaval en vez de un aliento mágico en la Sala de Invocaciones, cuando abrió un cráter en uno de los laterales de la Cúpula, eso era lo que deseaba hacer. Nunca había obrado magia que no sirviera para destrozarse algo. En algún lugar de su interior moraba algo que quería tomar y tomar hasta que no quedara nada que darle, igual que había hecho Nero con su propio universo: su sed de poder y magia no se había saciado hasta dejar seca la magia bajo la corteza de su Tierra.

Levantó una mano, y el cuerpo de Nero se alzó en el aire. Su capa, echada a un lado, ondeaba al viento sobre el hombro, con el broche contra el cuello. La Aguja cantaba dentro de Sloane, pedía venganza. Dejó caer la mano, y Nero se estrelló contra el suelo, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y, a juzgar con el crujido, seguramente rotas. Le daba igual.

—Algo se interpone entre Genetrix y su gemelo. El Ser Oscuro —dijo Nero, y se rio, aunque con cara de dolor— lo extirpará, y los mundos colisionarán, y ese será el final de todo.

—Sí —respondió Sloane—. Me cuentan que la línea que separa a un Ser Oscuro de un Elegido es muy delgada.

Parte de ella deseaba la destrucción..., pero también deseaba otras cosas: justicia y piedad, irse de copas con Albie, besar a Matt, reírse con Esther. Quería despertarse por la mañana temprano, cuando la luz era pálida y

nueva, y correr por la orilla del lago. Quería sentarse en silencio en el ala moderna del Instituto de Arte y contemplar las ventanas de Frank Lloyd Wright mientras pensaba en Cameron. Quería enseñar a conducir a Mox. Quería leer el manifiesto irrealista al completo. Quería ver bailar una aceituna en una coctelera.

Solo cabía esperar que todos esos deseos pesaran más que los otros.

Sloane levantó la mano en la que llevaba la Aguja y se imaginó en lo más profundo del mar, de adolescente, y, en aquel momento, una experta en las leyendas de Koshei, el hombre que no podía morir, el que había ocultado su alma en una aguja. La presión del agua la rodeaba, igual que el fuego de la magia, tan doloroso que tenía que forcejear para librarse de él. Pero, más allá del dolor, había otra cosa: la punzada del hambre. Había escrito en su diario que era como querer algo tanto que serías capaz de morir por conseguirlo. Un reconocimiento de hasta qué punto estaba desesperada por dejar de sentirse vacía.

Se imaginó en el centro de una Sangría, con la vista entorpecida por una pared de escombros voladores. El polvo marcaba el camino del aire, tenso alrededor de los hombros, y la abrazaban lascas de roca, pedazos de carne y fragmentos de hueso. El pelo le azotaba la cara y encontró el modo de metérsele en la boca, pero su magia seguía pidiendo más. Más.

Más.

Se concentró en Nero, con la mano estirada. Era la mano de la Aguja, la de las cicatrices que atestiguaban su conversión en un animal que se había mordido la carne para liberarse de una trampa. Y, si el deseo era lo que alimentaba la magia: en ese caso lo que quería era la vida de Nero, cada minuto de ella. Los ojos del hombre parecían a punto de salirse de las órbitas, y se llevó la mano al cuello... o lo habría hecho si, en ese momento, no se hubiera alzado en el aire, muy por encima del río.

Sloane estaba en el monumento, rodeada por la luz de los nombres muertos, y...

Estaba sentada con Albie en el bar, con la hilera de vasos de chupito vacíos frente a ellos, y...

Caminaba por la carretera, descalza, con un trozo de cristal clavado en

el talón, y...

Estaba en el paseo del río de Genetrix.

Quería todo lo que el Oscuro se había llevado. Gritó, el sonido le desgarró las entrañas, la ahuecó más aún, y se llenó de la vida de Nero. Las pérdidas que aquel hombre había acumulado como si fueran fichas en un casino. La magia que había robado a los mundos por los que había caminado, seguramente cientos de ellos, tantos que había olvidado sus nombres.

Lo devoró.

El cuerpo de Nero se hizo pedazos de una sola vez y colgó con las tripas fuera. El corazón, todavía palpitante, quedó unido a los hilos de sus vasos sanguíneos y sus venas. Sloane vio un enredo de nervios blancos y las estrictas líneas de sus huesos, sangre que lo salpicaba todo. Quizá gritara o quizá no, ya no podía, ya que la magia le arrancó los dientes del cráneo y la lengua quedó flotando en el aire.

Y entonces la magia abrasó a Sloane, como en el recuerdo de Nero, llevándola de cabeza al sol. Deshaciéndola en una nube de carne y sangre incapaz de gritar. No había voluntad que ejercer, solo una extracción de su deseo, mientras el agua caía de arriba, mientras la fina membrana que separaba los mundos se rompía.

El agua pasó por encima del paseo del río, inundó las hileras de árboles, se tragó los coches que conducían por Wacker y a los peatones del puente. Sloane se levantó o quizá cayó.

Cayó a través del agua de nuevo hasta acabar entre los escombros de la torre que habían destruido y golpearse...

... aunque pareciera imposible...

... contra el suelo, al lado del Monumento de los Diez años, donde habían esparcido las cenizas de Albie.

En algún lugar cercano sonaba la alarma de un coche. Sin embargo, la oía amortiguada; era como si alguien le hubiera llenado los oídos de algodón. Sloane levantó una mano para tocarse la oreja y se encontró con un canal auditivo pegajoso pero vacío.

Empezaron a sonar más alarmas. Un coro, todas berreando a distintos intervalos; unos cuantos sistemas de seguridad canturreaban alertando sobre intrusos, y el ruido de las sirenas procedía de todas partes a la vez. Sloane parpadeó mientras miraba las nubes. Le parecía extraño contemplar un cielo despejado, aunque no estaba segura de qué esperaba ver.

Se palpó la cabeza y el cuello con ambas manos por si había alguna herida y, como no encontró ninguna, se sentó. Le pitaba un oído, y todo lo que tenía frente a ella estaba torcido y daba vueltas, cosa que contribuía a la irrealidad del paisaje.

A un lado estaba el río y el monumento del Oscuro junto a él: un modesto bloque de bronce con un agujero por entrada. Al otro lado se encontraba la ondulante fachada de acero de la Torre Warner de Genetrix, que se alzaba, imponente, sobre la silueta de la ciudad. Cruzando la calle estaba el 300 de North Wabash, una sencilla estructura negra de acero y cristal. En su fachada oriental, las entrañas quedaban al descubierto, como

si hubieran rebanado el edificio cual embutido. Sloane vio que medio sofá cortado limpiamente por el centro de uno de sus cojines se inclinaba y caía desde la planta veinte hasta estrellarse contra la acera.

Se había quedado en blanco. Le dolía todo el cuerpo, hasta las uñas. Probó a usar las piernas, que le temblaban pero se movían. «Los otros —le susurró una voz en la cabeza—. Encuentra a los otros».

Se arrastró a cuatro patas por encima del hormigón, después se puso de pie y avanzó a trompicones hasta el río. Se sentía borracha. Vio una cabeza oscura asomar a la superficie y corrió al puente, donde había una escalera que conducía al agua. Frente a ella, un taxi cuadrado de Genetrix chocaba contra un elegante BMW. Los conductores de ambos vehículos se bajaron y empezaron a gritarse, uno de ellos agitando un sifón que parecía un guante de metal.

Bajó corriendo los escalones y se arrodilló a la orilla del río, donde había visto al hombre en el agua. Mox farfulló algo mientras se apartaba en pelo de la cara, y Sloane, con las caderas contra el suelo, medio metida en el río, lo rodeó con los brazos.

—Te sangra la oreja —dijo él.

—Tímpano perforado.

Mox aplastó los labios contra los de ella sin miramientos. Ella notó el sabor del agua del río, del polvo y de la sangre. Estaba vivo.

Oyó toses, se apartó de Mox y vio a Esther unos metros más allá; tenía los codos apoyados en el borde del río y escupía agua. Sloane se acercó a ella y la sacó del agua tirándole de los brazos.

—Essy —dijo. Esther le tosió en el hombro y se le agarró a la camiseta—. ¿Dónde está Matt?

—No... No lo sé.

Por encima del hombro de Esther, Sloane vio a Ziva sacar algo a rastras del río. El agua le brotaba del agujero de la mandíbula mientras tiraba de Matt hacia la orilla. Él tosió y rodó de lado.

—El Oscuro... ¿Está...? —preguntó Esther, casi sin voz.

—¿Muerto? —preguntó Sloane. Tenía manchas de la sangre de Nero en la manga de la camiseta—. Sí. Está muerto.

Cruzaron el puente todos juntos. Sloane iba la primera, y Ziva y Mox cojeaban detrás. Matt se apoyaba en Esther, ya que por fin sentía en todo su esplendor el dolor de la mano aplastada.

Pasaron junto a personas desconcertadas, reunidas junto a la baranda. Una de ellas era un adolescente con vaqueros destrozados y zapatillas Converse; sin sifón. Más adelante, Sloane vio la Decimoséptima Iglesia de Cristo, Científico, un edificio que parecía un ovni de piedra achatado, justo donde Wacker se dividía en dos calles. Sin embargo, el edificio que, si no recordaba mal, estaba detrás, había desaparecido; en su lugar había una estructura irrealista que se pelaba como un plátano por arriba y derramaba sus despachos en todas direcciones, formando un arco por encima de la calle.

Giraron a la derecha en Wacker sin prestar atención a los gritos que llegaban de todas partes, ni a las alarmas que los ahogaban.

—Tenemos que encontrar a Ines —dijo Esther desde atrás—. Y a mi madre.

—Los teléfonos —repuso Sloane—. Es probable que no funcionen.

Había cables eléctricos tirados por las calles, cortados por los edificios y por las farolas de luz de gas.

—Entonces iré en coche a California —dijo Esther.

—Primero, vamos a buscar a Ines. Podéis ir las dos juntas a ver a tu madre. —No añadió «si sigue viva» porque se negaba a reconocer la posibilidad de que no lo estuviera—. A lo mejor podéis ir a México en el camino de vuelta. Y yo...

Dejó la frase en el aire antes de decir que iría a buscar a su madre, porque, de repente, estaba segura de que era imposible que siguiera viva, aunque no terminaba de entender por qué estaba tan convencida.

Cuando vio la Cima (no el Thompson Center) delante de ellos, estuvo a punto de caer de rodillas de puro alivio. Necesitarían los conocimientos mágicos colectivos de aquel lugar si querían sobrevivir a lo que estuviera sucediendo.

Le pitaron los oídos al cruzar las puertas principales del Centro Cordus, y se abrieron paso entre la multitud del vestíbulo, repleto de habitantes de

Genetrix que se chillaban por encima del estruendo. Estaba sonando una alarma de seguridad, y costaba pensar en algo que no fuera aquel bramido. Los soldados del Ejército Titilante daban vueltas por allí, gritando a todo el mundo que se calmara.

Esther y Sloane observaron la escena en silencio. Sloane se tragó la histeria que amenazaba con apoderarse de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Esto es la tierra o Genetrix?

Esther miró a su alrededor, al caos del vestíbulo de la Cima.

—Me parece que un poco de ambas.

La primera pista de que Ines quizá siguiera con vida fue que su edificio seguía en pie.

No lo habían dado por hecho. Esther, Matt y Sloane habían recorrido el paseo del lago hasta llegar allí, mientras Mox y Ziva intentaban localizar al resto del ejército del Resurreccionista, y habían girado en Wilson Avenue para recorrer la parte alta de la ciudad, donde la paz del paseo había dado paso a la locura. Algunos edificios estaban partidos por la mitad, con medio salón al aire o un lavabo colgando del borde de una planta dividida, a punto de caer al suelo. Pasaron junto a un suelo de cocina que colgaba sobre un callejón; las ráfagas de viento le iban arrancando los azulejos. Había una escalera apoyada en el lateral de la casa de tres plantas, y un hombre se metía por una de las ventanas de su piso del segundo mientras su hija pequeña se quedaba abajo y le gritaba instrucciones.

—¡El oso sin oreja! —le decía, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Lo ves?

Calle abajo, Sloane vio otro de los edificios destrozados, aunque en este caso con un brazo y una pierna colgando de uno de los suelos de madera rotos en un piso de la tercera planta. Intentó no mirar.

Frente al edificio de Ines y Albie, donde antes había un *pub* mal iluminado, vieron un parque de Genetrix con una estatua colorida en medio de un pequeño estanque. Unas luces mágicas flotaban justo por debajo de la

superficie del agua; no les había afectado el choque de los mundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Esther después de que Sloane se hubiera pasado un buen rato mirando el parque.

—Ha desaparecido el *pub* asqueroso en el que Ines se intoxicó con la comida —respondió.

—Odiabas ese sitio —dijo Matt, y no fue como si se lo recordara, sino como una revelación.

—Sí.

—Ines —dijo Esther—. ¿Recordáis? —Tiró del codo de Sloane—. Vamos, chicos.

El timbre estaba roto, así que Sloane forzó la puerta principal (la cerradura nunca había sido demasiado buena), y subieron por la escalera al piso de Ines y Albie. Una vez allí, se dio cuenta de que no soportaba la idea de que Ines no estuviera en el piso. Esther tuvo que llevarla a rastras los últimos escalones y después aporreó la puerta.

—¡Ines! ¡Ines, soy Essy, abre!

Sloane se preparó para el silencio. Pero enseguida oyó los pasos y la voz de Ines, que abría como podía los pestillos.

—Dios mío, Dios mío —repetía una y otra vez mientras tiraba de la puerta.

Por fin, la puerta se abrió, e Ines apareció ante ellos descalza y en pantalones de pijama, con los ojos rojos y el pelo enredado. Olía a maría, sudor y café.

—¿Dónde coño os habíais metido? —les preguntó.

Todos se abrazaron, sujetándose como un castillo de naipes, apenas capaces de sostenerse.

Aquella noche, Sloane se despertó de una pesadilla en la que el cadáver de Albie salía del río y se le acercaba arrastrando los pies. Graznaba su indignación por lo que había hecho, por matar a Nero, por haber destruido buena parte de dos mundos.

Se despertó sin aliento y temblorosa. Había una vela encendida en el centro de la mesa de la cocina. Esther estaba sentada en uno de los taburetes, con una botella de agua, contemplando la llama.

—Esther —le dijo Sloane mientras se llevaba un cojín al pecho—. Creo... Creo que he comprendido algo.

Esther apoyó la mejilla en la botella de agua y la observó. Tenía la mirada rebosante de tristeza y preocupación.

—Tu madre está viva —dijo Sloane, y se aferró con más fuerza al cojín, con el corazón acelerado—. Tiene que estarlo porque la quiero, y todas las cosas que han sobrevivido a la colisión son cosas que me gustaban de ambos mundos. —Se le entrecortó la voz—. Mi magia convirtió la muerte de Nero en lo que sea esto, en este puto monstruo de Frankenstein, así que el mundo se compone de todo lo que yo quería y...

Esther se levantó y se acercó al sofá. Se sentó al lado de Sloane de modo que sus hombros se tocaran.

—Algunas de las cosas que quiero... no son buenas —susurró Sloane—. Nadie debería ser capaz de construir su propio mundo...

—Ya lo sé, Sloane.

Sloane escondió la cara en el cojín e intentó no gritar.

Matt salió del dormitorio de Albie, donde al parecer había permanecido oculto entre las sombras. Se pasó unos minutos hurgando por los armarios de la cocina mientras Sloane intentaba no apretar tan fuerte el cojín y después se acercó a ellas con una pastillita amarilla en la mano.

Sloane se la tragó.

El piso franco estaba tranquilo. Alguien había arrancado casi todas las tablas de las ventanas, así que la luz del sol se colaba dentro a través de una capa de polvo. Sloane pasó junto a la pila de mantas colocada al lado de la puerta (su antigua cama) y junto a la habitación llena de soldados que jugaban a las cartas en el suelo, reparaban sus sifones y, en el caso de un grupo en concreto, usaban las huesudas puntas de los dedos para tocar una melodía usando unas ollas viejas.

Entró en el almacén para buscar a Mox y se lo encontró sentado a la mesita, frente a Ziva. Estaban cogidos de la mano; la enorme palma de Mox prácticamente se tragaba los nudillos destrozados de Ziva.

—¡Sloane! —exclamó él, y se apartaron el uno del otro como si los hubiera descubierto haciendo algo vergonzoso.

—Lo siento, puedo volver más tarde —respondió, porque le daba la sensación de haber interrumpido algo.

—No, quédate —dijo Ziva—. Le estaba contando nuestra conversación.

Con el tiempo, seguro que sería capaz de recuperar cada hilo de la maraña de los últimos días, pero era demasiado pronto. Después de tomarse la benzo, se había sumido en un sueño profundo en el sofá de Ines; al despertarse, había tomado ropa prestada y, con la ayuda de Ines, le había hecho un puente a un coche para cruzar la ciudad, pero no daba para más.

No obstante, por las conversaciones que había escuchado frente a la bodega de la calle de Ines, nadie tenía internet ni cobertura de móvil ni

electricidad. Los habitantes de las zonas de la ciudad pertenecientes a la Tierra había empezado a asomarse a las zonas de Genetrix, por curiosidad y desesperación, dado que la gente de Genetrix había salido bastante mejor parada del desastre, gracias a que sus sifones seguían funcionando. Sin embargo, el tendero había empezado a despotricar contra la hechicería, así que eso era lo único que había averiguado sobre el mundo que la rodeaba.

—Nuestra conversación...

—Me preguntaste si me alegraba de estar viva de nuevo —respondió Ziva.

Movió la mandíbula arriba y abajo unas cuantas veces hasta que encajó. Sloane la vio mover la lengua detrás de los dientes y se preguntó cómo era posible que, en pocos días, hubiera desaparecido por completo el asco que antes le producía el cuerpo medio podrido de Ziva.

—Ah.

—Z y yo hemos decidido que ha llegado el momento de que se marche —dijo Mox, que miraba la mesa.

—¿Sí? —preguntó Sloane, que no parecía capaz de pronunciar más de una sílaba seguida.

Ziva asintió.

—Nero está muerto, lo que significa que el cónsul ya no corre peligro y no nos necesita. He hablado con los demás, y están de acuerdo.

—Siempre te necesitaré —le aseguró Mox—. Os necesitaré a todos.

—Mox —dijo Ziva, y Sloane nunca había percibido tanta dulzura en su ronca voz. También era la primera vez que la oía decir el nombre de Mox. Antes, siempre era cónsul o señor.

Mox miró a Ziva. Ella volvió a cogerle la mano.

—Nos echarás de menos. Desearás que estuviéramos contigo. Pero no es lo mismo.

Mox no respondió, lo cual equivalía a darle la razón.

—Vamos a hacerlo ahora que está Sloane presente —dijo Ziva, y se puso de pie—. Así no me preocuparé tanto por ti.

—¿Ahora? —preguntó Mox, y la palabra le salió medio ahogada.

—Nunca habrá un buen momento. Ni para que me dejes ir ni para que

me vaya a descansar.

Ziva sonrió a Sloane. Sloane le devolvió la sonrisa.

Juntos entraron en la sala principal, donde esperaba el resto del ejército. Cuando entró Mox, todos empezaron a levantarse, algunos con más dificultad que otros. Los que tenían el cuerpo en mejores condiciones ayudaban a los demás o les sostenían las extremidades caídas, como un marido que le sujeta el bolso a su mujer.

Le costaba imaginarse a Mox dando un discurso, así que lo que sucedió a continuación no le sorprendió. Recorrió las filas de soldados saludándolos por su nombre y hablándoles en voz baja al oído, abrazándolos. Mientras lo hacía, Sloane se preguntó si sería capaz de dejarlos marchar, si la intensidad de su deseo de tenerlos junto a él desviaría a la magia de su objetivo.

Se sentó contra el marco de la puerta y contempló la escena. Los soldados que ya se habían despedido de Mox empezaron a despedirse entre ellos. Dos de las mujeres que estaban más cerca de Sloane se rieron de un viejo chiste privado con unas carcajadas rasposas que sonaban a estertor. Uno de los hombres se sentó con la espalda contra la pared, se colocó el pie cercenado sobre el regazo y, con la mano, rodeó con cariño el tobillo.

Finalmente, Mox se acercó a Ziva, que mantenía la cabeza tan alta que la trenza le llegaba a la mitad de su jorobada espalda. El sol brillaba, pálido y reluciente, sobre su rostro, así que, por un momento, le blanqueó el tono verde de la piel. Sloane intentó imaginarse cómo sería cuando estaba viva, con las mejillas rellenas y sonrosadas, los hombros anchos, los ojos chispeantes.

Mox la abrazó con fuerza, casi levantándola del suelo. Ziva apoyó una mano esquelética en la nuca de su amigo mientras él le hablaba con ternura, en voz tan baja que Sloane no oyó lo que le decía, por más que lo intentó. A su alrededor, los soldados habían guardado silencio, sentados de nuevo en grupitos, rodeados de sus barajas, sus tambores improvisados y sus montoncitos de cristales de colores; los tesoros de sus apuestas.

Por fin, Mox se apartó lo bastante de Ziva como para tocarle la frente.

Cuando la mujer se derrumbó, él estaba allí para sujetarla. Una tensión que Sloane no había sentido hasta entonces desapareció de repente, como

un cambio en la presión del aire. Los cadáveres de los soldados, frágiles y secos, no se movían. Mox, con el pelo en la cara, depositó a Ziva en el suelo.

Sloane se levantó y se acercó a él. Guardó silencio un instante y se limitó a contemplar el movimiento entrecortado de sus hombros. Pero, cuando por fin se pararon, le ofreció una mano y lo sacó del piso franco.

Y, cuando el edificio ardió, ella permaneció a su lado, junto al río, y contemplaron juntos las llamas.

Ines estaba sentada en el asiento del conductor de un viejo Jeep Wrangler lanzándole improperios a la columna de dirección. Mox, en el asiento del copiloto, tenía una caja de herramientas en el regazo y le ofrecía sugerencias que solo servían para que Ines soltara más improperios. Sloane los observaba desde la acera, desde donde vigilaba la calle; había muchos saqueos y no poca violencia, así que llevaba una llave grifa en la mano, dispuesta a defender a sus distraídos amigos en caso necesario.

El Jeep estaba aparcado en la calle, justo a las puertas del edificio de Ines, lo que significaba que tenían suerte de haber dado con él los primeros. Como la gente ya había robado la mayoría de los coches buenos, solo quedaban las chatarras oxidadas y las motocicletas.

—Hola.

Matt salió del edificio con unas cuantas botellas de agua en una mano. La otra, la que el sifón había aplastado, estaba envuelta en una gruesa venda. Cyrielle le había buscado un médico en Genetrix aquella misma mañana.

Le ofreció las botellas a Sloane, y ella cogió una.

—Gracias.

—Acabo de volver de nuestro piso —dijo—. O, mejor dicho, del parque público de Genetrix que ahora ocupa el lugar de nuestro piso.

Notó un rastro de acusación en su voz. Sloane guardó silencio. Él parecía exhausto, con los ojos hinchados y los hombros caídos.

—Si toda tu teoría es cierta, nuestro piso ha desaparecido porque

querías que lo hiciera —dijo Matt en voz baja.

—No es lo que estás pensando. Es que... temía volver a él. Porque sabía que sería difícil. Nada más.

Matt asintió, aunque no desapareció la tensión de su mandíbula.

—Puedes quedarte con este, si tienes mucha prisa —dijo Sloane señalando el Jeep.

A cada uno le esperaba un viaje distinto: Ines y Esther iban a conducir hasta California para ver cómo estaba la madre de Esther, y después a México para ver a la familia de Ines; Matt iba a Nueva York para buscar a sus padres; y Mox y Sloane irían al centro de Illinois para averiguar si la madre de Sloane seguía allí o si todo el pueblo había sido borrado del mapa. A Sloane la aterraba descubrirlo, aunque, en el fondo, ya sabía que había desaparecido.

Los mundos se habían combinado siguiendo todos y cada uno de sus caprichos, de sus preferencias y de sus absurdos miedos. Se sentía desnuda de un modo que no había creído posible. Sin embargo, también se sentía agradecida hasta la extenuación de que Matt siguiera allí, de que, a pesar de que sus deseos estaban resultando ser más turbios y pequeños de lo que esperaba, todavía quería que él siguiera formando parte de su mundo.

—No, prefiero buscarme algo que no sea una esponja de combustible —respondió Matt—. El viaje a Nueva York es muy largo.

—¿Seguro que quieres ir solo?

—Creo que no me vendrá mal pasar un tiempo a solas para pensar.

De vuelta en la Tierra (o algo así), su ruptura parecía más real: Matt había conocido a Mox, y los dos iban, literalmente, en direcciones opuestas. Pero era peor que antes. Cualquier concepción errónea que Matt albergara sobre una Sloane blanda y sentimental debajo de la Sloane dura era historia. Solo tenía que mirar a su alrededor y contemplar todo lo que había destruido, para ver la verdad.

Del interior del Jeep Wrangler brotó un grito de victoria cuando el motor cobró vida. Ines asomó la cabeza por la ventana.

—¡Y tiene el depósito lleno!

—Vale —dijo Sloane—. Nos vemos dentro de un mes, supongo.

Todos habían acordado reunirse en casa de Ines entonces para evaluar la situación.

Quería decirle muchas cosas a Matt. Que sentía no haber salvado su piso. Que no había pasado página tan fácilmente como parecía. Que desearía ser mejor persona. Pero su drama íntimo resultaba insignificante comparado con el caos que los rodeaba, con los destinos inciertos de sus familias. Así que guardó silencio. A Ines le dio una botella de agua y un abrazo de despedida mientras Mox metía sus bolsas en el maletero.

Entonces se puso delante de Matt, sin saber bien cómo dejarlo marchar.

Él fue el que se inclinó primero; la rodeó con un brazo y la estrechó con fuerza. Ella no había hecho más que empezar a devolverle el gesto cuando él la soltó.

—Ten cuidado —dijo Matt.

—Lo mismo digo.

—Vas a tener que aprender a conducir —le dijo Sloane a Mox mientras este se metía en el asiento del copiloto. Había intentado encontrar un coche lo bastante grande para él, pero había sido imposible. Al menos, el Jeep sería capaz de sobrevivir a las inestables carreteras de su ruta al sur.

Mox había encontrado su sifón de muñeca en el taller intacto de Nero, en la Cima, y lo llevaba en la mano. Se había ofrecido a buscarle uno a Sloane, pero ella sabía que no lo necesitaba. Tenía la Aguja.

En el asiento de atrás había dos bolsas, una llena de ropa, y la otra, de comida y otros artículos de primera necesidad. Sloane no solía aprobar el pillaje, pero no quedaba nada de sus posesiones terrenales y no tenía acceso a su dinero; aunque el dinero tampoco era ya demasiado útil, puesto que había dos monedas estadounidenses en circulación. Sin Gobierno ni sentido del orden, los billetes no eran más que un manojo de papeles verdes.

Sloane condujo por Lake Shore Drive, que estaba casi intacta, ya que era similar en ambos universos. Había algunas crestas y grietas en los puntos de unión de calzadas de distintos universos, pero la gente decía que la calle era transitable.

Al principio no quería hacer aquel viaje, pero la noche anterior Mox le había dicho: «Puede que necesites saberlo». Quizá algún día él también descubriera que necesitaba saber qué le había sucedido a su familia.

Mox rebuscaba algo en una de las bolsas. Así, encorvado, Sloane le miró los bultos de las vértebras. El sifón de columna se había soltado al morir Nero, según le había contado. Estaba al fondo del río Chicago.

Sacó un CD de la bolsa. *Pet Sounds*.

Sloane sonrió.

Cuando empezó a sonar la primera canción, Mox dijo:

—Creo que sé por qué lo hiciste en realidad.

—¿Por qué hice qué?

—Matar a Nero.

—Ah. —Sloane lo miró—. ¿Por qué lo hice en realidad?

—Porque iba a obligarme a mí a hacerlo. Decidiste que, si uno de los dos tenía que cargar con ese peso, serías tú. Así que, al final, no fue por venganza ni por inevitabilidad, ni por ningún otro objetivo oscuro. Fue por... piedad.

—Algo de venganza tenía.

—Sí, claro. —Mox echó la cabeza atrás y cerró los ojos—. Pero también de bondad.

Alargó la mano por encima del cambio de marchas y cogió la de Sloane. Recorrieron el lago Michigan, cuyas aguas resplandecían al sol.

Agradecimientos

Gracias.

En primer lugar, a tres personas sin las que no habría podido escribir este libro: John Joseph Adams, por ser sereno, gracioso y sabio, y por ayudarme a darle forma a la historia desde el principio (aunque no usara su excelente chiste de zombis); Joanna Volpe, por diez años de amistad e implacable apoyo (!!!) y por no dudar nunca de mí, ni siquiera cuando yo misma dudaba; y Nelson Fitch, por tantos días sufriendo conmigo con la construcción de este mundo, leyendo borradores y haciendo todo lo posible por mi escritura y mi salud mental; estamos los dos juntos en esto, amigo.

En HMH: a Jaime Levine, la otra mitad del dúo dinámico que hizo que este libro funcionara, porque fue un placer trabajar con ella en todas las etapas. Y al resto del equipo de HMH, sobre todo a Ellen Archer, Bruce Nichols, Helen Astma, Fariza Hawke, Lori Glazer, Taryn Roeder, Matt Schweitzer, Hannah Harlow, Becky Saikia. Wilson, Jill Lazer, Katie Kimmerer, Jenny Freilach, Tracy Roe, Diana Coe, Chloe Foster, Emily Snyder, Rita Cullen, Christopher Moisan, Jim Tierney, Ed Spade, Colleen Murphy, Candace Finn y todos los nombres que seguro que me faltan de los distintos departamentos: Editorial, Gestión Editorial, Publicidad, Marketing, Ventas, Financiero, Legal y Derechos Derivados... Gracias por vuestro incansable trabajo por este libro y más allá. Y a mi equipo de audio en Audible, sobre todo a Kristin Lang, Rena Ayer y Dan Battaglia, ¡esto va

también por vosotros!

En New Leaf Literary: a Jordan Hill y Abigail Donoghue, cuya paciencia nunca me falla, benditas seáis; a Mia Roman y Veronica Grijalva, que son unas fieras con los derechos internacionales; a Hilary Pecheone y Meredith Barnes, por estar pendientes de todo lo que a mí se me habría escapado; a Pouya Shahbazian, por su sabiduría y su constante entusiasmo por cada nueva historia en todo lo relacionado con el cine; y al resto del personal de New Leaf, por hacer un trabajo tan estupendo día tras día, año tras año.

A Rawles Lumumba, por sus valiosos consejos. A Katherine Tegen, por estar siempre ahí para animarme.

A Courtney Summers, Somaiya Daud, Maurene Goo y Sarah Enni, que fueron especialmente generosas y desternillantes mientras escribía este libro; a partir de ahora siempre procuraré ser para vosotras lo que vosotras habéis sido para mí este año. A Amy Lukavics, Kaitlin Ward, Kate Hart, Michelle Kryz, Kara Thomas, Laurie Devore, Diya Mishra, Aminah Mae Safi, Zan Romanoff y Elissa Sussman, por vuestro apoyo en el mundo de la escritura y por mostrarme la cantidad de cosas raras y maravillosas de internet. A Margaret Stohl, por ser mi alma gemela emocional incluso cuando todo se salió un poco de madre. Son algunas de las escritoras que me sacan a flote cuando me hundo. Que grandísima suerte tengo; gracias a todas.

A mi familia (Barb, Frank, Ingrid, Karl, Frank IV, Candice, Beth, Roger, Tyler, Rachel, Trevor, Tera, Darby, Andrew, Billie, Fred, Chase, Sha y mis tres sobrinas), por soportarme cuando desaparezco en el trabajo y por recordarme que me quieren me dedique a lo que me dedique. A mis amigos que no son escritores, por lo mismo.

A mis lectores, por darle una oportunidad a cada nueva historia.

Nota

[*] «Si es el fin del mundo deberíamos saberlo. Sabemos que mentís». (*N. de la t.*)

Table of Contents

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

PRIMERA. PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

SEGUNDA. PARTE

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
TERCERA. PARTE

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Agradecimientos

Nota